

# La oración del crepúsculo

MARK DEWAR



Lectulandia

Córdoba, año 950. Un asesinato brutal estremece el Califato mientras se llevan a cabo los preparativos de una guerra contra Bagdad. Durante la investigación, las sospechas recaen sobre el almirante de la flota, cuya reputación como hombre de honor se ve manchada.

Los hombres a su mando deben esforzarse para aceptar la verdad acerca de su líder. Entretanto, el califa se dispone a celebrar con un espléndido banquete la inminente salida de la flota, con base en Almería. Pero durante los preparativos de la fiesta, llegará una noticia que afectará el destino de todos, mientras las acusaciones de contrabando, engaño y traición a gran escala ponen en entredicho el éxito de la flota que debe destruir Bagdad.

**Lectulandia**

Mark Dewar

# **La oración del crepúsculo**

ePub r1.0

x3l3n1o 23.09.14

Título original: *Bitter orange*

Mark Dewar, 2013

Traducción: Victoria Morera

Editor digital: x3l3n1o

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

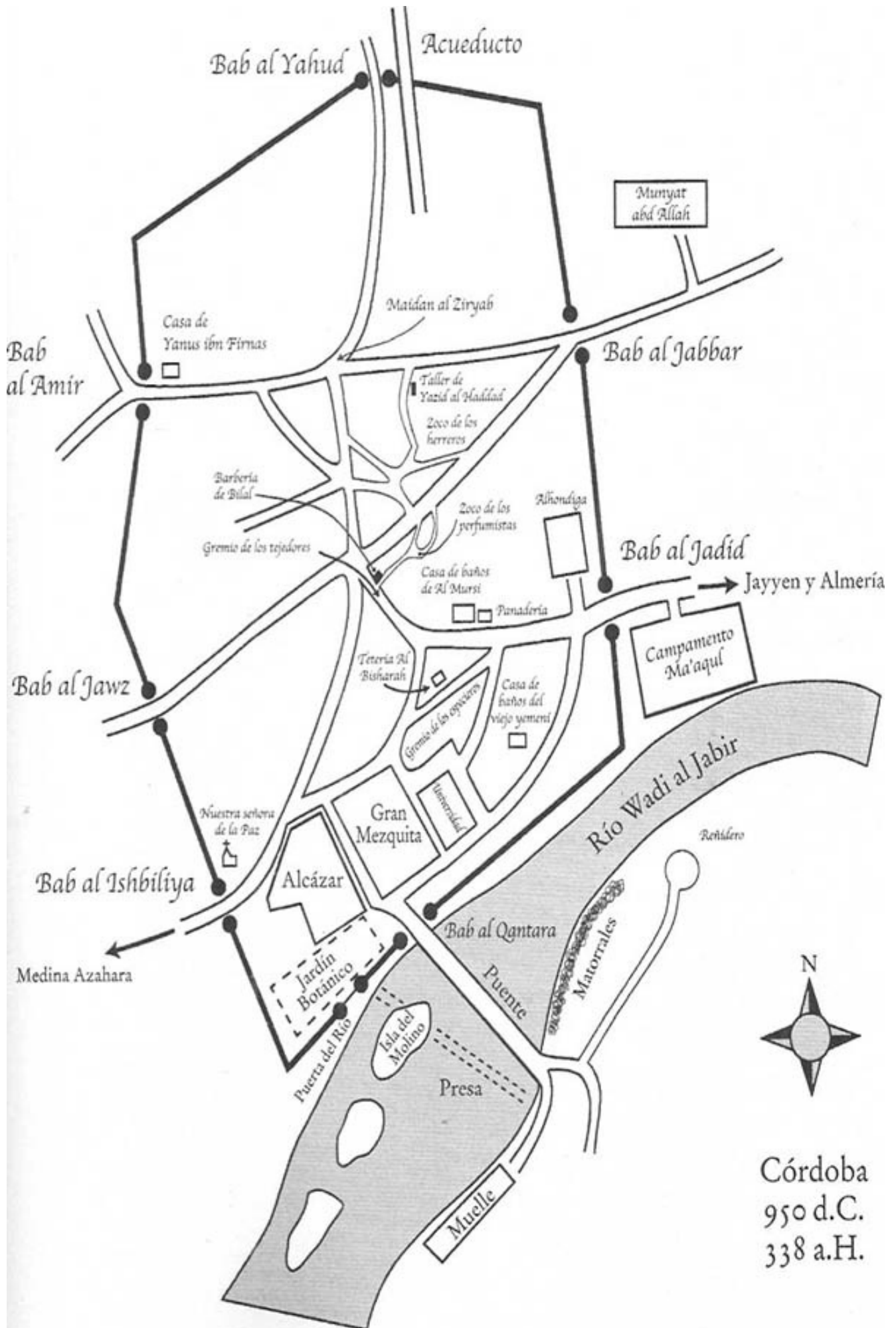
# Agradecimientos

Muchos personajes de esta novela existieron realmente, como Hasdai ben Shaprut, el general Ghalib, el califa Abderramán III y su hijo, el príncipe Hakam. Agradecemos que vivieran en aquella época tan fascinante, durante el califato de Córdoba en Al Ándalus, en la que fue la sociedad más avanzada del momento en Europa. Sin ellos no podríamos haber escrito esta novela.

También queremos dar las gracias a nuestro agente Rupert Heath, de la agencia literaria Rupert Heath, por su inestimable ayuda y consejos, y a Camilla Ferrier, de la agencia Marsh, por su labor como intermediaria con Ediciones B, nuestra editorial en España.

También agradecemos a Sandy Leslie la elaboración del mapa y a Isabel Leslie que cuidara de la aspidistra.

MARK HEYWOOD Y PETER DEWAR  
MARK DEWAR



# Primera parte

Bajaré estrellas del cielo y las colocaré en el mar para iluminar el camino que une Al Ándalus con Latakia.

AHMED BIN SAEED, *El Navegante*

884-952

*Kurtuba, 29 de Rajab, 338 a. H.*  
*Córdoba, 22 de enero, 950 d. C.*

### ***A altas horas de la noche***

Las cucarachas despedían destellos dorados a la luz de la antorcha de tea y parecían un ondulante collar de malla mientras se atiborraban en la garganta abierta del cadáver. En un rincón del patio, un gato se relamía los bigotes limpiándolos de sangre y cerebro humanos. Él fue el primero en llegar después de que tiraran el cadáver en el pequeño y angosto espacio que había detrás de las escaleras del patio, entre los barriles de vino vacíos y los cestos de vegetales medio podridos.

—¿Por qué me habéis hecho llamar a estas horas de la noche? —preguntó el general Ghalib—. ¿Creéis que no he visto suficientes cadáveres durante el día? Y, otra cuestión, ¿por qué no le habéis bajado la túnica? Nadie debería estar así, con las partes íntimas a la vista. ¡Cubridlo!

—Sí, señor; lo siento, señor —se disculpó el cabo, el suboficial al mando del cuerpo de guardia nocturno mientras realizaba una reverencia—. Solo creí que queríais ser informado. —Señaló una ventana de la primera planta situada en el lado opuesto del patio donde se percibía el resplandor de una lámpara de aceite—. El propietario de la alhóndiga me indicó que se trataba de un caso importante y, cuando llegué, me di cuenta de que tenía razón.

El cabo tiró de la túnica del difunto. Le resultó difícil bajársela por debajo de la cintura y cubrirle las piernas, porque estaban rígidas y grotescamente dobladas.

—Pensé que...

—Así que pensasteis, ¿eh? ¡Menuda novedad! —exclamó el general—. ¿Pensasteis que Abbas al Jaziri sabía quién es o no importante? Lo único que hace Al Jaziri es alquilar habitaciones a los mercaderes, darles de comer y asegurarse de que haya suficientes prostitutas en la posada.

El general Ghalib, comandante de la guardia del Alcázar, se tapó el pecho con su capa de invierno y, mientras se agachaba para examinar de cerca el cadáver, soltó un gruñido de dolor.

No estaba de muy buen humor. Apenas había podido dormir por culpa de los gritos de alborozo de los niños, que se habían pasado buena parte de la noche corriendo por las calles con faroles, haciendo sonar sus flautas de caña y golpeando panderos para celebrar la *Lailat al Miraj*, la noche de la Ascensión de Mahoma.



Algunos padres eran incluso peores que los niños. Las abarrotadas calles estaban llenas del humo que despedían los braseros de los *kebabs* y los tenderetes de té, y por todas partes se oían los reclamos de los vendedores ambulantes que ofrecían juguetes y pájaros de papel atados al extremo de sendos palos.

El general no lograba entender por qué las autoridades de Al Ándalus permitían que el festival se celebrara de aquel modo. La conmemoración de la Ascensión de Mahoma debería constituir una invitación a la reflexión silenciosa y no aquel exceso de ruido, luces y comida, y aquella compra desmedida de juguetes para los niños. Durante la celebración, la ciudad constituía un auténtico caos. Montones de familias acudían a las mezquitas para rememorar la historia de la ascensión y después se dispersaban por las calles para celebrarlo en compañía de los amigos con comida cocinada con especias, té y una explosión de luces, música y ruido. Gracias a Dios no se repetiría hasta el año siguiente.

El vaho del general flotó sobre el cadáver a la fría y pálida luz de la luna. La garganta no era lo único que le habían cortado al difunto. También le habían abierto la cabeza desde la coronilla hasta la oreja de un solo golpe, posiblemente, con una espada o un hacha pesada. Debajo de la ondulante capa de cucarachas, el general vislumbró el hueso amarillento del cráneo, que estaba partido como un melón, y percibió la cavidad en la que el gato se había dado el festín. El general agarró la barbilla del difunto y giró la cara azulada y sin vida hacia él. Las cucarachas huyeron y el general, horrorizado, soltó un grito ahogado y miró al cabo, quien asintió con la cabeza.

—Vamos, ya he visto bastante —declaró el general—. Ayudadme a levantarme. El frío me ha agarrotado totalmente la rodilla.

Entonces hizo una señal a uno de los guardias, quien contemplaba, boquiabierto, el cadáver.

—¡Tú, deshazte de ese maldito gato!

El general volvió a observar la cara del difunto.

—Vayamos a ver al propietario de la alhóndiga.

—Está en sus dependencias, en el lado opuesto del patio —declaró el cabo señalando la angosta entrada que conducía al patio—. Es por aquí.

—Ya sé dónde están las dependencias de Abbas —replicó Ghalib y entonces bajó la voz—. Según decís, Abbas os indicó que se trataba de un hombre importante. ¿Alguien más se ha dado cuenta de quién es el difunto?

El cabo negó con la cabeza.

—Creo que no, señor, aunque por sus ropas diría que cualquiera que lo viera deduciría que no se trataba de un simple marinero. Creo que es esto a lo que se refería Abbas.

—Mantenedlo en secreto —ordenó Ghalib—. No quiero que nadie conozca su

identidad hasta que haya investigado lo ocurrido. Enviad un mensaje al visir. Indicadle que debo comunicarle algo muy importante y que le agradecería que me esperara en sus dependencias, en el Alcázar. Localizad también al mulazim Haitham y ordenadle que venga aquí de inmediato. Y si alguien pregunta, contestad que hemos encontrado el cadáver de un marinero... Y nada más. No le contéis a nadie de quién se trata. Si lo hacéis, os haré empalar, ¿entendido?

—Sí, señor —respondió el cabo.

Se volvió y se marchó.

### *Esa misma noche*

El mulazim Haitham flotaba en la superficie de la poco profunda piscina de agua caliente de la casa de baños del viejo yemení, que estaba situada en un callejón en la zona antigua de la ciudad, no lejos de la Gran Mezquita. El viejo Yusuf administraba los baños desde tiempo inmemorial. Aquella noche la casa estaba vacía, salvo por Haitham, quien había podido contar con las tres piscinas, la fría, la templada y la caliente, para él solo. La sala de la piscina caliente era la más pequeña de las tres y el aire estaba impregnado del embriagador perfume a sándalo del aceite de masaje que calentaban con velas. Las lámparas de aceite hacían destellar los azulejos de las paredes. Haitham flotaba en el centro de la piscina rodeado del vapor que despedía el agua caliente.

En los calurosos meses de verano, aquella vieja casa de baños constituía un refugio frente al calor, pero en aquella época, en mitad del invierno, el agua caliente de la piscina relajaba los miembros fríos y ateridos de los clientes.

Varias ventanas redondas y pequeñas decoraban el techo, y la fría luz de la luna entraba por ellas a medida que las nubes se desplazaban por el cielo. Los rayos lunares convertían el vapor en una neblina plateada e iluminaban la superficie del agua proyectando la sombra de Haitham en el fondo de la piscina.

El único sonido que se percibía en la habitación era el producido por las ratas, que parloteaban y chillaban mientras bebían a lengüetazos la sangre que brotaba del cuerpo sin vida de Haitham. Su piel había adquirido una tonalidad morada debido a la temperatura del agua, y su cabeza, que estaba casi totalmente separada del cuerpo, colgaba hacia atrás de modo que la cara quedaba sumergida en el agua, y los ojos, que estaban abiertos, parecían dos huevos de pato flotando en el flujo y reflujo de su largo cabello negro. Unas cuantas ratas habían nadado hasta el cadáver y ahora estaban atareadas trepando a su balanceante torso para acceder a la vasta herida de su garganta. En el fondo de la piscina, brillando a la luz de la luna que atravesaba el agua teñida de sangre, se encontraba la daga que había puesto fin a su vida.

### *Antes de la oración del alba*

El general avanzó lentamente por el patio empedrado, le rechinaron los dientes y se enderezó. Estaba decidido a disimular su cojera. No permitiría que Abbas viera que padecía dolor; ni Abbas ni los numerosos muleros que se apiñaban en torno al suave resplandor de los braseros que estaban situados alrededor del patio.

A la luz de las antorchas de pino tea, Ghalib vislumbró la fuente central, con su bebedero para los caballos, y la galería, la cual ocupaba tres lados del patio y comunicaba con las habitaciones donde se establecían los acuerdos comerciales. Y también vio las sólidas puertas de madera de la imponente entrada en arco, la cual estaba situada en el centro del cuarto lado.

Aquella alhóndiga constituía uno de los principales centros de comercio de Al Ándalus. Los mercaderes alquilaban las habitaciones de la planta baja para recibir a sus clientes. Los más adinerados incluso disponían de compartimentos privados y su nombre figuraba en carteles que colgaban de las columnas de las puertas. A la derecha y a la izquierda estaban los almacenes, los almacenes de seguridad y los establos, y en las dos plantas superiores se encontraban los aposentos, los cuales disponían de pequeños balcones que también daban al patio. El lugar apestaba a animales de carga, humo de leña quemada y dinero.

La alhóndiga estaba situada al sudeste de la ciudad, en el interior de la zona amurallada, junto a la Bab al Jadid. Esta puerta constituía uno de los extremos de una de las rutas de caravanas más importantes de Al Ándalus, las cuales comunicaban la capital del califato de Abderramán III con la ciudad de Jayyen, y esta con el puerto marítimo de Almería, en la costa mediterránea. Cientos de mercaderes recorrían esta ruta desde la costa a la capital y necesitaban un lugar donde hospedarse y realizar las transacciones comerciales en Córdoba. La alhóndiga de Abbas constituía una de las fondas y centros de operaciones comerciales más importantes del califato.

El general Ghalib se irguió cuan largo era, introdujo la mano en su capa y tiró de la almilla para que le cubriera la barriga; después empujó la puerta y entró en la habitación. Abbas era un hombre alto y anguloso que se movía con la rapidez de los pájaros, aunque a veces esto no repercutía en su favor. Al ver al general, se levantó con precipitación y estuvo a punto de volcar la lámpara de aceite que iluminaba los montones de documentos que cubrían su escritorio y todos los anaqueles de la habitación.

«¿Cómo puede alguien trabajar en medio de semejante desorden?», se preguntó

Ghalib.

Aunque lo intentó, Abbas no pudo ocultar el miedo que se reflejó en sus angulosas facciones al ver la imponente figura del general, quien estaba en el umbral de la puerta con la mano izquierda apoyada en la empuñadura de su espada franca. Los ricos bordados de plata de la capa de Ghalib destellaron a la luz de la lámpara y lo mismo ocurrió con el prendedor de plata que unía la corta pluma de pavo real a su gorra negra de piel de oso. Al ver a Abbas, quien después de estabilizar la lámpara hizo crujir los nudillos de sus manos con nerviosismo, Ghalib torció el labio y su exuberante bigote refulgió con la misma tonalidad negra de su gorra.

—*Shalam alaikum!* —saludó Ghalib.

Abbas apenas pudo espetar su respuesta:

—*Alaikum shalam!*

—Veamos —empezó Ghalib—, quizá vos podáis explicarme lo que ocurre y la razón de que me hayáis hecho llamar en mitad de la noche para ver el cadáver que está en vuestro pestilente patio trasero.

Abbas no pudo mirar al general a los ojos mientras contestaba.

—Espero que este asunto no nos tome mucho tiempo, general —declaró esforzándose para que su voz pasara por su encogida garganta—. Al fin y al cabo el difunto no se hospedaba en la alhóndiga, solo estaba visitando a uno de los huéspedes. Pienso que no os resultará difícil...

—Así que pensáis, ¿no? Sois el segundo pensador con el que tropiezo esta noche. Por lo visto, también pensáis que era un marino, pero ¿cómo podéis estar seguro? Sin duda pensáis mucho. ¿Y quién os creéis que sois diciéndome lo que tengo que hacer? ¿Creéis que no tengo nada mejor que hacer que ocuparme de todos los hombres que frecuentan a vuestras prostitutas y les cortan el cuello solo porque pensáis que merecen mi atención?

Abbas bajó la mirada.

—Sabemos con exactitud lo que ocurre aquí —continuó Ghalib—, así que será mejor que vayáis con cuidado... Con mucho cuidado, ¿comprendéis? Una palabra del visir al almotacén, el inspector de los mercados, y vuestro establecimiento será clausurado. ¡Entonces tendréis algo en lo que pensar!

Mientras el general Ghalib veía cómo el color desaparecía de las tensas facciones de Abbas, la llamada del muecín a la oración del alba, que marcaba el inicio del nuevo día, cortó el frío aire. El general Ghalib sintió el repentino impulso de irse y giró sobre sus talones. Tenía pensado acudir a la Gran Mezquita a orar aquella mañana, pero enseguida se dio cuenta de que eso tendría que esperar y se volvió de nuevo hacia Abbas.

—Antes de que todo el mundo se vaya a la mezquita encargaos de que los que hablaron con el marino, como vos lo llamáis, se presenten en vuestras dependencias.

Quiero hablar con todos ellos. He apostado a un guardia en la entrada. Nadie debe salir sin mi permiso.

Abbas tragó saliva, asintió con la cabeza y salió de la habitación. Ghalib lo contempló desde la ventana mientras atravesaba el patio y se preguntó qué demonios había hecho Suhail bin Ahmad, el almirante de la flota califal, para acabar tendido en el patio trasero de aquella alhóndiga de mercaderes con la garganta cortada y medio cráneo colgando.

*Justo después de la oración del alba*

**F**altaba muy poco para la salida del sol. Yanus ibn Firnas se arrebujó en su capa de lana y salió a la silenciosa calle. Se sentía bien. Más tarde, aquella misma mañana, se encontraría con su hija Miriam en la madraza, pero de momento los jóvenes marinos con los que iba a reunirse en la tetería Al Bisharah ocupaban sus pensamientos. Le resultaba estimulante trabajar en la madraza con los oficiales navales. Aquella mañana lo habían invitado a desayunar con ellos cuando terminaran de rezar en la Gran Mezquita y antes de iniciar su formación diaria. Un té caliente y unos panecillos recién horneados ahuyentarían el frío matutino. Además, seguro que también se divertirían. Aquellos hombres sabían pasárselo bien. Estar con ellos era como volver a ser estudiante, pensó Yanus.

Cuando giró hacia el sudeste y tomó el callejón de los vendedores de ropa, el anciano levantó la mirada hacia el cielo, que empezaba a clarear, y vio el fabuloso trío formado por la luna, que estaba en cuarto creciente, Kaiwan, a la que los cristianos llamaban Saturno, y Al Simak al Azal, a la que denominaban Espiga. ¿Qué mejor época que aquella para ser un astrónomo, con tantos descubrimientos y personas dispuestas a poner en práctica aquella ciencia?, pensó Yanus. ¡Vivía en una época realmente interesante! Sonrió para sus adentros mientras se acordaba de cuando Miriam le decía que tenía que ir más despacio porque ya no era un hombre joven. ¿Cómo podía ir más despacio cuando había tanto que hacer? Estaban en Córdoba, a la vanguardia de la astronomía moderna. ¿Por qué debería ir más despacio?

Cuando llegó a Al Bisharah, se encontró con Simón, el propietario, quien abrió sus enormes brazos para darle la bienvenida.

—¡Yanus! *Shalam alaikum!* ¿Cómo estáis? ¡Bienvenido, amigo mío! Los oficiales de la flota todavía no han llegado. ¡Entrad, entrad! —Lo condujo entre los madrugadores clientes hasta la parte trasera de la tetería—. Sentaos aquí. Esta es su mesa; lo bastante grande para ellos y sus guardias. Traeré otro taburete.

—*Alaikum shalam!* —saludó Yanus mientras se quitaba la capa y la colgaba de un gancho clavado en la pared. Se estremeció, se frotó las manos y declaró—: Resulta agradable entrar en un lugar cálido. —Inhaló el aroma a pastas recién horneadas y a té de menta, y contempló el barullo que lo rodeaba—. Estáis muy ocupado para ser tan temprano.

—Sí, gracias a Dios —contestó Simón mientras se secaba las manos con un trapo

que colgaba de su cinturón—. No me puedo quejar. Los mozos del zoco empiezan a trabajar con las primeras luces y, cuando regresen de la mezquita, la tetería se llenará.

Yanus señaló con la cabeza a un hombre que estaba sentado a una mesita que había junto a la entrada.

—Su aspecto es extraño, ¿no os parece?

El hombre vestía un albornoz de gruesa lana negra con una capucha que casi le cubría los ojos, lo que unido a su espesa barba hacía que su cara quedara escondida en las sombras.

—¡Ah, él! —repuso Simón—. Sí, viene casi todas las mañanas. Apenas habla con nadie y se pasa horas bebiendo una única taza de té. Un niño mendigo se acerca a él todos los días y él le da un par de monedas, así que no debe de ser una mala persona. Se comenta que trabaja en el campamento Ma'aqul. Se va todos los días a la misma hora y se lleva una cesta de *beraid* al campamento, así que es un buen cliente. Pero no hablemos más de él, ya llegan vuestros marinos. ¡Oíd cómo ríen!

Los cuatro marinos y los tres guardias que constituían su escolta atravesaron bulliciosamente la puerta.

—*Shalam alaikum*, Simón! —exclamaron.

Entonces vieron a Yanus sentado a su mesa.

—*Sheikh* Yanus! —gritó Siraj—. ¡Bienvenido! Debéis beber y comer con nosotros.

Simón les devolvió el saludo y se volvió para ir a buscar las pastas y el té de menta.

—¡Simón, traed también *beraid*! —gritó Siraj—. Sé con certeza que el *sheikh* Yanus es un entusiasta de vuestros *beraid*. Bandar, siéntate aquí, junto a la pared, para que nadie tropiece con tu brazo herido. ¡*Sheikh* Yanus, preguntadle a Bandar qué le ha ocurrido!

Bandar pareció sentirse avergonzado mientras sus compañeros y hasta los guardias se reían a carcajadas. Yanus se fijó en que Bandar sostenía su brazo derecho contra su pecho y que la manga, que estaba mojada debido a las abluciones realizadas antes de entrar en la mezquita, empezaba a teñirse de sangre.

—Explicadme, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Yanus.

—Le ha atacado un tigre —contestó Siraj, y los demás volvieron a reírse.

—¡Callaos! —exclamó Bandar, que, indudablemente, no disfrutaba de la broma como los demás—. Esta mañana temprano he intentado acariciar a un gato y él me ha recompensado clavándome las uñas. La verdad es que resulta bastante doloroso.

—¿No vais a ver al visir antes de ir a la madraza? —preguntó Yanus justo cuando Simón llegaba a la mesa con una bandeja llena de pastas y té.

—He traído *beraid* para vos, Yanus —anunció Simón.

—Sí —respondió Bandar a la pregunta de Yanus—. El visir Hasdai quiere vernos



a Siraj y a mí.

—Gracias, Simón —contestó Yanus, y se volvió hacia Bandar—. El visir podría curaros el brazo. De hecho, se trata de un médico de gran talento. ¿Sabéis cuánto tiempo pasaréis con el visir?

—Lo siento, lo ignoro —repuso Bandar—. La verdad es que no tengo la menor idea de por qué quiere vernos.

—Espero que no os tome demasiado tiempo —comentó Yanus—. Hoy tenemos mucho que hacer en la madraza. Supongo que Suhail, el comandante de la flota, se reunirá con nosotros allí.

—Nosotros tampoco queremos pasar mucho tiempo con el visir teniendo en cuenta que podríamos pasarlo con vuestra encantadora hija —repuso Siraj con una sonrisa.

Yanus no supo cómo tomarse aquella ocurrencia del hombre de Qartajana.

—Bien, sea como sea, será mejor que nos pongamos en marcha —declaró Yanus—. Terminad el desayuno y, mientras vosotros vais a reuniros con el visir Hasdai, los demás iremos a la madraza.

*Después de la oración del alba*

Los leños de pino crepitaron en la chimenea inundando la sala con su calor y manteniendo a raya la fría luz matutina que entraba por la ventana. Los tres hombres estaban en la sala de trabajo del visir, en el Alcázar, el palacio califal en Córdoba, a poca distancia del ala privada del príncipe heredero.

—Esto puede que os escueza un poco —anunció Hasdai ben Shaprut.

—Me habían dicho que erais diplomático, no médico, excelencia —declaró Bandar bin Sadiq, el vicealmirante de la flota.

Su colega, Siraj bin Bahram, interrumpió de golpe su risita al percibir la mirada iracunda del visir. Bandar realizó una mueca de dolor mientras el visir, el principal asesor diplomático del califa, le frotaba el brazo con un trapo de algodón húmedo.

—Efectivamente, soy diplomático —replicó Hasdai con el ceño fruncido a causa de la concentración—. Esto es, más que nada, un entretenimiento.

—Veréis —comentó Bandar de forma repentina—. En realidad no es nada. Se trata, solo, de un arañazo.

—Entonces, ¿por qué apartáis el brazo? —replicó el visir—. Intentad manteneros quieto. ¿Y por qué lo encontráis vos tan divertido, Siraj?

—Lo siento, excelencia, se trata solo de que no estoy acostumbrado a ver a Bandar de esta forma.

—En mi opinión, si rierais menos y observarais más, podríais aprender algo sobre los beneficios de la higiene en la medicina.

—Sí, excelencia; lo siento, excelencia.

—¿En qué consiste este remedio? —preguntó Bandar mientras Hasdai daba pequeños toques con el trapo en la herida.

—Humm... Se trata de una mezcla de lavanda, tomillo y un poco de camomila. Se supone que ayuda a limpiar la herida.

—¿Se supone? ¿Desde cuándo practicáis este entretenimiento? Por favor, decidme que sabéis lo que hacéis.

—¿Qué decís que os ocurrió? —preguntó a su vez Hasdai.

—Un gato me arañó —respondió Bandar rechinando los dientes.

—Parece que hayáis estado luchando contra uno de los animales del jardín del califa —comentó Siraj.

—Podemos pasar sin vuestros comentarios jocosos, vicealmirante —replicó Hasdai mientras ajustaba el vendaje que acababa de aplicar al brazo de Bandar—.

Bueno... ya está. Ahora procurad no quitaros el vendaje y mantened la herida limpia.

Hasdai apartó a un lado el cuenco y el trapo, deslizó los dedos por su ralo cabello y se acarició la barba de corte recto.

—Gracias, excelencia —declaró Bandar mientras se bajaba la manga de la túnica. Ahora fue él quien lanzó una mirada airada a Siraj.

—Bien, antes de reunimos con el príncipe heredero, debemos tratar unas cuantas cuestiones, así que sentaos —indicó Hasdai señalando con la cabeza un taburete que había junto a Siraj.

Se dirigió a su escritorio y tomó una sarta de costosas cuentas de ámbar ensartadas en una cadena de plata que estaba junto al tintero.

Bandar miró a Siraj y el visir percibió sorpresa en sus ojos.

—Sí, Bandar bin Sadiq —declaró el visir—, soy judío, pero este *tasbih* es un regalo personal del califa. Pensó que me ayudaría a ser más paciente. Esperemos que esté en lo cierto, ¿no creéis, Siraj?

—Sí, vuestra excelencia —susurró el joven vicealmirante, y bajó la mirada fijándola en el escritorio, que estaba cubierto de mapas y cartas estelares.

—¿Cómo es que el príncipe todavía está aquí? —preguntó Bandar en voz baja.

—¿A qué os referís?

—Creí que la corte se había trasladado al nuevo palacio de Medina Azahara.

—Así es, en efecto, al menos en lo que respecta al califa, pero el príncipe prefiere estar aquí. Ha decidido mantener su lugar de trabajo aquí, en Córdoba; sobre todo durante el invierno. Lo encuentra más cálido, y debo decir que yo soy de la misma opinión.

—Entonces tenéis que ir y venir de Medina Azahara a Córdoba continuamente, lo que debe de resultaros trabajoso —comentó Siraj.

—En realidad los dos lugares no están tan lejos el uno del otro —repuso Hasdai—. Al menos no lo están para un hombre paciente. —Observó a Siraj durante largo rato y, después, señaló los documentos que había encima del escritorio—. Ahora ponedme al corriente.

Siraj alisó uno de los mapas, lo volvió de cara al visir y señaló la costa sur de Al Ándalus.

—Bien, como sabéis, para respaldar la campaña militar principal, era preciso proveer al regimiento de caballería de cuatrocientos caballos, así que hemos enviado cuatro naves como avanzada. —Volvió a señalar un lugar del mapa—. Las naves zarparon hace treinta días de aquí, del puerto de Almería, con dirección a Malta, donde se reagruparán antes de continuar navegando.

—¿Las cuatro naves zarparon al mismo tiempo?

—Sí, vuestra excelencia —contestó Bandar—, tanto las que transportaban a las tropas como las dos de los caballos. Debo decir que siento cierta envidia de su viaje a

Malta.

—¿Por qué razón? —preguntó Hasdai.

—Aquel constituyó mi primer destino. Yo mandaba la escolta de unos mercaderes que se dirigían a Malta y me quedé allí durante tres meses.

—Centrémonos en lo que nos ocupa —aseveró Hasdai mientras deslizaba las cuentas por la cadena. Levantó la vista y miró a los vicealmirantes—. No entiendo por qué los jázaros no pueden suministrarnos los caballos.

—Bueno, en realidad, podrían suministrárnoslos, señor, pero nuestros oficiales quieren disponer de sus propias monturas —repuso Siraj—. Prefieren los caballos bereberes.

—Es lógico —comentó el visir—. Entonces, ¿de cuántos hombres disponemos en total?

—Bueno, sin contar los cuatrocientos remeros, en total disponemos de seiscientos hombres —respondió Bandar.

—¿Y dónde se encuentran ahora?

—Bueno, deberían estar a pocos días de Malta, señor, y si han contado con buenos vientos, puede que incluso ya estén allí, aunque todavía no ha llegado ninguna paloma mensajera. La flotilla partió de Almería rumbo a Tenes, en la costa de Berbería. Desde allí debían navegar frente a la costa de Argel, doblar el cabo de Túnez hasta Pantelleria y después, seguir hasta Malta. Nada más llegar, enviarán mensajes a Córdoba y Almería. Nos hemos asegurado de que dispongan de suficientes palomas.

Hasdai observó el mapa y señaló un lugar con el dedo.

—Esto es Malta, ¿no?

—Sí, excelencia —contestó Siraj—. Cuando llegue el mensaje de la flotilla de avanzada, necesitaremos seis días para desplazarnos hasta Almería y otros diez para poner en marcha la flota.

Bandar se frotó el brazo vendado. Empezaba a escocerle de nuevo.

—Veréis, excelencia, resulta bastante inconveniente que estemos aquí ahora mismo, porque estamos empleando un tiempo valiosísimo que podríamos dedicar a preparar la flota.

Hasdai suspiró, levantó la vista del mapa y miró sucesivamente a los dos oficiales navales mientras deslizaba con rapidez las cuentas por la cadena de plata.

—La verdad es que no estamos interesados en lo que os conviene o no, vicealmirante —replicó Hasdai en un tono de voz que les heló la sangre—. No tenéis elección en este asunto. El príncipe heredero quiere informar personalmente al almirante de la flota de las últimas noticias recibidas de Bagdad. Además, el califa vendrá a Córdoba para actuar como anfitrión en una recepción que se celebrará en vuestro honor antes de vuestra partida hacia Almería.

—Lo siento, vuestra excelencia, es solo que me pone nervioso estar continuamente bajo custodia. El único lugar al que se nos permite ir es la tetería Al Bisharah, e incluso allí tenemos que ir con nuestra escolta. Aparte de eso, pasamos la mayor parte del tiempo en la madraza, donde una mujer y su anciano padre nos enseñan astronomía... —explicó Siraj.

—Contadme, Siraj bin Bahram, ¿todos los oficiales navales de Qartajana al Halfa son tan poco cuidadosos con sus palabras como vos? —lo interrumpió el visir mientras intentaba contener su enojo—. Ese anciano padre, como vos lo llamáis, es el astrónomo de la corte, y esa mujer ha desarrollado algo que podría hacer que ganáramos esta campaña. Lo menos que podéis hacer es escucharla.

—Disculpadme —contestó Siraj—, pero para seros sincero, resulta un poco difícil concentrarse en sus palabras... si sabéis a lo que me refiero, excelencia.

Hasdai sabía, exactamente, a lo que se refería Siraj y se le erizó el vello al imaginarse a aquel hombre halagando a Miriam. Hacía semanas que él no había podido estar a solas con ella.

—El príncipe y yo apreciamos vuestras ansias por zarpar —declaró Hasdai—, pero el trabajo que Miriam y su padre han realizado para desarrollar los nuevos instrumentos de navegación podría resultar decisivo para el éxito de vuestra misión.

Bandar intervino para evitar que su compañero hablara.

—Nos ha impresionado mucho su trabajo. Además, son muy hábiles enseñando. Poder navegar siguiendo una derrota sin tener que depender de un punto fijo en tierra para conocer la latitud constituye algo revolucionario.

—Desde luego —corroboró Hasdai—. Y, lo que todavía es más importante, su invento constituye el mayor avance de la época. ¿Y cómo les va a vuestros hombres la formación?

—Son hombres diestros, señor —contestó Siraj—, pero la situación resulta frustrante para todos nosotros. Los marinos queremos navegar, no permanecer atascados a cientos de millas del mar.

Al percibir la impaciencia del visir, que se reflejaba en el rápido entrechocar de las cuentas, Siraj se interrumpió.

—Como respuesta a vuestra pregunta, visir, la formación progresa debidamente —contestó Bandar.

—Bien. Y supongo que vuestros hombres se muestran discretos y se mantienen alejados de los lugares públicos.

—Les hemos ordenado que permanezcan en sus aposentos después de la oración del crepúsculo, excelencia.

Hasdai asintió con la cabeza.

—Es muy importante que sigan haciéndolo. No queremos que más gente de la necesaria sepa que están aquí y, por encima de todo, no queremos que nadie sepa en

qué consiste su formación.

—Vuestra excelencia, deseaba preguntaros, ¿por qué se mantiene tan en secreto el invento del nuevo astrolabio? —preguntó Siraj—. Al fin y al cabo, no creo que Miriam y su padre vayan a transmitir la información a los bagdadíes.

Hasdai inhaló hondo.

—Digamos que hemos aprendido a ser cautelosos. El príncipe heredero no desea que se sepa lo del nuevo astrolabio por si Bagdad está más cerca de lo que creemos.

—Sí, claro, lo comprendo —intervino Bandar—. Pero ayudadme a comprender otra cuestión, visir. Vos sois diplomático y me sorprende que apoyéis esta misión.

—¿A qué os referís? —preguntó Hasdai.

—Bueno, si esta campaña constituye un éxito, significará que cientos, si no miles de soldados bagdadíes morirán.

Hasdai exhaló un suspiro.

—Vicealmirante, ayudadme vos a comprender algo. ¿Por qué todos los militares juzgan el éxito de una campaña en términos del número de muertos?

Bandar se encogió de hombros y miró a Siraj, quien ahora tuvo el buen sentido de mantener la boca cerrada.

—La razón de que apoye esta campaña es porque creo, sinceramente, que el astrolabio constituye un avance importantísimo y que puede proporcionar a nuestra flota una ventaja tan grande que nos lleve a la victoria sin la pérdida de vidas que parecéis tan ansioso en causar.

—¿Cómo es posible? —preguntó Siraj.

Ahora fue Hasdai quien volvió los mapas hacia los oficiales.

—Como sabéis, hará unos dieciocho meses, firmamos un tratado con el reino de Jazaria —explicó Hasdai mientras extendía los mapas—. Desde una perspectiva militar, hasta ahora, ni los jázaros ni nosotros hemos estado preparados para actuar conforme a aquel tratado. Ahora, el califa y el príncipe heredero desean hacer retroceder al grueso de las fuerzas bagdadíes hasta la frontera persa. —Mientras hablaba, Hasdai fue señalando distintos lugares del mapa—. El ejército jázaro nos estará esperando aquí, al norte de Mosul. Cuando la flotilla de avanzada y la flota principal se encuentren frente a la costa de Latakia, las tropas del califa se dirigirán a Mosul para unirse a los jázaros y, cuando hayan tomado la ciudad, marcharán sobre Bagdad y obligarán al ejército bagdadí a retroceder hacia la frontera. Los persas percibirán esta retirada como un ataque a su territorio y, probablemente, contraatacarán. Entonces el ejército de Bagdad se verá obligado a luchar en ambos frentes y será aplastado.

—Todo esto ya lo sabíamos, visir —declaró Siraj—. De hecho, colaboramos con el almirante de la flota y los estrategas elaborando el primer esbozo del plan.

—Por supuesto que ya lo sabíais, pero lo que ignorabais, hasta ahora, es que la

flota principal no seguirá el mismo derrotero que la avanzadilla.

El visir se detuvo para permitir que los lugartenientes del almirante asimilaran la importancia de su revelación.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué no? —preguntó Bandar, y se sonrojó mientras miraba a Siraj.

—Porque eso es, precisamente, lo que la opinión generalizada o, mejor dicho, la opinión generalizada del mundo de la navegación esperaría —contestó Hasdai—. Y también es lo que Bagdad esperará que hagamos.

—No lo comprendo —masculló Siraj—. Considero indispensable que sepamos el derrotero que seguirán las naves que gobernamos.

—Estoy completamente de acuerdo —repuso el visir mientras miraba, alternativamente, a los dos lugartenientes—, y cuando vos y vuestros hombres hayáis aprendido el funcionamiento del astrolabio y el almirante de la flota califal y yo estemos satisfechos con vuestros progresos, todo os será revelado. Ahora vayamos a ver al príncipe. Recordad que habéis sido elegidos por vuestra antigüedad y porque colaborasteis con el almirante en la planificación de la campaña. Y, Siraj bin Bahram, por el bien de vuestra cabeza, medid vuestras palabras.

*Después de la oración del alba*

—¿Habéis retirado el cuerpo?

—Sí, señor —contestó el cabo.

—Bien —repuso el general Ghalib—. ¿Y habéis enviado el mensaje al visir?

—Lo he intentado, señor, pero no he podido hablar con él. Estaba reunido con los lugartenientes del almirante y el príncipe heredero. Me advirtieron de que no debía ser molestado.

El general asintió con la cabeza.

—Bien —comentó mientras se sentaba en un banco de piedra y se masajeaba la rodilla—. Iré a verlo personalmente más tarde.

Echó un vistazo al patio de la alhóndiga, que ahora estaba vacío salvo por un soldado que vigilaba la puerta de la habitación de trabajo de Abbas.

—¿Dónde están los muleros?

—Abbas los ha conducido a los establos y les ha llevado té caliente.

—No es habitual en él ser tan generoso. ¿Nadie ha abandonado la alhóndiga?

—No, señor.

—¿Habéis encontrado al mulazim Haitham?

—Todavía no, señor.

—Está bien. Ahora volveré a hablar con Abbas y quiero que estéis presente.

—Sí, señor.

—¿Quién está con él?

—Un mercader de telas de Sevilla.

—Bien. También quiero hablar con la persona que encontró el cadáver.

—Sí, señor. Me encargaré de que así sea. Según Abbas, quien lo hizo reconoció al difunto.

—¿Lo reconoció en el sentido de que sabe quién es o se dio cuenta de que lo había visto antes?

—No lo sé, señor. Creo que...

La mirada airada del general lo hizo callar bruscamente.

—Cuando entremos, dejad que hable yo. Vos, escuchad, pero no digáis nada. ¿Entendido? ¡Nada! Vamos.

—Sí, señor.

Cuando se acercaron a la habitación de trabajo de Abbas, el guardia se puso firmes y luego se encorvó para abrir la puerta a su comandante en jefe.



Los dos hombres que estaban sentados al escritorio se incorporaron precipitadamente y el mercader de telas volcó su té sobre un montón de documentos. Abbas abrió la boca para soltar un reniego, pero percibió la mirada del general, se lo pensó mejor y no dijo nada.

Los dos hombres estaban visiblemente asustados y el mercader se esforzaba en dominar el temblor de sus regordetas manos.

—¡Vaya! ¿A quién tenemos aquí? —preguntó el general—. ¡Sentaos!

Los hombres obedecieron.

—Así que se trataba de un marinero, ¿no? —preguntó Ghalib.

—Eso creo, señor —contestó el mercader de telas en voz baja.

—Hablad más alto. ¿Cómo os llamáis?

—Antonio, señor.

—Muy bien, Antonio. ¿Qué habéis dicho?

—He dicho que eso creo, señor.

Ghalib exhaló un suspiro.

—¿Por qué creéis que era un marinero?

—Eso es lo que me dijo, señor —contestó Antonio mientras retorció entre las manos el pañuelo que utilizaba para cubrirse la cabeza.

—¿Cuándo?

—Cuando nos conocimos, señor.

—¿Y cuándo fue eso? ¿La noche pasada?

—No, señor. Lo conocí hace dos noches, en la casa de baños.

—¿En qué casa de baños? —preguntó Ghalib con la mirada fija en el mercader.

—La que regenta el viejo yemení, la que está cerca de...

—Conozco la casa de baños del yemení —lo interrumpió Ghalib—. ¿Y qué hacíais allí?

—Fui con uno de los comerciantes del zoco a jugar a la taba —respondió Antonio.

Ghalib levantó la mirada hacia el techo.

—¡Apuestas! ¡Si me dieran un dinar por cada muerte que se ha producido en relación con apuestas de juego...! ¿Quién es ese comerciante del zoco con el que fuisteis a la casa de baños?

—Se llama Nasim.

—¿De qué lo conocéis?

—Lo conozco del zoco. Me compra tela arpillera para envolver sus frascos de perfume y protegerlos durante el transporte.

—¿Y qué hicisteis Nasim y vos en los baños?

—Veréis, señor, jugamos varias partidas de la taba y después dos hombres se unieron a nosotros.

—¿Y quiénes eran esos dos hombres? —preguntó Ghalib.

—Yo no los conocía, señor, pero uno de ellos era...

—¿El hombre que estaba en el patio y a quien le faltaba media cabeza? —lo interrumpió Ghalib.

Antonio bajó la mirada al suelo y asintió con la cabeza.

—Contadme qué ocurrió en la casa de baños —prosiguió Ghalib—. ¿Así que jugasteis a la taba?

—Sí, señor.

—Habéis dicho que eso fue hace dos noches. ¿Qué ocurrió ayer por la noche?

—Vino a visitarme a la alhóndiga.

—¿Por qué? —preguntó Ghalib.

—Yo le debía dinero del juego.

El mercader bajó la cabeza para esquivar la mirada furiosa y reprobatoria del general.

—¿Y por qué se desplazó él hasta aquí?

—Dispongo de un almacén de seguridad en la alhóndiga donde guardo mis mercancías y objetos de valor —explicó Antonio.

—No lo entiendo. ¿Si vos le debíais dinero, por qué no fuisteis vos a dónde estaba él para pagarle?

Antonio se secó la frente con el pañuelo.

—Me dijo que quería venir él, señor.

—¿Por qué?

Antonio no respondió y Ghalib se inclinó hacia él.

—Si lo deseáis, puedo ordenar que nos dejen solos para que podáis hablar con tranquilidad —le susurró al oído con un tono de voz que dejó helado al mercader.

Antonio se estremeció y sus rollizas mejillas temblaron.

—Había organizado un entretenimiento para después de la cena —contestó en voz baja.

—¿Un entretenimiento? —repitió Ghalib—. ¿Os referís a unas prostitutas?

—Bueno, señor..., sí, señor, unas prostitutas.

—¿Solo para vosotros dos?

—Sí, señor.

—¡Hablad más alto!

—Sí, señor, solo estábamos nosotros dos y, desde luego, las muchachas.

—Eso os convierte en el principal sospechoso del asesinato, ¿no creéis? Y ya sabéis lo que hacemos con los asesinos: los clavamos en un madero en el zoco.

Antonio tuvo que esforzarse para hablar con coherencia.

—¡Yo no lo maté, señor! ¿Por qué habría de matarlo? ¡Si no lo conocía, señor!

—Pero sois la última persona que lo vio con vida.

—No, señor, no lo soy. Yo me marché y lo dejé solo con las prostitutas. ¡Cuando me fui, él estaba vivo! Ellas lo vieron con vida después de mí. Yo no lo hice. ¡Yo no lo maté!

—Bueno, el entretenimiento, como vos lo llamáis, puede constituir la inversión más afortunada que hayáis realizado en la vida. —Entonces se dirigió a Abbas—: Quiero hablar con las muchachas. Y vos —declaró señalando a Antonio—, id a vuestros aposentos y quedaos allí hasta que el cabo vaya a buscaros. Cabo, apostad un guardia en la puerta de los aposentos del mercader.

—Sí, señor —contestó el cabo—. Venid conmigo —ordenó al mercader.

Cuando el mercader de telas salió dando un traspie de la habitación, Ghalib se volvió hacia Abbas.

—Traed a las prostitutas.

Minutos después, la puerta se abrió y Abbas entró con tres muchachas. El general Ghalib, que estaba sentado al escritorio, les indicó, con un gesto, que tomaran asiento. Le indignó lo jóvenes que eran. Debían de tener aproximadamente la misma edad que su hija pequeña, pero a diferencia de su querida Khalila, a aquellas muchachas se las veía cansadas, y sus ojos, hundidos y delineados con *kohl*, hablaban de falta de sueño y de los abusos que habían sufrido, los cuales habían borrado el brillo de su piel. Sus ropas, ligeras y bordadas con lentejuelas, no les proporcionaban ningún calor en aquel frío mes invernal, y las muchachas se cubrían los hombros con sábanas viejas y raídas. Un aroma a esencia de rosas, vino y tristeza entró con ellas en la habitación. Ghalib se fijó en que una de las muchachas tenía moretones encarnados en las muñecas y largos arañados en el antebrazo izquierdo.

—Abbas, traed dátiles y té caliente a estas jóvenes damas y después encargaos de que pueda hablar a solas con ellas —ordenó Ghalib.

El propietario de la alhóndiga fue lo bastante listo para no mostrar el menor signo de enfado al ser tratado como un sirviente delante de sus «jóvenes damas» y se apresuró a cumplir los deseos del general.

—No tengáis miedo —las tranquilizó Ghalib con voz amable—. Solo os he hecho llamar para averiguar qué ocurrió exactamente. Contadme todo lo que sucedió y lo que él dijo.

—¿Quién? —preguntó una de las muchachas—. ¿El muerto?

Ghalib asintió con la cabeza.

—Bueno —empezó una de las jóvenes—, para ser sincera, ellos no parecían sentir el menor interés por nosotras. Se pasaron la mayor parte del tiempo mirando el patio por la ventana. Pero a nosotras nos pareció bien, porque, de todas formas, nos pagaron. Bebimos algo de vino con ellos y después cantamos y bailamos para ellos, pero se mostraron indiferentes.

Abbas llamó a la puerta y entró con una bandeja en la que transportaba té y un gran cuenco con dátiles.

—Dejadla en la mesa y marchaos —ordenó Ghalib.

Las muchachas se calentaron las manos con las tazas de té mientras Abbas se retiraba de su propia sala de trabajo.

—Decís que bailasteis para ellos. ¿Había en la habitación un músico al que no habéis mencionado antes?

—No —contestó una de las muchachas—. Fue él, el hombre al que han asesinado. Él tocó para nosotras. En la habitación había un laúd y él lo descolgó de la pared y se puso a tocar. Lo hacía realmente bien.

—Esto es importante, ¿el hombre se quedó después de que el mercader se marchara? —preguntó Ghalib.

La muchacha de las muñecas amoratadas bajó la cabeza y asintió.

Ghalib señaló sus morados.

—¿Él te hizo los morados?

Ella negó con la cabeza.

—No, me los hizo el mercader. Me agarró de las muñecas y no me soltaba. Me agarró con mucha fuerza y me zarandó una y otra vez.

—Y se puso a gritar —intervino otra de las muchachas—. Lo único que había hecho ella era asomarse a la ventana para ver qué estaba mirando. Tuvimos que tranquilizarlo. Para entonces ya era casi media noche. Al final, conseguimos calmarlo: le ofrecimos más jerez y él la soltó para poder beber. Creí que le había roto los brazos.

El general suspiró.

—¿Y por qué se fue el hombre al que han asesinado? ¿Cuál fue el motivo de que se marchara?

—Él tocaba el laúd y se levantaba de vez en cuando para mirar por la ventana y, de repente, se fue.

—¿Qué quieres decir?

—Ocurre a menudo. Los hombres, simplemente dejan de hacer lo que están haciendo y se van. La última vez que lo vimos estaba cruzando el patio principal. Quizás el asesino lo esperaba detrás de las escaleras y lo atrajo de algún modo hasta allí. En aquel momento, los clientes dormían en las habitaciones que hay alrededor del patio. Cualquiera de ellos pudo hacerlo.

Ghalib decidió no reaccionar a su sugerencia.

—Gracias, jóvenes, lo que me habéis contado me resultará muy útil. Podéis terminaros el té y marcharos. Y llevaos los dátiles.

Ghalib se quedó solo en la habitación y reflexionó sobre lo que acababan de contarle las muchachas. El almirante de la flota había sido asesinado mientras él

estaba de guardia y el mulazim Haitham, que era el oficial encargado de su protección, estaba ilocalizable.

### *Antes de la oración de mediodía*

El príncipe Hakam, hijo del califa Abderramán III y heredero del califato de Al Ándalus, se masajeó las sienes, se levantó, se dirigió con paso decidido al balcón y contempló el jardín. Dos palomas blancas que aleteaban sobre un naranjo llamaron su atención. Hasdai oyó el chasquido seco de sus plumas conforme se posaban en las ramas del árbol. El príncipe tenía los brazos en jarras y su elegante túnica de brocado dejaba entrever la robustez y fortaleza de su tronco. Como su padre, el príncipe no era alto, pero el entrenamiento militar le había proporcionado un físico musculoso y movimientos ágiles y rápidos.

El príncipe se ajustó el turbante de seda roja, regresó al diván, se arrellanó en los lujosos almohadones y entrelazó las manos sobre su regazo. Luego observó con fijeza a los lugartenientes del almirante. Primero a Bandar bin Sadiq y, después, a Siraj bin Bahram. A continuación, echó una ojeada a las cartas náuticas que había sobre la mesita de madera de alcanfor que lo separaba de ellos. Las palomas habían emprendido el vuelo y el único sonido que se percibía era el suave crepitar del fuego que calentaba la sala y despedía un olor dulce a resina de pino.

Al final, el príncipe habló sin levantar la vista.

—¿Cuándo llegará la flotilla de avanzada a Malta?

—Esperamos recibir noticias de su llegada en cualquier momento, alteza —respondió Bandar.

—Cuando hayan repuesto las provisiones en Malta, navegarán hacia el sur hasta Benghazi —explicó Siraj—. Desde allí seguirán la costa alejandrina y después virarán hacia el nordeste en dirección a Chipre hasta alcanzar el punto de encuentro, frente a la costa de Latakia, donde esperarán a la flota principal.

El príncipe miró al visir, quien asintió levemente con la cabeza.

—Tengo entendido que sabéis que se ha producido un cambio en los planes —declaró el príncipe Hakam.

—Sabemos que los planes han cambiado, alteza —declaró Bandar, y lanzó una mirada a Hasdai—. Pero no conocemos los detalles.

—De momento los detalles no son de vuestra incumbencia —replicó el príncipe heredero—, y no saquéis conclusiones precipitadas respecto al hecho de que no se os hayan revelado. Ese es el deseo del califa. Solo el califa, el visir, el almirante de la flota y yo conocemos el nuevo plan. Lo que necesitáis saber os será revelado a su debido tiempo.

—Desde luego, alteza —contestó Siraj.

—Cuando ayer hablé con el almirante, me dijo que vuestros contactos os han comunicado noticias de última hora sobre las fuerzas de Bagdad. Contadme las novedades.

Bandar hizo girar uno de los mapas y lo puso de cara al príncipe.

—Según nuestras fuentes, el grueso del ejército de Bagdad está emplazado al oeste del río Tigris, que constituye la frontera con el territorio jázaro. Nuestro hombre en Bagdad nos ha informado de que las tropas están divididas en grupos de unos siete mil quinientos hombres situados cada cinco *farsaj* hasta la misma frontera..., aquí. O sea, cada quince millas romanas, alteza.

La mirada del príncipe fue lo bastante glacial para que Bandar se estremeciera.

—No necesito que me digáis a qué equivale un *farsaj*. ¿A qué distancia se encuentra la frontera jazarí de Bagdad? —preguntó el príncipe.

—Una vez hayamos tomado Mosul, tardaremos unos diez días en llegar a la frontera, alteza —contestó Siraj.

El príncipe asintió con la cabeza y reflexionó durante unos instantes.

—¿Vuestros informadores han dicho algo acerca de la relación de Bagdad con los bereberes?

—Sí, alteza —respondió Bandar—. Según las últimas noticias, Bagdad ha estado enviando agentes a la costa de Berbería, pero de momento no parece que los bereberes supongan una amenaza para Al Ándalus.

—Muy bien, gracias —declaró el príncipe—. Vuestras novedades son de gran utilidad. Ahora debéis reanudar vuestros estudios en la madraza. Según tengo entendido, todavía tenéis mucho que hacer antes de la llegada del califa. —El príncipe se puso de pie y señaló la puerta—. Cuanto antes aprendáis vos y el resto de los oficiales a manejar efectivamente el nuevo astrolabio, antes podremos informaros de los planes que hemos elaborado para la flota principal. Ahora dejadnos.

—Sí, alteza.

Los dos vicealmirantes realizaron una profunda reverencia y se dirigieron lentamente hacia la puerta.

Cuando salieron de la sala, el príncipe se volvió hacia Hasdai.

—Hay algo en el hombre de Qartajana que no me gusta.

—Sé a qué os referís, alteza —corroboró Hasdai—, pero por lo que dicen, es el mejor navegante de todos.

—Quizás eso le salve la vida. ¿Cuánto tiempo tardarán en estar preparados?

—Si no se produce ningún contratiempo, alteza, deberían estar listos para partir hacia Almería y unirse a la flota en pocos días.

—Entonces ordenad al almirante que se asegure de que no se produce ningún contratiempo. No quiero que nada se interponga en el desarrollo de esta campaña. Y

esa es también la voluntad del califa.

El príncipe contempló el montón de mapas y cartas náuticas que había encima de la mesa y los señaló con un gesto.

—¿Estamos absolutamente seguros de que funcionará? Nunca se había hecho nada parecido hasta ahora.

Hasdai reflexionó unos instantes y declaró:

—Estamos tan seguros como podemos estarlo, alteza. Llevamos preparándonos para ello casi dos años.

El príncipe Hakam volvió a sentarse en el diván de cara al visir.

—Bien —declaró mientras tomaba uno de los mapas—. Ahora volved a explicarme el plan. Cuando el califa me pregunte por qué actuamos en contra de un siglo de conocimientos navales debo poder explicarle con exactitud por qué se trata de una buena idea. —Volvió a dejar el mapa en la mesa—. Y, lo que es más importante, debo poder explicarle por qué cogemos desprevenida a Bagdad.



*Antes de la oración de mediodía*

**B**andar y los otros tres oficiales navales estaban en una sala estrecha y bien vigilada de la madraza con Yanus ibn Firnas, que era su instructor y el astrónomo de la corte. Se trataba de un hombre menudo, de unos sesenta años de edad, sus ojos eran brillantes y su bien recortada barba blanca contrastaba con su tez oscura. Los marinos apenas podían creer lo que Yanus acababa de explicarles.

—¿Queréis decir que podremos determinar nuestra latitud sin ver tierra? —preguntó Siraj bin Bahram con incredulidad.

Yanus miró fijamente a los cuatro marinos y asintió con la cabeza.

—Exacto —confirmó—. Y precisamente por eso el almirante de la flota debería estar aquí. Si alguien necesita saber cómo hacerlo es él.

—¿Y de dónde proceden los nuevos astrolabios? —preguntó uno de los marinos.

—Se fundamentan en un diseño de Abdul Rahman Sufi, quien trabaja en Shiraz —explicó Yanus.

—¿Y cómo ha llegado a vuestras manos el diseño? —preguntó Bandar bin Sadiq.

—Eso no necesitáis saberlo. Sin embargo, lo que sí debéis comprender es lo importantes que son estos instrumentos y de lo que son capaces. Debo hacer hincapié en que estas cuestiones deben mantenerse en absoluto secreto. Los instrumentos se han construido siguiendo las instrucciones de mi astrónomo adjunto, que, como sabéis, es mi hija Miriam.

Mientras escuchaban sus palabras, los marinos oyeron que los guardias de la puerta se ponían firmes y una mujer sumamente bella y de unos treinta años de edad entró en la sala. Iba vestida con una túnica azul cielo de seda salvaje que le llegaba a las rodillas y unos pantalones a juego con las perneras embutidas en unas botas de cuero forradas de piel. Un manto profusamente bordado y de la más fina lana egipcia cubría sus hombros y parte de su cabellera de color caoba, aunque no toda. Dos soldados la siguieron al interior de la sala. Uno de ellos llevaba siete almanaques, y el otro, siete estuches idénticos de piel roja. Los dejaron sobre la mesa que había frente al astrónomo y se marcharon.

—Buenos días, señores —saludó Miriam, y se volvió hacia su padre—. ¿Dónde está el almirante de la flota?

—Por lo visto, nadie lo sabe —contestó Yanus—. Será mejor que sigamos sin él.

Miriam tomó uno de los almanaques, abrió uno de los estuches y sacó un disco de bronce calibrado y entrecruzado por dos agujas. Una varilla móvil que actuaba de

visor estaba sujeta en el centro del disco, justo donde se cruzaban las agujas.

—Supongo que mi padre ya os ha explicado que el interés de estos astrolabios reside en que, a diferencia de los instrumentos que habéis tenido hasta ahora, estos son universales y pueden utilizarse en cualquier punto del mar para determinar la latitud del observador. Para explicarlo de una forma sencilla, estos instrumentos pueden usarse para navegar sin ver tierra.

»Permitidme explicarme. Hay dos formas en las que puede calcularse la latitud de una nave utilizando este astrolabio y el almanaque. La primera es medir la altitud del sol cuando se halla en su cénit. —Miriam señaló una ventanilla redonda situada en lo alto de una de las paredes y sostuvo el astrolabio en esa dirección—. Imaginemos que esa ventanilla es el sol en su punto más alto en el cielo. Primero enfoco el sol con la varilla móvil. A continuación, leo el ángulo correspondiente a la altitud del sol y consulto el almanaque para averiguar la declinación del sol correspondiente al día de hoy. ¿Lo veis? Aquí está, en la página cuarenta y seis. A continuación, resto la altitud medida a noventa grados y añado la declinación que he leído en el almanaque. El resultado es la latitud de la nave.

Los cuatro marinos estaban atónitos.

Al final, uno de ellos consiguió hablar.

—¿Eso es todo? ¿Realmente es tan simple como eso?

Miriam sonrió y asintió con la cabeza.

—Así es —contestó—, y también puede utilizarse de noche. Si localizáis la estrella Al Jadí, la estrella polar, y utilizáis el astrolabio para medir a cuántos grados se encuentra por encima del horizonte y después restáis ese número a noventa, obtendréis la medida aproximada de vuestra latitud. No es tan preciso como cuando se utiliza el sol, pero sí lo bastante para saber si uno está siguiendo el rumbo establecido. Estos instrumentos y los almanaques os proporcionarán una ventaja enorme sobre otras flotas navales.

Yanus observó cómo la sorpresa de estas revelaciones se reflejaba poco a poco en las facciones de los marinos. Aquellos hombres conocían la importancia de poder determinar la latitud de una nave en alta mar y sabían lo que podía significar establecer la derrota de una flota sin tener que ver tierra en el éxito de una campaña naval.

—Muy bien, gracias, Miriam —declaró Yanus—. Ahora, señores, tomad un instrumento y un almanaque. No preciso deciros lo importantes que son estos objetos y que debéis protegerlos con vuestras vidas y mantenerlos en absoluto secreto. Ya podéis iros; salvo por Bandar y Siraj. Quiero hablar con los dos. Miriam, gracias, te veré en el observatorio.

Cuando los demás se fueron, Yanus dijo:

—Vos sois los oficiales de mayor rango. ¿Podéis explicarme por qué el almirante

de la flota no ha venido? Era necesario que estuvierais los cinco para que todos aprendierais el manejo de los instrumentos.

—En verdad no sabemos por qué no ha venido ni dónde está —respondió Siraj—, pero estoy seguro de que se alegrará de poder pasar un tiempo a solas con vuestra hija.

Yanus se acercó a Siraj, lo miró fijamente a los ojos y habló con un tono de voz grave pero claro.

—No lleváis mucho tiempo en Córdoba, vicealmirante, y quizá desconocéis la talla de los amigos de mi hija y míos. Fingiré no haber oído lo que acabáis de decir. Ahora marchaos.

### *Después de la oración de mediodía*

Hasdai dejó de hablar cuando dos de los sirvientes personales del príncipe entraron en la sala. Uno se ocupó del fuego y los leños de pino crujieron y chispearon mientras las llamas se reavivaban. El otro dejó una bandeja sobre la mesa, cortó tres naranjas por la mitad y las exprimió vertiendo su jugo en una jarra de cerámica a la que añadió azúcar y una taza de agua. A continuación, desdobló un trapo húmedo y lo colocó en el borde de la bandeja. Cuando se marcharon, el príncipe realizó un gesto con la cabeza para que el visir continuara.

Hasdai alisó el mapa.

—La flota de avanzada zarpó de Almería y se dirigió hacia Oriente siguiendo esta ruta. —Trazó una línea a lo largo de la costa norte de África con la punta del dedo—. Cuando lleguen a Malta, estarán fuera del área de acción de los piratas bereberes que operan entre la costa africana y Sicilia. Entonces el arráez al mando enviará palomas con mensajes cifrados: dos al cuartel general en Almería y dos aquí, a Córdoba. Es innegable que los piratas divisarán nuestras naves, pero es poco probable que decidan atacar unas embarcaciones tan profusamente armadas.

—Puede que no ataquen nuestras naves, pero es indudable que advertirán a Bagdad de la presencia de nuestra flotilla —comentó el príncipe.

—Desde luego, alteza. Según nuestro hombre en Bagdad, los bereberes todavía están a sueldo de la corte bagdadí. Probablemente, esperarán a divisar la flota principal desde sus atalayas para dar el primer paso. Como ha señalado Bandar bin Sadiq —continuó Hasdai—, la flotilla de avanzada seguirá navegando hasta el punto de encuentro, frente a la costa de Latakia.

Hasdai se interrumpió mientras el príncipe Hakam se servía y bebía un vaso de zumo de naranja.

—La flota principal también zarpará de Almería —continuó el visir—, pero en lugar de seguir la ruta de la flotilla de avanzada, se dirigirá mar adentro. —Conforme hablaba, Hasdai trazó la ruta en el mapa—. Gracias al nuevo astrolabio, la flota podrá navegar sin tener que avistar la costa. Navegarán en línea recta hacia el este desde Almería, virarán hacia el sudeste entre Pantelleria y Malta y volverán a virar hacia el este para dirigirse directamente al punto de encuentro. El viaje será mucho más rápido y siempre se mantendrán lejos de la costa, salvo cuando naveguen entre Pantelleria y Malta. La principal ventaja consiste en que, si los bereberes están vigilando la costa, no verán la flota.

El príncipe asintió con la cabeza en señal de aprobación y Hasdai continuó sus explicaciones.

—Cuando la flota y la flotilla se encuentren, nuestras tropas desembarcarán justo al norte de Latakia, desde donde deberán realizar una larga pero fácil marcha hasta Mosul. En aquella zona ya hay rutas de caravanas y caminos establecidos, y el campo no está muy poblado. El terreno es fértil y hay agua, así que nuestros hombres dispondrán de abundantes provisiones para poder continuar la marcha. Cuando nuestro ejército llegue a Mosul, la ciudad ya estará asediada por los jázaros y las tropas de Bagdad estarán de camino hacia allí para liberarla, pero cuando lleguen, se encontrarán no solo con los jázaros, sino también con nuestros hombres. La combinación de ambos ejércitos obligará a los bagdadíes a retroceder hacia la frontera persa, donde serán exprimidos como una naranja amarga. —Hasdai se detuvo un instante y añadió—: Teniendo en cuenta nuestra arrolladora fuerza, no me extrañaría que se rindieran en cuanto se dieran cuenta de a qué se enfrentan.

El príncipe cortó otra naranja y la exprimió vertiendo su jugo en la jarra. Se frotó las manos con la olorosa piel y después se las secó con el trapo mientras sonreía.

—Excelente. Informad al almirante de la flota de que quiero hablar con él. Hacedlo llamar. Y otra cosa, ¿habéis trabajado en la proclama del califa? Necesitará tiempo para revisarla antes de pronunciarla.

—Está en proceso, alteza —explicó Hasdai—. El primer borrador de los escribientes del chambelán está en mi escritorio.

—Bien —contestó el príncipe—. Sin embargo, espero que estéis equivocado respecto a una cuestión.

—¿A qué os referís, alteza?

—A la humillante rendición de nuestro amigo el califa de Bagdad.

—¿Por qué?

El príncipe Hakam dejó el vaso en la bandeja y se reclinó en el diván.

—Sospecho que, después del largo trayecto en barco, nuestros hombres se sentirán decepcionados si lo único que hacen los bagdadíes es rendirse.

*Antes de la oración de la tarde*

La nítida luz de la tarde entraba por las ventanas de la sala de trabajo situada en el centro de la alhóndiga. El general Ghalib contempló a sus hombres, que registraban el patio y los establos, y se calentó las manos con la taza de té caliente que le habían servido.

El cabo de la guardia llamó a la puerta y entró.

El general señaló uno de los taburetes.

—Sentaos.

El cabo se sentó enfrente del general y este se frotó la dolorida rodilla.

—¿Habéis acompañado a las muchachas de vuelta a sus aposentos?

—Sí, señor. Todavía estaban bastante alteradas, pero se sentían muy agradecidas hacia vos por el té, los dátiles y las mantas extras que les habéis conseguido.

El general asintió con la cabeza.

—¿Habéis encontrado ya a Haitham?

—Todavía no, señor. He enviado hombres por toda la ciudad, pero de momento no tenemos ninguna novedad.

Ghalib frunció el ceño.

—Está bien, entonces, ¿qué es lo que tenemos?

—Veréis, señor, la historia del mercader parece bastante precisa. Jugaron a la taba, bebieron mucho y, después, él se fue y dejó al marino en compañía de las prostitutas. Según Antonio, esa fue la última vez que lo vio.

—¿Y Abbas?

—Él alega que pasó la mayor parte de la noche aquí, en su sala de trabajo. De hecho, estaba aquí cuando uno de sus sirvientes vino para informarle del descubrimiento del cadáver.

—¿Habéis interrogado a la persona que encontró el cadáver?

—Sí, señor. Está esperando fuera.

—Muy bien, hablaré con él enseguida. ¿Habéis conseguido la información sobre quién estaba en la casa de baños hace dos noches?

—La estamos consiguiendo, señor. Dos de nuestros hombres han ido allí para hablar con el propietario.

—Muy bien —contestó Ghalib—, cuando hayamos terminado aquí nos reuniremos con ellos. Ahora, haced entrar a ese hombre —ordenó realizando un gesto en dirección a la puerta.

El cabo se levantó e hizo entrar al hombre.

—Sentaos —ordenó el general—. ¿A qué os dedicáis?

—Soy uno de los mozos de noche, señor.

—¿Uno de ellos? —preguntó el general entrecerrando los ojos.

—Sí, señor, somos tres. La noche es un tiempo de mucho trabajo para nosotros durante el invierno.

—¿Cómo es eso? Las puertas de la ciudad se cierran poco después de la oración de la noche.

—Desde luego, señor. Me refiero a que los mercaderes o sus hombres a menudo aprovechan la noche para poner en orden sus mercancías en los almacenes y siempre necesitan alguna cosa: mechas o aceite para las lámparas, heno fresco para los caballos... Y, por cierto, también tenemos que ocuparnos de los establos, barrer el patio y...

El general levantó una mano para hacerlo callar y el mozo se interrumpió y bajó la cabeza.

—Habladme del cadáver.

—Yo estaba realizando mi ronda cuando me tropecé con el cuerpo del difunto en el patio que hay detrás de las escaleras. Enseguida se lo comuniqué a Abbas. Algunas personas se apiñaron alrededor del cadáver hasta que llegó el cabo, aquí presente. Pienso que solo querían ver de quién se trataba...

—¿Eso pensáis? ¿Lo veis, cabo? —preguntó Ghalib al soldado—. ¡Os dije que esta alhóndiga estaba llena de pensadores! ¡Deberíamos advertir a las madrazas!

El mozo volvió a bajar la cabeza.

—Disculpadme, señor. Solo he supuesto que era eso lo que querían.

—No quiero saber nada de vuestras suposiciones. Ahora habladme del cadáver.

—Veréis, señor, como ya le he explicado al cabo...

El mozo se encogió de miedo cuando el general golpeó con ambos puños la mesa y los documentos y las tazas salieron disparados.

—¡Soy yo quien formula las preguntas, no el cabo de la guardia! —gritó.

El mozo estaba aterrorizado y se esforzó en dominar el temblor de sus manos.

—¡Ahora habladme del cadáver! —ordenó el general.

—Cabo, informad a vuestros hombres de que ese tal Antonio queda confinado en sus aposentos hasta nueva orden. Ordenad que le lleven comida y bebida, pero hasta que yo haya podido investigar este asunto más a fondo, no debe salir de sus habitaciones ni debe hablar con nadie —declaró Ghalib cuando se fue el mozo de noche—. Ordenad también a Abbas y a las tres muchachas que no rebasen los límites de la ciudad hasta que yo lo permita; y quiero saber dónde se encuentran en todo momento. De hecho, creo que será mejor para ellos que no abandonen la alhóndiga.

Mientras Ghalib se volvía para mirar por la ventana, alguien llamó a la puerta. El cabo la abrió, habló brevemente con el joven soldado que había llamado y volvió a cerrarla. A continuación, fijó la mirada en la espalda del general y se apoyó en la puerta con una expresión de horror en la cara.

—Señor —declaró por fin con voz queda—, ya hemos encontrado al mulazim Haitham, señor. Está en la casa de baños.

—¡Por fin! —exclamó el general mientras se frotaba la rodilla y se volvía hacia el cabo—. Vayamos a hablar con él y, después, me reuniré con el visir.



*Antes de la oración del crepúsculo*

Y no pudo aguantar más. El vómito del joven soldado se filtró entre sus dedos y cayó en la piscina. Las salpicaduras que no llegaron al cuerpo mutilado del difunto formaron largos hilos amarillentos en el agua humeante y teñida de sangre de la piscina caliente.

El general Ghalib se enderezó, se pasó el dorso de la mano por el bigote, inhaló hondo y se alejó de la piscina revestida de azulejos en la que cabeceaba suavemente el cuerpo desnudo y amoratado del difunto. Entonces le vino a la mente a qué le recordaba aquel olor: a sopa de cordero.

El general señaló el cadáver con un gesto de la cabeza y le preguntó al viejo yemení:

—¿Sabéis quién es?

—Sí, señor. Lo siento mucho, señor. Sé que vos y el mulazim teníais una relación estrecha.

—Eso ahora no importa —replicó el general—. ¿Quién lo ha encontrado?

—Después de la oración, mi sirviente vino a ocuparse del fuego y a probar la temperatura del agua y lo encontró ahí mismo. Por lo que parece, ha estado aquí la mayor parte de la noche. Está medio cocido.

—Bien, lo sacaremos del agua para que pueda examinar de cerca el cadáver, aunque habrá que ir con cuidado para que la cabeza no se separe del todo del cuerpo. Sea quien sea quien le haya cortado el cuello, lo ha hecho a conciencia. Y también quiero examinar la daga. ¿Qué es eso? —preguntó señalando un bulto que había encima de un taburete, junto a la entrada—. ¿Esas son sus ropas? ¿Quién las ha traído aquí?

—He sido yo, señor —contestó Yusuf—. Las he traído del vestuario.

—¿Eso es todo lo que llevaba encima?

—Al menos es todo lo que había en el vestuario, señor. No recuerdo si, al llegar, vestía o no un manto —contestó el anciano.

—Bien, en cualquier caso, ahora no necesita ningún manto. Guardad sus cosas en un lugar seguro. Los baños permanecerán cerrados hasta que yo lo ordene.

Yusuf asintió y Ghalib se volvió hacia los soldados.

—Nadie puede entrar ni salir sin mi permiso, ¿está claro? Bien. Volveré pronto para examinar el cuerpo. Si alguien me necesita, estaré en el Alcázar.

Ghalib se detuvo unos instantes en la entrada de la casa de baños, inhaló despacio

el frío aire invernal y contempló el perfil contra el cielo de los edificios de la ciudad, que estaba dominado por el minarete de la Gran Mezquita. El aire olía a piedra mojada. El general se concedió unos instantes para experimentar una profunda tristeza por el brutal asesinato de su joven amigo, se cubrió los hombros con el manto, lo cruzó sobre su pecho, salió al pequeño callejón y se dirigió al Alcázar.

### *Después de la oración del crepúsculo*

—¡Ah, general Ghalib, entrad! —exclamó Hasdai y, después de despedir con un gesto al guardia, cerró la puerta—. Me han informado de que deseáis hablar conmigo. Sea lo que sea, tendrá que esperar. Estoy seguro de que os acordáis de Alí. Creo que lo que ha venido a contarnos es realmente importante.

El general saludó a Hasdai con la cabeza mientras se preguntaba qué podía ser más importante que los brutales asesinatos del almirante de la flota y el mulazim Haitham.

Contempló al hombre de constitución delgada y hombros caídos que se hallaba frente al escritorio del visir y, a la luz de las lámparas de aceite, percibió que sus ropas estaban muy sucias y que parecía exhausto.

—Creía que estabais en Bagdad reuniendo información para nosotros. Parecéis agotado —comentó Ghalib.

—En efecto estaba en Bagdad y estoy muy cansado, pero mi superior me ordenó regresar de inmediato a Córdoba e informar al visir de lo que hemos averiguado. He tardado siete semanas en llegar.

—¡No está mal! —exclamó el general mientras se sentaba en el diván y se masajeaba la rodilla—. Pero ¿por qué no habéis enviado un ave mensajera? ¿Qué tenéis que decirnos que sea tan importante?

Alí miró al visir, quien había cogido el *tasbih*.

—Sentaos y contadle al general todo lo que me habéis contado a mí.

—Mi superior decidió que no podíamos arriesgarnos a que el ave fuera interceptada. Me dijo que esta información es sumamente importante y me ordenó transmitíroslo personalmente.

—Contadle de una vez de qué se trata —intervino Hasdai mientras el chasquido de las cuentas reflejaba su creciente impaciencia.

—Sí, señor. Lo siento, señor. Hace poco más de tres meses, nos informaron de que algo extraño ocurría en una alquería del califa que se encuentra a un día y medio de camino de Bagdad. Por lo visto, algunos prisioneros y distintos tipos de animales como ovejas, caballos, camellos y cabras eran conducidos a la alquería.

—¿Qué tiene eso de inusual? —preguntó Ghalib.

—Bueno, en primer lugar, todos los prisioneros estaban condenados a muerte y, en segundo lugar, está el número —respondió Alí—. Solo un número reducido de hombres y animales se llevaban a la alquería, no los suficientes para mantener una

alquería en funcionamiento, y ninguno salía de allí con vida. Además, ningún producto de la alquería se vendía en el mercado.

—¿Qué hicisteis entonces? —preguntó Ghalib.

—Mantuvimos la alquería bajo vigilancia. Mi superior me ordenó que averiguara qué ocurría en aquel lugar. La alquería está escondida en lo más profundo de un valle, pero hay un lugar estratégico desde el que puede verse todo lo que ocurre. Los prisioneros y los animales se ponían enfermos. Caían como moscas.

—¿Vos os encontráis bien? —preguntó Ghalib.

—Supongo que sí —contestó Alí—. He tardado semanas en llegar aquí y si me hubiera contagiado, a estas alturas ya estaría muerto.

—¿Eso es todo? —preguntó Ghalib—. ¿Habéis realizado este largo viaje para contarnos que hay una alquería llena de personas y animales muertos o moribundos y que vos os encontráis bien? Por lo que contáis, parece un brote de ántrax.

—Eso mismo pensé yo —intervino Hasdai—. Pero contadle el resto, Alí, contadle qué hacían en la alquería.

—Los prisioneros, aún estando a las puertas de la muerte, esquilaban los cuerpos de los animales muertos e introducían la lana en vasijas de barro cocido que después sellaban con cera de abeja.

—¿Esquilaban los animales muertos? ¿Y no los incineraban?

—No hasta que les habían quitado la lana, la habían troceado y la habían metido en las vasijas.

—¡Pero el ántrax mataría a cualquiera que abriera las vasijas! —repuso Ghalib.

—Mi superior llegó a la misma conclusión. Están convirtiendo la enfermedad en un arma. Si alguien abriera o rompiera una de esas vasijas, se produciría de inmediato un brote de ántrax.

—Imaginad lo que le ocurriría a un ejército si una de esas vasijas se abriera en un campamento —comentó Hasdai—. ¡Quedaría diezmado en cuestión de pocos días!

Ghalib suspiró profundamente y sacudió la cabeza.

—¡No había oído nada parecido en toda mi vida! —exclamó—. Según me han contado, a veces los romanos envenenaban sus provisiones y permitían que sus enemigos las saquearan y, en la India, se contaminaban los pozos para extender plagas por medio del agua. Esto nos indica a qué nos enfrentamos en la guerra contra Bagdad.

—¿Sabéis si han producido muchas vasijas? —preguntó Hasdai.

Alí asintió con la cabeza.

—Creemos que sí, señor. Por lo que he podido averiguar, han contado con ayuda para producirlas y probar el arma.

—¿Ayuda de quién? —preguntó Ghalib.

—De los bereberes, señor —contestó Alí—. Creemos que Bagdad envió una

remesa de ántrax a sus contactos en la costa de Berbería. Y también envió instrucciones de cómo producirlo. Es probable que a estas alturas ya exista una cantidad considerable de ántrax escondido en vasijas.

—¿A qué os refería con «a estas alturas»? —preguntó Ghalib—. ¿Cuánto tiempo hace que lo están produciendo?

—Señor —declaró Alí dirigiéndose al visir—, mis contactos en Bagdad me informaron de que Abd al Qadar, el emisario bagdadí que fue enviado a Córdoba hace dos años, lo trajo consigo. Por el camino, sus naves atracaron en Trípoli y creemos que allí descargaron el ántrax y lo entregaron a sus contactos bereberes.

El general Ghalib exhaló un profundo suspiro.

—¡Nunca me fié de él! —exclamó.

—Lo que no sabemos es dónde se encuentra ahora ese cargamento. Es posible que todavía esté en manos de los bereberes, pero existe la posibilidad de que una parte haya sido vendida.

—¿Vendida a quién? —preguntó Ghalib.

—No lo sabemos, señor. La alianza entre Bagdad y los bereberes es sólida, pero yo nunca he conocido a un bereber que fuera digno de confianza.

Hasdai ben Shaprut se alisó el cabello y reflexionó durante unos instantes.

—Debemos mantener esta información en el más absoluto de los secretos —declaró—. Si se extiende la noticia de que Bagdad dispone de ese tipo de armas, la moral de nuestras tropas se irá a pique incluso antes de que la flota zarpe. Ahora id a los barracones y descansad, Alí. Y no habléis con nadie de este asunto.

—¿Tendré que regresar a Bagdad, señor?

—No —respondió el visir—, creo que ya habéis hecho bastante. Estoy seguro de que el general encontrará alguna ocupación para vos aquí, en Córdoba. Enviaremos un mensaje a vuestro superior en Bagdad. Mientras tanto, tomad un té y *beraid* en la tetería Al Bisharah y descansad. Ahora dejadnos.

Alí tomó la mano derecha del visir entre las suyas, realizó una profunda reverencia, dio media vuelta con lentitud y salió de la habitación.

Cuando la puerta se cerró, Hasdai se volvió hacia Ghalib.

—Si bien es cierto que debemos estar alerta respecto a Bagdad, tengo que reconocer que me siento extremadamente optimista en relación con algunas cosas. Mañana, al rayar el alba, el príncipe partirá hacia Medina Azahara y yo por fin dispondré de unos días para atender asuntos diplomáticos. Además, con suerte, podré pasar algún tiempo con Miriam.

El visir cogió un pañuelo que colgaba de un gancho, junto a la puerta, y lo colgó de su hombro.

—¡Ah, casi me olvido! —exclamó mientras abría la puerta—. Queríais hablar conmigo, ¿no es cierto? ¿Sobre qué asunto?

El general se ajustó el cinto, se atusó el bigote con los dedos y dijo:  
—Será mejor que volváis a cerrar la puerta, señor.

*Día dos, antes de la oración del alba*

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Hasdai rompiendo finalmente el silencio que se había producido—. ¡El almirante de la flota y Haitham! ¿Quién puede haberlo hecho? ¿Y por qué? Especialmente, Haitham. ¿Por qué querría nadie matar a Haitham?

El general Ghalib, que estaba sentado en el diván con los codos apoyados en las rodillas, siguió contemplando fijamente la chimenea. El fuego prácticamente se había apagado. Pronto amanecería y las paredes de piedra de la sala de trabajo del visir estaban frías. Una única lámpara chisporroteaba en la mesa que separaba a los dos hombres. Estaban exhaustos y la tenue luz de la lámpara confería un tono gris a sus facciones.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó el general.

Hasdai se estremeció, cruzó los brazos sobre su pecho y se frotó los hombros.

—Bueno —declaró—, tanto vos como yo sabemos que el príncipe tendrá que ascender a uno de los dos oficiales de mayor rango a almirante de la flota califal.

—Seguramente, os pedirá consejo sobre a cuál de ellos ascender. ¿A quién recomendaréis?

—Eso depende.

—¿A qué os referís?

—Bueno, Siraj es el mejor marino. Según Yanus, es muy hábil, pero también es menos predecible que Bandar.

—A veces, ser predecible no constituye una ventaja en un oficial —comentó Ghalib—. Cuando estaba en el campo de batalla, me interesaba que el oficial al mando supiera tomar decisiones sobre la marcha y adaptarse a los cambios que se produjeran en la batalla.

—No es exactamente eso a lo que me refiero —replicó Hasdai—. Siraj es, probablemente, tan buen estratega como Bandar, pero lo cierto es que no es tan serio como él. Puede que todavía no esté preparado para ocupar ese puesto.

—El príncipe es quien deberá decidirlo —comentó Ghalib—, pero vos parecéis ser partidario de Bandar.

—Debo reflexionar sobre ello —contestó Hasdai.

—En cuanto al príncipe —continuó Ghalib—, ¿no iba a trasladarse a Medina Azahara justo después de la oración del alba? Hice venir al coronel Zaffar para que condujera la escolta que lo acompañará a la ciudad califal.

—Eso tenía planeado, pero después de lo ocurrido, seguramente no irá —contestó

Hasdai—. ¿Qué le ordenaréis ahora a Zaffar?

—Bueno, podría ordenarle ir a la alhóndiga y empezar a interrogar a todo el mundo.

—Bien pensado —repuso Hasdai—, ordenádselo.

—Hay algo más —continuó Ghalib—. Ascienda a quien ascienda el príncipe, necesitará un escolta personal. No queremos más almirantes muertos.

—Estoy seguro de que encontraréis al hombre adecuado para esa labor. Haced lo que creáis oportuno. Otra cosa, cuando conozcamos la opinión del príncipe respecto a lo ocurrido y lo que desea hacer, tendremos que enviar un mensaje al califa para explicarle lo sucedido —comentó Hasdai.

—No me gustaría ser el encargado de transmitir ese mensaje al califa —comentó Ghalib con un estremecimiento.

—No —contestó Hasdai—. En cualquier caso, ¿qué opináis vos? ¿Pudo ser el mercader de telas?

—¿El que mató al almirante? En realidad, no lo creo. No parece tener las agallas suficientes para matar a una hormiga, y mucho menos a un almirante. Cuando lo interrogué, estaba aterrorizado.

Hasdai miró fijamente al general.

—Me pregunto por qué —comentó con una media sonrisa—. ¿Qué más tenéis para mí? ¿Qué me decís del comerciante del zoco de los perfumistas?

Ahora fue Ghalib quien sonrió.

—El zoco de los perfumistas no es precisamente famoso por engendrar guerreros, ¿no creéis? ¡Van por ahí flotando en una nube de incienso y almizcle, y con unas gotas de aceite esencial de rosas detrás de las orejas! ¡No se puede decir que sean unos asesinos!

—No podéis descartarlo solo porque no os guste cómo huele.

—No, desde luego que no —repuso Ghalib—. Los vendedores de perfumes son tan capaces de cortar cuellos como los hombres de verdad. Sé quién es ese comerciante. Enviaré a alguien a buscarlo durante la mañana. ¿Qué hacemos ahora?

—Debemos contarle lo ocurrido al príncipe heredero. Lo mejor que podría pasarnos es que ya esté despierto.

—Creo que lo mejor que podría pasarnos es que estuviera solo —replicó Ghalib en un susurro.

—¡Desde luego! —contestó el visir mientras se ponía en pie y se estremecía—. ¡Vamos!

Cuando los dos muchachos fueron conducidos fuera de la estancia por el guardia de la entrada, sonrieron a Ghalib y al visir y el general tuvo que esforzarse para no propinarles una patada en el trasero. Ghalib conocía al guardia, quien apretó los



labios y sacudió levemente la cabeza al ver que el general lo miraba. Ghalib asintió en señal de reconocimiento y comprensión.

Hasdai era lo bastante listo para no reaccionar ante todo aquello y esperó, impasible, el permiso para entrar del príncipe. Cuando este los hizo llamar, Ghalib y el visir fueron conducidos a la antecámara de sus aposentos. Las paredes de la abovedada habitación estaban forradas con telas de seda roja y tapices de pálidos tonos dorados que brillaban a la luz de las lámparas. Los tapices estaban exquisitamente bordados y representaban fabulosas escenas de caza, corridas de toros y otros placeres terrenales bastante más íntimos. En la mesa con incrustaciones de oro y marfil que había entre los dos divanes, ardía un quemador que llenaba la estancia con un embriagador aroma a incienso y ámbar gris.

Los dos hombres permanecieron de pie con la vista fija en la ventana de elaborada celosía. La negra oscuridad de la noche dio paso al gris previo al amanecer mientras el canto del muecín llamaba a los fieles a la oración *Fajr*. Como si se tratara de una señal, la puerta que comunicaba con la alcoba del príncipe se abrió y Hakam entró. Ghalib y Hasdai se llevaron las manos al corazón y realizaron una profunda reverencia. El príncipe tenía las mandíbulas apretadas y era evidente que estaba furioso, pero los años de formación diplomática y militar le habían enseñado a controlar su temperamento. Además, aunque se trataba del segundo hombre más poderoso del califato, respetaba tanto al general como al visir y sabía que no tenía mucho sentido volcar su rabia en ellos. Por otro lado, no estarían allí si no hubiera ocurrido algo realmente significativo. Así que, cuando se sentó, esbozó una sonrisa forzada y les indicó que se sentaran en el otro diván. Ellos le obedecieron y se sentaron de espaldas a la ventana.

—Bien, visir Hasdai —empezó el príncipe—, ¿qué puede ser tan importante para merecer que se interrumpa mi descanso nocturno?

—Traemos malas noticias, alteza. Esta noche se han producido dos asesinatos en Córdoba.

—Me sorprende que solo se hayan producido dos —repuso el príncipe—. ¡Con la cantidad de niños que han estado gritando por toda la ciudad, esperaba que hubieran asesinado a muchos más!

—Alteza —intervino Ghalib—, con todo respeto, alteza, no se trata de niños. Uno era un mulazim de la guardia de palacio y el otro...

El general titubeó.

—¿Y bien? —repuso el príncipe—, ¿de quién se trata?

—Se trata de Suhail bin Ahmad, alteza, el almirante de la flota.

El príncipe se quedó totalmente inmóvil, mirando más allá de los dos hombres hacia la creciente claridad de la ventana. Durante los largos instantes que siguieron, los únicos sonidos que se oyeron fueron los arrullos y aleteos de las palomas en los

granados que había al otro lado de la celosía.

Finalmente, el príncipe Hakam se volvió hacia el general y habló, y el único signo de su ahora exacerbada furia fue el apretado puño de su mano derecha.

—Averiguad quién lo ha hecho. Traedlo a mi presencia y yo mismo le haré saber que será clavado en una estaca flanqueado por perros.

—Comprendo, alteza —contestó Ghalib.

—¿De verdad, general? —replicó el príncipe—. ¿De verdad comprendéis lo que esto significa para nuestra campaña en Oriente?, ¿nuestra campaña conjunta con los jazaros en contra de Bagdad?

—Sí, alteza, el visir Hasdai y yo ya hemos analizado esta cuestión.

—Entonces, Hasdai ben Shaprut, ¿qué me sugerís? —preguntó el príncipe.

—Alteza, en esta etapa de la campaña, creo que no tenemos más alternativa que ascender a Bandar bin Sadiq o a Siraj bin Bahram al puesto de almirante de la flota —respondió el visir.

El príncipe Hakam volvió a guardar silencio y de nuevo se oyeron el seco aleteo y los arrullos de las palomas.

Ya había clareado del todo y la luz del sol se rompió en cientos de rayos que se filtraron por el entramado de la celosía.

El príncipe Hakam abrió el puño y se puso de pie. Hasdai y el general también se levantaron.

—Ascended a Bandar bin Sadiq a almirante de la flota —ordenó el príncipe—. Enviad un mensaje al califa a Medina Azahara informándole de que el ascenso se ha realizado conforme a mis designios y que permaneceré en Córdoba a la espera de su llegada. Encargad esta misión a un oficial de confianza que el califa conozca en persona y con quien pueda hablar en privado. Ahora id y traed al nuevo almirante de la flota a mi presencia. Y traed también al marino de Qartajana, quien pasará a ser el vicealmirante.

—En estos momentos deben de estar en la madraza, alteza —le comunicó Ghalib.

—Bien, entonces hacedlos venir tan pronto como sea posible y aseguraos de que Bandar recibe la protección necesaria. Cuando el califa se dirija a las gentes dentro de pocos días, querrá alabar la grandeza de la flota califal. Asegurémonos de que hay alguien para acaudillarla.

El visir y el general realizaron una reverencia y el príncipe se dirigió a la puerta de su alcoba. Cuando agarró el tirador, se volvió hacia los dos hombres y añadió:

—Encontrad al asesino del almirante Suhail y recordad: yo se lo comunicaré. Clavado en una estaca entre perros.

*Después de la oración del alba*

—**E**stá bien, os la prestaré, pero no olvidéis devolvérmela. La última daga que os presté la perdisteis. ¡Ah, y cuando me la devolváis, también podéis pagarme los cinco dirhams que me debéis por el almizcle!

Era justo después de la oración del alba, y estaban en el gremio de los perfumistas, tres callejuelas estrechas y serpenteantes situadas entre el gremio de los tejedores y el de los herreros. Los comerciantes se estaban preparando para la jornada laboral. Las frondosas hojas de palmera que constituían el techo de las callejuelas mantenían el sol y la brisa a raya, y el aire quedaba estancado, cargado con las múltiples fragancias que se preparaban en las tiendas de los perfumistas.

Desde que, en el año 822, Ziryab el músico viajó a Al Ándalus desde Bagdad llevando con él las tendencias de la moda, su estilo distinguido y lo que él llamó los refinamientos olfativos para la vida diaria, en aquellas callejuelas antiguas y apretadas se vendían perfumes, incienso y ungüentos y jabones olorosos. Había, también, barberos y expertos en belleza que, mientras embellecían a los ciudadanos adinerados, hábilmente alimentaban los molinos del chismorreó para que siguieran moliendo con eficacia. Poco ocurría en Córdoba de lo que no se hablara y que no fuera adornado y emperifollado en el gremio de los perfumistas, y los mozos de la tetería Al Bisharah corrían sin descanso llevando té y zumos de fruta que permitían a los clientes ingerir los escándalos que se oían en aquella parte de la ciudad.

—No os preocupéis, Harun —declaró Nasim—, os devolveré vuestra daga. En cuanto al almizcle, lo pesé y creo que pretendéis cobrarme de más, pero os daré vuestros cinco dirhams si me invitáis a té esta mañana. ¡Mirad, ahí llega el mulero! Tengo que abrir ese paquete. Espero que esta vez ese idiota de Murcia me haya enviado los frascos correctos. —Se volvió hacia el mulero—. ¡Eh, aparta esa maldita mula de la entrada de mi puesto! ¡Mira! ¡Mira lo que está haciendo! ¡Límpialo ahora mismo! No quiero ese perfume cerca de mi tienda. ¡Toma!

Nasim entregó al mulero un pedazo de tela de arpillera vieja y una escoba de palma para que limpiara la humeante boñiga. A continuación se sentó con las piernas cruzadas en la alfombra, cogió la daga de su vecino y cortó los cordeles del paquete de frascos que el mulero procedente de la alhóndiga acababa de entregarle.

El viejo mulero sacudió la cabeza mientras se inclinaba para limpiar los excrementos de su mula. ¡Odiaba realizar entregas en el gremio de los perfumistas! Los comerciantes y barberos de aquel gremio eran gente extraña, y ninguno lo era

más que Nasim bin Faraj, aquel bocazas que trataba sin miramientos a todo el mundo salvo a sus clientes. Con ellos, era tan empalagoso como los ungüentos aromatizados que vendía.

—¡Mirad estos frascos! Sin duda, constituirán un gran éxito. Los cristaleros de Murcia realmente conocen su oficio. Mirad cómo el decantador hace las veces de tapón.

Nasim sostuvo en alto un frasco de cristal verde que despidió destellos de jade a la luz de un rayo de sol que se había filtrado entre las hojas de palma.

—Si vendo mis perfumes en frascos como estos, prácticamente podré doblar el precio que cobro por ellos.

—No entiendo cómo podéis comprar estos frascos enviados desde Murcia y no podéis pagarme los cinco dirhams que me debéis.

—Dejad de quejaros por el dinero, ¿queréis? —replicó Nasim—. ¿Quién dice que no puedo permitirme pagar cinco dirhams? Para que lo sepáis, últimamente he tenido mucha suerte jugando a la taba. Recibiréis vuestro dinero... ¡Y después podréis devolverme parte de él comprándome alguno de estos maravillosos frascos!

—Siempre estáis igual —comentó Harun—. En lo único en lo que pensáis es en el dinero y en las apuestas.

Nasim esbozó una sonrisa irónica.

—También pienso en mis encantadores clientes. Al fin y al cabo, ellos me proporcionan el dinero que me permite apostar. Sobre todo los que necesitan esa ayuda especial para dar un empujoncito a su vida amorosa. ¡Mis tinturas han hecho mucho bien a esta ciudad!

—Algún día mataréis a alguien con esas pociones vuestras. Si los médicos se enteraran de lo que hacéis, os enfrentaríais a graves problemas.

Mientras Harun hablaba, el mulero agujoneó la grupa de la mula y, al moverse, esta desveló la presencia de dos guardias del Alcázar que se dirigían con paso largo y decidido al puesto de Nasim. Eran tan corpulentos que apenas conseguían caminar uno al lado del otro en la estrecha callejuela.

—Por lo visto, ya os habéis metido en problemas —comentó Harun.

Los guardias se detuvieron delante del puesto de Nasim.

—¿Quién de los dos es Nasim bin Faraj?

—¡Él! —exclamó rápidamente Harun señalando a Nasim con un dedo tembloroso.

El otro guardia soltó una carcajada.

—¡Es bueno tener amigos, Nasim! Nos envía el general Ghalib. Quizás hayáis oído hablar de él, aunque no creo que sea un comprador asiduo de perfumes. Debéis acompañarnos al Alcázar. Estoy seguro de que vuestro buen amigo aquí presente cerrará la tienda por vos.

De repente, a Nasim le flaquearon las rodillas y Harun tuvo que ayudarlo a ponerse de pie.

*Después de la oración del alba*

¡**A**quello era intolerable! Por mucho que lo intentara, no lograba comprender por qué el almirante Suhail bin Ahmad se estaba perdiendo otra lección. ¿Quién se creía que era? Se trataba de un buen marino, pero no era el mejor del grupo ni mucho menos. En todo caso, ese honor recaía en Siraj bin Bahram, quien parecía disponer de un talento natural para la astronomía y comprendía todo lo que le explicaban a la primera. Los otros tres oficiales eran hábiles, pero carecían de la destreza de Siraj. Era una lástima que fuera un hombre tan pretencioso. Se trataba de un hombre alto, de piel clara y, en opinión de Miriam, atractivo, pero su arrogancia sería su perdición.

De los tres restantes, Bandar era, probablemente, el mejor. Parecía muy competente en todo lo que hacía. Fuera como fuera, todos lo conseguirían; todos comandarían hábilmente sus naves con el nuevo astrolabio.

Ya había transcurrido un tiempo desde la oración del alba y los cuatro oficiales estaban sentados con Miriam y su padre en el aula de la madraza. Mientras esperaban a Suhail, Yanus ocupó el tiempo distrayendo a los marinos con anécdotas de sus días de estudiante en Shiraz. El astrónomo de la corte realizó algunas locuras mientras estudiaba en Persia y las más memorables fueron las que compartió con Aiden Banu Qasi, su buen amigo cristiano. Aiden fue un matemático y jugador de ajedrez brillante que dedicó buena parte de su tiempo a despojar de su dinero a los ricos mercaderes persas que eran lo bastante insensatos para apostar que podían vencerlo jugando al ajedrez. Aiden ganaba siempre y, gracias a sus ganancias, tanto Yanus como él disfrutaron de los mejores vinos y comidas. Hasta que, un día, desplumó a alguien que era muy poderoso y el cristiano tuvo que huir de Shiraz en mitad de la noche.

Aiden regresó a Córdoba y se convirtió en el primer profesor cristiano de matemáticas de la madraza, pero a Miriam siempre le entristecía oír hablar de él a su padre, porque dos años antes había sido brutalmente asesinado después de jugar una partida amañada de ajedrez en una casa de baños de la ciudad. Nunca encontraron al asesino y Miriam sabía que la falta de resolución del terrible asesinato consumía a su padre.

—Creo que ya hemos oído suficientes historias del pasado, señores —intervino Miriam con tono eficiente mientras se ponía de pie—. Tendremos que empezar sin el almirante de la flota. —Señaló a su padre—. El astrónomo de la corte se encargará de averiguar qué le ha ocurrido exactamente a vuestro colega Suhail. Ahora, por favor,

sacad los astrolabios y los almanaques y realizaremos por última vez los ejercicios para asegurarnos de que habéis comprendido el funcionamiento por completo. Después, estudiaremos estas cartas.

Miriam sostuvo en alto un rollo de pesados documentos atados con correas de piel.

—¿De qué tipo de cartas se trata? —preguntó Siraj.

Yanus miró a su hija y ella asintió con la cabeza.

—Os explicaré brevemente en qué consisten y, cuando hayáis realizado los ejercicios con el astrolabio, volveremos a ellas —declaró Yanus—. Se trata de las últimas cartas náuticas del mar romano y muestran la línea de la costa desde Jebel al Tariq, en Al Ándalus, a la costa de Siria en Oriente.

Yanus desenrolló las cartas, sostuvo una en alto y señaló varios puntos.

—Aquí está Jebel al Tariq. Esto es Córdoba y aquí, al sudeste de la capital, está nuestra base naval, en Almería. Esto es la costa norte de Ifriqiya y Egipto, y aquí están Malta... Sicilia... Italia... Chipre. Esto es Constantinopla. Y al este de Chipre están la costa de Siria, Bagdad y la frontera persa.

—Esta no es la carta que utilizamos normalmente, la de Al Jwarizmi —intervino Siraj bin Bahram.

—Bueno, lo es y no lo es —repuso Yanus—. Esta se fundamenta en la carta original de Al Jwarizmi, pero se ha mejorado incorporando información descubierta por el geógrafo Ibn Hawqal.

—¿Se trata del mismo Ibn Hawqal que es un experto en el ámbar gris, el alquimista? —preguntó Bandar.

—El mismo —contestó Yanus—, pero ha estado trabajando para nosotros como cartógrafo a través del general Ghalib, el comandante de la guardia del Alcázar. Su interés por la alquimia es el incentivo que lo empuja a viajar y así ha tenido la oportunidad de aprender la configuración de las costas y las islas del mar romano. Es Ibn Hawqal quien ha actualizado la carta de Al Jwarizmi. Esta mañana acabaréis la formación con el astrolabio y dedicaremos la tarde a trabajar con las cartas.

—¿Las cartas nuevas son muy diferentes de la de Al Jwarizmi? —preguntó el más joven de los oficiales.

—Eso podremos averiguarlo nosotros mismos —replicó Siraj.

—Así es —repuso Yanus—, pero respondiendo a la pregunta de vuestro colega, os diré que los cambios más importantes radican en las distancias. En la carta de Al Jwarizmi no son tan ajustadas como en esta nueva edición. En cualquier caso, os mostraré más a fondo los cambios introducidos por Ibn Hawqal cuando Miriam haya completado los ejercicios con el astrolabio. Suhail también debería estar aquí para examinar las cartas. Ahora tendremos que realizar una sesión adicional solo para él.

Yanus estaba enrollando las cartas cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Ajá, probablemente sea él! Me pregunto qué excusa tendrá para su tardanza. ¡Entrad!

Uno de los soldados que estaba de guardia asomó la cabeza por la puerta, miró largamente a Miriam y después se dirigió a Yanus.

—Siento interrumpiros, profesor, pero un oficial y dos hombres de las dependencias de Hasdai ben Shaprut, el visir, están aquí.

—¡Ya sé quién es Hasdai ben Shaprut, gracias! ¡Cené con él hace dos semanas! —exclamó Yanus—. Haced entrar al oficial.

—Sí, señor; lo siento, señor —se disculpó el guardia, y abrió la puerta para permitir la entrada al oficial, quien se dirigió directamente a Yanus.

—*Shalam alaikum*, excelencia.

—*Alaikum shalam!* —respondió el astrónomo de la corte.

—¿Se encuentran aquí dos hombres llamados Bandar bin Sadiq y Siraj bin Bahram?

—Sí, están aquí.

—Deben acompañarme de inmediato a las dependencias del visir —anunció el oficial mientras sacaba un papel doblado de su bolsillo—. Y esto es para vos.

El papel estaba sellado con un hilo de seda debajo del cual el visir había escrito de su propio puño y letra su *alama* o máxima personal: «Pedid consejo a todos los sabios y no despreciéis aquellos que sean provechosos».

Yanus rompió el sello y leyó el mensaje.

«Miriam, Yanus, acudid a mis dependencias inmediatamente después de la oración *Asr*. Hasdai ben Shaprut».

Yanus miró a su hija. Después de aquella última interrupción, no estaba nada contenta. Ahora tendría que realizar otra sesión con Bandar y Siraj y pasar más tiempo adicional con el almirante de la flota.

El viejo astrónomo se volvió hacia los marinos.

—Bandar, Siraj, id con este hombre. Los demás deberéis trabajar deprisa. Debemos terminar la sesión con el astrolabio y el estudio de las cartas antes de la oración de la tarde. Por favor, Miriam, ¿puedes continuar?



*Después de la oración del alba*

**B**andar bin Sadiq y Siraj bin Bahram entraron en la sala de trabajo del visir, quien contemplaba la luz matutina de color gris perla a través de la ventana. A pesar del fuego alimentado con piñas de pino que crepitaba y chisporroteaba en la chimenea, Hasdai cubría sus estrechos y encorvados hombros con una capa de lana. Cualquiera que no lo conociera pensaría que hacía correr las cuentas de una forma inconsciente. La puerta se cerró, pero Hasdai siguió mirando por la ventana.

—Creo que va a llover —comentó.

—Sí, excelencia —confirmó Bandar—, lo huelo en el viento.

—¡Claro! —exclamó Hasdai volviéndose hacia ellos—. Vos, los marinos, tenéis el don de predecir de dónde soplará el viento y lo que traerá. Sentaos.

La expresión impasible de Bandar dio a entender que no tenía ni idea de a qué se refería el visir.

Siraj se sentó en el diván con aires de suficiencia.

—Os he mandado llamar porque debo comunicaros noticias de la máxima importancia —explicó Hasdai—. La primera es que Suhail bin Ahmed, el almirante de la flota, ha muerto.

El visir se fijó en que Bandar apretaba fuertemente las manos y sus nudillos palidecían.

Siraj permaneció extrañamente indiferente a la noticia.

—¿Cuándo ha sucedido? —preguntó Bandar.

—¿Ha sido por enfermedad? —preguntó Siraj.

—No sabía que estuviera enfermo —comentó Bandar—. ¿Por eso tampoco ha acudido esta mañana a la madraza?

—Esa es, desde luego, la razón de que no acudiera a las clases, pero no estaba enfermo. Ha sido asesinado.

—¿Asesinado? —preguntó Bandar—. ¿Cómo?

El visir ladeó la cabeza y volvió a fijar la mirada en los blancos nudillos de Bandar.

—¿El cómo supone alguna diferencia?

—No, claro... pero ¿quién lo ha hecho? ¿Sabéis quién lo ha asesinado?

—No tengo ni idea. Le corresponde al general Ghalib averiguarlo, pero los dos conocíais a Suhail mucho mejor que yo y he pensado que quizás uno de vosotros sepa quién puede haberlo asesinado. ¿Tenía enemigos aquí, en Córdoba?

—No —respondió Bandar—. Al menos, creo que no.

—Se trataba de un hombre importante —intervino Siraj—. Incluso le habían asignado un escolta personal, que también debe de estar muerto.

Hasdai volvió a ladear la cabeza y miró irónicamente al hombre de Qartajana.

—¡Interesante observación! —exclamó—, pero de momento no es importante. Lo que sí es importante es vuestra valoración sobre cómo afecta la muerte del almirante a la campaña naval contra Bagdad.

—¿Puedo formularos una pregunta directa, excelencia? —preguntó Bandar.

El visir hizo una seña con la mano.

—¿Por qué nos formuláis esta pregunta a nosotros?

—Muy sencillo —contestó el visir—. Necesitamos saber si la muerte de Suhail bin Ahmed puede, de alguna forma, retrasar la salida de nuestra flota y creemos que vos podéis responder a esta pregunta.

—Eso dependerá de si es o no reemplazado por un oficial competente —comentó Siraj.

—He hablado con el príncipe heredero sobre esta cuestión y sus deseos son muy claros —anunció Hasdai—. El príncipe os asciende a vos, Bandar bin Sadiq, y con efecto inmediato, al puesto de almirante de la flota.

Mientras hablaba, Hasdai se fijó en que la sangre volvía a circular por los dedos de Bandar, quien se relajó y se reclinó en el diván.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Esto es una sorpresa!

—Desde luego —confirmó Siraj.

—Bien —empezó Hasdai, pero se interrumpió durante unos instantes—... Entonces esta cuestión queda resuelta. Ahora vuestra misión consiste en asegurarnos de que la flota andalusí esté lista para zarpar de Almería lo antes posible. Ya hemos enviado un comunicado oficial de vuestro ascenso al cuartel general naval en Almería. Siraj, vos seréis el primer vicealmirante. El príncipe heredero ha determinado que la línea de mando irá de Bandar bin Sadiq a Siraj bin Bahram; de vos, Siraj, a vuestros dos vicealmirantes, y de estos directamente a los arrayaces de las naves. ¿Comprendido?

—Sí, vuestra excelencia —contestó Bandar.

Siraj asintió en señal de conformidad.

—Muy bien. Esta tarde deberéis planificar la partida de la flota con los demás oficiales. Después de la oración del crepúsculo, informadme de inmediato sobre vuestra estimación acerca de cuándo puede zarpar la flota. Y tened en cuenta que yo trasladaré vuestro informe, palabra por palabra, al príncipe heredero, así que os interesa que sea exacta. Y, Bandar, el oficial que os ha acompañado hasta aquí será, a partir de ahora, vuestro escolta.

Hasdai se volvió de nuevo hacia la ventana.

—Ahora marchaos antes de que empiece a llover.

*Antes de la oración de mediodía*

Harun manoseó con nerviosismo su descuidada barba y miró a través de la puerta en arco de la tetería hacia la luminosa claridad exterior. Un hombre cubierto con un elegante gorro de piel marrón se detuvo un instante en la entrada, vio a Harun, lo saludó con la mano y, apoyando su considerable volumen en su bastón con empuñadura de plata, se sumergió en el parloteo y el bullicio y avanzó poco a poco entre las abarrotadas mesas hasta donde estaba Harun, al fondo de la atestada sala. El aire, que ya estaba cargado de los aromas a infusión de menta, limón y miel caliente, todavía se volvió más denso cuando Simón, el fornido propietario cristiano, llegó de la cocina transportando, por encima de la cabeza, una bandeja llena de humeantes bollos, los *beraid*, por los que la tetería Al Bisharah era famosa en toda Córdoba.

Harun miró hacia la mesa que tenía al lado, donde un grupo de herreros del zoco estaba enfrascado en una partida de la taba. Los observó mientras uno de ellos, el que tenía las manos como mazos, lanzaba uno de los huesos al aire y, con una sola mano, intentaba coger los otros cuatro, uno a uno, antes de que el primero cayera sobre la mesa. Sus compañeros soltaron una estruendosa carcajada cuando la primera taba cayó en una tetera de agua caliente que había en el centro de la mesa. Y todavía rieron más cuando uno de ellos exclamó que incluso él podía hacerlo mejor y, a continuación, levantó la mano derecha, a la que le faltaba el dedo pulgar.

Conforme las risas se iban apagando, Harun se puso de pie para dar la bienvenida a Hamid al Mursi, el almotacén, quien, apoyado en su bastón, intentaba hacer pasar su robusta figura entre Simón y el joven sirviente que estaba limpiando las mesas. Como de costumbre, la tetería Al Bisharah, que se hallaba en el corazón del zoco, estaba llena de comerciantes, viajeros y trabajadores del mercado, lo que siempre llamaba la atención del almotacén. Cuando se acercó al fondo de la sala, los herreros guardaron las tabas, terminaron sus tés y se levantaron para volver al trabajo.

—Ya sabéis que desapruedo que se apueste en las teterías —declaró Al Mursi en voz más alta de la necesaria mientras los herreros intentaban evitar su airada mirada.

Simón sacudió la cabeza y miró hacia el techo.

Mientras se iban, uno de los herreros murmuró:

—Sin embargo, no pasa nada si se apuesta al ajedrez en una casa de baños de la que vos sois el propietario, ¿no?

Camino de la puerta, el herrero se apartó y un niño mendigo pasó por su lado rozándolo. El herrero se despidió del almotacén agitando una mano mientras con la

otra agarraba la nota que el niño había deslizado en el bolsillo de su albornoz.

—¡Volved al trabajo! —exclamó Al Mursi con una media sonrisa en su rasurada y rolliza cara—. Conocéis las reglas tan bien como yo.

Se sentó y se volvió hacia Harun.

—Bien, espero que lo que queréis decirme sea importante, pero antes de empezar veamos si nos pueden servir algo. ¡Simón! —gritó.

Al Mursi golpeó el suelo con su bastón y chasqueó sus gordos dedos exigiendo que le sirvieran su habitual té y un plato de *beraid*. Mientras el nervioso y joven sirviente corría hacia la mesa con una bandeja cargada con dos vasos de té y un plato de los pequeños y tiernos bollos, Al Mursi abrió su manto de lana verde, alisó su inmaculada ropa de seda, apoyó el bastón en la pared y enderezó su gorro de piel.

—Y bien, ¿qué es lo que reclama mi atención inmediata? —preguntó.

—Se han llevado a Nasim bin Faraj al Alcázar para interrogarlo. Dos soldados se han presentado en su tienda justo después de la oración de la mañana.

Al Mursi se comió un *barad*, echó miel en su té y lo removió.

—¿Qué han dicho los soldados?

—Nada salvo que los enviaba el general Ghalib y que Nasim tenía que ir al Alcázar con ellos de inmediato. Me han ordenado que cerrara yo la tienda. Entonces le he pedido a uno de los funcionarios del mercado que fuera a avisaros. Me preocupa que tenga algo que ver con el ámbar gris.

Al Mursi agarró la manga del albornoz de Harun y se acercó a él lo bastante para que percibiera el olor a miel en su aliento. El movimiento repentino de Al Mursi provocó que la tetería quedara en silencio.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajáis en el zoco? —preguntó Al Mursi conteniendo el aliento.

Harun, confuso, arrugó el entrecejo.

—¿A qué os referís? —preguntó por fin—. ¿Qué importancia tiene eso?

—Ninguna —contestó Al Mursi tomando otro bollo—, solo quería que os callarais un momento. Mirad alrededor —susurró—. La mayoría de los clientes de la tetería fingen que no están escuchando nuestra conversación, y los que no lo fingen probablemente ya han oído bastante.

Harun bajó la cabeza.

—Y ahora decidme, y esta vez con voz queda, qué pasa con el ámbar gris.

Mientras el barullo procedente de las otras mesas volvía a crecer, Harun habló apenas en un susurro:

—Creo que Nasim tiene ámbar gris en su tienda.

Al Mursi dio una ojeada alrededor.

—Pues esa sustancia ha sido prohibida expresamente. Y por el mismo califa. —Dio un sorbo a su té—. Si lo que decís es cierto, entonces el general Ghalib hará algo

más que hablar con Nasim en el Alcázar. —Cogió otro *barad* y en esta ocasión lo mordisqueó con delicadeza—. ¿Cuánto tiempo hace que sabéis lo del ámbar gris? —preguntó con la mirada fija en el bollo.

Harun inclinó la cabeza y manoseó de nuevo su barba.

—No mucho. Hace dos días, rompí un tarro en su tienda. Creí que contenía mermelada de naranja, pero en el interior había otro tarro que estaba lleno de ámbar gris.

Los ojos de Al Mursi se endurecieron sobre sus rollizas mejillas mientras masticaba.

—Comprendo. ¿Hay algo más que deba saber?

Harun negó con la cabeza.

—Creo que no.

—Muy bien. Si averiguáis algo más sobre esta cuestión, aseguraos de ponerlos en contacto conmigo. Cualquier funcionario del mercado sabrá dónde encontrarme.

Sin más, el almotacén terminó su té, estiró el brazo para agarrar su bastón y, apoyando ambas manos en la empuñadura de plata, levantó su robusto cuerpo del taburete. Luego tomó el último *barad* y salió de la tetería saludando a Simón con un gesto por el camino.

### *Antes de la oración de mediodía*

El rítmico chasquido de las cuentas se detuvo repentinamente mientras Hasdai se estremecía y se arropaba con el manto que cubría sus hombros.

Ghalib realizó una mueca de dolor y se frotó la rodilla mientras se levantaba del taburete. Tomó un puñado de piñas del cesto y las lanzó al fuego.

Un sirviente llamó a la puerta.

—¡Entrad! —gritó el general Ghalib.

Hasdai esbozó una media sonrisa y sacudió la cabeza. ¡En realidad, aquella era su sala de trabajo! Además, él era el visir. Pero resultaba imposible contener al general.

El sirviente entró, realizó una reverencia y dejó una bandeja con vasos, un plato con limones cortados por la mitad, un cuenco con miel y una humeante jarra de agua caliente encima del escritorio.

Ghalib vertió agua en los vasos y añadió un poco de miel y el jugo de medio limón en cada uno de ellos. Tendió uno de los vasos al visir, quien se calentó las manos con él e inhaló el aroma a limón. Hasdai había dejado de sonreír.

—Todavía no os he dicho cuánto lo siento —declaró mientras se sentaba detrás del escritorio.

—¿Señor?

—Me refiero al joven mulazim. Sé que estabais muy unido a él.

—Gracias, señor —contestó Ghalib con la mirada clavada en su vaso—. En efecto, lo conocía desde que era un niño.

—¿Se lo han comunicado a su madre?

—Sí, señor, aunque todavía no he ido a visitarla. Había pensado ir esta tarde, después de que hayamos hablado con Bandar. Además, no solo ha perdido a un hijo.

—¿A qué os referís? —preguntó Hasdai.

—Suhail era su hermanastro —explicó Ghalib—. Esta es una de las razones por las que yo quería que Haitham fuera su escolta.

—¡Pobre mujer! —exclamó Hasdai tomando de nuevo su *tasbih*—. Aseguraos de encontrar tiempo para visitarla. ¿Hasta qué punto conocíais a Suhail bin Ahmed?

—No mucho. Conocía su reputación, desde luego, pero antes de que viniera a Córdoba solo lo había visto un par de veces en Almería, y nunca había hablado con él lo suficiente para llegar a conocerlo.

—Habladme, entonces, de su reputación.

Ghalib volvió a llenar su vaso.

—Veréis, señor, solo llevaba en el puesto poco más de un año. Por lo que he oído, no era extremadamente hábil como navegante, pero, según se dice, era un excelente caudillo naval. Sus hombres habrían hecho cualquier cosa por él y contaba con la total confianza del califa y el príncipe heredero. Delegaba las tareas de navegación en otros y he oído que, cuando lo ascendieron a almirante de la flota, todo el mundo esperaba que designaran a Bandar.

—¿Así que Siraj, el hombre de Qartajana, nunca fue considerado para ocupar ese puesto? —preguntó Hasdai.

Ghalib asintió con la cabeza.

—Exacto. Bandar era el más antiguo de los vicealmirantes. Cuando el antiguo almirante de la flota murió, creo que incluso el mismo Bandar esperaba ser nombrado para el puesto.

—¿Y qué ocurrió entonces?

Ghalib se encogió de hombros y tomó un sorbo de su bebida.

—Sinceramente, no lo sé. El anterior almirante llevaba enfermo varias semanas antes de morir. Comprendo que el príncipe quisiera nombrar al mejor hombre para el puesto, pero Bandar hacía años que era el siguiente en la línea de mando y ya sabéis lo importante que es esto entre los militares. No tengo ni idea de por qué insistió el príncipe en ascender a Suhail.

—Eso ya no importa —dijo Hasdai—, ahora Bandar es el almirante de la flota.

Mientras hablaba, deslizó dos cuentas por la cadena y miró por la ventana. Las gotas de lluvia la golpeaban a rachas y el viento sacudía los árboles. Dirigió la mirada a su escritorio y suspiró.

—Todavía tengo que terminar esto —declaró mientras levantaba un documento.

—¿Se trata de la proclama del califa?

—En efecto. Tendré que eliminar las referencias al almirante Suhail. Ahora volved a explicarme dónde nos encontramos en relación con los asesinatos. ¿Qué sabemos exactamente?

Ghalib dejó su vaso y se secó el bigote con el dorso de la mano.

—Bueno, creo que podemos asumir que el mulazim fue asesinado primero, lo que significa que...

—¿Por qué podemos asumirlo? —lo interrumpió Hasdai, intrigado, dejando el *tasbih* en el escritorio y mirando fijamente al general.

—Resulta obvio, ¿no, señor?

Hasdai bajó la barbilla y se enderezó en su asiento.

—Entonces iluminadme con vuestra sabiduría, general, porque ese hecho obvio escapa a mi conocimiento.

El general no reaccionó al sarcasmo del visir, solo inclinó la cabeza y sonrió.

—Asigné al mulazim Haitham la tarea de proteger al almirante Suhail bin Ahmed



durante su estancia en Córdoba. Como almirante de la flota debía tener un escolta.

—¿Pero por qué resulta obvio que el escolta murió primero?

—Bueno, señor, Haitham nunca habría dejado solo a Suhail y habría arriesgado su vida para salvar la de su tío.

El visir deslizó una mano por su ralo cabello castaño y reflexionó durante unos instantes sobre aquella cuestión.

—Comprended, general, que no dudo del coraje del joven mulazim ni de su compromiso hacia vos y su puesto, pero, hasta que no conozcamos todos los hechos, debéis permanecer neutral respecto a esta cuestión. No está demostrado que Haitham muriera primero y, hasta que no dispongamos de pruebas irrefutables, resulta imprudente sacar ciertas conclusiones.

Ghalib asintió con la cabeza.

—A partir de lo que sabéis que es cierto y solo eso, ¿es posible que Haitham fuera asesinado antes que el almirante?

—Sí, señor, es posible.

—Permitidme formularos otra pregunta. ¿Creéis que es probable?

Ghalib guardó silencio unos instantes.

—Eso depende, señor.

—¿De qué depende?

—De cuál fuera la motivación del asesino.

Hasdai asintió y tocó la jarra del agua. Todavía estaba templada, así que se sirvió otro vaso y añadió algo de miel.

—Exacto, general. Hablemos de eso. Contadme de nuevo lo que me contasteis anoche. Habladme del juego de la taba.

—Según Antonio, anteanoche Haitham estaba con el almirante mientras este jugaba a la taba con Antonio y el comerciante del zoco en la casa de baños. Yusuf, el dueño de los baños, lo confirmó, pero también comentó que allí había más personas. Según dijo, fue una noche muy concurrida porque la gente quería relajarse antes del festival de la Ascensión de Mahoma, que tendría lugar al día siguiente.

—Me comentasteis que el juego se desarrolló amigablemente.

El general asintió.

—Antonio declaró que todo resultó muy agradable. Según él, el almirante estaba de buen humor, presumiblemente, porque ganó bastante dinero.

Hasdai levantó la mano.

—Estudiaremos lo del dinero a su debido tiempo. Ahora habladme de los difuntos.

—El mulazim fue asesinado de un único corte en la garganta. La herida fue terrible y casi le separó la cabeza del cuerpo. No estoy totalmente seguro, pero diría que ya estaba en el agua cuando murió, porque no había sangre alrededor de la

piscina, solo en el agua. La daga que encontramos en el fondo concuerda, en tamaño y forma, con la herida del cuello de Haitham.

Ghalib señaló con la cabeza el bulto de tela de algodón que había en el escritorio del visir.

Mientras Hasdai desenvolvía la daga, el golpeteo de la lluvia en la ventana creció en intensidad en concordancia con el viento.

—¿Qué podéis decirme del arma? —preguntó el visir mientras tendía la daga al general, quien la sopesó en su mano—. ¿Creéis que pertenecía al mulazim?

Ghalib examinó el arma por ambos lados y se concentró en la hoja.

—Si pertenecía a Haitham, nosotros no se la suministramos. No se trata de un arma del ejército.

—¿Podría tratarse de un arma personal?

—No lo creo. Si estaba de servicio, habría llevado su espada y, posiblemente, una falcata.

—¿Una falcata? ¿Por qué habría de llevar una falcata?

—Numerosos jóvenes oficiales se han aficionado a ellas. Les piden a nuestros armeros que se las fabriquen. Son armas muy efectivas en el combate cuerpo a cuerpo.

—¿Y dónde están esas armas de Haitham?

El general sacudió la cabeza.

—No lo sé, señor. No se encontraban entre sus pertenencias en los baños.

—¿Y cuáles eran sus pertenencias?

Ghalib guardó silencio mientras intentaba recordar lo que el viejo yemení le había dicho en la casa de baños.

—Sé que el mulazim Haitham significaba mucho para vos, pero debemos estar seguros respecto a los hechos, general —declaró el visir en tono afable—. Volveremos a esta cuestión en otro momento. Ahora habládme del almirante.

—Su cuerpo fue tirado en un pequeño patio situado detrás de las escaleras del patio principal de la alhóndiga.

—¿Había algo más allí?

—Los desechos habituales... barriles de vino vacíos y vegetales en estado de putrefacción.

—Parecís estar seguro de que el cuerpo fue tirado allí —comentó Hasdai.

—Sí, señor. Antonio y las prostitutas declararon que, cuando salió de la habitación, Suhail tenía la intención de marcharse de la alhóndiga. Como sabéis, la puerta principal está en el centro de la pared sur, pero el cuerpo del almirante fue encontrado lejos de allí, a un lado.

—Detrás de las escaleras.

—Exacto.

—¿Adónde conducen las escaleras?

—A las habitaciones..., a la zona de los aposentos. Si su intención era irse, no habría tomado aquella dirección.

Hasdai asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Entonces, si echaron su cuerpo allí, puede que alguien viera cómo lo arrastraban o lo cargaban hasta las escaleras. ¿Sus hombres han interrogado a todos los muleros?

—Terminarán hoy, señor. De momento, nadie recuerda haber visto nada.

Hasdai miró intencionadamente a Ghalib.

—No, general —replicó con lentitud—, de momento, nadie nos ha dicho que recuerde haber visto nada. El hecho de que lo recuerden es un asunto totalmente diferente. Habladme de la herida del almirante.

—Le abrieron la cabeza con alguna clase de hacha o espada de gran peso. Llevaba allí algún tiempo, porque, cuando llegué, su cuerpo había atraído la atención de un gato y multitud de cucarachas.

Hasdai se colocó frente a la ventana y contempló cómo el viento desviaba las gotas de lluvia. ¡Hacía un tiempo deprimente! Se frotó las sienes y cerró los ojos un instante.

—Bueno, hasta que no contemos con más información, no podemos hacer conjeturas. Por lo que a mí respecta, el juego de la taba, el dinero que Antonio debía al almirante y su visita a la alhóndiga pueden ser hechos totalmente desconectados de los asesinatos.

El general permaneció inmóvil y con el ceño fruncido a causa de la concentración.

—Señor —declaró al cabo de un rato—, creo que debemos partir de la suposición de que los asesinatos están relacionados con el juego.

Las cuentas del visir empezaron a chasquear de nuevo.

—No, general, debemos empezar determinando si los dos asesinatos están relacionados entre sí.

Hasdai contempló la lluvia, que ahora chocaba con fuerza contra la ventana, y oyó a lo lejos la llamada a la oración del muecín, que se perdía en el viento.

—Cuando hayáis terminado la oración, general, iremos a dar un vistazo a los aposentos del almirante y, después, interrogaremos al perfumista. Informad a los hombres que tenéis en la alhóndiga de que quiero hablar con ellos a última hora de la tarde. Nos reuniremos con ellos allí justo después de la oración del crepúsculo.

*Después de la oración de mediodía*

—¿Cuánto tiempo más durará esto? —preguntó el coronel Zaffar al Din.

Estaba de pie en una de las entradas en arco que conducían a los establos, viendo cómo la lluvia rebotaba en el suelo empedrado del patio. El aguacero, que había empezado justo antes de la oración, no mostraba signos de amainar, y un penetrante olor a boñiga, sudor de caballo y paja húmeda impregnaba el aire. El crudo frío de enero penetró hasta los huesos de los dos soldados que estaban detrás de él, encogidos alrededor de un pequeño y humeante brasero. El chisporroteante fuego causaba un leve efecto en aquel tiempo helado.

—Espero que hayamos acabado de interrogar a los que faltan antes de la oración de la tarde —contestó uno de los soldados frotándose las manos sobre el humo—. Solo quedan unos diez más.

—Más que esperar debemos tener una certeza absoluta, mulazim. Me han informado de que el visir y el general Ghalib están de camino hacia aquí para inspeccionar nuestros progresos.

El coronel señaló con la mano a los muleros que, cubiertos con sus mantos de tela de arpillera, refunfuñaban y daban patadas al suelo mientras esperaban en una cola que se extendía a lo largo de la pared exterior de los establos.

—No quiero que esos estén ahí cuando el general llegue —añadió el coronel.

—Sí, señor.

Zaffar era el coronel al mando de la guardia califal en Medina Azahara y su principal responsabilidad consistía en proteger a Abderramán III, el califa. Cuando era un simple soldado, se distinguió en las campañas de la frontera norte y el general Ghalib en persona promovió su ascenso. Zaffar también era el superior del mulazim Haitham y fue él quien lo eligió para que fuera el escolta del almirante de la flota. Le habían informado de la muerte del joven mulazim con las primeras luces del día y le ordenaron que se presentara al general Ghalib, quien le notificó que el almirante también había sido brutalmente asesinado. Ghalib le encomendó interrogar a todos los huéspedes y trabajadores de la alhóndiga y también asegurarse de que Antonio, el mercader de telas, y las prostitutas no abandonaran el recinto.

—¡Ah, bien! —exclamó Zaffar cuando un mozo entró en el establo con tres vasos humeantes de té fuerte y caliente—. ¡Has tardado un buen rato!

El coronel y sus hombres rodearon los vasos con las manos.

En las galerías de la planta baja había mozos por todas partes. Corrían de un lado

a otro transportando mercancías entre los compartimentos de seguridad y los almacenes, deslizándose entre los caballos y las mulas, que repicaban en el patio empedrado mientras eran conducidos a los bebederos. Los mozos recogían las boñigas ignorando el vapor que se elevaba de los torrentes de orina equina que corría por los canales del patio.

Zaffar se estremeció y se ciñó la capa sobre los hombros.

—¿Habéis obtenido algo de los interrogatorios? —preguntó al mulazim.

Este se llevó los dedos a los labios y señaló más allá del coronel, a un mozo que había entrado para atender el brasero y las antorchas de tea que iluminaban el establo. Cuando el mozo se fue, contestó:

—De momento, las historias son coherentes, señor. Algunos hombres aseguran haber visto llegar al almirante y otros incluso dicen haber visto al mulazim Haitham. Por lo visto, el almirante y el mercader de telas pasaron cierto tiempo en el almacén del mercader. Algunos dicen que para recoger dinero y que después subieron a la planta superior, pero nadie afirma haber visto irse al almirante. De todos modos, la mayoría no recuerda haber visto nada y tampoco albergo muchas esperanzas respecto al resto —concluyó señalando la hilera de hombres que esperaban bajo la lluvia.

—No me habléis de lo que esperáis, mulazim, el general Ghalib querrá hechos, no esperanzas ni imaginaciones. —Terminó su té y volvió a estremecerse—. Anteayer por la noche se produjo la celebración de la Ascensión de Mahoma, ¿no es cierto?

—Sí, señor. Yo estaba de servicio en el Alcázar. Los guardias que regresaban de las puertas de la ciudad declararon que había cientos de personas en las calles con antorchas y niños corriendo por todas partes. La celebración duró hasta justo antes del alba.

—¿En la alhóndiga había mucho movimiento? —preguntó Zaffar.

—Muchísimo, señor. Según los registros del secretario, todas las habitaciones estaban ocupadas y Al Jaziri había contratado a sirvientes adicionales para que ayudaran en los establos y los almacenes.

—¿Alguien ha salido de la alhóndiga desde ayer por la mañana?

—Resulta difícil decirlo con exactitud, señor —contestó el mulazim.

Zaffar lo miró con dureza.

—Lo que quiero decir, señor, es que existe la posibilidad de que algunos de los huéspedes se marcharan entre el momento del asesinato y la llegada del general Ghalib. El cabo del cuerpo de guardia nocturno está hablando con el secretario para conseguir una lista de los clientes que habían reservado una habitación para esa noche y así poder compararla con la lista de los huéspedes a los que hemos interrogado.

—Muy bien —declaró Zaffar—. Aseguraos de hacerme llegar una nota con los nombres de las personas que no coincidan en ambas listas.

El mulazim asintió con un gesto de la cabeza.

—¿No lo encontráis extraño? —añadió Zaffar.

—¿A qué os referís, señor?

—Una ciudad atestada de gente, una alhóndiga llena de huéspedes y sirvientes, y no encontramos a una sola persona que haya visto algo. El almirante tenía el cráneo partido, probablemente, por un hacha, y la garganta abierta de oreja a oreja, y nadie oyó un solo ruido. Aunque no vieran nada, alguien debió de oír el barullo.

—Es posible, señor, pero con el vocerío de la celebración y toda la actividad que había aquí, en la alhóndiga, quizá debamos aceptar que...

—Mirad —lo interrumpió Zaffar—, el almirante de la flota califal y su escolta, el mulazim Haitham, han sido asesinados. Nosotros no aceptamos nada hasta que hayamos apresado al responsable. ¿Entendido?

El mulazim bajó la cabeza.

—Sí, señor.

—Bien, ahora terminad con los interrogatorios y, cuando haya finalizado la oración de la tarde, reuníos conmigo en la sala de trabajo de Al Jaziri. Tenemos que preparar lo que vamos a comunicarles al visir y al general.

### *Después de la oración de mediodía*

El aliento de Hasdai ben Shaprut flotó en el aire como una nube mientras volvía a dar una ojeada a la habitación del almirante y manipulaba las cuentas de ámbar en un intento vano de mantener sus dedos calientes. No había ningún fuego encendido, así que la habitación estaba fría y húmeda. Hasdai oyó que el viento y la lluvia barrían los jardines del Alcázar y se estremeció de frío.

Según el oficial al mando de la guardia del Alcázar, nadie había entrado en los aposentos del almirante desde que se marchó dos días atrás. El mulazim Haitham pasó a recogerlo y ahora los dos estaban muertos.

En el escritorio, enfrente del visir, había un cálamo junto a un bote de tinta, una pila de papeles y, encima de estos, un cuenco con tabas. Al lado de los papeles había dos frascos verdes y redondos con sendos tapones de cristal.

Hasdai guardó el *tasbih* en su bolsillo y cogió un par de huesos del cuenco. Los hizo rodar por la palma de la mano como solía hacer con las cuentas del *tasbih* y percibió que su superficie era fría y suave.

Oyó que el guardia que esperaba al otro lado de la puerta se ponía firmes y que unos pasos pesados se acercaban por el corredor. Alguien llamó con ímpetu a la puerta y, a continuación, esta se abrió.

—¡Entrad, general! —exclamó Hasdai sin siquiera levantar la vista.

—Gracias, señor —contestó Ghalib mientras cruzaba la capa sobre su pecho al sentir el frío que reinaba en la habitación—. Permitidme que me ocupe de la lámpara. —Recargó la lámpara de aceite, que casi se había apagado—. Mis hombres me han dicho que el coronel Zaffar estará preparado para recibirnos en la alhóndiga después de la oración del crepúsculo.

—¿Preparado para recibirnos? —preguntó Hasdai con lentitud mientras volvía a dejar los huesos en el cuenco.

El general Ghalib guardó silencio.

—Iremos allí más tarde, antes de hablar con Bandar —dijo Hasdai—. Después de nuestra visita sabrá si sus hombres están preparados o necesitan más preparación.

—¿Habéis encontrado algo aquí, señor? —preguntó Ghalib mirando alrededor.

Hasdai asintió con la cabeza.

—¿Sabéis qué son, general? —preguntó mientras señalaba los frascos de cristal que había encima del escritorio.

El general levantó uno de los frascos y lo sostuvo frente a la lámpara mientras

escudriñaba el contenido.

—Los he encontrado en el baúl del almirante —explicó Hasdai.

—Bueno, son dos frascos, pero no tengo ni idea de qué contienen —comentó el general.

—Abridlo. Esperad, permitidme...

Hasdai tomó el frasco que Ghalib sostenía y lo abrió.

—Oledlo —declaró al tiempo que ofrecía el tapón.

El general aspiró profundamente y enseguida se apartó, resoplando y tosiendo con desagrado.

—¿Qué demonios es eso? —masculló secándose la boca e inhalando con fuerza.

—Eso, general, es ámbar gris —contestó el visir, que volvió a cerrar el frasco con el tapón.

Dejó el recipiente en el escritorio, abrió el otro y lo acercó a la cara de Ghalib.

—Y esto también lo es. ¡Vamos, os prometo que este será de vuestro agrado!

El general tomó el frasco y olisqueó el contenido con cautela.

—¿Lo veis? De hecho, el olor de este resulta muy agradable —declaró Hasdai.

—No lo comprendo, señor —contestó Ghalib—. Creía que el ámbar gris era un perfume, pero el primer frasco huele a muerto.

—Efectivamente, se trata de un perfume, general, pero solo después de un largo período de maduración. Cuando es fresco, su color es negro, su textura, blanda, y huele como vos habéis dicho: a rancio, a muerto. Pero cuando se ha dejado expuesto al aire libre, el clima y el agua del mar, se vuelve gris y, en algunos casos, como este, incluso adquiere una intensa tonalidad amarilla. Entonces su olor se vuelve agradable y se convierte en una sustancia extremadamente valiosa. —Hasdai sostuvo los dos frascos frente a la lámpara y los contempló a contraluz—. Muy, muy valiosa.

El general se secó los ojos y se mesó la barba.

—¿Son importantes, señor? Me refiero a si son relevantes para el caso.

—No lo sé, general —contestó Hasdai deslizado las cuentas por la cadena.

—¿Habéis encontrado algo más?

El visir se sentó en un taburete junto al escritorio.

—No estoy totalmente seguro —respondió—. Hay notas personales que tratan sobre cuestiones navales. —Agarró una de las hojas de papel—. Esta es una lista de nombres. Después le preguntaremos a Bandar si alguno de estos nombres significa algo para él.

—Podría tratarse de una lista de los oficiales que están a su servicio, señor —sugirió Ghalib.

—Es posible —contestó Hasdai—. Pero no figura ninguno de los oficiales a los que conocemos.

—Comprendo —comentó Ghalib—. ¿Dónde decíais que habéis encontrado los



frascos de ámbar gris?

—En el baúl que hay allí. Estaban envueltos en una capa de marino. —Hasdai se frotó los ojos—. En el armario hay ropas ceremoniales y alguna prenda de vestir personal del almirante, pero aparte de eso, nada.

El general contempló los frascos durante unos instantes.

—¿Vos creéis que el almirante...?

Se interrumpió cuando el visir levantó la mano para silenciarlo.

—No lo sé, general. Y tampoco estoy seguro de querer saberlo —declaró Hasdai—. Pero sé, tan bien como vos, que el comercio del ámbar gris en cualquiera de sus formas ha sido expresamente prohibido.

—¡Y no solo el comercio, señor! Se trata de uno de los bienes que el califa ha decretado que ni siquiera puede transportarse de una ciudad a otra.

—Exacto. Fuera lo que fuera lo que el almirante estuviera haciendo con el ámbar gris o incluso si lo consiguió fuera de Córdoba, el simple hecho de tenerlo en su poder va en contra de las órdenes directas del califa, y ese es un gran riesgo incluso para un hombre de su posición.

El general volvió a contemplar los dos pequeños frascos. Después de un silencio durante el cual lo único que se oyó fue el azote de la lluvia y el viento en el exterior, declaró:

—Estoy convencido de que el almirante no habría actuado deliberadamente en contra de los designios del califa, señor.

Hasdai lo miró con socarronería.

—Antes hemos comentado que ninguno de los dos conocía bien al almirante, así que, ¿hasta qué punto podemos tener esa certeza?

Volvió a tomar el *tasbih* y el rítmico chasquido de las cuentas compitió con el del viento y la lluvia.

—Tenemos que hablar de nuevo con el mercader del zoco —declaró finalmente Hasdai—, el que dijisteis que jugó a la taba con el almirante. Él trabaja en el gremio de los perfumistas, así que quizá pueda decirnos de dónde procede este ámbar gris. Mientras tanto, será mejor que no hablemos de este hallazgo con nadie. No quiero que se sepa que había ámbar gris en los aposentos del almirante; al menos hasta que sepamos cómo y por qué llegó aquí. Ordenad a vuestros hombres que conduzcan al mercader del zoco a mi sala de trabajo y, después, reuníos allí conmigo.

El visir se puso de pie, dobló los papeles que había encima del escritorio y los envolvió, junto con los dos frascos, con una tela de algodón engrasado que sacó de su bolsillo. Ocultó el paquete en el interior de su manto y apremió al general hacia la puerta.

### *Después de la oración de mediodía*

—¿Qué hacéis aquí? ¡Entrad! ¡Deprisa! Creí que os había dicho que no vinierais aquí.

Yazid al Haddad miró a ambos lados de la callejuela del gremio de los tejedores, entró en la barbería y cerró la puerta.

—¿Quién sois vos para decirme lo que tengo o no tengo que hacer? Vosotros los bagdadís sois todos iguales. ¿Quién os creéis que sois? ¡Puede que solo sea un herrero, pero tengo el mismo derecho que cualquiera a visitar el gremio de los tejedores!

—¡Sí, sí! —exclamó Bilal bin Safwan, el barbero, mientras cerraba la puerta con llave.

Estaba empezando a arrepentirse de haber accedido a trabajar con Yazid. Evidentemente, se trataba de un hombre inestable.

—Desde luego que tenéis el mismo derecho que cualquiera, pero es mejor que no nos vean juntos. Resulta peligroso. No deben vernos juntos. Esto ya ha salido terriblemente mal. Sentaos y contadme lo que sabéis. ¿Por qué no os reunisteis conmigo en la tetería?

Yazid dio una ojeada a la tiendecita. A la derecha había un diván bajo y, encima, colgaba un laúd de cinco cuerdas, y en la pared del fondo había un hogar de piedra con una olla de cobre que contenía agua hirviendo. Junto al fuego de carbón centellaban tres cuencos pequeños que Bilal utilizaba para las sangrías. Yazid vislumbró el mango de la lanceta que había forjado para el barbero, el cual asomaba por el borde de uno de los cuencos. Delante de la chimenea había dos taburetes y una mesa baja con más utensilios de barbero. Las dos navajas plegables y las dos tijeras también eran obra de Yazid. Encima de un montón de toallas, junto a un cuenco de jabón que despedía un olor dulce, había dos peines de madera de boj. En la pared de la izquierda, debajo de un texto caligrafiado y enmarcado que ensalzaba el genio de Ziryab, el músico bagdadí, había dos alacenas llenas de frascos de perfumes, ungüentos para el cabello y botellines de alcohol puro que el barbero empleaba para detener el sangrado de los cortes que realizaba a sus clientes.

Yazid se sentó en un taburete y arrugó la nariz. ¡Odiaba los perfumes! Aquel lugar olía como la almohada de una prostituta; a perfume denso y empalagoso con un toque de sangre. Agarró una de las navajas, la abrió con su mano sana y, mirando fijamente a Bilal, deslizó el borde de la hoja por el dorso de su muñeca. Lamió el

hillo de sangre que brotó y dijo:

—Necesita ser afilada de nuevo. Si alguien os pregunta por qué he venido, simplemente decid que os he traído unas navajas nuevas.

—Sí, sí, de acuerdo, pero ¿qué queréis? —preguntó Bilal.

—Para empezar, me iría bien beber algo. Trabajar todo el día en la forja produce sed. ¿Tenéis vino?

—No, pero sí que tengo agua.

Bilal introdujo el brazo detrás de una cortina que había cerca de la chimenea y sacó una jarra de barro cocido y una taza pesada y achaparrada.

—¡Tomad!

Yazid cogió la jarra con la mano izquierda y sujetó la taza encima de la mesa con la derecha. Bilal observó lo que hacía con la mano derecha. El hecho de que le faltara el pulgar no parecía afectar a sus capacidades. Yazid levantó la vista y vio que Bilal tenía la mirada fija en su mano.

—Ya me he acostumbrado —declaró—, pero obviamente vos todavía no.

—Debe de afectar a vuestro trabajo —comentó Bilal.

—En realidad, no. Ya sabéis lo que hago: cosas pequeñas, delicadas... ¡y muy afiladas! —Colocó el corte de su muñeca frente a la cara de Bilal y soltó una carcajada—. Ya sabéis, navajas, cuchillos, tijeras... Mi aprendiz realiza los cortes bastos, y yo, los pulidos y los acabados. Yo los afilo. Y me las arreglo bien. Del mismo modo que puedo arreglármelas sin vos.

—Estoy seguro de que no habéis venido para hablar de vuestro pulgar —replicó Bilal con calma—. Contadme qué os ocurrió ayer por la noche. No acudisteis a la tetería como habíamos acordado. Se suponía que debíamos trasladar los cajones. Teníamos que sacarlos del almacén durante la celebración de la Ascensión de Mahoma, pero ahora hay soldados por toda la alhóndiga formulando preguntas acerca de un cadáver.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Yazid.

—Como no aparecisteis en la tetería, me fui a la alhóndiga. Había soldados por todas partes y un herrero me contó lo que había ocurrido.

—¿Qué os contó?

—Solo eso, que un oficial de la guardia está interrogando a todos los trabajadores de la alhóndiga.

—¿Qué más creéis que saben? —preguntó Yazid, y volvió a lamer el corte del dorso de su muñeca.

—No lo sé. Ahora, mi mayor preocupación consiste en cómo vamos a sacar los cajones de allí.

—¿Sabéis qué contienen? —preguntó Yazid.

—¿Qué importa eso? —contestó Bilal—. Hace cuatro días dos hombres fueron

clavados en sendos maderos a la entrada de Balansiyya. Los sorprendieron transportando un cargamento de clavos de olor a Toledo de contrabando.

Yazid se echó a reír.

—¡I Alá, ejecutados por un cesto de clavos de olor! Espero que los clavos estuvieran bien afilados.

Bilal miró a Yazid con extrañeza. A veces, no tenía ni idea de a qué se refería.

—Ahora no debemos pensar en eso —intervino Bilal deseando, desesperadamente, cambiar de tema. Entonces se arriesgó—: En mi opinión, ayer por la noche no os presentasteis porque estabais asustado.

—¿Yo? —preguntó extrañado Yazid.

Volvió a soltar una carcajada mientras abría y cerraba la navaja una y otra vez.

—Sí —insistió Bilal—. Pero tenemos que dominar los nervios. Teniendo en cuenta lo que nos pagaron por llevar los cajones al almacén, lo que contienen debe de valer una fortuna. Por cierto, ¿para quién hacemos todo esto?

—Ya os lo dije —repuso Yazid—, es mejor que no lo sepáis. Así es más seguro.

Bilal suspiró.

—Este podría ser nuestro último trabajo —comentó.

—Ahora no podemos hacer nada al respecto —apuntó Yazid—. Tomad, mirad esto. —Le tendió a Bilal un pedazo de papel doblado—. Me lo han dado en la tetería hace un rato.

Bilal leyó rápidamente el mensaje y después hundió la cabeza entre las manos.

—Así ¿que esto es todo? ¿El trabajo ha sido anulado? Yazid se encogió de hombros.

Bilal se frotó los ojos con los nudillos y bebió directamente de la jarra de barro cocido.

—Deberíamos encontrar otro comprador para el contenido de los cajones —propuso.

—Nunca conseguiremos acercarnos a ellos.

—Tenemos que intentarlo —insistió Bilal—. Si lo logramos, podríamos conseguir el dinero suficiente para retirarnos.

—Siempre argüís lo mismo —repuso Yazid—, pero cuando acabamos de pagar todos los costes, nunca nos queda el dinero suficiente para compensar los riesgos que asumimos.

—Lo que queréis decir es que nunca os queda el dinero suficiente para cubrir vuestras apuestas —precisó Bilal—. ¿Por qué lo hacéis?

Yazid clavó la mirada en la taza de agua, como si esperara encontrar la respuesta en el fondo. Le enfurecía que le hablaran de su adicción al juego, y cuando estaba furioso, podía hacer cosas extrañas y muy violentas.

—Yo sé por qué lo hago —masculló. Volvió a abrir la navaja y la sostuvo a la

altura de los ojos—. Lo hago para olvidar lo que soy. Por eso apuesto una y otra vez.

Yazid miró a los ojos a Bilal y este percibió un profundo vacío en la mirada del herrero.

—No me queda nada de dinero. Lo he perdido todo —declaró Yazid.

—¿Todo? —preguntó Bilal—. Hace meses que nos dedicamos al contrabando y nos hemos repartido cerca de seis mil dirhams. ¿Cómo habéis podido perder tanto dinero?

Yazid volvió a reírse.

—Creedme, una vez se empieza resulta fácil perder esa cantidad de dinero —declaró—. La taba en la casa de baños es solo el principio. La mayor parte del dinero lo he perdido en las peleas de gallos.

Bilal estaba lo bastante enojado para atreverse a hablar.

—¿Cómo podéis arriesgar ser clavado a un madero en el zoco por unos minutos de emoción en una pelea de gallos? A todos nos gusta apostar a los gallos, pero vos perdéis el control. ¡Y no olvidéis que también ponéis en peligro mi vida! ¿Creéis que podréis callar mi nombre cuando empiecen a torturaros? ¿Creéis que lo sabéis todo acerca del metal al rojo vivo? ¿Habéis visto el estado en el que se encuentran esos desgraciados cuando los clavan a los maderos? Los guardias del Alcázar podrían contaros un par de cosas sobre lo que puede hacerse con un hierro incandescente. Reflexionaré sobre lo que podemos hacer con esos cajones y, cuando lo decida, me ayudaréis. ¿Entendido?

Yazid miró largamente a Bilal y percibió que le tenía miedo. Había visto esa mirada en los ojos de sus víctimas muchas veces antes.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó.

—Ahora marchaos y no hagáis nada —contestó Bilal—. Cuando haya decidido qué hacer, os lo comunicaré.

*Antes de la oración de la tarde*

—¡**P**orque ayer por la mañana temprano, el cadáver del almirante de la flota fue descubierto entre un montón de basura en la alhóndiga! —gritó Hasdai—. Alguien lo asesinó, probablemente con un hacha o algo parecido. Y alguien, quizá la misma persona, también asesinó al escolta del almirante. Sabemos que al escolta lo asesinaron en los baños donde jugasteis a la taba y también sabemos que quien lo mató lo hizo con esta daga. Y resulta que la daga os pertenece, así que os sugiero que intentéis recordar dónde estabais hace dos noches y cuándo fue la última vez que la daga obró en vuestro poder.

El arrebato del visir hizo que Nasim bin Faraj palidciera. El mercader de perfumes apartó la mirada del rostro del visir y la fijó en la daga que estaba en el escritorio, al lado de dos frascos de ámbar gris. Tragó saliva con esfuerzo, asintió con la cabeza y se agarró a los lados del taburete con tanta fuerza que le temblaron los brazos.

—Yo... Yo estuve en mi tienda en el zoco hasta la oración del crepúsculo —balbuceó—. Después me dirigí a la casa de baños de Al Mursi, el almotacén, la que está cerca de la puerta de Al Jadid.

—¿Alguien puede confirmar que estuvisteis allí? —preguntó el general Ghalib.

Nasim reflexionó durante unos instantes.

—Creo que Al Mursi estaba allí, y que el secretario estaba en la sala de trabajo. Sí, el secretario me vio. Había algunos hombres jugando al ajedrez. Después de tomar los baños me fui a casa y, por la mañana, volví a la tienda.

—Hablaremos con el secretario de Al Mursi —declaró Hasdai—. Ahora contadme de nuevo lo de la taba.

Nasim se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Casi todas las semanas, voy a la casa de baños de Yusuf, donde tomo los baños y juego al ajedrez o la taba. Hace tres noches, me encontré allí con Antonio, el mercader de telas.

—¿Habíais quedado en encontraros en los baños?

—No, nos encontramos por casualidad. Él estaba tomando un té y empezamos a hablar. Yusuf, el propietario de los baños, nos presentó. Al cabo de un rato, lo invité a que se uniera a nosotros a jugar a la taba. Entonces...

Nasim se interrumpió al ver que el visir levantaba una mano para hacerlo callar.

—Repetid eso —exigió Hasdai.

Nasim lo miró perplejo.

—¿Qué parte? Empezamos a hablar y lo invité a que jugara con nosotros a la taba.

—¿Estáis diciendo que la partida de la taba con el almirante ya estaba concertada? —preguntó Hasdai.

Nasim asintió con la cabeza.

—Sí.

Hasdai lanzó una ojeada al general Ghalib, quien arqueó sus pobladas cejas.

—¿Y quién la concertó? —inquirió Hasdai.

—El almirante. Durante los días previos al de la partida se presentó en mi tienda en varias ocasiones y la última me invitó a encontrarme con él en los baños.

—¿Cuando iba a vuestra tienda os compraba algo? —preguntó Hasdai.

—Compró un perfume y me dijo que era para su mujer.

El general Ghalib abrió la boca para hablar, pero el visir lo hizo callar levantando una mano.

—¿Os contó algo más? —preguntó Hasdai.

—La verdad es que no —contestó Nasim.

—Me resulta difícil creerlo —replicó Hasdai.

Nasim volvió a secarse la boca con la mano.

—¿Qué queréis decir?

—Un hombre al que solo habéis visto un par de veces en vuestra tienda os invita a jugar a la taba. ¿Estáis absolutamente seguro de que no hablasteis de nada más?

Nasim negó con la cabeza.

—No, no hablamos de nada.

—¿Y esperáis que me crea que, sencillamente, os invitó a jugar a la taba con él? ¿Así, sin más?

Nasim miró primero al general Ghalib y después al visir.

—Sí, porque eso es, exactamente, lo que ocurrió —declaró agarrándose de nuevo con fuerza a los lados del taburete.

El visir lo observó con fijeza.

—Muy bien —soltó finalmente—. Ya hemos acabado... Por ahora.

Cuando Nasim se disponía a levantarse, el visir añadió:

—Debéis permanecer en el Alcázar hasta nueva orden.

Ghalib percibió pánico en la mirada de Nasim.

—No comprendo... —masculló el mercader.

El visir se inclinó hacia delante y juntó las manos.

—Entonces permitidme ilustraros. El almirante de la flota califal y su escolta han sido asesinados. Una daga que os pertenece fue encontrada en el escenario de uno de los asesinatos. Si comparto esta información con el príncipe heredero, me

sorprendería que alguien, aparte del verdugo, volviera a veros con vida.

Nasim se echó hacia atrás, fijó la mirada en el suelo y llenó sus pulmones con el frío aire de la sala intentando tranquilizarse.

—A decir verdad —declaró con voz áspera a causa del miedo—, yo no maté a aquel hombre.

—¿A qué hombre? —preguntó Hasdai.

—Al escolta.

—¿Y qué me decís del almirante?

Nasim sacudió la cabeza.

—Yo tampoco lo maté.

Hasdai contempló los frascos de cristal que había encima del escritorio.

—Pero sí que le vendisteis el ámbar gris, ¿no es cierto?

Nasim inhaló hondo varias veces.

—No —contestó con voz quebrada—, no le vendí nada salvo el perfume para su mujer.

—Es evidente que esconde algo, señor —declaró Ghalib cuando el guardia se llevó a Nasim.

—Ya he llegado a esa conclusión por mí mismo, general —soltó Hasdai.

Leyó el borrador de la proclama del califa, se frotó las sienes y exhaló un profundo suspiro. Tendría que encontrar tiempo para revisar el documento. Se masajó la barba y cogió el *tasbih*.

—Por lo que vuestros hombres os han contado acerca de la tienda, estos frascos podrían ser de Nasim, ¿no es cierto? —preguntó mientras señalaba los recipientes de cristal y hacía chasquear las cuentas.

El general asintió.

—En cuanto al ámbar gris del interior, no estoy seguro —continuó Hasdai—. Como mercader de perfumes, Nasim tiene acceso directo a él por medio de sus proveedores, pero se enfrentaría al problema de que el califa ha prohibido su comercio e incluso su transporte, lo que significa que le resultaría muy complicado venderlo.

—¿Para qué creéis que lo quería el almirante? —preguntó Ghalib.

—Yo no estoy seguro de que lo quisiera, general, lo único que sé es que encontré estos frascos en el baúl que había en sus aposentos.

—¿Qué queréis hacer con el mercader, señor? —preguntó Ghalib.

Hasdai reflexionó durante unos instantes.

—Como he dicho antes, contrastaremos su información con el secretario de Al Mursi. Si estuvo en los baños, el secretario se acordará y, además, nos dirá quién más había allí aquella noche. De todos modos, aunque Nasim estuviera en la casa de



baños, eso no lo descarta como sospechoso. Aunque se quedara en su tienda hasta la oración del crepúsculo y después fuera a los baños, de todos modos podría haber asesinado al mulazim Haitham. No os olvidéis de que a Haitham seguramente lo mataron bien entrada la noche. Por un lado, tenemos la daga de Nasim y razones para creer que fue utilizada para matar al mulazim. Por otro lado, tenemos los dos frascos que encontré en el baúl del almirante y que, probablemente, proceden de la tienda de Nasim, y los dos sospechamos que miente. Lo único que no sé es sobre qué miente. Lo retendremos en las celdas a fin de que disponga de tiempo para pensar en la posibilidad de contarnos la verdad.

El general Ghalib realizó una mueca de dolor mientras se agachaba para frotarse la rodilla.

—¿Queréis que ordene a mi carcelero que hable con él? —preguntó.

Hasdai volvió a fijar la mirada en la daga y, después, en los dos frascos.

—No —contestó finalmente—. Ya sabéis lo que opino acerca de los métodos que utiliza vuestro carcelero para hablar con los prisioneros. Pero sí que sería conveniente que hicierais creer a Nasim que vuestro carcelero va a hablar con él. ¿Queda claro?

—Sí, señor —contestó Ghalib—. Muy claro.

*Antes de la oración de la tarde*

No podía considerarse que Hamid al Mursi fuera un hombre tímido, pero nunca se sentía totalmente seguro cuando visitaba el gremio de los herreros. Las callejuelas abarrotadas y claustrofóbicas de cuyas paredes colgaban hoces, rejas de arados, cadenas de hierro, ollas de cobre y armas de todo tipo lo impresionaban. Había, allí, demasiados rincones apartados, demasiada gente, demasiados hombres fornidos con fácil acceso a armas, metal incandescente y fuego. El constante martilleo y golpeteo del oficio de los herreros le alteraban los nervios, y el humo acre de las fraguas le hacía toser. En todas aquellas callejuelas tapizadas de carbonilla se oía el estridente siseo y se olía el sulfuroso hedor que despedía el hierro al rojo vivo al ser sumergido en cubas burbujeantes de agua grasienta. En un lugar como aquel, un hombre podía desaparecer con facilidad... incluso un almotacén disfrazado.

Se apoyó contra una pared y se rascó con energía la cintura mientras procuraba mantener la postura encorvada que adoptaba siempre que se ponía las ásperas ropas tuareg de color pardo que constituían su disfraz favorito. La voluminosa túnica y el enorme turbante apestaban a establo, pero también ocultaban su figura y lo cubrían por completo, salvo los ojos. A pesar de todo, había tomado la precaución de ensuciar su cara con tierra, y sus manos y pies estaban mugrientos. Había reemplazado su bastón con empuñadura de plata por un palo largo y nudoso de acacia en el que se apoyaba con ambas manos mientras avanzaba a trompicones. Aquella arma formidable, el hedor de sus ropas y sus constantes refunfuños y reniegos aseguraban que nadie se le acercara.

Ya estaba en el corazón del gremio de los herreros y tuvo que apretujarse contra una pared porque un burro cuyas alforjas estaban repletas de carbón avanzaba hacia él. Lo conducía un niño que no tenía más de ocho años e iba casi tan sucio como el burro. El niño realizó la temeridad de gritarle a Al Mursi que se apartara de su camino, lo que, sin duda, confirmaba que el disfraz del almotacén era perfecto. Pero ya había llegado a su destino. Una cortina de arpillera tapaba la entrada del taller de Yazid al Haddad. Por encima del estruendo del yunque, Al Mursi oyó al herrero gritar e insultar a su aprendiz. Apartó la cortina y entró tambaleándose. Yazid entró en la tienda desde el patio de forja y, al verlo, gritó:

—¡Largaos! ¡Hoy no hay limosnas! Id a la mezquita. Quizás allí os den algo.

Al Mursi se enderezó cuan largo era y se quitó el turbante para mostrar su cara.

—Soy yo —declaró con aspereza antes de volver a ponerse el turbante—. Libraos

de vuestro aprendiz. Quiero hablar con vos a solas.

Yazid se limpió las manos con un trapo mugriento que colgaba de su cinturón y regresó al patio. Cuando volvió con su aprendiz para echarlo de la tienda, Al Mursi estaba de cara a la pared.

—Entrad en la forja —declaró Yazid—. Allí nadie podrá oírnos.

No había forma de atenuar lo que Al Mursi quería decirle. Conocía la reputación de Yazid como hombre violento, pero tendría que hacerle frente. Sabía que, al final de la conversación, tenía que resultar vencedor.

—Sé lo que vos y ese chupasangre de Bilal bin Safwan habéis estado haciendo. Y también sé cuánto dinero habéis estado apostando a las peleas de gallos. Más del que podríais ganar haciendo navajas y lancetas. Sé que los dos estáis metidos hasta el cuello en el contrabando y que el hombre que ejecutaron en Balansiyya por contrabando de clavos de olor era uno de vuestros contactos.

Yazid lo miró de una forma totalmente inexpresiva, sacudió la cabeza lentamente y abrió la boca para hablar.

—¡No! —exclamó Al Mursi blandiendo su bastón—. ¡No intentéis negarlo! Si lo intentáis os partiré el cráneo ahora mismo y le ahorraré el trabajo al verdugo. Os diré lo que quiero... Os diré lo que vamos a hacer. Vais a dejar de apostar a las peleas de gallos... De todas formas, siempre elegís al perdedor... y empezaréis a apostar al ajedrez. Apostaréis en los campeonatos que organizo en mi casa de baños. Trataréis con mi secretario y perderéis, ¿entendido? Perderéis con regularidad, lo que significa que yo ganaré..., con regularidad. Mi secretario os informará sobre el importe de las apuestas. Y si no gano una parte significativa de vuestro dinero, volveré. Pero entonces será de noche. —Señaló el bastón—. ¿Comprendéis?

El herrero guardó silencio. Era un hombre violento, pero no estúpido. Resultaba evidente que había comprendido.

—O quizá no vuelva; quizá, simplemente, explique a las personas adecuadas del Alcázar lo que sé acerca de vos y ese sangrador. Les contaré los asuntos en los que estáis metidos. De esta forma no tendré que hacer nada salvo presentarme el día de vuestra ejecución.

Yazid se dio cuenta entonces de que tendría que esperar para vengarse de aquel gordo lisiado.

—¡Ah! —exclamó Al Mursi—. Una cosa más.

Yazid entrecerró los ojos mientras se preguntaba qué podía añadir el almotacén a lo que ya había dicho.

—He oído contar que el visir, Hasdai ben Shaprut, ha estado formulando muchas preguntas acerca del contrabando. En concreto, está interesado en obtener información sobre una banda que por lo visto intenta sacar ámbar gris de Córdoba clandestinamente. Ya sabéis que el califa ha promulgado un decreto prohibiendo,

específicamente, el trajín del ámbar gris. Espero por vuestro bien que no estéis involucrado en ello. Podría tratarse de algo muy grave. Ahora aseguraos de informar a vuestro amigo el barbero de todo lo que os he dicho —exigió Al Mursi—. Encontraré la salida yo solo.

Cuando estuvo de vuelta en la atiborrada callejuela, Al Mursi exhaló un suspiro de alivio y sonrió, oculto tras el pestilente turbante, mientras oía a Yazid dar rienda suelta a su furia en el yunque.

*Antes de la oración del crepúsculo*

Justo cuando Miriam y su padre llegaban al Alcázar, empezó a llover de nuevo.

Los soldados que estaban en la puerta sabían que el astrónomo de la corte y su hija eran visitantes asiduos del Alcázar, de modo que los recibieron con una formalidad mínima, y los guardias del corredor que conducía a la sala del visir los saludaron incluso con familiaridad. A pesar de su posición en la corte, Yanus era un hombre modesto que evitaba las ceremonias y por esta razón era valorado tanto por soldados como por cortesanos. En cuanto a Miriam, no existía un soldado en Córdoba que no la admirara.

Normalmente, a Miriam le gustaba ir a la sala de trabajo de Hasdai; de hecho, disfrutaba de su compañía fuera donde fuera. Su relación era afectuosa y había dado lugar a todo tipo de especulaciones tanto en la corte como en el zoco. El mismo príncipe heredero le había preguntado en cierta ocasión a Hasdai por qué no se casaba con aquella mujer y terminaba con las habladurías. No resultaba inusual que los judíos se convirtieran al islamismo y se casaran con mujeres musulmanas. El visir, que era el jefe del cuerpo diplomático del califato, necesitó de toda su destreza como diplomático para cambiar de tema.

—¡Ah, Yanus, Miriam! *Shalom!* Entrad. Gracias por venir. Entrad.

Miriam esperó a que la puerta se cerrara, extrajo la nota de Hasdai de su bolsillo y la sostuvo en alto.

—La verdad es que no teníamos otra alternativa, ¿no creéis? ¿Qué ocurre? El almirante de la flota no ha acudido a la madraza desde hace dos días y, esta mañana, Bandar ha tenido que marcharse repentinamente. ¿Estáis vos detrás de todo esto?

Yanus chasqueó la lengua a su hija en señal de desaprobación. Hasdai era un buen amigo de ellos, pero seguía siendo el visir.

—No, Yanus, ella tiene razón. Debo daros una explicación. Pero, primero, ¿habéis comido? He pedido que nos traigan sopa de pollo, pan y aceitunas. Espero que sea de vuestro agrado. Bebamos un vaso de jerez. Y tengo almendras saladas en algún lugar...

Hasdai hizo sonar una campana para llamar a un sirviente y le ordenó que les llevara la sopa.

—Yo prepararé las bebidas —declaró Miriam, que sabía exactamente dónde estaban la garrafa de jerez y, también, las almendras.

A Miriam le encantaba aquella habitación. En concreto porque, de algún modo,

reflejaba lo mejor de Hasdai ben Shaprut. El olor a cuero, a resina de pino, a hierbas y al mismo Hasdai. A última hora de la tarde, el fuego que chisporroteaba en la chimenea situada en la pared norte bañaba la habitación con un suave y ondulante resplandor que hacía resaltar los bordados en oro del cuero rojo de los divanes y las cubiertas de los libros que cubrían una de las paredes; libros en árabe, hebreo, latín y griego. En un extremo del escritorio de roble había un montón de ilustraciones exquisitamente detalladas de diversas hierbas medicinales con anotaciones realizadas con la elegante escritura árabe de Hasdai. A un lado de la chimenea había textos árabes y hebreos exquisitamente caligrafiados, y en la pared encarada hacia el sur, a ambos lados de la ventana con vistas al patio, había sendas piezas de arte. Una consistía en un mosaico enmarcado de azulejos persas que representaba a dos orioles rodeados de rosas rojas, y la otra, en un *mizrah* ricamente bordado: el icono judío que indicaba la dirección en la que se encontraba Jerusalén.

Cuando se sentaron a comer, Miriam formuló la pregunta inevitable:

—¿Por qué nos habéis hecho llamar? Esta no consiste, solo, en una reunión social para tomar sopa de pollo y jerez, ¿no?

—Sea como sea, la sopa está muy buena —intervino Yanus.

Hasdai sonrió y Miriam lanzó una mirada airada a su padre.

—No —contestó Hasdai—, no se trata de una reunión social. El almirante ha muerto.

—¿Muerto? —preguntó Yanus con la cuchara de cuerno a medio camino de su boca—. ¿Cómo es que ha muerto?

—Muy sencillo, alguien le partió el cráneo y, por si no era suficiente, también le cortó el cuello —explicó Hasdai.

—¡Vaya, no son buenas noticias! —exclamó Miriam—. El almirante no era especialmente de mi agrado, pero no se merecía morir así. De todos modos, creo recordar que tenía un escolta, ¿no es así?

—Así es, lo tenía, pero también lo han asesinado. Es posible que lo conocierais. Estaba destinado a Medina Azahara. Se trataba del joven mulazim Haitham bin Tariq. El general Ghalib lo conocía desde que era un niño. De hecho, el general está muy unido a su familia.

—Creo que yo también conozco a su familia —declaró Yanus.

—¿Ah, sí? —preguntó Miriam.

—Sí, no somos amigos, pero viven cerca de la sinagoga, al otro lado del zoco. Sé quiénes son.

—¿Estaban juntos? —preguntó Miriam a Hasdai.

—¿Quiénes?

—El almirante y Haitham.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Bueno, es la típica pregunta que formularíais vos o el general Ghalib. Por cierto, ¿dónde está el general? Normalmente se implica cuando ocurre algo así o cuando hay sopa de pollo.

—El general está muy implicado y, respondiendo a tu pregunta, el cadáver del almirante estaba en la alhóndiga, y el de Haitham, en la casa de baños de Yusuf, el viejo yemení.

—¿Qué estaba haciendo el almirante en la alhóndiga? —preguntó Yanus.

—No estamos completamente seguros, pero parece que había estado apostando en los baños de Yusuf y es posible que fuera a la alhóndiga en compañía de alguien para cobrar una deuda de juego, aunque no lo sabemos con certeza. Haitham estaba con el almirante, al menos salieron juntos de la casa de baños, pero desconocemos lo que ocurrió después. Lo que sí sabemos es que la casa de baños parecía estar vacía cuando la cerraron por la noche. Los sirvientes no saben cómo o por qué regresó Haitham. A él también le cortaron el cuello y lo encontraron medio cocido en la piscina caliente.

Miriam se estremeció.

—¡Cielos, no se trata de una imagen muy agradable! —exclamó.

—¿Y dónde está ahora el general? —preguntó Yanus.

—En la alhóndiga. Sus hombres están interrogando a los huéspedes y a los sirvientes, y Ghalib ha ido a informarse de lo que han averiguado —explicó Hasdai—. Quería preguntaros una cosa a los dos... ¿Mientras enseñabais a los marinos alguno le dijo algo fuera de lo común al almirante? ¿Cómo era la relación entre los miembros del grupo?

—Aparentemente, todo era perfectamente normal —contestó Yanus—. Todos parecían llevarse bien. Unos más que otros, pero eso es de esperar.

—¿Qué ocurrirá como resultado de estas muertes? —preguntó Miriam.

—Tendréis que acelerar la formación de Bandar —contestó Hasdai—. El príncipe heredero lo ha ascendido a almirante de la flota y tiene que regresar a Almería y hacerse cargo de la flota lo antes posible.

—No le falta mucho —comentó Miriam—. Tenemos que repasar algunos detalles del almanaque, comparar las nuevas cartas náuticas con el mapa de Ibn Hawqal y eso es todo. Mañana habremos acabado.

—Después recibirá instrucciones del príncipe y ya podrá viajar a Almería para preparar la partida de la flota —puntualizó Hasdai.

—¿Ya hemos acabado? —preguntó Yanus mientras empujaba su cuenco vacío hacia el centro de la mesa.

—Eso creo —contestó Hasdai—, ¿por qué?

—Había pensado ir un rato a la tetería Al Bisharah. Quedé en encontrarme allí con alguien esta noche.

—No me habías dicho que pensabas ir allí esta noche —comentó Miriam.

Yanus sonrió.

—No tengo que contarte todo lo que hago, pero te lo contaré de todos modos. He quedado con un fabricante de instrumentos de medición que trabaja en el zoco de la metalurgia. Está construyendo un reloj de sol para uno de los jardines de Medina Azahara.

Hasdai se levantó y miró por la ventana.

—Os prestaré una capa para la lluvia —sugirió, y después se echó a reír—. ¿En lugar del reloj de sol, vuestro amigo no podría construir un dial de lluvia? Eso nos resultaría más útil en un clima como este.

—¡Muy gracioso! —exclamó Yanus—. Estoy seguro de que, si se lo pidiera, él podría construirlo, pero dejaré en vuestras manos explicar al califa, la próxima vez que lo veáis, que habéis cambiado sus órdenes.

Hasdai se rio.

—Bien, id tranquilo al zoco. Ordenaré a un guardia que acompañe a Miriam a vuestra casa cuando esté lista.

Cuando Yanus se marchó, Miriam se volvió hacia Hasdai, sonrió y dijo:

—Avivemos el fuego. ¿Tenéis más jerez?

—Hay una garrafa en una balda debajo de mi escritorio, pero no podemos beber más.

—¿Por qué no? —preguntó Miriam.

—Todavía tengo que ir a la alhóndiga y después regresar aquí para hablar con Bandar. Además, tengo que revisar la proclama del califa.

—¿Esta noche? —inquirió Miriam—. Creí que habíais acabado por hoy.

Hasdai percibió exasperación en su voz.

—Lo siento —contestó—, tengo que ver a Bandar esta noche, pero todavía disponemos de algo de tiempo, no vendrá hasta después de la oración de la noche.

—¡Pues sí que trabajáis hasta tarde! —exclamó Miriam—. Me habré ido mucho antes.



*Después de la oración del crepúsculo*

Yanus se protegió debajo del toldo que cubría la entrada de la tetería Al Bisharah y sacudió la lluvia de la capa de seda engrasada.

Simón, el propietario de la tetería, ya lo había visto y avanzaba entre las mesas mientras secaba sus enormes manos con un trapo que luego colgó de su fornido hombro.

—¡Yanus, amigo mío! *Shalam alaikum!* Entrad. Me alegro de veros.

Simón, que era mucho más alto que Yanus, tomó las manos del astrónomo entre las suyas y las sacudió vigorosamente.

—En realidad, con un tiempo como este, me alegro de ver a quien sea. ¿Cómo estáis? Entrad y haré que os sirvan un té de jengibre para que entréis en calor. Sentaos aquí, junto a la puerta de la cocina; es el lugar más calentito. —Acercó un taburete para Yanus y gritó al sirviente—: ¡Salah, trae té de jengibre con miel y algunos *beraid* para mi invitado! ¡Y deprisa!

—*Alaikum shalam!* —saludó Yanus mientras se sentaba—. Estoy bien, gracias, Simón, pero estaré mejor cuando haya entrado en calor y comido algunos de vuestros *beraid*. Por lo que veo, la lluvia mantiene alejados a la mayoría de vuestros clientes.

Yanus dio una ojeada a la tetería, que estaba vacía salvo por dos hombres que, sentados a una mesa del fondo, se estaban jugando a la taba cuál de los dos pagaría la siguiente ronda de té.

—Así es, hoy he hecho poco negocio. Después de la celebración de la Ascensión de Mahoma, la gente prefiere quedarse en casa. Los únicos clientes habituales que tengo últimamente son los marinos, sus guardias y nuestro amigo del rincón.

Simón señaló, con un gesto de la cabeza, al hombre del albornoz negro.

—¿Otra vez está aquí? —comentó Yanus.

Simón asintió con la cabeza.

—Nunca he visto a nadie tardar tanto en beber un vaso de té. Pero olvidémonos de él. ¿Cómo estáis vos? ¿Qué hace Miriam?

Yanus esperó hasta que el muchacho que le sirvió el té y los *beraid* regresó a la cocina.

—Miriam está bien. En este momento, está con el visir.

—¡Ah, por eso habéis venido! —exclamó Simón.

—Bueno, sí, pero también porque debía encontrarme aquí con Mohammed al Garnati —contestó Yanus.

—¿El fabricante de instrumentos de medición? Hoy no lo he visto por aquí. Últimamente, no ha estado muy bien de salud. Quizás el tiempo le ha impedido salir de casa.

—Eso debe de ser —comentó Yanus, y sonrió ampliamente a su amigo—. Siendo así, tendré que conversar solo con vos. ¿Podéis traerme un poco de canela para el té?

—¿Canela? —repitió Simón—. ¡Ojalá pudiera! No tengo ni una pizca de canela. Desde que el califa ha prohibido el transporte de productos alimenticios de un lugar a otro, resulta muy difícil conseguir especias. Tenéis suerte de que me quede algo de jengibre. Me alegraré cuando todo vuelva a la normalidad; tanto si estalla la guerra como si no. La incertidumbre es lo peor.

—¿Así que la prohibición del califa ha empezado a tener repercusiones? ¿Me preguntaba cuándo lo haría? —comentó Yanus.

—Bueno, no se puede prohibir el movimiento entre ciudades de todos los productos alimenticios y esperar que no ocurra nada. Siempre podemos contar con los proveedores locales, claro, pero algunos de los productos empiezan a escasear. De todos modos, supongo que la medida es lógica. Si la campaña va a ser realmente larga, probablemente no sea una buena idea que se esté comerciando con comida por toda Al Ándalus por valor de cientos de miles de dinares. Pero no se trata solo de la comida, otros productos básicos también se ven afectados. Por aquí pasan muchos comerciantes del zoco y he oído que los armeros están comprando todo el metal que encuentran. Y lo mismo ocurre con la madera: los agentes del ejército compran toda la que pueden. Incluso el comercio de los perfumes se ve afectado.

—¿El comercio de los perfumes? —preguntó Yanus—. ¿Cómo?

—Según cuentan, el movimiento de bienes de lujo entre una y otra ciudad también es un delito grave. Cualquier producto que involucre grandes sumas de dinero. Por ejemplo, no se puede comerciar con el ámbar gris por lo valioso que es.

—Es cierto, estamos viviendo tiempos extraños —comentó Yanus.

—Vos debéis de saber qué ocurre en realidad dada vuestra relación con el visir.

Yanus sonrió y contestó:

—Simón, sabéis muy bien que, aunque lo supiera, no os lo diría. Conozco a Hasdai ben Shaprut desde mucho antes de que fuera nombrado visir. Hace casi tanto tiempo que es amigo mío como vos, y supongo que vos confiáis en que no cuento nuestras conversaciones a nadie, ¿no?

—No, desde luego —confirmó Simón—. Pediré más *beraid*. Y esta vez os acompañaré. Y, aparte de pasar tiempo con el visir, ¿qué ha estado haciendo Miriam últimamente?

—Tiene una nueva alumna, una joven que es absolutamente brillante. Miriam dedica mucho tiempo a enseñarla.

—¿Cómo se llama?

—Lubna bint Marwan.

—¿Es la hija de Marwan, el mercader de pieles? ¿La que tiene unos dieciocho años de edad?

—En efecto, es ella. Se trata de una joven muy inteligente. Miriam le está enseñando matemáticas y astronomía. Ya domina la gramática árabe y es una escritora muy competente. Y también escribe poesía.

—¡Vaya, seguro que oiremos hablar mucho de ella en el futuro! —exclamó Simón—. ¿Pero estáis seguro de que se trata de la hija de Marwan? Cada vez que viene él parece olvidarse de cuántos vasos de té tiene que pagarme. ¡Y siempre se olvida de uno!

Yanus se echó a reír.

—¡Entonces su padre tampoco es tonto! Quizás ella lo ha heredado de él. Y desde luego que oiréis hablar mucho de ella en el futuro, porque el príncipe Hakam quiere que trabaje como escriba en su sala de trabajo privada en cuanto haya terminado sus estudios con Miriam.

—Humm... —masculló Simón—, no estoy seguro de que se trate de una buena idea.

—No hay elección, ya sabéis —repuso Yanus—. Pero Lubna estará bien. Miriam hablará con el visir para asegurarse de que esté a salvo cuando vaya a trabajar para el príncipe.

—Bueno, si la mitad de los rumores son ciertos, al menos no tendrá que preocuparse de que él quiera acostarse con ella.

—Creo que cuanto menos hablemos de eso, mejor —replicó Yanus.

—Sí, quizá tengáis razón —declaró Simón—. Por cierto, he oído decir que han ocurrido otras cosas últimamente. En el zoco circulan rumores acerca de unos asesinatos. Supongo que el general Ghalib y el visir se ocupan de ellos, ¿no?

—Y el príncipe también —dijo Yanus—. Tiene un interés personal en la investigación. Pero no me preguntéis nada más sobre esta cuestión. Estoy convencido de que conseguiréis toda la información que necesitáis de vuestros informadores del mercado.

—La mayor parte de lo que llega a mis oídos es especulación y charlatanería. Aquí en la tetería oigo todo tipo de sinsentidos y he aprendido a ignorarlos en su mayoría.

—Hacéis bien —corroboró Yanus—. Bueno, creo que ya me voy a casa. La lluvia parece haber amainado un poco. ¿Cuánto os debo?

—¡Bah, nada! —repuso Simón—. Invítadme a comer algún día que cocine Miriam.

Yanus se echó a reír.

—Bueno, en ese caso, me llevaré a casa un par de *beraid* y vos podéis venir a

cenar el próximo domingo, en cuanto cerréis la tetería. ¡Y en esa ocasión llevad con vos a vuestra esposa para que controle el jerez que consumís!

—¡Vaya, realmente sabéis cómo estropear una buena velada! —exclamó Simón riéndose con su amigo. Entonces gritó al sirviente—: ¡Salah, envuelve seis *beraid* para este cliente y acompáñalo a la puerta! —Simón se puso de pie—. Bueno, tengo que ir a ver cómo está el horno. *Ma as salaam*, Yanus. Os veré el domingo.

—Sí, adiós, Simón. Y gracias por los *beraid*.

*Después de la oración del crepúsculo*

—¿Dónde la habéis encontrado? —preguntó el general Ghalib sopesando la falcata en su mano.

El arma brilló a la luz de la lámpara de aceite que había encima de la mesa.

El coronel Zaffar señaló hacia la oscuridad, detrás de los establos.

—Allí detrás hay un bebedero. Uno de los muleros la encontró en el agua, envuelta en la capa, cuando llevó a sus animales a beber.

Hasdai ben Shaprut observó la capa, que habían escurrido y colgado de una de las vallas que separaban los distintos compartimentos de los establos, y después miró a Ghalib.

—¿Qué opináis, general? Por lo que visteis del cadáver, ¿esta podría ser el arma del asesino? —preguntó mientras contemplaba la falcata, un cuchillo pesado de hoja curva y más ancha en el extremo que junto a la empuñadura, una terrible arma cortante.

Ghalib asintió.

—Sí, señor, sin duda podría tratarse del arma homicida. El asesino necesitaría algo tan pesado como esta falcata para causar una herida como la que le infirió al almirante.

Como si quisiera enfatizar su punto de vista, el general blandió la falcata sobre su cabeza y la bajó deteniéndola a escasa distancia de la mesa a la que estaban sentados los tres hombres.

—Sí —confirmó con un gruñido de satisfacción—, es muy probable que esta sea el arma.

—¿Y qué me decís de la capa? —preguntó Hasdai—. ¿Podría tratarse de la del mulazim Haitham?

—Es posible, señor. Por lo que recuerdo, en los baños no había ninguna capa entre sus pertenencias. El asesino pudo haberse llevado la falcata y la capa del mulazim. Lo que no comprendo es por qué habría de esconder el arma y la capa en un lugar tan obvio —comentó el general—. El asesino debía de saber que buscaríamos en los bebederos.

—Quizá no tuvo tiempo de buscar un lugar más adecuado —reflexionó Hasdai—. Si, en lugar de tenerlo planeado, aprovechó una oportunidad repentina para matar al almirante, quizá no tuvo ocasión de esconder las pertenencias del mulazim en ningún otro lugar.

—Señor, dos de los hombres a los que hemos interrogado han declarado que les pareció ver al almirante con el mulazim Haitham aquí, en la alhóndiga —intervino Zaffar—. Esta podría ser otra razón de que la capa estuviera aquí. Si Haitham estuvo en la alhóndiga, parece lógico que su capa también lo estuviera.

—Lo que no resulta lógico es que hayamos encontrado su capa en la alhóndiga y su cuerpo en la casa de baños —replicó Hasdai—. No, creo que es más probable que alguien trajera la capa de Haitham a la alhóndiga después de que él muriera. Sabemos que la alhóndiga y las calles estaban abarrotadas de gente debido a la celebración de la Ascensión de Mahoma, así que quizás el asesino necesitaba deshacerse del arma y la capa de prisa para no ser visto con ellas y las tiró en el bebedero.

—Bueno, eso no lo podemos saber con certeza, ¿no? —comentó Ghalib.

—No, general, no podemos —corroboró Hasdai, y mostró su exasperación sacando el *tasbih* y deslizando las cuentas por la cadena con rabia.

—Coronel, habládme de los interrogatorios que habéis realizado a la gente de la alhóndiga —pidió el visir después de exhalar un profundo suspiro.

—Sí, señor —contestó Zaffar—. Hemos interrogado a todos los muleros y trabajadores de la alhóndiga, pero ninguno nos ha revelado nada que resulte de utilidad. También hemos revisado el libro de registro de la alhóndiga y hemos interrogado a todos los huéspedes menos a tres. Y, como ordenasteis, algunos de nuestros hombres están vigilando a las tres jóvenes y al mercader de telas. Él sigue confinado en su habitación.

—Bien —declaró Hasdai—, hablaré con él más tarde. ¿Qué podéis decirme de los huéspedes a los que no habéis podido interrogar? ¿Se sabe algo de ellos?

Mientras Zaffar sacaba dos hojas de papel del interior de su túnica, un joven soldado se acercó a la mesa.

—Disculpadme, señor, el propietario de la alhóndiga está aquí como ordenasteis —le comunicó al coronel.

Zaffar asintió con la cabeza y realizó un gesto indicando a Al Jaziri que se acercara.

—¿Me habéis hecho llamar? —preguntó Al Jaziri.

—Así es —contestó Zaffar—. Contadle al visir lo que sabéis de los tres huéspedes que faltan.

Zaffar tendió uno de los papeles al visir y el otro a Al Jaziri y ellos se inclinaron hacia la lámpara para leerlos. Mientras leía los nombres, Hasdai abrió mucho los ojos, introdujo la mano en su túnica y sacó las hojas que había encontrado en los aposentos del almirante.

—Mirad, general, este nombre que figura en la lista del almirante Suhail..., Shahid Jalal, es el mismo que el de uno de los huéspedes.

Ghalib asintió.

—¿Qué sabéis de ese tal Shahid? —preguntó el general a Al Jaziri.

—No mucho. Llegó hará unas seis semanas, pero la verdad es que no lo he visto mucho. Él tampoco hablaba mucho con los otros huéspedes ni con los trabajadores de la alhóndiga. Alquiló un pequeño almacén de seguridad al que iba de vez en cuando, pero aparte de eso, no puedo contaros mucho más.

—¿Dónde está su habitación? —preguntó el visir—. Quiero verla.

—Desde luego —contestó Al Jaziri—. Está al otro lado del patio.

—Entonces, ¿está lejos de la entrada principal? —preguntó Ghalib.

—Así es —contestó Al Jaziri.

—Llevadnos allí ahora mismo —ordenó Hasdai.

—Necesitaremos la lámpara —contestó Al Jaziri cogiendo la lámpara que había en la mesa.

Los otros tres hombres se taparon bien con sus capas y siguieron al propietario de la alhóndiga a través del patio. Hasdai se fijó en que el general volvía a cojear. Había permanecido demasiado tiempo de pie en aquel frío invernal.

Cuando llegaron al pie de las escaleras, Al Jaziri dijo:

—La habitación de Shahid está ahí arriba.

El general Ghalib se detuvo bruscamente.

—¿Ahí arriba? —repitió.

—¿Qué ocurre, general? —preguntó Hasdai.

Ghalib señaló un pequeño patio lleno de basura que había detrás de las escaleras y que apenas resultaba visible a la luz de la titilante lámpara.

—Ahí es donde encontraron el cadáver del almirante, señor.

—¿Ah, sí? —dijo Hasdai volviéndose hacia Al Jaziri—. Veamos, entonces, qué hay en la habitación de ese tal Shahid.

Los cuatro hombres subieron las escaleras y avanzaron por la galería mientras Al Jaziri sostenía en alto la lámpara para alumbrarlos. Se detuvo frente a una habitación, abrió la puerta y se apartó a un lado para dejar pasar a los demás.

El general Ghalib le propinó un empujón.

—Entrad vos primero y encended las lámparas —le ordenó—. No esperaréis que el visir tropiece en la oscuridad, ¿no? *I Alá!* ¡Aquí apesta! ¿No limpiáis nunca las habitaciones?

Al Jaziri murmuró una disculpa, entró en la habitación y encendió las lámparas. Después miró alternativamente al visir y al general.

—Desde luego que limpiamos las habitaciones. Todas las mañanas después de la oración, pero este huésped pidió, específicamente, que no limpiáramos la suya.

—¡Bah! ¿Pero qué tipo de hombre es este? —exclamó el general mirando alrededor con el bigote erizado.

—Gracias, general —dijo el visir dando una ojeada a la habitación—. Esta es,

exactamente, la razón de que estemos aquí: averiguar qué tipo de hombre es Shahid.

Fuera quien fuera, resultaba evidente que había abandonado la alhóndiga a toda prisa. En la puerta había un clavo del que colgaba un turbante y en el suelo del armario había un cinturón con la hebilla rota y unas zapatillas gastadas de piel de borrego. En un anaquel, junto a la ventana, había una jofaina todavía medio llena de agua sucia en la que flotaban pelos de barba. El hombre se había lavado y afeitado. En una mesilla, al lado del colchón, había restos medio podridos de una comida consistente en pan, aceitunas y arroz con pescado que, evidentemente, habían recibido la reciente atención de los ratones. También había una garrafa de vino junto a un vaso volcado, y el líquido vertido ahora no era más que una mancha roja y seca.

Hasdai se volvió hacia Al Jaziri.

—Recordadme cuándo llegó el huésped.

—Hará unas seis semanas, señor —informó el propietario de la alhóndiga.

—¿Y cuánto tiempo tenía pensado quedarse?

—No lo dijo, pero pagó dos meses por adelantado.

—¿Por adelantado? —preguntó Hasdai.

Al Jaziri asintió con la cabeza.

—¿Es esa una práctica habitual? —preguntó Hasdai.

Al Jaziri se encogió de hombros.

—Ocurre a veces.

—¿Cuándo fue la última vez que lo visteis? —preguntó el general Ghalib.

Al Jaziri reflexionó unos instantes.

—No lo recuerdo con exactitud, pero creo que no lo he visto desde hace dos o tres días.

—Por el aspecto de la habitación, es poco probable que volváis a verlo —comentó el general—. Suponiendo que no haya venido por aquí desde hace dos o tres de días, ¿es posible que haya entrado alguien más en la habitación?

Al Jaziri se encogió de hombros.

El general frunció el ceño y lo miró fijamente.

—Dejemos clara una cuestión —declaró encarándose a Al Jaziri—: un hombre ha sido asesinado en vuestra propiedad. Si nos proporcionáis el máximo de detalles posible sobre quién era Shahid y las conversaciones que mantuvisteis con él, posiblemente nos ayudaréis a acelerar la investigación. Y todavía nos ayudaría más que no tuviera que sonsacaros cada uno de esos detalles. ¿Me he expresado con claridad?

El general estaba ahora tan cerca de Al Jaziri que este podía distinguir con claridad los pelos individuales de su espeso bigote negro.

—Sí, señor —respondió Al Jaziri con voz ronca.

—Bien —intervino Hasdai—. Ahora, dejadnos. Volveremos a hablar con vos más



tarde.

—¿Qué deducís de todo esto, señor? —preguntó Zaffar cuando Al Jaziri estaba lo bastante lejos para no oírlos.

—No estoy seguro —contestó Ghalib mientras miraba alrededor y se acercaba lentamente a la ventana, que daba a la galería y al patio.

—Contadnos cuál es vuestra primera impresión, general —pidió Hasdai.

—Analicemos la posibilidad de que el almirante hubiera quedado en encontrarse con Shahid la noche de su muerte. La puerta de la habitación en la que estaban el almirante y las prostitutas comunica con el patio. Es aquella de allí —declaró señalando la esquina más alejada del edificio—. Por lo tanto, si el asesino lo estaba esperando por esta zona, pudo verlo venir.

—¿No sería demasiado oscuro? —preguntó Zaffar.

—Sí, es posible —contestó Ghalib—. Además, si lo esperaba aquí, ¿por qué lo mató abajo, dónde podía ser visto desde el patio?

—A no ser que Shahid sea el asesino y lo matara aquí, en su habitación —comentó Zaffar—. Después pudo arrastrar el cuerpo hasta abajo. O quizás el almirante no estaba muerto del todo y bajó las escaleras dando traspiés en busca de ayuda.

—¿Con el cráneo partido por la mitad y la garganta rajada de oreja a oreja? —inquirió Hasdai—. No lo creo, coronel. Además, si lo mataron aquí, alguien ha realizado un trabajo excelente limpiando la sangre, pero no el vino y la comida. Por otro lado, ¿por qué tomarse la molestia de limpiar tanto si después uno va a abandonar el cuerpo a tan corta distancia?

—Bueno, señor, tal vez el asesino quería distraer la atención de esta habitación y lo sorprendieron mientras trasladaba el cadáver. Entonces, para no ser descubierto, simplemente dejó el cuerpo donde estaba y salió huyendo.

—No estoy seguro, coronel —repuso Hasdai.

Se dirigió a la ventana y contempló el patio.

—Señor, quizás estamos deduciendo demasiadas cosas —comentó Ghalib—. Shahid Jalal podría ser el nombre de uno de los hombres del almirante y, por una simple coincidencia, también podría llamarse así alguien que se hospedaba cerca de donde encontramos su cadáver.

Hasdai ben Shaprut se volvió de espaldas a la ventana y echó otro vistazo a la habitación.

—Creo que eso sería una coincidencia excesiva, general. Al Jaziri mencionó que este hombre disponía de un almacén de seguridad. Creo que ha llegado la hora de ver qué guarda Shahid en ese almacén.

*Después de la oración de la noche*

Yanus se frotó los ojos con el dorso de las manos y se enderezó cuando oyó que la llave de la robusta puerta de roble que permitía el acceso al patio de su casa giraba en la cerradura. Estaba sentado junto a la chimenea, en el *majlis*, y desde allí veía la puerta a través de una ventana. Oyó que su hija daba las gracias al guardia del Alcázar que la había escoltado hasta la casa y la vio atravesar el umbral.

Miriam se estremeció, se tapó bien con el manto, pasó con ligereza junto a la palmera datilera que había en el centro del patio y entró en el salón.

—¡Uf, qué frío hace! —exclamó, y se dirigió directamente a la chimenea.

—No te esperaba tan pronto —comentó Yanus reprimiendo un bostezo.

Observó a su hija mientras ella se sentaba sobre un montón de almohadones y se calentaba junto al fuego. Las lámparas de aceite de las paredes despedían un suave resplandor y resaltaban los rojos intensos de las alfombras y los almohadones de la sala.

—El visir tenía que atender asuntos de estado —explicó Miriam quitándose el manto y sacudiendo su larga cabellera cobriza—. Aquí se está calentito y a gusto.

—¿Qué tiene que hacer Hasdai tan tarde? —preguntó Yanus—. Debe de tratarse de algo importante.

—Creo que algo relacionado con el pobre almirante —contestó Miriam—. ¡Es tan triste! ¿Quién puede haber hecho tan espantoso?

Yanus sacudió la cabeza.

—No lo sé. Bandar ha estado hablando con los marinos toda la tarde. Para ellos debe de haber constituido un duro golpe perder a su comandante de esta forma. Espero que puedan terminar su formación antes de la llegada del califa. —Cogió una fuente de una mesilla baja y se la tendió a su hija—. Toma, ¿quieres un *barad* de Simón?

—Gracias —contestó Miriam—. ¿Tú ya has comido? ¿Cómo está Simón?

Se quitó las botas forradas de piel y acercó los pies al fuego.

—Está muy bien. Lo he invitado a cenar el domingo con su esposa. Me ha preguntado por ti.

—Es muy amable por su parte. —Miriam mordió uno de los bollos y se reclinó en los almohadones—. Es curioso, pero creo que la muerte del almirante acelerará la formación de sus hombres —comentó—. Sé que tenían que terminar antes de la llegada del califa a Córdoba y la verdad es que el almirante no era muy hábil con el

astrolabio. Creo que sin él acabarán sin muchos problemas.

—Él no cumplía tus elevadas expectativas, ¿no es cierto? —preguntó Yanus con una sonrisa burlona—. Eres igual que tu madre.

Miriam se ruborizó.

—¡Solo estaba bromeando! —exclamó él riéndose—. De todos modos, tus elevadas expectativas te servirán bien cuando te nombren astrónoma de la corte.

—¡Vamos! —exclamó Miriam—. Ya sabes que eso no sucederá nunca.

—No sé por qué no. Yo no tengo intención de seguir en el cargo para siempre y creo que tú eres una candidata perfecta.

Miriam estaba a punto de contestar, pero su padre continuó:

—Examinemos la situación —prosiguió él—. Estás enseñando a la encantadora Lubna, quien pronto empezará a trabajar como escribiente en las dependencias de trabajo del príncipe heredero. Y no te habrían pedido que le enseñaras si no te valoraran mucho, ¿no te parece?

Miriam se encogió de hombros.

—No es lo mismo ser una mujer valorada que tener un puesto en la corte.

—También eres amiga de confianza del visir y te han encargado la formación de los oficiales navales.

—Es cierto, pero nunca conseguiré ese puesto —replicó Miriam—. En cualquier caso, lo único que quiero es seguir con mis observaciones. Prefiero continuar en el puesto de ayudante del astrónomo de la corte. No quiero dedicar mi tiempo a elaborar horóscopos, sino a desarrollar la ciencia de verdad.

Yanus le apretó el brazo.

—Tu madre se sentiría muy orgullosa al ver en lo que te has convertido. Ahora bebamos algo.

Yanus se levantó y cogió el odre que colgaba de un clavo en un rincón de la habitación.

—Es una lástima que tuvieras que interrumpir el encuentro con el visir —comentó bostezando—. ¿Habéis acordado veros en otro momento?

Miriam negó con la cabeza.

—No. Está muy ocupado. Quizá todo resulte más fácil cuando los oficiales hayan terminado la formación y hayan partido hacia Almería.

Yanus sirvió dos vasos de vino. Se sentaron uno al lado del otro y contemplaron el fuego.

—Por curiosidad —dijo Yanus mientras dejaba su vaso en la mesa—, ¿hasta qué punto tenía problemas con la formación el almirante?

—¿A qué te refieres?

—A lo que comentabas antes —repuso Yanus—. Yo no he pasado mucho tiempo con los oficiales individualmente. ¿Realmente era menos hábil que los demás?

Miriam tomó un sorbo de vino y apoyó la cabeza en las rodillas de su padre. Él le acarició el cabello con dulzura.

—No lo sé —contestó ella—. Parecía entender las matemáticas y aprendió a montar y utilizar el astrolabio. Es solo que se lo veía..., no sé, distraído. Siempre parecía estar enfrentado a los demás. En cierta ocasión, oí que gritaba a uno de los oficiales cuando yo no estaba en la habitación. Creo que se trataba de Siraj.

—A mí ese Siraj no me gusta —comentó Yanus.

—A mí tampoco, pero es un marino excelente. Quizás el almirante Suhail solo estaba confuso. Quizá no comprendía mis explicaciones. —Miriam suspiró—. Realmente, no lo sé. Durante las clases les preguntaba a todos varias veces si tenían alguna pregunta, pero él nunca me formuló ninguna. No creo que...

Miriam se interrumpió al oír el suave ronquido de su padre. Sonrió, le cubrió las piernas con una manta, besó suavemente el fino cabello cano de su coronilla y contempló las ascuas mientras terminaba su vino.

*Después de la oración del crepúsculo*

—**E**s esta —anunció Al Jaziri señalando una sólida puerta de madera situada en las sombras de una arcada.

—Acercad la luz —ordenó Hasdai al coronel Zaffar, quien sostenía una antorcha detrás del general Ghalib.

La puerta estaba asegurada con un fuerte candado de hierro.

—¿Dónde está la llave? —preguntó Hasdai.

Al Jaziri se encogió de hombros.

—No lo sé. La tenía Shahid.

—¿No tenéis una copia de la llave? —preguntó Ghalib.

—No. ¿Por qué debería...?

—Escuchad, Al Jaziri —lo interrumpió Ghalib—, no nos formuléis ninguna pregunta, solo dadnos las respuestas que os exigimos y nada más. ¿Comprendido?

—Sí —contestó Al Jaziri—. Lo siento.

—Bien —prosiguió Ghalib—. Ahora responded, ¿tenéis un martillo pesado? Necesitaremos un martillo y algún tipo de punzón de hierro para romper la cerradura.

—Ordenaré a uno de mis sirvientes que...

—No, no ordenaréis nada, iréis a buscarlo vos mismo —lo interrumpió Ghalib—. Ningún mozo debe acceder a este lugar y saber qué se guarda en su interior. Traednos un martillo y el atizador de la chimenea de vuestra sala de trabajo. Estoy seguro de que el coronel Zaffar conseguirá abrir la puerta sin grandes dificultades.

Momentos después, Zaffar había roto el candado y estaban en el interior del pequeño almacén, que olía a humedad, mientras Al Jaziri sostenía la antorcha. Al reflejo de la parpadeante luz vieron que el almacén contenía cuatro cajones de embalaje de madera que, apilados uno sobre otro, alcanzaban la altura de un hombre.

—Bajad el cajón superior, Zaffar —ordenó Ghalib.

—¡Pesa mucho! —exclamó el joven oficial mientras lo depositaba en el suelo.

—¡Abridlo! —ordenó Hasdai.

Los tres hombres observaron a Zaffar, quien abrió la tapa del cajón con el atizador y, a continuación, hurgó en la paja del interior.

—Está lleno de tarros de barro cocido —explicó Zaffar—. Y están sellados con cera de abeja.

—Poned uno encima del cajón para que pueda abrirlo —ordenó Ghalib.

Sacó su daga y rascó la cera que sellaba el tarro.

—¡Tened cuidado! —advirtió Al Jaziri—. No sabemos qué contienen. Podría tratarse de cualquier cosa.

—¡Guardad silencio a menos que os dirijamos la palabra! —le reprendió Ghalib para divertimento de Zaffar y el visir—. Iluminadnos con la antorcha. Acercaos, Zaffar, veamos qué contienen.

Se inclinaron sobre el tarro y Ghalib, ahora más cauteloso, abrió el sello. Al retirar la tapa, un olor a naranjas amargas se extendió por la habitación.

Ghalib no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Ya veis, Al Jaziri, que no hay nada que temer! Cuatro cajones de mermelada de naranjas amargas.

Zaffar miró a Hasdai, quien no parecía compartir el alborozo del general.

—¿Qué opináis de esto, excelencia? —preguntó el coronel.

—No tiene sentido —contestó Hasdai—. ¿Por qué alguien se tomaría la molestia de guardar cuatro cajones de mermelada de naranja en un almacén de seguridad? ¡Se trata de la fruta más barata de toda Al Ándalus! Acercadme el tarro —ordenó mientras se inclinaba hacia delante.

Zaffar cogió el tarro con ambas manos, pero un clavo de la tapa del cajón se le clavó en el antebrazo y se realizó un profundo corte desde la muñeca hasta el codo.

—¡Aaay! —gritó.

El tarro se le cayó de las manos y se hizo añicos a los pies de Hasdai formando un revoltijo de mermelada de naranja, cera de abeja y trozos de cerámica.

—Lo siento mucho, excelencia, ¿os he salpicado? —preguntó el joven oficial mientras se envolvía el brazo con el turbante.

—No, no os preocupéis —lo tranquilizó Hasdai—. Os curaré el corte cuando regresemos al Alcázar, pero creo que vuestra herida ha valido la pena. ¡Mirad! —exclamó señalando el desorden del suelo.

—Bajad la antorcha —ordenó Ghalib a Al Jaziri mientras hurgaba en la mermelada con su daga—. Entre la mermelada hay un frasco pequeño.

—Creo que en el interior del frasco encontraréis algo mucho más valioso que la mermelada de naranja —declaró Hasdai—. Zaffar, ayudad a incorporarse al general y situad a dos soldados en la puerta del almacén. Nadie salvo el general puede entrar aquí sin mi permiso. Al Jaziri, llevad este frasco a vuestra sala de trabajo. Allí lo lavaremos y lo abriremos, pero me apostaría cualquier cosa a que estamos frente a uno de los mayores cargamentos de ámbar gris que se han reunido nunca en Al Ándalus. Si estoy en lo cierto, el contenido de estos cajones vale una auténtica fortuna.

### *Después de la oración de la noche*

—**M**irad, ha ocurrido y no podemos hacer nada para devolverle la vida al almirante —declaró Bandar bin Sadiq—. Solo tenemos que seguir adelante y cumplir con nuestro deber lo mejor que podamos.

Los cuatro marinos estaban en la habitación de Bandar, en el Alcázar, sentados en taburetes junto al fuego, con sendos vasos de licor de caña de azúcar.

—Bueno —declaró el hombre de Qadis levantando el vaso—, creo que deberíamos brindar a la memoria de nuestro almirante. Solo tengo buenos recuerdos de él. Se trataba de un comandante bueno y justo, un auténtico príncipe del mar, un verdadero almirante. Serví a sus órdenes a bordo del *Bahr al Zulumat*. Zarpamos de Qadis y navegamos en dirección norte durante semanas por el Mar Tenebroso. El almirante sabía leer en el océano como si se tratara de un almanaque. Fue él quien me enseñó a utilizar el compás.

—¡Los cuatro hemos servido a sus órdenes! —intervino el marino de Adra—. ¿Por qué los marinos de Qadis siempre creéis que vuestro mar es más importante que el nuestro, el que baña Adra y Almería? Nuestro Bahr al Rum no es menos mar porque conozcamos los límites de sus costas.

—¡Bah! —exclamó Siraj—. Los romanos conocían la extensión del Bahr al Rum desde hacía siglos.

—Escuchadme, Siraj —intervino Bandar—, no es el momento oportuno de discutir sobre qué mar es más o menos importante que otro. A partir de ahora, lo único importante es el viaje que debemos realizar para gloria de nuestro califa y del almirante Suhail. Habéis trabajado bien y casi hemos alcanzado la meta. El almirante estaría orgulloso de vosotros y también vosotros deberíais estar orgullosos de lo que habéis conseguido en tan solo unos días.

Los marinos asintieron, viviendo en silencio la pena del duelo y reconfortándose con las palabras de Bandar.

—Creo que permaneceremos en Córdoba dos días más y después partiremos hacia Almería para reunimos con la flota —continuó Bandar—. Como sabéis, no puedo adelantaros mucho más acerca de nuestros planes hasta que hayamos zarpado, pero sí que puedo deciros que el plan del almirante Suhail es brillante. Y, lo que es más, el hecho de que os eligiera para que acaudillarais la flota debería infundiros coraje.

Bandar miró a sus hombres a los ojos y todos salvo Siraj le devolvieron la mirada.

—Ahora debo dejaros para reunirme con el visir. Volveremos a encontrarnos aquí al amanecer. Aseguraos de cerrar la puerta cuando os vayáis e informad al guardia del corredor de que mi habitación queda vacía.

Bandar dejó su vaso en la mesa y se despidió de los tres marinos. Cuando cerró la puerta, los hombres permanecieron en silencio hasta que lo oyeron alejarse con su escolta.

Siraj también dejó su vaso vacío sobre la mesa.

—Ya tengo bastante por hoy —declaró—. Voy a acostarme. Os deseo una buena noche.

—Deberíamos decir algo —declaró el hombre de Qadis cuando Siraj salió de la habitación.

—No, no deberíamos decir nada.

—Pues yo realmente creo que deberíamos explicar lo que sucedió. Tú oíste que...

—Yo no oí nada. Ninguno de nosotros oyó nada, ¿está claro? Ahora Bandar está al mando y Siraj es su segundo. Y nosotros obedeceremos sus órdenes.

—No es eso lo que estoy discutiendo. Lo único que digo es que alguien debería saber lo que oímos.

Se levantó y se dirigió a la puerta, pero su compañero se interpuso en su camino y los dos hombres se agarraron por los brazos.

—Escúchame —exigió el hombre de Adra con los ojos llenos de lágrimas—. El almirante Suhail está muerto. No es necesario que hagas esto. Deja que su reputación permanezca intacta.

Se produjo una breve pausa.

—Está bien.

—Vamos, tomemos otro trago. Tengo un odre en mi habitación.

El hombre de Qadis asintió y los dos salieron al corredor. Mientras se alejaban, una figura surgió de las sombras y los observó.

«¿Qué saben acerca del almirante Suhail?», se preguntó Siraj.



***Después de la oración de la noche***

—**S**eñor, creo que al almirante lo asesinaron por el dinero que le pagó Antonio después de la partida de la taba o por el ámbar gris y, en cualquier caso, probablemente Shahid Jalal es el asesino.

Mientras hablaba, el general realizó una mueca de dolor y se inclinó para frotarse la rodilla. Sentía como si alguien le estuviera clavando agujas incandescentes en el interior. Hasdai suspiró. Sabía que el general era reacio a que le tratara la herida.

El chasquido rítmico de las cuentas de ámbar de Hasdai llenó el silencio. Los dos hombres estaban solos en la sala de trabajo de la que Hasdai disponía en el Alcázar.

Ghalib soltó un gruñido y se levantó. Cogió dos puñados de piñas de un cesto y las lanzó a la chimenea. Se sentó en un taburete enfrente del visir y estiró la pierna para que el fuego calentara su rodilla.

—Estoy de acuerdo en que podría tratarse de un robo —reflexionó Hasdai—, pero no estoy tan seguro de que Shahid Jalal sea el asesino, y también tengo dudas acerca del papel que juega el ámbar gris en todo esto.

—¿Por qué? —preguntó Ghalib doblando la pierna.

Hasdai reflexionó unos instantes y, al final, dejó el *tasbih* sobre su escritorio, al lado del esbozo de la proclama del califa. Abrió un cajón, sacó dos tazas bajas y redondas, y cogió un odre que colgaba de un clavo junto a la alacena. Levantó en alto una de las tazas en dirección al general y este asintió con la cabeza.

—Estoy dispuesto a aceptar que el ámbar gris juega un papel en todo este asunto —concedió Hasdai mientras vertía vino en las tazas—, pero no estoy seguro de cómo se relaciona todo esto con el almirante.

—Quizás el almirante planeaba comprar el ámbar gris que encontramos en la alhóndiga —sugirió el general mientras tomaba la taza de manos del visir—. Al fin y al cabo, vos encontrasteis dos frascos como esos en sus aposentos y Jalal figuraba en la lista de nombres de su escritorio. No resulta muy arriesgado deducir que tenía la intención de comprar ámbar gris.

Mientras recapacitaba, Hasdai bebió un sorbo de vino.

—Si deducimos que el almirante planeaba comprar ámbar gris y sacarlo de Córdoba de contrabando, entonces debemos concluir que disponía de una considerable cantidad de dinero.

Ghalib asintió.

—Exacto, señor, y quien lo mató bien pudo robarle ese dinero.

—¿Estáis sugiriendo que Jalal acordó venderle el ámbar gris al almirante para después matarlo u ordenar que le mataran y quedarse con el dinero?

Ghalib asintió con la cabeza.

—Es una posibilidad, señor —contestó.

—Entonces, ¿por qué habría de llevarse el dinero y dejar el ámbar gris en la alhóndiga? Ya habéis visto lo que contiene su almacén. ¡Vale una fortuna!

El general frunció el ceño y vació su taza de un trago.

—Antes de que vayamos demasiado lejos en nuestras deducciones —declaró Hasdai—, debemos analizarlo todo detenidamente. Resulta evidente que el asesinato está de algún modo relacionado con el ámbar gris. De no estarlo, sería demasiada coincidencia. Veamos... si quisierais sacar ámbar gris de contrabando de una ciudad bien vigilada, ¿cómo lo haríais? ¿Qué necesitaríais para conseguirlo?

Hasdai le tendió el odre al general y este volvió a llenar su taza.

—Para empezar, necesitaría ayuda. Si planeara trasladar el ámbar gris no podría hacerlo yo solo.

Hasdai asintió.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Necesitaría distraer la atención de mis movimientos. También tendría que dividir el cargamento en pequeñas cantidades. Lo que encontramos en la alhóndiga es demasiado voluminoso para transportarlo de una sola vez.

Hasdai bebió un sorbo de vino mientras reflexionaba.

—¿Cuándo fue descubierto el cadáver? Fue anteayer por la noche, ¿no?

—Sí, señor —contestó Ghalib.

—Esa fue la noche que se celebraba la Ascensión de Mahoma. Pensad en ello, general, aquel habría constituido un momento excelente para trasladar el ámbar gris. Las puertas de la ciudad estaban abiertas, había multitud de gente en las calles y el ruido habría permitido que alguien, posiblemente más de una persona, lo transportara. Las probabilidades de que algún soldado los detuviera y registrara la mercancía habrían sido mínimas.

—De todos modos, estarían asumiendo un gran riesgo, señor —comentó Ghalib.

—Eso no lo niego, general, pero el riesgo sería mucho menor que si lo trasladaran en cualquier otro momento. Supongamos, por un instante, que ese fuera el plan y que fuera así como pretendían sacarlo de la ciudad. Si su intención fuera revenderlo, ¿qué harían a continuación?

—Eso dependería de a quién quisieran vendérselo, señor. Si fuera a alguien de la misma Al Ándalus, podrían haber acordado que esa o esas personas vinieran a recogerlo.

Hasdai fijó la mirada en el fondo de su taza y reflexionó durante unos instantes.

—¿Y si quisieran enviarlo más allá de nuestras fronteras?

Ghalib abrió mucho los ojos.

—¿Estáis pensando en la flota califal?

Hasdai sacudió la cabeza.

—No estaba pensando en nada, general, simplemente os preguntaba qué haríais vos si quisierais trasladarlo fuera del califato.

—Bueno, señor, si el almirante estaba implicado en la trama, habría dispuesto de un medio excelente para transportar el ámbar gris directamente a la flota. La cantidad de suministros que estamos enviando a Almería para respaldar la guerra es enorme. En estos momentos, no se puede disponer de muchas cosas aquí en Córdoba. Todo va directamente a Almería y a la flota. El almirante podría haber ocultado fácilmente el ámbar gris en los envíos que salen a diario de los almacenes.

Hasdai asintió.

—Muy bien, general. Tenéis razón. Pero hay algo que no tiene sentido.

—¿De qué se trata, señor?

Hasdai le tendió su taza y Ghalib la rellenoó con el contenido del odre.

—El almirante estaba al mando de la flota del califa y podría haber utilizado su puesto para transportar el ámbar gris al extranjero. Contaba con la cobertura perfecta para sacarlo de Córdoba y podría haber utilizado la red de suministros de la guerra para transportarlo a Almería sin levantar sospechas. Se trata de un plan brillante.

—¿Entonces qué es lo que no tiene sentido? —preguntó Ghalib.

Hasdai bebió un sorbo de vino.

—Lo que no tiene sentido, general, es que la noche que constituía la mejor oportunidad de sacar el ámbar gris de Córdoba, el almirante y su escolta fueran asesinados. Alguien pensó que el plan no era tan brillante.

El soldado que estaba en el corredor se puso firmes.

—Debe de tratarse de Bandar —indicó Hasdai—. No le expliquéis nada de lo que hemos hablado hasta que dispongamos de más datos.

—¿No deberíamos contárselo, señor? ¿No creéis que tiene derecho a saber lo que el almirante planeaba hacer?

Hasdai guardó las tazas en el cajón y colgó el odre.

—En realidad, no sabemos con certeza lo que el almirante pretendía hacer, ¿no? Y mientras no disponga de pruebas no creo que sea adecuado por mi parte acusar a un respetado almirante de la flota del califa de realizar contrabando de ámbar gris. En particular a uno que acaba de ser brutalmente asesinado.

—Sí, tenéis razón.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Entrad! —exclamó el visir.

—Señor, el almirante de la flota está aquí, como habíais ordenado —anunció el secretario del chambelán conduciendo a Bandar al interior de la sala.

—Buenas noches, almirante —saludó Hasdai—. Dejados —ordenó al secretario—. Sentaos, por favor —indicó a Bandar señalando un taburete—. ¿Cómo están vuestros hombres?

—Trastornados —contestó Bandar acariciando su espesa barba—. Todos lo estamos. Resulta difícil de asimilar.

—Lo comprendo —declaró Hasdai—. ¿Estaréis preparados a tiempo?

Bandar asintió con la cabeza.

—Efectivamente, estaremos preparados. Según tengo entendido, el califa no llegará hasta pasado mañana. Esto nos proporciona tiempo suficiente para practicar con el astrolabio y estudiar las cartas náuticas con Yanus y su hija. ¿Habéis recibido noticias de la flotilla de avanzada? —preguntó mientras se rascaba el brazo vendado.

—No, todavía no —contestó Hasdai—. ¿Queréis que os aplique un poco más de tomillo y camomila en la herida?

Bandar se dio cuenta de que el general sonreía y negó con la cabeza.

—No, gracias, estoy bien. ¿Qué hay del asesino del almirante?

—Tenemos dos sospechosos principales, un mercader de telas que está retenido en la alhóndiga y un comerciante del zoco que está preso en las celdas del Alcázar.

—¿Han confesado los asesinatos?

Hasdai negó con la cabeza.

—Otra cosa. Necesitáis conocer el programa preparado para cuando el califa llegue a Córdoba. Por la noche se celebrará una recepción aquí, en el Alcázar, en la que vos y los vicealmirantes seréis los invitados de honor. La tarde del día siguiente, después de la oración *Asr*, el califa se dirigirá al pueblo y os ordenará que os pongáis en marcha.

Bandar asintió con la cabeza.

—Muy bien, señor —contestó—. Constituirá un gran honor para mí y mis hombres conocer al califa. ¿Alguna otra cosa?

Hasdai sacudió la cabeza.

—Esta noche, no. Si me necesitáis para algo, los secretarios del chambelán sabrán dónde encontrarme. Si no, nos encontraremos en la recepción de pasado mañana por la noche.

Bandar realizó sendas reverencias al visir y al general, y salió de la habitación.

Ghalib flexionó la rodilla.

—¿Qué deseáis hacer ahora? —preguntó al visir.

—Después de la oración del alba de mañana quiero que vayáis al campamento y habléis con el comisario de guerra. Averiguad si resultaría difícil introducir alguna cosa de contrabando en la red de suministros. Y conseguid una lista de todas las personas que trabajan allí. Después, comprobad la defensa del comerciante del zoco con el secretario de los baños de Al Mursi.

Ghalib asintió.

—Muy bien, señor. Así se hará.

—Bien. Yo iré a la casa de baños de Yusuf y averiguaré todo lo que pueda acerca del juego de la taba. Después hablaré con Alí, nuestro hombre de Bagdad, por si sabe de alguien que esperara recibir una gran cantidad de ámbar gris. Ya debe de haberse recuperado del viaje. Si ocurre algo sospechoso en la línea de suministros, encargaremos a Alí que lo investigue. Informad al comisario de guerra de que Alí trabajará para él. ¡Ah, otra cosa! Supongo que ordenaréis al coronel Zaffar que regrese a Medina Azahara para que comande la escolta del califa hasta Córdoba.

—Sí, señor, eso haré —contestó Ghalib—. ¿Creéis que disponemos de tiempo suficiente, señor?

—¿Os referís a si lograremos encontrar al asesino del almirante a tiempo para que el príncipe y el califa puedan presenciar su ejecución flanqueado por perros delante del pueblo? No lo sé, general, pero creo que la ejecución se llevará a cabo en cualquier caso y que o bien el mercader que está retenido en la alhóndiga o el que está en la prisión del Alcázar estará invitado. Probablemente, los dos.

*Día tres, después de la oración del alba*

—¡Bienvenido, vuestra excelencia! ¡Bienvenido! —saludó Yusuf. Cerró la mirilla y abrió la sólida puerta que permitía el acceso a la casa de baños—. ¡Me alegro de veros! Empezaba a pensar que no volveríais nunca.

Hasdai ben Shaprut sonrió a su viejo amigo.

—Gracias, Yusuf. Yo también me alegro de veros, y sí, tenéis razón, debería haber venido hace tiempo.

—Por favor, entrad y protegeos del frío —invitó Yusuf al tiempo que conducía al visir al interior de los baños y a su sala de trabajo—. Supongo que el califa os mantiene ocupado —comentó sonriendo mientras el visir se sentaba junto a la chimenea.

Hasdai se rió.

—Sí, supongo que podríais expresarlo de esta manera.

Los dos hombres eran amigos desde hacía muchos, muchos años, desde que Yusuf se hizo cargo de la casa de baños que, con el tiempo, se convirtió en la favorita del visir. En aquella época, Hasdai era rabino y académico, y, desde que fue nombrado visir del califa Abderramán III, los baños de Yusuf habían constituido para él un santuario donde podía reflexionar sobre los asuntos de estado.

—Supongo que, últimamente, no habéis venido a disfrutar de la piscina de agua caliente debido a los acontecimientos recientes. Permitid que ordene que os traigan un té y después podréis explicarme en qué puedo ayudaros.

Mientras oía a Yusuf dar instrucciones a su sirviente, Hasdai se fijó en que, en la repisa de la chimenea, había un cuenco de madera con tabas. Se inclinó y tomó un par de huesos. Su uso regular a lo largo de los años había hecho que su superficie se volviera suave y adquiriera una tonalidad marrón oscura. El visir sostuvo uno de ellos entre los dedos índice y pulgar y lo examinó a la luz del fuego. Pensó en cuántas fortunas se habían ganado y perdido a causa de las cuatro caras de huesos como aquel: la cóncava, la convexa, la plana y la rasposa. A esto apostaban los hombres, a qué número de cada una de las caras saldría al lanzar cuatro tabas sobre una mesa.

Cuando Yusuf regresó, vio que el visir entrechocaba los huesecillos en la palma de su mano haciéndolos chasquear como si se trataran de las cuentas de su *tasbih*.

Yusuf enarcó las cejas y declaró con una media sonrisa:

—No querréis jugar a la taba, ¿no?

—¡Desde luego que no! —exclamó Hasdai—. No consigo el dinero con tanta

facilidad como para perderlo jugando. Siempre relaciono las tabas con ese juego en el que se lanza una al aire y se intenta coger el resto con una sola mano antes de que la primera caiga sobre la mesa.

Yusuf sonrió y asintió.

—Así es como juegan los niños y los ancianos en los umbrales de las casas del zoco, pero sabéis tan bien como yo que no es a eso a lo que se juega por aquí.

Entonces fue Hasdai quien sonrió.

—¿De modo que, cuando el almotacén no mira, la gente juega a otro juego?

—Eso tendréis que preguntárselo a Hamid al Mursi —contestó Yusuf sonriendo y encogiéndose de hombros.

El sirviente de Yusuf llamó a la puerta y entró con dos tazas y una tetera de cobre. Hasdai percibió el olor a miel y a menta, dio las gracias al sirviente y esperó hasta que saliera y cerrara la puerta. Yusuf sirvió el té.

—¿Conocéis a Nasim bin Faraj?

—¿El comerciante de perfumes? —preguntó Yusuf—. Sí, lo conozco. Viene con regularidad. Una vez a la semana como mínimo.

—Esto es lo que nos ha contado al general y a mí —comentó Hasdai—. Nos ha dicho que viene a tomar los baños.

Yusuf sacudió la cabeza y se echó a reír.

—No exactamente, excelencia. Sí que es cierto que toma los baños, pero en realidad viene a jugar a la taba.

Hasdai asintió con la cabeza.

—Nasim nos ha contado que, la noche antes de que descubriéramos el cuerpo del mulazim, le presentasteis a un mercader de telas de Sevilla.

Yusuf suspiró hondo.

—¡Aquello fue terrible! ¡Pobre soldado! Pero sí, Nasim tiene razón. El mercader de telas me explicó que alguien en la alhóndiga en la que se hospedaba le había recomendado mi casa de baños. Vino aquella noche, después de la oración del crepúsculo. Se bañó un rato y después estuvimos charlando. Mostró interés en ver cómo jugaban a la taba Nasim y el almirante, así que, cuando se detuvieron para tomar unas pastas, los presenté.

—¿Así que Nasim y el almirante ya estaban jugando?

—Sí, excelencia. Llegaron por la tarde y jugaron durante mucho tiempo. Parecían conocerse bastante bien. Más tarde, vi que Nasim le entregaba al almirante una nota y un paquetito. Y estuvieron charlando largamente.

—¿Qué contenía? Me refiero al paquetito.

—Lo siento, excelencia, no vi el contenido y, desde luego, no se lo pregunté. Lo que sí sé es que aquella noche se intercambiaron grandes sumas de dinero.

Hasdai inhaló hondo el vapor del té, bebió un sorbo y reflexionó unos instantes.

—¿Y cómo apostaban? —preguntó finalmente—. ¿De la forma habitual?

—Sí, pero las apuestas eran muy altas.

—Por lo que he averiguado, el almirante ganó mucho dinero aquella noche —comentó Hasdai.

—Sí, eso creo —contestó Yusuf—. Más tarde, oí que acordó verse la noche siguiente con el mercader de telas..., Antonio, creo que se llama, para cancelar la deuda.

Hasdai frunció el ceño.

—¿Ocurre algo, excelencia?

—No, Yusuf. Todo está bien. Contadme, ¿el mulazim estuvo aquí todo el tiempo?

—Sí. No jugó, pero estuvo en la habitación a lo largo de todo el juego. Por lo que recuerdo, no salió en ningún momento.

—¿Recordáis quién más había aquí aquella noche?

Yusuf bebió un sorbo de su té.

—Había unos cuantos clientes regulares; la mayoría trabajadores del gremio de los herreros. Vienen con bastante frecuencia. —Se interrumpió un instante y añadió—: Las apuestas son algo terrible. He visto a hombres perderse a sí mismos por su causa.

—¿Entonces por qué permitís que se apueste en vuestra casa de baños? —preguntó Hasdai.

—Por favor, comprendedlo, excelencia. Yo no soy quién para juzgar y tampoco soy el responsable de los principios morales de la ciudad. En cualquier caso, con quien deberíais hablar sobre esta cuestión es con Al Mursi, el almotacén. Él es el responsable de los comerciantes y trabajadores del zoco.

—Hablaré con él a su debido tiempo —repuso Hasdai—. Sin embargo, por pura curiosidad, ¿hasta qué punto creéis que las apuestas constituyen un problema en Córdoba?

Yusuf se encogió de hombros.

—Simplemente es algo que ocurre —contestó—. Algunos hombres apuestan de vez en cuando. Otros se resisten al juego... Estos me dan lástima. En sus ojos se percibe que quieren parar, pero no saben cómo.

El visir asintió y Yusuf sirvió más té.

—Veréis, excelencia, aproximadamente un año antes de que yo comprara la casa de baños, un grupo de hombres solía reunirse aquí. Según se cuenta, apostaban ingentes cantidades de dinero, comida o lo que fuera, y los riesgos eran enormes.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Hasdai.

—Por lo que sé, llegaban a apostar, de una vez, la paga de todo un año.

—Eso es mucho dinero para perderlo de la noche a la mañana.

—Pero lo peor que podían perder no era el dinero, excelencia. Si ganaban, podían



conseguir la paga de un año, pero si perdían, podían quedarse sin el dedo índice o el pulgar.

Hasdai miró fijamente a Yusuf.

—¿Visteis marcharse al almirante? —preguntó finalmente.

—Sí, lo vi. Él y el mulazim vinieron a hablar conmigo antes de irse.

—¿De qué hablasteis?

—El mulazim me preguntó si podía venir la noche siguiente después de que hubiera cerrado los baños.

—¿Le preguntasteis por qué quería venir?

—Me explicó que, simplemente, quería estar a solas para relajarse.

—Sin embargo, esto es inusual, ¿no? ¿Y vos accedisteis?

Yusuf asintió.

—Sí. El almirante me dio una generosa cantidad de dinero y no vi ninguna razón para negarme a que el mulazim viniera. ¿Actué mal?

Hasdai reflexionó durante unos segundos.

—Sinceramente, no lo sé Yusuf, pero lo que sí sé es que, ahora, tanto el mulazim como el almirante están muertos. Lo que ocurrió no está claro, pero sí que sabemos que el cadáver del mulazim fue encontrado en los baños. ¿Entró él solo?

—Sí, le di una llave. La encontramos entre sus pertenencias después de descubrir el cadáver.

—¿Ah, sí? El general Ghalib me dijo que no había ni rastro de la capa del mulazim.

—Así es, solo encontramos su túnica.

En aquel momento alguien llamó a la puerta de la entrada a los baños.

—¿Me disculpáis, excelencia? Debe de tratarse de la mujer de la limpieza.

—Sí, desde luego. Habéis sido de gran ayuda —agradeció Hasdai, y luego cogió dos tabas—. ¿Puedo quedármelas temporalmente?

Yusuf realizó una leve reverencia y se dispuso a salir de la habitación.

—Desde luego —contestó.

—Una última cosa —pidió Hasdai—. ¿Qué ocurrió con los hombres que apostaban aquí antes de que comprarais la casa de baños? Los que habéis mencionado antes. ¿Adónde fueron?

Yusuf sacudió la cabeza.

—No lo sé con certeza. Se trataba de un grupo de hombres duros. Cuando puse freno a su locura, la mayoría no volvieron por aquí. De vez en cuando, veo a un par de ellos. Por lo que sé, siguen en el gremio de los herreros. Se rumorea que ahora apuestan a las peleas de gallos que se celebran cerca del embarcadero.

### *Después de la oración del alba*

El general Ghalib sabía exactamente por qué estaba allí aquella mañana. Había estado dándole vueltas en la cabeza. Si se realizaba contrabando, tenía que empezar en algún lugar y, para él, aquel era tan bueno como cualquier otro.

Al romper el alba, había salido del Alcázar y, envuelto en la fría bruma matutina, había pasado por delante de la alhóndiga y había atravesado la puerta de Al Jadid. Después se había dirigido al vasto y temporal campamento militar de Ma'aqul, que había sido levantado al otro lado de la muralla de la ciudad, al inicio de la carretera que conducía a Almería. Era allí donde una parte significativa de las ingentes cantidades de equipos, armas y víveres necesarios para abastecer al ejército y la flota del califa eran almacenados para después ser transportados mediante caravanas de mulas y camellos al puerto naval de Almería. Una vez allí, los suministros se cargaban en la segunda expedición de naves que se dirigiría a Oriente.

Ghalib tenía presente que existían otros campamentos similares más cercanos a la costa, pero el campamento Ma'aqul era importante. De allí salían el armamento de los regimientos de élite, la fruta en conserva y otras provisiones importantes que se requisaban en las ricas tierras de labranza que se extendían alrededor de la capital. Sin duda se trataría de una larga campaña.

El general pasó junto a los guardias y entró en el amplio campamento mientras apretaba la mandíbula debido al dolor que experimentaba en la rodilla y que lo obligaba a caminar renqueando.

Recordaba bien otras escenas como aquella: los bramidos y soplidos de los camellos; los estridentes rebuznos de las mulas mezclados con el tintineo de las campanillas de los arreos; los gritos de los arrieros de los bueyes y el chirrido de las ruedas de los carros; el trajín de los mozos transportando balas de heno y el de los barrenderos recogiendo estiércol... Y tienda tras tienda de equipos y materiales de guerra pendientes de ser organizados y cotejados con los inventarios. Daría cualquier cosa con tal de reincorporarse al servicio activo, pero mientras se frotaba la rodilla, se recordó a sí mismo que eso no ocurriría nunca.

Un oficial de la guardia se acercó a él y lo saludó ceremoniosamente.

—Buen día, señor, sois el general Ghalib, ¿no es cierto? Yo era uno de vuestros suboficiales en la frontera norte. Constituyó un honor para mí luchar a vuestras órdenes. ¿Qué puedo hacer por vos?

Ghalib no recordaba en absoluto la cara de aquel hombre. En aquella campaña,

montones de suboficiales sirvieron a sus órdenes y, además, habían transcurrido ya unos cuantos años desde entonces.

—Gracias —contestó el general—. Estoy buscando al comisario de guerra.

—Sí, señor. Os acompañaré yo mismo. Id con cuidado aquí, señor, hay una zanja de drenaje.

Avanzaron entre hileras de tiendas y caravanas de animales de carga hasta la tarima de madera que habían levantado en el centro del campamento. Allí se encontraba la tienda de operaciones del comisario de guerra, desde donde se divisaba todo el campamento y se podía vigilar el movimiento de los suministros. La tienda era lo bastante grande para admitir a una veintena de funcionarios militares, quienes estaban ocupados enviando mandados y recibiendo mensajes de todos los rincones del campamento.

Ghalib sabía lo importante que era esta parte de la maquinaria de la guerra. En cierta ocasión, en la frontera norte, sus tropas estuvieron a punto de quedarse sin flechas, lo que constituía un desastre potencial para cualquier fuerza defensiva. Pero esto no volvería a ocurrir. Los armeros de Córdoba estaban más organizados que nunca y podían producir más de quince mil flechas y ochocientos arcos todos los meses del año. Por otro lado, los herreros del califa forjaban puntas de lanza, espadas, tachones para los escudos y dagas a una velocidad increíble y, en caso necesario, todos los herreros del zoco podían trabajar para el ejército califal.

—Informaré al comisario de guerra de que estáis aquí —anunció el joven oficial.

Subió de un salto a la tarima y agachó la cabeza para pasar por debajo del toldo de la tienda. Pocos minutos después, reapareció con un hombre de más edad que vestía la aljuba del ejército califal.

—*Marhaba*, general Ghalib! ¡Bienvenido, bienvenido! *Shalam alaikum!* —saludó extendiendo los brazos—. No os había visto desde que preparamos vuestra campaña a la frontera norte.

—*Alaikum shalam!* —respondió Ghalib.

Le dio las gracias al joven oficial por haberlo conducido hasta allí y se volvió de nuevo hacia el comisario de guerra.

—Nunca os agradecí suficientemente vuestros esfuerzos.

—Vamos, general, ¿quién necesita agradecimiento por cumplir con su deber? ¿Cómo puedo ayudaros en esta ocasión? Primero tomemos un té. Sentaos, por favor.

El comisario de guerra condujo al general al interior de la tienda y los dos hombres se sentaron en sendos taburetes junto a un brasero de arcilla y una olla de cobre que contenía agua hirviendo. Un sirviente se apresuró a preparar té de menta y les llevó unos *beraid*.

—Espero que os gusten —declaró el comisario de guerra ofreciendo a Ghalib uno de los dulces bollos—. Hago que me los envíen todas las mañanas de la tetería Al

Bisharah. Y bien, ¿qué puedo hacer por vos?

Ghalib río entre dientes.

—¡Incluso los comisarios de guerra piensan con el estómago! ¿Podemos hablar en un lugar privado?

—¡Desde luego! —exclamó el comisario de guerra—. ¡Aquí mismo! Este es mi lugar de trabajo. —Se levantó y dio dos palmadas—. ¡Fuera! —gritó—. ¡Ahora!

Mientras los funcionarios salían de la tienda, Ghalib se fijó en que uno de ellos tardaba un poco más que los demás. Vestía un albornoz de lana negro con capucha y esta casi le cubría los ojos. Entonces el general sacudió la cabeza. Debía de estar imaginándose cosas. Sonrió y miró a la tienda, que ahora estaba vacía. Eso era, exactamente, lo que él habría hecho, demostrar a su visitante que ejercía un dominio absoluto sobre sus hombres.

—¿Y en qué puedo ayudaros? —preguntó el comisario de guerra.

—Iré directamente al grano. El visir y yo estamos investigando un asesinato.

—¿El del almirante de la flota? —sugirió el comisario de guerra.

—No existen secretos para los militares, ¿no es cierto?

—No. Su muerte constituye una gran contrariedad. Además, algunos de mis hombres sirvieron a las órdenes del mulazim Haitham. Una cosa es que un soldado muera en el campo de batalla, pero ser sacrificado como un carnero en una casa de baños es algo totalmente distinto. ¿Habéis detenido a algún sospechoso?

—No esperaréis que responda a esa pregunta, ¿no, comisario?

—En realidad, no, señor. Lo siento, señor.

—No os preocupéis por eso. Pero creo que podéis ayudarnos en cierto asunto. Y debéis mantenerlo en absoluto secreto. Tenemos razones para creer que hay en funcionamiento una red de contrabando. Como bien sabréis, su majestad el califa ha prohibido el comercio de ciertos productos; en concreto, de todos aquellos que podrían precisarse para la guerra. Pero también ha prohibido el movimiento de mercancías de gran valor, porque no quiere que en estas circunstancias se lleve a cabo ningún tipo de especulación monetaria. Sin embargo, como es habitual, en las ocasiones como esta surgen ratas que intentan obtener succulentos bocados vendiendo artículos al mejor postor.

—Sé exactamente a qué os referís —contestó el comisario de guerra—. Pero ¿cómo me afecta esto a mí?

—Bueno, vos sois el responsable de un flujo constante de mercancías entre Córdoba y Almería.

—Así es, pero mis empleados lo registran todo en los manifiestos de las caravanas, que son enviados por mensajeros a Almería, y allí son cotejados de nuevo cuando llegan las caravanas.

—¿Creéis que es posible introducir artículos de contrabando en los envíos a

Almería?

—En teoría, sí, pero se necesitaría una buena organización y contar con un traidor en el campamento. ¿De qué tipo de contrabando estamos hablando?

—Una vez más, no puedo contároslo, comisario, pero digamos que quisiera enviar cuatro cajones adicionales de productos alimenticios en una de las caravanas. ¿Cómo podría hacerlo?

—Bueno, supongo que si pudierais falsificar el manifiesto, lo único que tendríais que hacer es añadir una mula más a la caravana. Cuatro cajones corrientes pueden ser transportados por un animal o, a lo sumo, dos, según lo que contengan. Como vos mismo podéis comprobar, algunas de las caravanas están formadas por más de cien animales, así que uno más probablemente pasaría desapercibido. Además, una vez constituidas las caravanas, no volvemos a contar los animales porque confiamos en la exactitud de los manifiestos.

—¿Todos vuestros empleados conocen estos detalles?

—Desde luego.

—Entonces no resultaría tan difícil añadir un animal más de forma encubierta, ¿no? —preguntó Ghalib.

—Bueno —contestó el comisario de guerra—, si lo expresáis así, supongo que no. Pero debo reconocer que nunca me había parado a pensarlo. ¿Debo preocuparme de que algo así esté ocurriendo en el campamento?

—No he venido para encontrar defectos en vuestra organización —replicó el general—, pero espero que estéis pendiente de lo que pueda pasar. Y si averiguáis que alguien ha alterado vuestros manifiestos, no le hagáis frente, solo mantenedlo vigilado y poneos en contacto conmigo de inmediato. Y debo pedir dos cosas más.

—Adelante. Haré lo que sea necesario para ayudaros.

—¿Disponéis de una lista con los nombres de todos los que trabajan en el campamento?

—Así es. Todos reciben una alafa como funcionarios militares. Puedo haceros llegar una lista al Alcázar antes de la oración de la tarde.

—Enviadla con un mensajero en quien confiéis absolutamente a la sala de trabajo del visir.

—Desde luego. ¿Cuál es la otra cuestión?

—Deseamos introducir a un hombre en el campamento. Está acostumbrado a trabajar de forma encubierta, así que se adaptará con facilidad. Se hace llamar Alí y vendrá más tarde. ¿Podéis destinarlo al cotejo de los manifiestos?

—Desde luego. ¿Alguna otra cosa?

—No —contestó Ghalib—, creo que eso es todo por ahora. Ya me voy. ¡Y gracias por el té y el *barad*!

Cuando estaba a punto de salir de la tienda, el general se volvió.

—Por cierto, ¿cómo se llama el oficial que me ha acompañado hasta aquí?  
El comisario de guerra reflexionó durante unos segundos.  
—Mohammed —contestó—. ¿Por qué?  
—¡Oh, por nada! —exclamó el general—. *Ma as salaam!* ¡Adiós!

### *Antes de la oración de mediodía*

El coronel Zaffar al Din se mordió el labio inferior mientras sumergía el antebrazo en la jofaina de agua caliente. El clavo del cajón de Shahid Jalal le había desgarrado el brazo desde el codo hasta la muñeca. Cerró los ojos, realizó una mueca de dolor y permitió que el agua de lavanda y camomila penetrara en la herida. El visir Hasdai le había indicado que debía sumergir el antebrazo en aquel cocimiento varias veces al día y cambiar el vendaje en cada ocasión. Dejó el brazo en el agua durante varios minutos mientras oía el repicar de los cascos de las monturas en el patio empedrado y el ruido de las pisadas de sus hombres, quienes iban y venían cumpliendo con sus obligaciones.

Zaffar se había adueñado temporalmente de la sala de trabajo de Al Jaziri, y sus notas sobre la investigación que estaba llevando a cabo en la alhóndiga estaban frente a él, encima del escritorio. El general Ghalib le había dado instrucciones para que mantuviera la alhóndiga cerrada tanto a la admisión de nuevos huéspedes como a la entrada o salida de mercancías hasta que hubiera finalizado su labor. Los huéspedes que ya estaban alojados allí y los empleados podían salir del recinto, pero tenían que reportarse dos veces al día al mulazim de la guardia, junto a la entrada principal. Hasta que el general Ghalib y el visir lo autorizaran, ninguno de ellos podía pasar la noche fuera de la ciudad. El general también había dado instrucciones a Zaffar a fin de que Antonio, el mercader de telas, no saliera bajo ningún supuesto de su habitación.

Los hombres de Zaffar ya habían interrogado a todos los trabajadores de la alhóndiga, habían registrado todos los almacenes y habitaciones, y habían hablado con todos los huéspedes salvo con Shahid Jalal. Zaffar opinaba que, fuera lo que fuera en lo que Jalal y el almirante estuvieran involucrados, sin duda estaba relacionado con el ámbar gris.

Sacó el antebrazo de la jofaina y se lo secó con un trapo limpio. Mientras lo envolvía con una venda, alguien llamó con un golpe seco a la puerta.

—¡Entrad! ¡Ah, bien, llegáis justo a tiempo para atarme la venda! —exclamó alargando el brazo hacia el joven oficial que había asomado la cabeza por la puerta.

—Señor, me habíais pedido un informe actualizado de nuestra labor —declaró el joven mientras aseguraba el vendaje—. ¿Está demasiado apretado?

—No, está bien. Gracias. Informadme.

—Hemos acabado lo que nos ordenasteis que hiciéramos aquí en la alhóndiga y,

en este momento, varios hombres están inspeccionando los alrededores del recinto; sobre todo la zona que hay entre este y la muralla de la ciudad. Por allí la maleza y los arbustos son densos, así que necesitaremos algo de tiempo para registrarla totalmente.

—Muy bien —respondió Zaffar—. Supongo que todavía no se sabe nada de Shahid Jalal.

—No, señor, todavía no. Hemos enviado palomas con la descripción que Al Jaziri nos dio de él a todos los emplazamientos habituales. Jalal solo ha dispuesto de un día y medio para huir, aunque probablemente lo haya hecho a caballo, así que también hemos enviado mensajes a los puertos ribereños.

—Bien pensado —convino Zaffar—. Informadme cuando vuestros hombres hayan registrado la zona exterior y después haced llegar estas notas al general Ghalib, en el Alcázar. Cuando las haya leído, seguramente él y el visir querrán hablar personalmente con el mercader de telas y después celebrarán una última reunión conmigo.

—Muy bien, señor —declaró el oficial. Titubeó unos segundos y añadió—: Una cosa más, señor.

—¿De qué se trata?

—Abbas al Jaziri, señor.

—¿Qué ocurre con él? —preguntó Zaffar.

—Según dice, está esperando un envío de heno fresco para los establos.

—Y supongo que quiere que abra la alhóndiga para recibirlo.

—Eso creo, señor.

—Bien, traedlo a mi presencia.

—Enseguida, señor. De hecho, está esperando en la puerta.

—¡Claro, por supuesto! —exclamó Zaffar—. ¡No podía esperarse otra cosa de alguien como él! Concededme unos instantes y hacedlo entrar.

Cuando estuvo a solas, Zaffar agarró con la otra mano el brazo vendado y realizó una mueca de dolor. Sentía como si se lo hubieran marcado con un hierro incandescente y empezaba a escocerle, exactamente como le había advertido el visir Hasdai. Se recompuso, se secó la frente y gritó:

—¡Entrad, Al Jaziri!

—¡Qué amable sois al recibirme, coronel! —exclamó Abbas mientras cerraba la puerta tras de sí—. Espero que mis trabajadores estén haciendo todo lo posible para que...

—¿Qué queréis, Abbas? —lo interrumpió Zaffar.

No soportaba la actitud adulatora de Abbas.

—Disculpadme, señor, simplemente deseaba...

La mirada del coronel lo hizo callar.



—Veréis, coronel —continuó Abbas—, ansío que todo vuelva a... a funcionar. Las provisiones se están terminando, los animales necesitan ser alimentados, las habitaciones deben limpiarse y algunos huéspedes se sienten muy descontentos.

—¿Descontentos?

—Sí, señor. Veréis, ellos deben llevar a cabo sus negocios, y tener que presentarse aquí dos veces al día les resulta... En fin, inconveniente.

El coronel Zaffar miró fijamente al propietario de la alhóndiga y se incorporó poco a poco.

—¿Inconveniente?

—Sí, señor —replicó Abbas.

—Creo que no comprendéis la gravedad de la situación —masculló Zaffar—. El califa está a punto de iniciar una guerra contra su acérrimo enemigo en Bagdad. Faltan apenas unos días para que nuestras naves zarpen en una misión que podría decidir el futuro del califato y el almirante de la flota, el hombre al que el califa había encomendado esta expedición, ha sido encontrado muerto. Asesinado. En vuestra alhóndiga. ¡De modo que no creo que lo que vos consideráis inconveniente constituya una de nuestras prioridades en este momento!

Abbas bajó la cabeza.

—Sí, señor —contestó.

—Os haré saber cuándo podéis volver a abrir las puertas de la alhóndiga. Hasta entonces, debéis obedecer las órdenes del general. —Miró por la ventana y vio que un mozo conducía dos caballos a través del patio—. Mientras tanto —continuó—, podéis recibir el heno para los establos, pero antes mis hombres deberán registrarlo.

—Gracias, coronel —contestó Abbas.

Justo entonces, alguien llamó a la puerta.

—¡Ah, sois vos! —dijo el coronel al joven oficial de antes—. ¿Habéis terminado la inspección?

—Sí, señor... —El oficial miró a Al Jaziri—. ¿Podemos hablar, señor?

—Sí, hablad. ¿Qué ocurre?

El joven oficial miró al coronel y después al propietario de la alhóndiga.

—No os preocupéis por él —indicó Zaffar—. ¿Qué ocurre?

—Creo que deberíais venir conmigo, señor. Hemos encontrado algo.

### *Antes de la oración de mediodía*

El general se detuvo frente a la puerta de la casa de baños de Al Mursi e inhaló el reconfortante olor a pan recién horneado que procedía de la tahona contigua. Por encima de la algarabía de la gente que atestaba la estrecha callejuela, oyó el trajín de los panaderos en los hornos. Los porteadores corrían de aquí para allá entre la muchedumbre, algunos con mulas que transportaban su carga, y otros, encorvados por los pesados cestos llenos de mercancías que llevaban sobre la cabeza. Aquellos hombres fuertes y nervudos constituían la espina dorsal y la musculatura del zoco, y acarreaban suministros y mercaderías para los comerciantes. A aquella hora, muchos comerciantes tomaban la callejuela del gremio de los especieros, seguramente, en dirección a la tetería Al Bisharah, para tomar un tentempié y cotillear antes de la oración.

La casa de baños del almotacén estaba cerca de la puerta oriental de la ciudad, la Bab al Jadid, que comunicaba con el campamento Ma'aqul y la carretera principal que conducía a Almería y Jayyen. Se trataba de un lugar de encuentro popular entre los aficionados a los baños y también entre los jugadores, y buena parte de su clientela procedía de la alhóndiga de Al Jaziri, que estaba situada entre la casa de baños y la puerta de la ciudad.

Mientras esperaba que respondieran a su llamada, Ghalib se inclinó y se frotó la dolorida rodilla. La visita al campamento le había levantado el ánimo temporalmente, pero el punzante dolor de la pierna le recordó que sus días de servicio activo habían pasado a la historia. La herida de guerra que sufrió durante una refriega que tuvo lugar en la frontera norte lo había relegado, durante los últimos años, a realizar tareas más sosegadas y no había ayudado mucho a mejorar su carácter. Volvió a golpear la puerta con la enorme aldaba.

Un sirviente abrió el batiente y el general entró en el recinto.

—¿Dónde está el secretario? —preguntó.

—Está en la sala de trabajo, señor —contestó el sirviente sintiéndose intimidado al ver al general—. Seguidme, por favor.

La casa de baños estaba construida alrededor de un jardín cuya característica principal consistía en un tablero de ajedrez con piezas de un codo y medio de altura. A los lados de este tablero gigantesco había bancos y mesas con tableros y piezas de tamaño ordinario.

En la parte interior de la entrada, una cabeza de caballo de alabastro hacía las

veces de fuente. De su boca brotaba el agua y caía en una pila poco profunda que alimentaba los canales de riego de los parterres de flores, las adelfas y los limoneros. Aquí y allá, el agua rebosaba de un canal que estaba obstruido por algunos limones caídos. Un viejo jardinero estaba ocupado recogiendo la fruta del suelo y limpiando los canales. Cuando el general pasó por su lado, el viejo jardinero realizó una profunda reverencia. En los parterres de flores picoteaban los gorriones.

Los baños propiamente dichos estaban al otro lado del patio. A la sombra de unos elegantes arcos de ladrillos rojos y blancos, estaban las antecámaras, que, con sus paredes cubiertas de azulejos, permitían el acceso a la sala de vapor, la de agua templada y la de agua helada. Había también una sala de masajes donde Ghalib vio montones de toallas de algodón áspero apiladas sobre las plataformas elevadas que se utilizaban para dar los masajes. En una alcoba privada contigua a la sala de vapor había una pequeña sala de trabajo con un escritorio y dos taburetes.

Cuando se aproximaban a la sala de trabajo, Hamza, el secretario de Al Mursi, salió a recibirlos.

—*Marhaba!* ¡Bienvenido, general! Entrad, por favor.

El general realizó un gesto apenas perceptible con la cabeza para corresponder al saludo del secretario, entró en la sala y se sentó al escritorio. Estiró la pierna e indicó al secretario que se sentara. Después se volvió hacia el sirviente, que se había quedado rezagado en el umbral de la puerta.

—Traedme té —ordenó Ghalib.

El sirviente asintió y se fue mientras Hamza permanecía de pie en el centro de su propia sala de trabajo.

—Sentaos —repitió Ghalib.

—¿Cómo puedo ayudaros? —preguntó el secretario.

—Para empezar, sentándoos —insistió el general mientras tiraba de su almilla de piel sin mangas y se acomodaba en el taburete.

Hamza se sentó al otro lado del escritorio mientras se arreglaba el turbante.

—¿Dónde está Al Mursi?

—Mi patrón está dando una vuelta por el zoco de la metalurgia, señor. Si deseáis hablar con él, estará de vuelta después de la oración.

—Eso dependerá de lo útil que me resultéis —declaró el general, y miró alrededor, contemplando los montones de papeles y libros de registro—. ¿Cuánto hace que Al Mursi es el propietario de esta casa de baños?

—Poco más de dos años, señor —respondió el secretario—. Estamos muy satisfechos de cómo han ido las cosas.

El general se acordó de Aiden, el maestro de ajedrez cristiano cuyo cadáver fue encontrado en la sala de vapor de los baños aproximadamente dos años atrás. Lo habían degollado como a una cabra.

—Yo no me sentiría tan satisfecho —replicó—. De todos es conocido lo que ocurre aquí.

El secretario guardó silencio e intentó adivinar a qué se refería el general.

—¿Conocéis a Nasim bin Faraj? —preguntó Ghalib.

—Trabaja en el zoco de los perfumistas, señor —contestó Hamza.

El general Ghalib lo miró fijamente, bajó la voz y dijo:

—Ya sé dónde trabaja. Os he preguntado si lo conocéis.

Hamza bajó la cabeza.

—Sí, señor, lo conozco. Acude a los baños con regularidad.

—¿Cuándo vino por última vez?

El secretario reflexionó brevemente.

—Tendría que consultar el libro de registro, señor —contestó.

Ghalib le lanzó una mirada airada.

—Lo siento señor, es solo que el libro está... bueno, vos estáis apoyado en él, señor.

Ghalib soltó un gruñido y levantó los brazos. El secretario se inclinó hacia delante y tomó el pesado libro encuadernado en piel de color marrón claro. Lo abrió y empezó a pasar las páginas.

—¡Aquí! —exclamó señalando una entrada—. Según el libro, la última vez que apostó fue la noche de la Ascensión de Mahoma.

—No os he preguntado cuándo apostó por última vez, sino cuándo... bueno, da igual. Habladme de aquella noche. ¿Cuándo llegó Nasir?

—Veréis, señor, no estoy seguro, pero diría que llegó justo después de la oración del crepúsculo. Ese es, normalmente, el momento del día más concurrido.

—¿Aquella noche había mucha gente?

—Sí, señor, mucha. Las calles estaban abarrotadas. Mucha gente había salido a divertirse. —El secretario giró el libro de cara al general y señaló una página—. Como veis, hay varios nombres anotados en relación con esa noche en concreto.

—Ese hombre —declaró Ghalib indicando un nombre—. Ese tal Shahid Jalal, ¿qué podéis contarme de él?

El secretario dio una ojeada al libro.

—Bueno, señor, por lo visto realizó unas cuantas apuestas a... dejadme ver, a una partida de ajedrez. Tendría que confirmarlo con mi patrón, porque esta anotación la realizó él. Sin embargo, sí que recuerdo que mi patrón pasó algún tiempo hablando con Jalal, y este pareció gastarse un montón de dinero.

—¿Esta entrada es vuestra? —preguntó Ghalib señalando el nombre de Nasim.

—Sí, señor.

—¿Entonces, recordáis haber visto a Nasim?

—¿Señor?

—No se trata de una pregunta difícil —replicó Ghalib—. ¿Recordáis haberlo visto?

—Bueno, señor, debo de haberlo visto, porque su nombre figura en el libro. Aquí podéis...

El secretario abrió unos ojos como platos al ver que el general soltaba un grito ahogado, apretaba las mandíbulas y golpeaba la mesa con ambas manos. Uno de los fragmentos de metal de su rodilla se había movido y un agudo espasmo de dolor había recorrido su pierna. Intentó levantarse con esfuerzo y, al hacerlo, la empuñadura de su daga se enganchó en el escritorio y lo inclinó volcando un frasco de tinta. El secretario se incorporó de un salto mientras la tinta se extendía por la superficie del escritorio y empapaba un montón de papeles.

—¡Oh! —exclamó el general agarrando el frasco vacío de tinta y manchándose los dedos—. ¡Ya sé lo que pone en el libro! Lo que quiero saber es si realmente visteis a Nasim aquí, en la casa de baños, la noche de la Ascensión de Mahoma.

El secretario intentó limpiar la tinta con su turbante mientras el negro fluido goteaba del escritorio y formaba un charco junto a una de las botas de montar de Ghalib.

—Sí, me acuerdo —repuso levantando la vista hacia el general.

—¡Dejad eso y contadme lo que visteis! —gritó Ghalib, y agarrando el libro con ambas manos, lo blandió frente a la cara del secretario.

—Recuerdo haber visto que él y el otro hombre, Shahid Jalal, pasaban algún tiempo charlando. Parecían conocerse. Al menos esa es la impresión que me dio. También recuerdo que se fueron juntos.

—¿Estáis seguro?

El dolor había pasado y el general volvió a sentarse.

—Sí, señor, absolutamente seguro. Los vi irse juntos.

—¿Y sobre qué hablaron?

—Lo siento, señor, pero no estaba lo bastante cerca para oírlos. Sin embargo, sí que vi a Nasim y a mi patrón juntos en determinado momento. Quizá mi patrón pueda ayudaros.

—¿Antes de esa noche, habíais visto a Shahid Jalal o habíais oído su nombre en alguna conversación?

El secretario negó con la cabeza.

—No, señor, nunca.

El general reflexionó durante unos instantes y dejó el libro en una parte limpia del escritorio.

—Dadme esa tela para que me limpie las manos.

Después de limpiar buena parte de la tinta, volvió a coger el libro.

—Me lo llevaré.

El secretario realizó una mueca de consternación al ver que los dedos manchados de tinta del general dejaban su marca en la piel clara de la cubierta del libro de registro.

—Señor, yo...

—Una cosa más —lo interrumpió el general—, informad a Al Mursi de que quiero verlo en el Alcázar esta tarde para hablar del contenido del libro.

El secretario se limpió la boca con el dorso de la mano y asintió lentamente.

—Bien —continuó Ghalib mientras sostenía el libro en alto—. Cuando os he preguntado si Nasim había estado aquí, me he fijado en que consultabais directamente el libro de registro de las apuestas. ¿Hay clientes que vengan solo a tomar los baños?

El secretario guardó silencio.

—Ya me lo parecía —masculló el general.

Se levantó y salió al jardín, donde se cruzó con el sirviente que llegaba con el té caliente y unas tazas.

—¡Habéis tardado lo vuestro! —soltó Ghalib—. Id a buscar unas toallas. El secretario lo ha ensuciado todo.

### *Antes de la oración de mediodía*

Aunque se la conocía como la sala de trabajo del chambelán, en realidad consistía en un conjunto de siete departamentos independientes que estaban a su cargo y que se hallaban al final del corredor que comunicaba con las dependencias de Hasdai ben Shaprut. Sin embargo, mientras que Hasdai, debido a su posición como consejero principal del califa, disfrutaba de paz y tranquilidad en sus dependencias y estas estaban cerca de los aposentos califales, las del chambelán estaban situadas en la parte frontal del Alcázar y daban al bullicioso patio central y la entrada del recinto.

Aparte de la sede central de la guardia califal, cuyo responsable último era el general Ghalib —aunque el chambelán se ocupaba de las cuestiones rutinarias—, había en aquellas dependencias un departamento que respondía a las órdenes de Hasdai y que se ocupaba, exclusivamente, de la relación entre el séquito de Hakam en Córdoba y el de su padre, el califa Abderramán III, en la ciudad palatina de Medina Azahara, que estaba situada más hacia el oeste.

Las dependencias del chambelán también albergaban un centro de comunicaciones formado por miembros cuidadosamente elegidos de la guardia de Ghalib donde se leían y analizaban las docenas de informes que llegaban a diario de todos los puntos del califato y más allá. Aquellos hombres también eran los encargados de elaborar un informe diario que, a través del chambelán, se hacía llegar a Hasdai y a Ghalib. Era Hasdai quien, por su cargo de visir, debía decidir lo que el príncipe heredero y el califa tenían que saber acerca de los sucesos que ocurrían en el califato y los territorios en los que el califa disponía de espías.

El Departamento de Gobierno y Asuntos Legales era el responsable de la administración del califato de Al Ándalus por medio de sus veintiuna provincias o *kuwar*, la recaudación de los impuestos y la supervisión del comercio y la industria, mientras que el Departamento de Asuntos Religiosos y Culturales se ocupaba de las mezquitas, las escuelas asociadas a ellas, los hospitales, las librerías y las madrazas.

Otro departamento se ocupaba de cuestiones relativamente mundanas como era la administración del Alcázar y de alimentar y atender las necesidades cotidianas de los cientos de personas que vivían en él.

El último departamento era relativamente nuevo y se había establecido por orden del príncipe heredero. Se trataba del Departamento de Coordinación de la Armada y el Ejército. En concreto, su función consistía en coordinar las actividades de las fuerzas armadas del califato para la próxima campaña contra Bagdad. Era allí donde

circunspectos militares elaboraban las estrategias del califato y, aunque contaban con la ayuda de la secretaría del chambelán, daban parte, solo, al príncipe heredero a través del visir. Era allí donde Hasdai conducía a Alí, el espía recién llegado de Bagdad.

Mientras avanzaban por el corredor, Hasdai observó a Alí y no pudo evitar sonreír para sus adentros. ¿Cómo era posible que los espías, al menos los sobresalientes, consiguieran pasar desapercibidos de aquella manera? Parecían tener el don de ocultar su personalidad y parecer individuos totalmente corrientes. Alí, de figura menuda y encorvada, caminaba por el corredor con las manos en los bolsillos de su chilaba, la mirada clavada en el suelo y la cara inexpresiva. Aquel hombre, cuando estaba de servicio, ponía su vida en peligro constantemente, pero en lugar del temerario agente de vanguardia que era, parecía un simple escribiente del departamento de impuestos.

El visir había dado instrucciones a Alí para que, aquella tarde, antes de la oración *Asr*, se presentara ante el comisario de guerra del campamento Ma'aqul. Una vez allí, mientras trabajaba comprobando los manifiestos de las caravanas de mulas que partían del campamento con destino a Almería, debía ser los ojos y oídos del general Ghalib. Su misión consistía en descubrir e infiltrarse en la red de contrabando que el general tenía la certeza que operaba en el campamento. Alí comprendió inmediatamente lo que se esperaba de él y aceptó la misión como si se tratara de un encargo sumamente sencillo.

Hasdai hizo correr las cuentas del *tasbih* al mismo ritmo que seguían sus pasos hasta que, después de pasar junto a los centinelas, llegaron a la puerta del departamento. Con la mano en el tirador de la puerta, Hasdai se volvió hacia Alí.

—Supongo que no es preciso que os diga que no debéis revelar ningún detalle aquí dentro.

Alí levantó la cara y miró al visir con ojos inexpresivos.

—No —declaró Hasdai al cabo de unos segundos—, supongo que no tengo que deciros nada al respecto.

Volvió a deslizar las cuentas por la cadena y abrió la puerta.

En la pequeña habitación, que estaba abarrotada de documentos apilados, había cinco funcionarios, todos arrayaces navales. Tres de ellos estaban inclinados sobre un escritorio cerca de una ventana. Deliberaban mientras observaban un mapa a gran escala en el que había docenas de flechitas de papel de diferentes colores que señalaban, todas, en la misma dirección. Los otros dos leían largas listas y las cotejaban con lo que parecían ser unos libros de contabilidad. Al ver al visir, todos se incorporaron.

—*Shalam alaikum*, excelencia —saludó el hombre más cercano a la puerta.

—*Alaikum shalam* —respondieron Hasdai y Alí.



—¿En qué podemos ayudaros, señor? El informe no estará listo hasta mañana.

—Gracias, arráez, no estoy aquí por el informe. Ya me lo entregará el chambelán a su debido tiempo. Necesito consultar los mapas y cartas náuticas. Yo... —El visir se volvió hacia Alí, quien seguía junto a la puerta, con las manos entrelazadas a la altura de la cintura mientras contemplaba, con la mirada perdida, un punto de la pared situado por encima de la ventana—. O, mejor dicho, nosotros, necesitamos consultar un mapa de los puertos que hay entre Almería y Latakia.

El arráez miró a sus colegas y después a Alí.

—Pero, excelencia, nuestros mapas son...

El visir levantó una mano para hacerlo callar.

—Lo sé, arráez, vuestros mapas contienen anotaciones y son altamente confidenciales, pero estoy seguro de que me permitiréis decidir quién puede o no consultarlos. Ahora, si nos mostráis los mapas, vos y vuestros colegas podéis salir y dejarnos solos. Mientras vuestros colegas esperan en la cámara de los centinelas, vos podéis informar al chambelán de que estoy aquí. Cuando hayamos terminado, os haré llamar. ¡Ah, e informad al chambelán de que no es necesario que abandone sus obligaciones para venir a reunirse conmigo! ¿Está claro?

—Sí, vuestra excelencia. El mapa más exacto del que disponemos es el que estábamos examinando cuando habéis llegado. Es este, el que está junto a la ventana. ¿Puedo pedir os que no mováis las flechas?

Alí miró al arráez como si se tratara de un niño.

—Ya he trabajado con mapas de campaña anteriormente —precisó—. No moveré ninguna de vuestras flechitas e intentaré no recordar hacia dónde señalan.

—¡Gracias, Alí! —exclamó Hasdai, y no pudo evitar volver a sonreír interiormente por la conducta del espía—. Ahora, arráez, si vos y vuestros colegas tenéis la amabilidad de dejarnos. Os avisaré cuando podáis regresar.

Una vez solos, Hasdai y Alí se inclinaron sobre el mapa que había encima de la mesa situada junto a la ventana. Al cabo de apenas unos segundos, Alí frunció el ceño y se enderezó.

—Se trata de uno de los mapas de Ibn Hawqal —anunció.

—Estáis muy bien informado —comentó Hasdai.

—La información es mi profesión, excelencia.

—Es posible —replicó Hasdai—, pero observando el mapa, ¿podéis realizar algún tipo de conjetura bien informada acerca del lugar que elegiría alguien procedente de Al Ándalus para desembarcar un cargamento de contrabando de ámbar gris entre Almería y Latakia? Tened presente que esa persona dispondría de los instrumentos de navegación más avanzados.

—Bueno —contestó Alí—, el lugar donde un contrabandista obtendría el mejor

precio por un cargamento de ámbar gris andalusí sin madurar sería Damasco. La industria perfumista de esa zona está sumamente desarrollada y, por lo que yo sé, en Bagdad la esencia de rosa de Jericó es una de las más caras y efectivas porque se utiliza como fijador el ámbar gris.

—¿Y cómo haría llegar un contrabandista el ámbar gris a Damasco? —preguntó Hasdai.

—¿A qué cantidad os referís?

—Yo diría que la que podría cargarse en tres camellos.

—Ya lo tengo —contestó Alí. Deslizó el dedo por el mapa desde Malta a Chipre y, después, en diagonal hasta la costa de Siria—. Si el ámbar gris viajara en una de las naves de la flota, esta podría navegar hasta este punto, justo al sur de Chipre, y después dirigirse a la costa de Siria..., aquí, a una cala que hay al sur de Saida, la ciudad que en hebreo llamáis Sidón, excelencia. Un marino competente con buenos instrumentos y una carta de navegación de la calidad de esta no tendría problemas en gobernar la nave hasta aquí. Después, solo tendría que desembarcar el ámbar gris y seguir navegando hacia el norte para reincorporarse a la flota.

—Solo percibo un problema en ese plan —comentó Hasdai—. ¿Cómo podría una sola nave separarse de la flota y dirigirse hacia el sudeste mientras el resto vira hacia el norte en dirección a Latakia?

—Esto podría no suponer un problema tan grande como pensáis, excelencia. En una flota de gran tamaño siempre hay alguna nave que tiene dificultades: o hace agua o se le quiebra un mástil debido a una tormenta o, simplemente, desaparece en la noche. La nave de nuestro contrabandista bien podría ser una de esas naves. El arráez podría inventarse algún problema, quedarse rezagado y tomar un nuevo rumbo. Sin embargo, existe un problema mucho mayor para el contrabandista.

—¿De qué se trata? —preguntó Hasdai—. A mí el plan me parece bastante sencillo.

—¡Oh, y lo es! —exclamó Alí—. Es muy sencillo, salvo por el hecho de que, si separáis una nave de la flota hasta una cala en Siria para desembarcar un cargamento de contrabando y cargarlo en una caravana de camellos, contaréis, al menos, con trescientos testigos.

Hasdai se incorporó, tomó el *tasbih*, que había dejado en la mesa y deslizó las cuentas por la cadena mientras miraba por la ventana.

—¡Vaya, así que habéis encontrado el fallo del plan! —exclamó.

Mientras hablaba, alguien llamó a la puerta y, por encima de los golpes, oyeron la voz de uno de los arrayaces.

—¡Excelencia! ¡Excelencia! Disculpadme, por favor, tengo un mensaje para vos de parte del chambelán.

Hasdai se volvió hacia Alí.

—Abrid la puerta.

Alí la abrió y entonces el visir se dirigió al oficial.

—Creí haberos dicho que no quería que el chambelán viniera.

El arráez tragó saliva con dificultad antes de hablar.

—Señor, no se trata de eso, señor. El chambelán ha pedido que vos... que vos... vayáis a donde él está, señor. Lo siento, vuestra excelencia, pero esto es lo que me ha ordenado que os comunique. Me ha dicho que tiene un mensaje para vos que solo puede transmitiros en el compartimento de seguridad.

Como visir, Hasdai no estaba acostumbrado a que nadie, salvo el califa o el príncipe heredero, lo llamara, sin embargo, enseguida se dio cuenta de que el chambelán debía de tener una buena razón para dejar a un lado el protocolo.

—Muy bien, llevadme ante el chambelán.

Hasdai, Alí y el arráez se dirigieron al secretariado; a su paso, los guardias del corredor se pusieron firmes. A través de la puerta, que estaba abierta, Hasdai vio que el chambelán estaba muy nervioso junto a la entrada de una habitación. Hasdai sabía que se trataba de un compartimento aislado donde el chambelán podía transmitir las órdenes más secretas o los mensajes más confidenciales sin ser oído.

—Vosotros dos quedaos aquí —ordenó Hasdai.

Cuando entró en el secretariado, los funcionarios se pusieron en pie, realizaron una reverencia y, siguiendo obviamente las órdenes del chambelán, salieron de la habitación y esperaron en el corredor.

El chambelán inclinó la cabeza.

—Excelencia, os pido disculpas, pero estoy seguro de que, cuando oigáis lo que tengo que deciros, comprenderéis mi forma de actuar.

Hasdai intentó tranquilizarlo.

—Estoy convencido de que sabéis lo que hacéis —dijo. Hasdai entró en la pequeña habitación carente de ventanas y se sentó en una de las dos sillas que constituían el único mobiliario de la sala. Las titilantes llamas amarillas de las lámparas de aceite parecían absorber todo el aire de la habitación.

El chambelán cerró la sólida puerta de madera y corrió el cerrojo. La habitación apestaba a aceite de quemar y a humo, y Hasdai empezó a toser.

—Seré lo más breve posible, excelencia. Hemos recibido un mensaje secreto codificado de la flotilla de avanzada. Ha sido enviado mediante una paloma desde la isla de Malta. Conforme la flotilla se aproximaba a la isla, una de las naves empezó a rezagarse. Se produjo un brote de peste a bordo y los remeros no pudieron mantener el ritmo. La remolcaron y un marinero de otra nave subió a bordo. El pobre desgraciado quedó condenado a muerte en cuanto puso un pie en cubierta. Reconoció los signos del ántrax y gritó que no subiera nadie más a la nave. Toda la tripulación, el regimiento y los animales habían muerto. Trescientos hombres entre marineros y

soldados y sus monturas... ¡Todos muertos! El arráez de la otra nave ordenó que incendiaran la nave diezmada con flechas de fuego y así lo hicieron.

Hasdai permaneció sentado unos instantes mirando fijamente una de las chisporroteantes lámparas y haciendo chasquear sus cuentas. Finalmente, se puso de pie.

—Comprendo. Hicisteis bien en hacerme llamar. Gracias. Ahora, abrid la puerta. ¡Ah, y gracias por enviarme el primer borrador de la proclama del califa! Trabajaré en él en cuanto pueda. ¿Incluísteis la información acerca del historial de servicio de Bandar bin Sadiq?

—Así es, excelencia —contestó el chambelán mientras abría la puerta. Entonces se volvió hacia Hasdai—. Excelencia, tengo un segundo mensaje para vos. Está en mi escritorio.

Hasdai, contento de salir de la atmósfera viciada del compartimento, tomó profundas bocanadas de aire fresco.

—Bien, entonces creo que os acompañaré a buscarlo —declaró.

—Gracias, excelencia.

Hasdai siguió al chambelán a través de la sala vacía hasta su habitación privada de trabajo, que daba a la entrada principal del jardín del Alcázar. La luz de última hora de la mañana entraba a raudales por la ventana iluminando los montones de documentos del escritorio. El visir suspiró. Por lo visto, todos los escritorios del califato estaban llenos de papeles. Y también sabía que su papeleo pendiente iba aumentando en su ausencia.

—Aquí está el mensaje, excelencia —indicó el chambelán tendiéndole un documento sellado con un hilo de seda.

Cuando leyó el lema de la carta: «Servirle y perseverar en su servicio», el visir enseguida supo que el mensaje era del general Ghalib.

*Antes de la oración de la tarde*

Los cuatro marinos estaban sentados a una mesa al fondo de la tetería Al Bisharah mientras sus escoltas, contentos de estar aunque solo fuera algo alejados de sus custodiados durante un rato, se habían acomodado en otra situada cerca de la puerta. Simón, el propietario, servía té humeante y bollos a toda prisa mientras un par de muchachos recogían los vasos vacíos.

—¿Queréis callaros? —susurró Bandar—. Este no es el lugar adecuado para hablar de algo así. De hecho, no deberían decirse cosas como esta del almirante Suhail en ningún lugar.

Mientras hablaba, miró alrededor. Le aterraba que alguien pudiera haber oído la conversación.

Al marino de Adra le enfureció que Bandar le hablara de aquella forma, pero tuvo el sentido común de no decir nada más. Siraj bin Bahram le había agarrado fuertemente el brazo por si perdía el autodomínio y arremetía contra Bandar.

—Lo siento, señor, pero creí que queríais saberlo.

Siraj le soltó el brazo.

—¿Cuándo pasó? —preguntó Bandar.

—El día anterior a su asesinato —contestó el marino—. Yo había asistido a la madraza y regresé a la sala de estudio para coger algo que había olvidado.

—¿Con quién estaba hablando el almirante? —preguntó Siraj.

El marino sacudió la cabeza.

—No lo sé, señor. No los vi.

—Entonces, ¿cómo sabéis que se trataba de él? —preguntó Bandar.

—Estaba gritando, señor —explicó el marino—. Se le veía muy nervioso y no paraba de referirse al ámbar gris. Yo no entré en la habitación.

Bandar lanzó una mirada a Siraj y los dos echaron un vistazo a la tetería. Bandar señaló la puerta con la cabeza y Siraj asintió.

—Vosotros dos quedaos aquí —ordenó Bandar—. Y guardad silencio.

Bandar y Siraj se alejaron un poco de la mesa. Los guardias de su escolta se pusieron de pie, pero Bandar sacudió la cabeza para tranquilizarlos y ellos volvieron a sentarse.

—Si se corre la voz, la reputación del almirante quedaría arruinada —susurró Siraj.

Bandar asintió con la cabeza.

—Lo sé.

Escudriñó la habitación y se sintió aliviado al ver que Simón estaba ocupado preparando *beraid* y que los muchachos estaban lavando los vasos.

—¿Creéis que es cierto? —preguntó Siraj.

Bandar respiró hondo.

—Ahora mismo no puedo pensar en eso —declaró—, pero espero por todos nosotros que no lo sea. Lo último que necesitamos en esta etapa de los preparativos es una noticia de esta envergadura. Los hombres adoraban al almirante. Si descubrieran que era un contrabandista, podrían empezar a dudar de todos nosotros. —Miró por encima de su hombro—. Tenemos que mantener esta información en secreto para preservar la disciplina de nuestros hombres.

Siraj asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Ya es la hora de volver a la madraza.

Bandar llamó con un gesto a los marinos.

—Tenemos que irnos —indicó—. ¡Gracias, Simón! Los *beraid* estaban deliciosos, como siempre.

Dejó unas monedas en el mostrador y se despidió del propietario con un gesto.

Mientras los marinos salían de la tetería, un muchacho fue a limpiar su mesa. En un rincón de la sala, un hombre vestido con un albornoz negro terminó su té, se cubrió con la capucha hasta el borde superior de los ojos y salió a la calle. Un niño mendigo se acercó a él y el hombre deslizó una moneda de cobre en la palma de su mano. La moneda estaba envuelta en un pedazo de papel. El hombre observó al niño, quien corrió calle arriba hacia el zoco de la metalurgia.

*Antes de la oración de la tarde*

—¿En qué puedo servirlos, señor? —preguntó Al Mursi, el almotacén—. Mi secretario me ha indicado que deseabais hablar conmigo acerca del libro de registro.

Como si quisiera poner énfasis en sus palabras, señaló con su bastón el libro manchado de tinta que estaba delante de Ghalib.

Los dos hombres estaban en una antesala en el ala administrativa del Alcázar. Mientras Al Mursi jugueteaba con el enorme anillo de rubí que adornaba uno de sus rollizos dedos, oyó el jaleo de los secretarios del chambelán, que trajinaban de un lado a otro por el corredor.

—En concreto quiero que me habléis de Shahid Jalal —repuso Ghalib—. ¿Qué podéis contarme de ese hombre?

—En realidad, solo lo he visto una vez —manifestó Al Mursi.

—¿En vuestra casa de baños?

—Sí, señor. Fue a vernos la noche de la Ascensión de Mahoma. El libro de registro lo confirmará, pero, por lo que recuerdo, lo único que hizo fue jugar unas cuantas partidas de ajedrez y gastarse algo de dinero. En realidad no habló mucho. Pensé que era un hombre callado.

—¿Habló con muchas personas?

—Con una o dos. Parecía conocer a un hombre en particular, a un comerciante del gremio de los perfumistas.

—A Nasim bin Faraj.

Al Mursi tragó saliva ostentosamente y asintió con lentitud.

—Supongo que sabéis que tenemos a Nasim retenido aquí, en el Alcázar.

Al Mursi volvió a asentir con la cabeza.

—¿De qué se conocían? Me refiero a Nasim y Jalal.

—No lo sé exactamente, señor, pero supongo que, a causa de su trabajo, debían de tratarse de vez en cuando. Por lo que yo sé, Shahid Jalal es un mercader especializado en esencias y fragancias. Probablemente vende sus mercancías a Nasim, quien, a su vez, las debe de vender en su tienda.

—¿Con qué frecuencia visita Córdoba?

—Lo siento, señor, no lo sé.

—Me cuesta creerlo. Tenía entendido que vuestro trabajo consistía en saber lo que ocurre en el zoco.

—En efecto, señor, así es. Lo que quiero decir es que lo conocí aquella noche, en

los baños. Es posible que haya estado realizando sus transacciones a través de una serie de agentes. Esto ocurre con frecuencia. Cuando conocí a Jalal, lo único que sabía de él es que se hospedaba en la alhóndiga de Al Jaziri y que conocía a Nasim por su profesión.

El general frunció el ceño.

—Sin embargo —continuó Al Mursi percibiendo la impaciencia del general—, si negocia a través de agentes, estos deben de visitar la ciudad cuatro o cinco veces al año. Los agentes suelen venir justo antes de una celebración o un festival importante como la Ascensión de Mahoma.

El general asintió y reflexionó unos instantes.

—¿Los agentes y mercaderes de otros lugares suelen visitar vuestra casa de baños durante su estancia en Córdoba?

—Algunos de ellos sí, señor.

—Como almotacén, supongo que os interesa conocer a hombres como Shahid Jalal, ¿no es así?

Al Mursi dejó de jugar con su anillo.

—Como almotacén, sí, señor, me interesa saber lo que ocurre en el zoco. Como bien habéis dicho, general, en eso consiste mi trabajo.

—Entonces, como parte de vuestro trabajo, ¿desde cuándo sabéis que Nasim está involucrado en el comercio ilegal de ámbar gris?

La estudiada compostura de Al Mursi se desmoronó y el almotacén bajó la vista y respiró con pesadez.

—Os doy mi palabra, general, de que no lo sabía hasta ayer —declaró lentamente.

—¿Cómo lo averiguasteis?

—Me lo contó un comerciante del gremio de los perfumistas. Su tienda es contigua a la de Nasim y pidió verme. Cuando me reuní con él en la tetería Al Bisharah, me contó que habían traído a Nasim al Alcázar y que vos y el visir estabais formulando preguntas acerca del ámbar gris. Fue entonces cuando me enteré.

—¿Sois consciente de que el califa puede pedir la cabeza de Nasim por este hecho?

Al Mursi asintió.

—Sí, señor.

El general hojeó el libro de registro.

—¿Tenéis alguna razón para sospechar que alguien más esté involucrado en la venta de ámbar gris o de cualquier otra mercancía prohibida?

El color volvió ligeramente a las mejillas de Al Mursi.

—No, señor, os doy mi palabra de que...

—No quiero vuestra palabra, Al Mursi, lo que quiero saber es quién más está involucrado en la venta ilegal de ámbar gris en vuestro zoco. Y, como las teterías de



la ciudad cumplen sobradamente con su habitual función de mantener a todo el mundo informado, quiero que hagáis un par de cosas. En primer lugar, quiero que corráis la voz de que el califa aplicará el más severo de los castigos a cualquier persona que esté involucrada en el suministro, transporte, venta o compra de cualquiera de los artículos de la lista prohibida.

Al Mursi asintió con la cabeza.

—Señor...

Ghalib golpeó la mesa con el libro de registro.

—¡No me interrumpáis! También quiero que hagáis saber a todo el mundo que cualquiera que disponga de información acerca del paradero de Shahid Jalal deberá comunicarlo en las dependencias administrativas del chambelán, aquí en el Alcázar. ¿Está claro?

—Sí, señor.

El general se puso de pie, apoyó ambas manos en el escritorio y su imponente figura dominó a la de Al Mursi.

—Finalmente, quiero que entendáis que si sospecho, aunque solo sea por un segundo, que alguna de las entradas de este libro se realiza como consecuencia de vuestro puesto de almotacén, solicitaré al visir que os reemplace inmediatamente. Vuestro puesto no os da derecho a obtener dinero de los agentes y mercaderes de otros lugares ni de los comerciantes locales a cambio de que puedan realizar sus negocios. Vuestro trabajo, como parecéis tan ansioso en señalar, consiste en asegurar el buen funcionamiento del zoco, no en haceros rico. ¿Queda claro?

Al Mursi asintió con la cabeza.

—Sí, señor.

*Antes de la oración de la tarde*

Hasdai ben Shaprut estaba solo en su habitación de trabajo del Alcázar. Había regresado para poder reflexionar y, en aquellos momentos, estaba sentado, deslizando las cuentas por la cadena y mirando por la ventana a un par de pinzones que picoteaban semillas de girasol del interior de un cuenco. Sobre su escritorio, al lado del esbozo de la proclama del califa, que todavía tenía que revisar, estaban los dos frascos de ámbar gris y la lista de nombres que encontró en los aposentos del almirante Suhail.

El califa llegaría a Córdoba la tarde del día siguiente para asistir a la ceremonia de despedida del nuevo almirante de la flota y el resto de los marinos. Tanto el califa como el príncipe heredero esperaban ser informados de quién había asesinado a Suhail y, más importante aún, esperaban ver al culpable ejecutado entre perros. Hasdai se preguntaba cómo podía explicarles que el almirante había sido asesinado porque estaba involucrado en una trama para sacar de contrabando de la ciudad una importante cantidad de ámbar gris.

Mientras pensaba en todo esto, la puerta se abrió y el guardia del corredor hizo pasar al general Ghalib.

—¡Ah, general, entrad y sentaos, por favor! —exclamó Hasdai señalando un taburete—. ¿Habéis interrogado al almotacén?

—Sí, excelencia. Me ha dicho que conoció a Shahid Jalal la noche de la Ascensión de Mahoma y que cree que Jalal y Nasim se conocían por cuestiones comerciales.

—Puede que tenga razón. ¿Habéis comprobado el resto del libro de registro?

—Así es, señor, y ninguno de los nombres de la lista que encontrasteis en los aposentos del almirante aparece en él. —Ghalib dejó el libro encima del escritorio, lo abrió y señaló el nombre de Jalal—. Esta es la entrada correspondiente a Shahid Jalal, pero no consta ninguno de los otros nombres.

Hasdai examinó el libro y, después, la lista de nombres.

—En la lista hay una docena de nombres, general. He ordenado a uno de los secretarios que consulte los archivos del Alcázar por si disponemos de informes acerca de alguno de ellos, pero, de momento, no hemos obtenido ningún resultado.

El visir dejó caer el *tasbih* sobre el escritorio.

—Se me han ocurrido un par de ideas, señor —anunció Ghalib.

—Contadme, general, necesitamos algo.

—Veréis, señor, sabemos que Jalal guardaba una gran cantidad de ámbar gris en su almacén y sospechamos que el almirante pretendía... —Al ver la mirada del visir, el general se interrumpió y luego prosiguió—: Lo siento, señor. Sospechamos que alguien pretendía trasladar una gran cantidad de ámbar gris utilizando la red de suministros que se coordina desde el campamento Ma'aqul. He estado allí esta mañana y he comprobado que puede hacerse. Resulta difícil, pero si se dispone de las personas adecuadas, es posible. De todos modos, necesitaré que Alí lo confirme.

—Continuad —pidió Hasdai—. ¿Qué podéis decirme de los nombres?

—Bueno, señor, sacar el ámbar gris de la alhóndiga utilizando como encubrimiento la celebración de la Ascensión de Mahoma es una cosa, pero reunir esa gran cantidad de ámbar gris constituye un reto totalmente distinto.

Hasdai asintió y volvió a coger el *tasbih*.

—Ese hombre, señor, ese tal Shahid Jalal, ha corrido unos riesgos enormes para hacerlo.

—¿Para hacer el qué?

—Para reunir el ámbar gris, señor.

—Sí, pero los beneficios también serían enormes, general.

—Eso no lo dudo, señor, pero no creo que se tratara de una acción única, señor.

—¿A qué os referís?

—Creo que ni vos ni yo pensamos que estuviera en Córdoba en calidad de mercader, sino que debe de ser un proveedor de... bueno, de mercancías prohibidas.

—Como el ámbar gris.

—Entre otras cosas, señor. En ese caso, ¿qué querría por encima de todo?

—¿Aparte de no ser atrapado? —Hasdai suspiró—. No lo sé, general. Supongo que querría mantener su...

Hasdai se interrumpió y apoyó las manos en el escritorio. Entonces miró fijamente el libro de registro de la casa de baños y la lista de nombres del almirante y abrió los ojos como platos.

El general Ghalib cogió la lista de Suhail.

—Esa es, exactamente, la conclusión a la que he llegado, señor. Shahid Jalal querría mantener en secreto su identidad. A mi parecer, existen dos posibilidades. La primera es que todos estos nombres correspondan a la misma persona.

Hasdai sacudió la cabeza.

—Lo considero improbable, general. Si estuvo antes en Córdoba utilizando cualquiera de estos hombres, alguien podría haberlo reconocido. A menos que Al Mursi os haya mentado.

—Al Mursi me ha contado que, aunque no conoció a Jalal hasta la noche de la Ascensión de Mahoma, es posible que utilizara a varios agentes para que actuaran en su nombre. Eso explicaría el hecho de que nadie lo conozca. La segunda posibilidad

es que el resto de los nombres de la lista sea el de sus agentes.

Hasdai se acarició la barba y tragó saliva de forma patente.

—¿Qué aspecto tiene?

—¿Señor?

—Shahid Jalal, ¿qué aspecto tiene? —Hasdai hurgó en un cajón—. ¿Dónde está la descripción que nos dio Al Jaziri? ¡Ah, aquí está!

Hasdai leyó con rapidez la hoja de papel y se la tendió a Ghalib, quien también la leyó.

—Parece... bueno, señor, su aspecto es...

—Corriente, general. Su aspecto es corriente. Altura y constitución medias, cabello oscuro, barba afeitada... Su aspecto es como el de la mayoría de los habitantes de la ciudad. Podría pasar desapercibido y desaparecer fácilmente. No me extraña que nadie se haya fijado en él.

Hasdai tomó el *tasbih* y deslizó las cuentas por la cadena con rapidez mientras reflexionaba.

—Tenemos que enviar un mensaje a Zaffar. Quiero saber si Al Jaziri conserva los libros de registro antiguos. Si tenéis razón y estos nombres son los de los agentes de Jalal, quizás encontremos alguno de ellos en un libro anterior de la alhóndiga.

El general se puso de pie y un pinchazo en la rodilla le obligó a realizar una mueca de dolor.

—No, ahora no, general —ordenó Hasdai—. Todavía no hemos terminado aquí.

Ghalib hizo otra mueca mientras volvía a sentarse en el taburete.

—¿Lo habéis organizado todo para que Alí empiece a trabajar en el campamento? —preguntó Hasdai.

—Sí, señor. Ahora mismo está de camino hacia allí. Será el responsable de cotejar los manifiestos. Esto le permitirá saber qué mercancías se cargan en cada animal. Si la red de suministros para la guerra se utiliza para el contrabando de mercancías, podrá descubrir cómo se hace.

—Bien. Aseguraos de poneros en contacto con él con regularidad —indicó Hasdai—, no necesitamos más cadáveres en nuestras manos.

—¿Habéis averiguado algo en la casa de baños del yemení, señor? —preguntó Ghalib.

—A decir verdad, no lo sé. Yusuf ha confirmado la historia de Nasim en cuanto a que estuvo jugando a la taba con el almirante y que Antonio, el mercader de telas, se unió a ellos.

—Señor, si Al Mursi tiene razón y Nasim conocía de antes a Shahid Jalal, ¿creéis que...?

—¿Que si creo que Nasim presentó al almirante a Jalal? —acabó Hasdai.

El general asintió con la cabeza.

—Sí, esa idea ha cruzado por mi mente —contestó Hasdai mientras contemplaba los frascos de cristal del escritorio—. Y los dos frascos que encontramos en su habitación me inducen a pensar que Nasim y Jalal podrían ser los suministradores del ámbar gris. Pero me cuesta creer que el almirante estuviera involucrado en ese envío a raíz de un simple encuentro casual (si es que estuvo, de algún modo, involucrado en la trama de contrabando), porque se necesita mucho tiempo para organizar un acto de contrabando como este.

—Sí, señor, pero hace ya dos años que nos estamos preparando para la guerra, y ese sí que es tiempo suficiente para organizado.

Hasdai se levantó, apoyó las manos en la parte baja de su espalda y realizó un estiramiento.

—Antes he estado hablando con Alí en el Departamento de Coordinación de la Armada con el Ejército. En su opinión, donde hay más demanda de ámbar gris andalusí es en Damasco. También piensa que una de las naves de la flota principal podría atracar y desembarcar el ámbar gris al sur de Saida, en la costa siria. Gracias al astrolabio, esto sería un simple divertimento. Y, desde Saida, el ámbar gris podría ser fácilmente transportado a Damasco.

—Así es, señor, pero ¿qué hay de todos los...?

Hasdai levantó la mano.

—Tenéis razón, general. Habría varios cientos de testigos. Al principio, no lo tuve en cuenta, sin embargo, tampoco tuve en cuenta cierta información que recibí después de Malta.

—¿De la flota de avanzada, señor? —preguntó Ghalib.

Hasdai asintió con la cabeza.

—Al menos de lo que queda de ella, general.

—¿Señor?

—¿Recordáis la reunión que mantuvimos con Alí la noche que me contasteis lo del asesinato del almirante?

—Sí, señor, Alí nos explicó lo del ántrax que habían descubierto a las afueras de Bagdad.

Hasdai volvió a sentarse.

—Exacto. Pues bien, por lo visto tres de las cuatro naves de la avanzadilla llegaron sin problemas a Malta, pero la cuarta no fue tan afortunada. Cuando la encontraron, enseguida se dieron cuenta de que había sido infectada con ántrax. Todos los hombres, como mínimo un total de trescientos, y sus monturas han muerto.

—¿Ántrax? —preguntó Ghalib.

Hasdai realizó un gesto afirmativo.

—Una forma muy efectiva de librarse de trescientos testigos en el mar y hacer que parezca un accidente, ¿no creéis?

Ghalib exhaló un suspiro profundo y se frotó el bigote con el dorso de la mano.

—Señor, yo no...

—No, yo tampoco, general. Ahora mismo, no sé qué pensar.

Los dos hombres permanecieron sentados y en silencio durante varios minutos.

Al final, Hasdai dijo:

—Enviad el mensaje a Zaffar y regresad. Y traed con vos a Nasim bin Faraj. Tenemos que averiguar hasta qué punto conocía a Shahid Jalal.

*Antes de la oración de la tarde*

Alí llegó al campamento Ma'aqul vestido con ropa corriente de trabajo.

El enorme campamento militar estaba abarrotado de soldados, mozos y animales de carga que intentaban abrirse camino entre los montones de provisiones y equipos que se extendían, hilera tras hilera, hasta los lejanos límites del recinto. Los oficiales daban órdenes gritando a pleno pulmón y los muleros azuzaban a sus animales. Los camellos se quejaban, escupían y gruñían mientras sus conductores los empujaban para colocarlos junto a las plataformas de carga. Había movimiento y ruido por todas partes y el aire estaba impregnado del olor intenso y dulzón de las boñigas, que eran recogidas en cestos con escobones de ramas por una multitud de mozos.

Era justo antes de la oración Asr y Alí se había presentado ante el comisario de guerra como le habían ordenado el visir y el general Ghalib. De momento, tenía que obedecer las órdenes de aquel hombre, que era el encargado de organizar las caravanas de mulas y camellos que partían de Córdoba con destino al cuartel general naval de Almería.

—Empezarás al sur del campamento, junto a las líneas de alimentación —ordenó el comisario de guerra.

Alí, sencillamente, asintió con la cabeza.

—Allí —indicó el comisario de guerra agitando el brazo hacia el Wadi al Jabir—. Allí se da de comer a los animales y los veterinarios los examinan antes de constituir las caravanas.

El comisario de guerra le tendió un tablero al que estaban sujetas varias hojas de grueso papel. Un pequeño cálamo de carrizo colgaba de un cordel atado a una de las esquinas del tablero y, en un agujero situado en la parte superior, había un pequeño tintero lleno de espesa y glutinosa tinta negra.

—La tinta es densa, pero, aun así, debes ir con cuidado y no verterla sobre los papeles. Supongo que sabes escribir. He olvidado preguntárselo al general Ghalib.

«¿Quién se cree que es este hombre?», pensó Alí.

—Sí, señor, sé leer y escribir —contestó dócilmente.

—¡Ah, bien! Tenía que asegurarme —comentó el comisario de guerra—. Bueno, como te decía, los veterinarios se encargan de constituir las caravanas. Las de camellos están formadas por sesenta animales, y las de mulas, por ochenta. Los dos animales situados a la cabeza de la caravana y los dos últimos están marcados con dos letras y tres números; los restantes no llevan ninguna marca y van atados unos a

otros. Cuando las caravanas ya están formadas, se conducen a las plataformas de carga, que están situadas junto a la puerta norte del campamento, cerca de la carretera de Almería. Supongo que tú has entrado por allí.

Alí volvió a asentir con la cabeza.

—¡Bien! Allí es donde se cargan y luego emprenden el camino. Hay tres tipos de plataformas de carga: uno para las armas y demás suministros militares, otro para la comida y las provisiones, y otro más para los suministros navales propiamente dichos. Los camellos se utilizan para los accesorios militares pesados y otros artículos navales, y las mulas transportan la comida y el resto de las provisiones. Lo único que tienes que hacer tú es apuntar la marca identificativa de los animales que van a la vanguardia y retaguardia de las caravanas y anotar en qué consiste el cargamento. Los capataces de los mozos de carga te dirán lo que contienen los cajones. Después me traes los manifiestos para que yo pueda trasladar la información a mis libros. De este modo, disponemos de un informe actualizado de lo que sale del campamento y de cuántos animales hay en la carretera en cada momento. ¿Lo entiendes?

Una vez más, la expresión dócil de Alí ocultó lo que opinaba del comisario de guerra.

—Sí, señor, lo entiendo, señor. Gracias.

—El general ha especificado que deberías trabajar en la sección de alimentos y provisiones. Conocerás a otros tres hombres que trabajan en esa sección, entre los veterinarios y las plataformas de carga. Ellos hacen lo mismo que tú, aunque en este momento solo hay uno encargado de los alimentos. De hecho, ahí viene con su último informe. Te acompañará a la zona de los veterinarios. Le explicaré que trabajaréis juntos. Se llama Nasr.

El hombre que se acercaba no parecía hacer honor a su nombre. De hecho, parecía cualquier cosa salvo un vencedor. Era enclenque y bajito, y tenía la vista mal. Con el ojo izquierdo veía tan poco que tenía la cabeza siempre girada para poder ver lo que hacía con el ojo bueno. Daba la impresión de que estuviera esperando recibir un bofetón en la oreja en cualquier momento. Alí no pudo evitar preguntarse por qué no había intentado solucionar su desgracia. Al fin y al cabo, había montones de buenos cirujanos de la vista en los hospitales de Córdoba.

—Nasr, este es Alí —le presentó el comisario de guerra mientras tomaba el manifiesto que Nasr le ofrecía—. Empieza hoy mismo. Enséñale cómo funcionan las cosas aquí y quizá mañana pueda encargarse él solo de unas cuantas caravanas. Trabaja en la sección de alimentos.

Nasr empezó a protestar con una voz fina y cantarina de la que Alí se habría burlado si hubieran estado en cualquier otro lugar que no fuera un campamento militar.

—¿Por qué necesitamos a alguien más? ¿Acaso yo no...?



El comisario de guerra se volvió hacia él de inmediato.

—Tú solo obedece mis órdenes, ¿entendido? Pronuncia otra palabra y te encontrarás de nuevo en tu pueblo. ¡Ahora, vete! ¡Ponte en marcha!

Mientras Nasr se alejaba, Alí lo siguió y dijo:

—¿Qué ocurre? ¿No quieres ayuda?

—No necesito ayuda. Yo realizo muy bien mi trabajo —soltó Nasr con voz chillona.

—¡Está bien, está bien, lo que tú digas! —contestó Alí—. Pongámonos a trabajar.

Aquel hombrecito no le gustaba en absoluto, pero tendría que dominar sus sentimientos y no permitir que interfirieran en su buen juicio. Sin embargo, estaba allí para realizar un trabajo y, por alguna razón, Nasr le resultaba sospechoso. Sería mejor no quitarle el ojo de encima. Alí se ríó para sus adentros. ¡A Nasr le irían bien todos los ojos que pudiera conseguir!

Pronto llegaron a la zona de alimentación y examen. Allí el ruido era tan alto que resultaba difícil entenderse por encima de aquel bullicio, sobre todo con una voz como la de Nasr. Además, allí apestaba. Los animales resoplaban y bramaban y se meaban en cualquier lugar mientras los mozos los empujaban hacia los comederos.

—¿Qué has dicho? —gritó Alí.

—Aquí recogemos a las mulas —trinó Nasr mientras señalaba el extremo de la cola de los comederos—. Siempre las venimos a buscar a este lugar. ¡Mira, el veterinario ya tiene preparado el siguiente grupo para nosotros! Te enseñaré las marcas de las dos primeras mulas y después puedes ir al final de la cola para anotar las de las dos últimas. No te preocupes por las de en medio porque no están marcadas.

Después de ver las dos mulas que iban en cabeza, Alí empezó a recorrer la cola hacia el final. Fue entonces cuando su entrenamiento como espía salió a la luz. Alí era un hombre que contaba cosas. Durante sus años de servicio, había tenido que informar a sus jefes sobre numerosas cantidades. Contar constituía un acto reflejo en él. Ya había memorizado el número de hileras de provisiones que había en el campamento; sabía cuántos secretarios trabajaban para el comisario de guerra; tenía una imagen mental clara del número de comederos y veterinarios que había en el recinto y podía calcular la proporción que había entre mulas y camellos y el número de conductores que se necesitaban para cada tipo de caravana. Incluso podía hacer una estimación aproximada de cuántas caravanas de animales salían a diario del campamento y cuántas llegaban a su destino.

Mientras las mulas avanzaban con paso regular camino de la plataforma de carga, Alí las contó. Había ochenta y cuatro. Se extrañó porque sabía que debería haber ochenta.

En la plataforma de carga de alimentos había multitud de mozos que cargaron las

mulas en un abrir y cerrar de ojos. Alí se dirigió al frente de la cola para hablar con Nasr, quien, con expresión seria, mantenía una conversación con un hombre de barba espesa que vestía un albornoz negro con capucha.

—¿Qué transporta esta caravana? —preguntó Alí.

—Mermelada de naranjas amargas y limones secos —soltó Nasr volviéndose hacia Alí—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Tengo que anotarlo en el informe —contestó Alí—. Y, otra cosa, ¿cuántas mulas hay en cada caravana?

Nasr giró la cabeza y miró a su compañero.

—Ya te lo hemos dicho, ochenta.

—Pues yo he contado las de esta y hay ochenta y cuatro —replicó Alí.

El hombre del albornoz negro giró sobre sus talones y desapareció entre la multitud de mozos y arrieros.

—No —repuso Nasr con su voz cantarina mientras miraba fijamente a Alí con el ojo bueno—. ¿Por qué habría de adjudicarnos el veterinario cuatro mulas más? Debes de haberte equivocado.

*Antes de la oración de la tarde*

Hasdai ben Shaprut miró por la ventana y contempló las sombras que se iban alargando segundo a segundo. Detrás de él, al otro lado de la habitación, Nasim bin Faraj, el comerciante de perfumes, estaba sentado con la cabeza entre las manos. Había permanecido en la prisión del Alcázar con la única compañía del carcelero de Ghalib y sabía que su ejecución era inminente. Levantó la cabeza e intentó utilizar la manga de su chilaba para secar las lágrimas que empañaban sus ojos.

—¿No hay ninguna otra solución? —preguntó con voz quebrada.

El visir negó con la cabeza.

—No —declaró—. A menos que me contéis todo lo que sabéis, no puedo hacer nada más para ayudaros. Los frascos que encontramos en los aposentos del almirante proceden de vuestra tienda. La daga que encontramos en la casa de baños y que fue utilizada para matar al mulazim os pertenece. Así que el príncipe insistirá en que seáis ejecutado. Pero cómo suceda depende de vos. Si me ayudáis, os doy mi palabra de que vuestra muerte será rápida e indolora. Si no, seréis clavado en un madero entre perros.

Nasim se balanceó de atrás adelante en el taburete. Levantó los ojos y su mirada se encontró con la de Ghalib.

—¿Qué elegís? —preguntó el general con voz significativa.

Mientras Nasim miraba con fijeza a Ghalib, no se oyó nada salvo el chasquido regular de las cuentas de Hasdai y la acuciante llamada del muecín, que convocaba a los creyentes a la oración *Asr*.

Hasdai se volvió de espaldas a la ventana y miró a Nasim.

—Me encargaré de que se os permita rezar —declaró.

Nasim se secó de nuevo los ojos y asintió con la cabeza.

—Os contaré lo que sé.

Una vez finalizada la oración *Asr*, y cuando el sirviente se llevó la bandeja con lo que quedaba del té con limón, Hasdai realizó una señal a Ghalib con la cabeza.

—Leed esta lista. ¿Por qué no aparece vuestro nombre en ella? —preguntó Ghalib.

—Sí que aparece —repuso Nasim—. Aquí, este soy yo —declaró señalando un nombre de la lista—. Jalal se comunicaba conmigo utilizando este nombre.

—¿Qué sabéis de los otros componentes de la lista? —preguntó Hasdai.

—No conozco a ninguno de esos hombres, pero sí que he visto los nombres anteriormente. Les he enviado paquetes.

El general Ghalib se dispuso a contestar, pero una mirada del visir se lo impidió.

—¿Esto formaba parte del acuerdo? —preguntó Hasdai.

Nasim asintió con la cabeza.

—Nunca llegamos a conocernos. Así lo ordenó Jalal. No quería que conociéramos la totalidad del plan, solo nuestra parte. Según él, así sería más seguro.

—¿Cuánto tiempo tardasteis en reunir todo el ámbar gris? —preguntó Hasdai.

—Tardamos medio año en reunir el ámbar gris que está en la alhóndiga. Mi labor consistía en suministrar los frascos de cristal. Tenía que parecer un envío de mermelada de naranjas amargas, pero dentro de cada tarro de barro cocido de mermelada había un frasco pequeño con ámbar gris.

—¿Cómo lo trasladabais de un lugar a otro? —preguntó Ghalib.

—Cada vez que había un festival o una celebración importante, trasladábamos una pequeña cantidad. Como las calles estaban abarrotadas de gente, y las puertas de la ciudad, abiertas, resultaba fácil. Cada vez que trasladábamos una remesa, los primeros doce tarros que constituían la primera capa de un cajón de embalaje estaban llenos de mermelada. De este modo, si alguien revisaba el cajón, no nos descubría. Nadie se preocupa por un cargamento de mermelada de naranjas amargas.

—¿Cuándo conocisteis al almirante? —preguntó Hasdai.

Nasim se secó otra vez los ojos y soltó una risa seca.

—No sabía que era un almirante hasta que me lo dijisteis ayer. Para ser sincero, no sabía quién aparecería en la tienda.

—No lo entiendo. ¿Entonces, cómo sabíais con quién debíais hablar? —preguntó Ghalib.

—Jalal me indicó que los días previos a la celebración de la Ascensión de Mahoma un hombre visitaría mi tienda en varias ocasiones. El último día, compraría perfume para su mujer y me hablaría del juego de la taba. Así lo sabría.

—¿Qué ocurrió a continuación? —preguntó Hasdai sin poder creer lo que estaba oyendo.

—A continuación tenía que entregarle tres frascos. Dos los encontrasteis en su habitación, pero no sé dónde está el tercero. Después tenía que invitarlo a jugar a la taba en la casa de baños del viejo yemení.

—¿Y cómo os encontraríais con Jalal?

—Jalal me dijo que si el hombre acudía a la casa de baños, yo tenía que reunirme con él y confirmarle que el trato seguía adelante.

—¿Entonces os encontrasteis con Jalal en los baños de Al Mursi, el almotacén?

Nasim asintió con la cabeza.

—Sí, la noche de la Ascensión de Mahoma.

—Todo esto me parece muy rebuscado —masculló Ghalib.

—Efectivamente, lo es. El ámbar gris que Jalal tiene aquí en Córdoba constituye solo una pequeña parte del envío total. Los hombres de la lista se han pasado casi dos años buscándolo, ocultándolo entre la mermelada de naranjas amargas y esperando el momento oportuno para trasladarlo.

Mientras Nasim hablaba, Hasdai abrió mucho los ojos y el chasquido de las cuentas se aceleró.

—¿Me estáis diciendo que el ámbar gris de la alhóndiga es solo una parte de la remesa que Jalal estaba reuniendo para el almirante?

—Así es. Por el número de frascos que he suministrado, diría que, como mínimo, la cantidad es cinco veces mayor.

Ghalib y Hasdai se miraron.

—¿Dónde está el resto? —preguntó Hasdai.

Nasim se encogió de hombros.

—Sinceramente, no lo sé. Yo solo suministraba los frascos. Nunca me contaron qué hacían con ellos.

—¿Qué ocurrió cuando os encontrasteis con Jalal en los baños? —preguntó Ghalib.

—Le conté que el hombre había ido a mi tienda como estaba planeado. También le dije que le había entregado los frascos y que él había acudido a jugar a la taba.

—¿Qué contestó Jalal?

—Nada. De eso se trataba. Yo no debía saber en qué consistía el resto del plan.

—¿Y cómo sabría el almirante lo que debía hacer a continuación? —preguntó Ghalib.

Nasim bajó la mirada al suelo y después miró al visir.

—¿No resulta obvio? —preguntó.

—Está claro que no —soltó Ghalib—. Quizá vos...

—General, por favor... —lo interrumpió Hasdai. Deslizó las cuentas por la cadena mientras miraba fijamente a Nasim—. Entonces apareció el otro hombre, ¿no es así? —indicó.

Nasim asintió.

—Sí, Jalal me explicó que durante la partida de la taba un hombre pediría unirse al juego. Yo supuse que también trabajaba para Jalal y que informaría al almirante sobre lo que ocurriría después.

—¿Qué ocurriría después?

—Esto es lo que intento decir, señor. No lo sé —repitió Nasim.

—Jalal os dijo que el otro hombre era un mercader de telas de Sevilla, ¿no? —inquirió Hasdai.

Nasim asintió con la cabeza.

—Sí, aunque, probablemente, no sea cierto. Trabaja para Jalal, pero no como mercader de telas.

Hasdai ben Shaprut sacudió la cabeza, se levantó e hizo una seña al general.

—Habéis sido de mucha ayuda —declaró finalmente—. Os conducirán de regreso a la celda y me encargaré de que os permitan asistir a la oración *Magrib*.

El general Ghalib abrió la puerta y habló brevemente con el guardia que esperaba en el corredor. Nasim se levantó y volvió a secarse los ojos.

—Aquel hombre, el que fue asesinado en los baños... Yo no lo maté. Debéis creerme, señor —explicó.

Hasdai lo observó durante unos segundos y después hizo una señal con la mano para que los guardias se lo llevaran. Cuando la puerta se cerró, volvió a sentarse y se frotó los ojos con los nudillos de las manos.

—General —declaró finalmente—, quiero que corráis la voz de que Nasim ha muerto a manos de sus guardias cuando intentaba escapar. Aseguraos de que la noticia se extiende por el zoco.

### *Después de la oración de la tarde*


Después de la oración *Asr*, a la cristalina luz de la tarde, un flujo continuo de hombres y muchachos pasó por delante de la Gran Mezquita, salió por la Bab al Qantara, la puerta sur de la ciudad, y se apretujó para cruzar el puente romano que conducía a la otra orilla del Wadi al Jabir. Algunos transportaban grandes cestos cerrados de resistente mimbre y en su interior se oían arañazos, aleteos y el ocasional y estridente cacareo de los gallos de pelea.

Cuando la multitud cruzó el río, las bandadas de garcetas blancas que anidaban en los arbustos de la isla del Molino alzaron el vuelo, revolotearon, volvieron a posarse en tierra y volvieron a alzar el vuelo. La muchedumbre se dirigía al reñidero situado en la orilla sur del río, no lejos del muelle.

Debido a los preparativos para la guerra, el muelle estaba lleno de embarcaciones y algunos marineros se incorporaron a la procesión riéndose y dándose palmadas en la espalda unos a otros. Estaban contentos de poder disfrutar de un poco de entretenimiento y de tomarse un respiro de sus tareas.

Yazid al Haddad también formaba parte de la muchedumbre, pero no estaba nada contento. Había ordenado a su aprendiz que lo acompañara. Quizá necesitara un testigo que asegurara que había estado con él toda la tarde, de modo que ahora cruzaban juntos el río.

Detrás de la fría y vacía mirada de Yazid, las ideas se agolpaban en su mente. No tenía planeado asistir a la pelea de gallos de aquella tarde, pero, después de recibir el mensaje, no tuvo más remedio. Su mano derecha sin pulgar apretujaba en aquellos momentos el mensaje en el interior de su bolsillo. El sudor de la palma de su mano reducía el papel a pulpa, y el símbolo de tinta, a una mancha irreconocible.

Cuando le explicaron cómo era el símbolo  apenas prestó atención. No quisieron dibujárselo. Un símbolo oscuro solo podía ser interpretado por los que habían acordado cuál sería su significado. Yazid recordaba que se trataba de un símbolo procedente de la cultura bereber, una transformación de una antigua representación de una diosa bárbara. Le venía a la memoria el nombre de Tanit. En realidad, no le importaba en absoluto de dónde procedía el símbolo. Para él solo significaba una cosa, que tenía que matar a todos los que estaban implicados en la trama. Se estremeció al pensar en lo que tenía que hacer. Si al menos conseguía realizar algunas apuestas, la emoción alejaría momentáneamente todo lo demás.

Había logrado reunir veinte dirhams reclamando el pago de algunas pequeñas deudas y vendiendo un par de tijeras, y ahora tenía la familiar boca seca y el nudo en el estómago que sentía cuando tenía la oportunidad de apostar. O quizás era la idea de matar lo que le encogía el estómago. Fuera lo que fuera, seguramente acertaría en el pronóstico de alguno de los gallos ganadores, aunque aquella noche alguien resultaría perdedor.

Conforme se acercaban al reñidero, Yazid percibió los olores de los tenderetes de comida. El olor dulce de la carne de cabra asada mezclado con el humo de la leña llegó hasta él junto con las voces de los cantantes de zéjel y las risotadas del público. La poesía zéjel se cantaba en Al Ándalus desde tiempo inmemorial. Se trataba de canciones burlescas acompañadas de tambores y panderetas en las que el cantante improvisaba la letra al momento y la audiencia la repetía al mismo son. Las canciones de aquella noche trataban sobre hombres que se comportaban como gallos de pelea, pavoneándose y peleando entre ellos, para terminar dominados por una gallina cuando regresaban a su hogar. De uno u otro modo, todos los gallos de pelea acababan en una olla. Por el alborozo de la gente, resultaba evidente que los vendedores de *arak* estaban haciendo buen negocio.

Cuando pasaron por delante de los cantantes en dirección al reñidero, Yazid vio que Bilal, el barbero, iba delante de ellos. Discutía con un comerciante del zoco que, por alguna razón, lo estaba provocando.

—¿Qué haces aquí? —lo incitaba el comerciante—. ¿Crees que podrás vender algún perfume a esta gente? No parecen el tipo de personas que necesitan tus servicios. ¡Estos son hombres de verdad!

Bilal se volvió hacia su provocador. La muchedumbre formó un corro alrededor de ellos. El barbero temblaba tanto que apenas podía controlar la voz, pero, de algún modo, encontró la fuerza para contestar.

—¿Quién te crees que eres hablándome de esa forma? —gritó.

Yazid esbozó una sonrisa irónica al ver que humillaban a Bilal.

—¡Puedo hablarte como quiera, sanguijuela perfumada! —vociferó el comerciante, indignado al ver que Bilal le plantaba cara, sobre todo en público.

Los mirones se habían apiñado alrededor de los dos hombres, quienes se movían en círculo uno frente al otro, como si fueran gallos de pelea. El comerciante se envalentonó y empujó a Bilal en el pecho. Algunos espectadores empezaron a azuzar a los contendientes: «¡Vamos!». «¡Adelante, no os contengáis!». «¡Atacadlo!». «¡Pegadle fuerte!».

Yazid pensó que, definitivamente, aquel no era un día de suerte para Bilal.

Los dos rivales jadeaban ante la perspectiva de la inminente pelea. Pero esta no tendría lugar. Un hombre de constitución gigantesca surgió de la multitud y se colocó entre los dos adversarios. Se trataba del arráz de un barco mercante que era azuzado,



entre risas y gritos, por su tripulación, que, evidentemente, estaba borracha.

—¡Deteneos! —bramó agarrando a los dos hombres por la parte frontal de sus chilabas—. ¡Los ciudadanos de Córdoba somos gente civilizada y no queremos que vuestras trifulcas nos estropeen la tarde en el reñidero!

Para regocijo de los mirones, el gigante sacudió a Bilal y al comerciante como si se tratara de dos niños malos y, después, los soltó. Ellos se escabulleron entre la multitud. Yazid retuvo momentáneamente a su aprendiz y después reemprendió la marcha. En aquel mismo instante, un cantante de zéjel agitó su pandereta y recorrió los últimos cincuenta pasos que lo separaban del reñidero cantando unos versos acerca de dos gallitos que eran derrotados por otro mucho mayor que ellos. Los transeúntes repitieron entusiasmados los versos entre carcajadas. Mientras tanto, Yazid, con su aprendiz pegado a sus talones, consiguió abrirse paso hasta el cercado.

—¿Qué ha pasado ahí detrás? —preguntó el aprendiz.

—¡Tú cállate! —ordenó Yazid—. ¡Mantén la boca cerrada! Si vuelves a abrirla, yo mismo te la cerraré. ¿Comprendido?

El muchacho fue lo bastante listo para no contestar. Ya había visto al herrero enfurecido en el pasado y todavía conservaba las cicatrices. Sería mejor concentrarse en las peleas de gallos.

El reñidero estaba al fondo de una depresión natural, en medio de unas ruinas, cerca del margen del río. En el pasado, aquel fue un arrabal próspero de la ciudad, pero, aproximadamente un siglo atrás, fue arrasado por el amir Al Hakam I, después de que la población se amotinara. Setenta y dos personas fueron ejecutadas en aquel lugar para sofocar la revuelta y, a partir de entonces, en aquella parte de Córdoba se respiraba una atmósfera incómoda y opresiva que, de algún modo, encajaba con el sangriento espectáculo de las peleas de gallos. La densa maleza ribereña ocultaba a la vista la Gran Mezquita y el resto de la ciudad. El reñidero consistía en un recinto circular de unos veinte pasos de diámetro. El suelo era de albarro, una arcilla roja, brillante y compactada, y estaba delimitado por un muro de ladrillos que alcanzaba hasta la cintura.

Yazid miró al otro lado del cercado y vio a Bilal, quien fulminaba a todos los que lo rodeaban con la mirada, pero el espectáculo estaba a punto de empezar, así que volvió a concentrarse en el reñidero.

Dos hombres habían sacado a sus gallos de los cestos y, agarrándolos por las alas, entraron en el recinto. Aquellos eran los mejores gallos de pelea de toda Al Ándalus. Procedían de una raza que era originaria de la región costera de Sherish.

Sherish era famosa por su vino fortificado, pero también por la fiereza y vigor de sus gallos de pelea. Estos no eran gallitos de granja criados para fecundar a las gallinas, sino aves rápidas y musculosas que utilizarían sus formidables espolones y picos para hacer añicos a su adversario.

Uno de los hombres sostuvo en alto su gallo y dio una vuelta al recinto mostrándolo a la audiencia y levantando murmullos de aprobación. Se trataba de un gallo blanco plateado, con una cola de enormes plumas arqueadas de color azul oscuro. Su plumaje brilló a la luz de la tarde mientras el ave cacareaba, flexionaba sus poderosas patas y arañaba el aire con sus garras intentando liberarse.

El otro gallo era tan impresionante como el primero, pero sus plumas eran de un reluciente color rojizo y tenía la cresta negra y las plumas de la cola de una tonalidad marrón clara. También cacareó y se retorció mientras su propietario lo mostraba dando una vuelta al recinto.

Los propietarios encararon a los gallos, que se revolvieron deseando abalanzarse el uno sobre el otro. Fue entonces cuando empezaron las apuestas, que se efectuaban directamente, de hombre a hombre. Se apostaba a qué gallo mataría al otro.

Todos se consideraban unos expertos y se producían acaloradas discusiones sobre qué gallo ganaría. Lo único que había que hacer para apostar era encontrar a alguien que no estuviera de acuerdo con el propio criterio sobre cuál sería el vencedor. Cuando la gente terminó de apostar, el barullo cesó y el único ruido que se oyó fue el cacareo de los gallos, que seguían estando en el centro del reñidero, sujetos por sus dueños. Entonces los soltaron.

Los gallos se abalanzaron uno sobre el otro y las plumas de sus cuellos se encresparon como capas de jinetes al galope. Se alzaron en el aire para atacar con los espolones, aletearon, propinaron patadas y se picotearon hasta que la sangre brotó de sus heridas.

Finalmente, el gallo blanco consiguió tumbar al rojo sobre su espalda y cacareó triunfante mientras le sujetaba la cabeza con una de sus garras y le picoteaba con furia los ojos y el cuello. En cuestión de segundos, todo había terminado. El gallo blanco había ganado y los jugadores que habían apostado a favor del rojo maldijeron su suerte. Yazid se sintió complacido. Había duplicado su dinero, pero todavía sentía el nudo en el estómago. Echó una ojeada al recinto, pero no vio al barbero por ningún lado. «Lo encontraré», pensó Yazid.

El aprendiz del herrero no conseguía apartar la vista del reñidero. Aquella tarde se celebraban ocho peleas más y, hacia la cuarta o la quinta, el muchacho se volvió para comentarle a Yazid que uno de los gallos, uno enorme y negro como el carbón, era un ganador seguro, pero su patrón había desaparecido. El muchacho no le dio importancia a este hecho y volvió a concentrarse en la pelea. El gallo negro efectivamente ganó y el muchacho maldijo no haber tenido dinero para apostar.

Cuando se estaba celebrando la última pelea, Yazid regresó. Resultaba evidente que se había tomado un par de vasos de *arak* para relajar su estómago y tenía cerca de ochenta dirhams en el bolsillo. Mientras emprendían el camino de regreso a Córdoba con el resto de la multitud para llegar a tiempo de rezar la oración *Magrib*, el

aprendiz se fijó en que, a causa del licor, su patrón sonreía de forma perenne, pero fue lo bastante listo para no comentar nada.

Cuando se aproximaban al río, vieron que un grupo de personas se había apiñado en medio del puente y miraba por encima del parapeto al tiempo que señalaba hacia abajo.

—Algo ocurre en el agua —comentó el muchacho a Yazid—. Vayamos a ver de qué se trata.

Se abrieron paso hasta el centro del puente y luego a través de la multitud y miraron por encima del parapeto. Un cuerpo flotaba boca abajo en el agua. La corriente lo empujaba contra el dique de la isla, donde graznaban las garcetas. Su chilaba estaba hecha jirones y ondeaba en la superficie junto con las entrañas del difunto. Dos de los guardias de la Bab al Qantara intentaban, sin éxito, sacar el cadáver del agua con palos y ganchos. En uno de sus intentos, voltearon el cuerpo boca arriba.

—¡Mirad, se trata de vuestro amigo el barbero! —exclamó el aprendiz señalando el cuerpo.

Se volvió hacia Yazid, pero el herrero avanzaba a empujones entre la boquiabierta multitud en dirección a la puerta de Al Qantara. En un abrir y cerrar de ojos, había desaparecido.

***La noche de la Ascensión de Mahoma***

—Desearía que me permitierais ir con vos —declaró el mulazim Haitham frente a la puerta de la casa de baños del yemení.

—Hazme caso, Haitham —replicó el almirante Suhail—, Jalal espera a una persona sola. Debo encontrarme con el mercader de telas tal y como hemos acordado y él me presentará a Jalal. Si vienes conmigo, todos sospecharán.

Haitham se encogió de hombros y el almirante sonrió.

—¡Eres igual que tu padre! —exclamó.

El almirante abrió la mirilla de la puerta y el ruido de las abarrotadas calles aumentó mientras el olor a humo de los tenderetes ambulantes de kebabs invadía la entrada. El almirante echó una ojeada al exterior y experimentó un escalofrío.

—Tomad —ofreció Haitham—, llevaos mi capa.

—Gracias.

—Y llevaos también esto —propuso Haitham.

Desenvainó una espada corta de hoja curva y pesada que era más ancha en el extremo que en la empuñadura y se la tendió a su tío.

—¿Qué es esto? —preguntó el almirante—. ¿Un hacha de guerra?

—No, se trata de una falcata. Es mi arma personal. Encargué que la forjaran para mí en el zoco de la metalurgia. Por favor, tío, lleváosla.

El almirante sonrió y agarró a su sobrino por los hombros.

—Guárdate el arma, Haitham, te prometo que estaré bien.

—Estoy preocupado por vos —declaró Haitham volviendo a guardar la pesada espada en su vaina.

—Mira, llevo elaborando este plan desde hace un año y ahora no puedo detenerme —explicó el almirante Suhail—. Tengo que ver el ámbar gris por mí mismo. El resto de los envíos está siendo cargado ahora mismo en la flota principal. Este es el último.

Haitham asintió.

—Por favor, tened cuidado.

—Lo tendré. Si no he regresado al alba, haz lo que hemos acordado. Y no te preocupes, todo habrá acabado muy pronto. Solo tengo que ver el ámbar gris personalmente y este asunto habrá terminado.

Haitham asintió con la cabeza y los dos hombres se abrazaron.

El almirante abrió la puerta de la casa de baños, permaneció en la entrada unos

segundos y después se sumergió en las bulliciosas calles que estaban abarrotadas de parranderos.

Cuando dobló una esquina y desapareció en una callejuela secundaria, una figura que permanecía oculta en las sombras agarró con fuerza la daga que guardaba en el interior de su manto y abrió sigilosamente la puerta de la casa de baños.

## Segunda parte

En el zoco hay carniceros con cuchillos que afilan con varas de hierro.

Las cabras chillan aterrorizadas por el verdugo pero los hombres siguen con sus tareas en silencio mientras la sangre nueva se coagula sobre la vieja.

LABRAT BEN MENACHIM

Poeta hebreo, Córdoba, 917-984

***Antes de la oración del crepúsculo***

El general Ghalib miró por la ventana de la sala de trabajo del visir mientras este hablaba con el secretario.

—Me parece bien —accedió Hasdai—. Podéis colgarlo en el muro de la Gran Mezquita después de la oración del crepúsculo. Supongo que habéis enviado una copia al departamento de la guardia de palacio para que se lleven a cabo los preparativos necesarios.

—Así es, excelencia —contestó el secretario—. Las puertas de la ciudad permanecerán abiertas toda la noche.

—Bien. Podéis marcharos.

—Gracias, excelencia.

El secretario realizó una reverencia y tomó los papeles del escritorio.

—¿Hay algo más? —preguntó Hasdai al ver que el secretario se entretenía.

Ghalib se volvió hacia él.

—Disculpadme, señor —dijo el secretario—, lo siento, pero el chambelán me ha pedido que os preguntara si deseabais hacer algún comentario respecto al borrador de la proclama del califa.

Hasdai cerró momentáneamente los ojos.

—Informad al chambelán de que recibirá el borrador a tiempo.

—Muy bien, señor.

El secretario realizó otra reverencia y abandonó la sala con rapidez.

Cuando la puerta se cerró, volvió a oírse el chasquido de las cuentas del *tasbih*.

—¡Dos celebraciones en una semana, general! —comentó el visir—. Primero la Ascensión de Mahoma, y ahora el príncipe heredero considera adecuado organizar una feria en honor de la flota califal. El pueblo se sentirá desilusionado cuando todo vuelva a la normalidad.

—Desde luego —contestó Ghalib—. El pueblo está demasiado consentido. —Mientras hablaba, examinó los comunicados que el secretario había dejado encima del escritorio—. Mirad esto, señor. Lo envía el coronel Zaffar.

Hasdai tomó el papel que Ghalib le tendía y lo leyó con rapidez.

—En fin, será mejor que vayamos a la alhóndiga y averigüemos qué es tan importante —anunció.

Tomó una carpeta de piel roja del escritorio y la sostuvo en alto.

—Cuando regresemos, en verdad tengo que encontrar tiempo para revisar la

proclama.

—¿Qué quiere decir el califa? —preguntó Ghalib.

—Lo de costumbre. Quiere explicarle al pueblo que la causa contra Bagdad es justa y que los valerosos oficiales de la flota merecen nuestro eterno agradecimiento por arriesgar sus vidas en el combate. El departamento del chambelán ha tenido que volver a escribirlo para centrarlo en Bandar en lugar del almirante Suhail.

Hasdai dejó caer la carpeta sobre el escritorio.

—¿Qué ocurre, general?

—No estoy seguro, señor —contestó Ghalib—. Por alguna razón, de repente me he acordado del mulazim Haitham.

—Sí —confirmó Hasdai—. Siento mucho la muerte de ese joven soldado. ¿Habéis visitado a su madre?

El general negó con la cabeza.

—Todavía no, señor, pero lo haré tan pronto como pueda.

—Aseguraos de encontrar el tiempo para visitarla.

—Señor —prosiguió Ghalib—, también he estado pensando en lo que Nasim nos ha contado antes.

—Yo también —repuso Hasdai—. ¿Qué conclusión habéis sacado?

El general apretó los labios y reflexionó durante unos segundos.

—Yo no conocía mucho al almirante, señor, de modo que no puedo responder por él.

—Creo que os comprendo —intervino Hasdai—. No podéis responder por el almirante Suhail, pero sí que podéis responder por el mulazim Haitham.

El general asintió con la cabeza.

—Exacto —dijo.

Hasdai se frotó la nuca.

—Debo admitir que yo también lo he pensado. O el joven mulazim era un cómplice de la trama...

—O descubrió lo que estaba ocurriendo y el almirante lo asesinó —terminó Ghalib.

Los dos hombres guardaron silencio durante un rato.

Cuando el muecín inició la llamada a la oración del crepúsculo, Hasdai se levantó y señaló la puerta.

—No pensemos en eso ahora, general —declaró—. Debemos ir a ver al coronel Zaffar. Con un poco de suerte, tendrá buenas noticias para nosotros.



*Después de la oración del crepúsculo*

Yanus saludó con la cabeza al guardia de la puerta del aula y entró en la sala. Su hija Miriam estaba guardando el astrolabio y el almanaque en una cartera de suave piel roja que tenía la correa larga para colgarla del hombro.

—¿Adónde han ido todos? —preguntó Yanus—. ¿Ya han acabado la formación?

—Supongo que se han ido a la tetería Al Bisharah —contestó ella—. Hemos terminado lo que había programado hacer antes de tiempo y he pensado que no tenía sentido obligarlos a quedarse aquí sin hacer nada hasta que vos llegarais. Son muy buenos, ¿sabéis?

—Sí —contestó Yanus—. Supongo que todos son bastante competentes.

—¿Competentes? Desde luego que lo son. Y el mejor es Siraj bin Bahram, ¡pero es tan arrogante!

—En efecto —contestó Yanus—. Odiaría tener que servir a sus órdenes.

Mientras hablaba, Miriam introdujo la mano en la cartera y sacó un paquetito hecho con un papel doblado y se lo tendió a su padre.

—¡Mirad lo que me han regalado! —exclamó.

Yanus desdobló el papel y vio un colgante de plata deliciosamente labrado del tamaño aproximado de una moneda de un dirham. Tenía la forma de una luna creciente con una estrella de cinco puntas entre los extremos.

—¡Vaya! —exclamó Yanus volteando la bonita joya entre sus dedos—. ¡Es preciosa! Deben de tenerte en muy buena consideración, pero no tenían por qué hacerlo.

—No —contestó Miriam—, tenéis razón, no tenían por qué hacerlo. Sin embargo, resulta tan apropiada para ser el regalo de unos marinos: la luna y una estrella. Me han contado que la encargaron en el gremio de los joyeros. Es muy amable por su parte. Si se detiene uno a pensar en ello, estos hombres van a la guerra y todavía tienen tiempo para un detalle como este.

—Sí —contestó Yanus—. Sin duda, vivimos tiempos extraños. En este momento, Córdoba está plagada de contradicciones. Por un lado, tenemos las celebraciones de la Ascensión de Mahoma, y, por otro, se han producido esos asesinatos brutales. ¡No me extraña que Hasdai y el general Ghalib estén tan ocupados!

—Es cierto —admitió Miriam—. Hasdai me ha dicho que tenía mucho trabajo, sobre todo ahora que el califa va a venir. Me ha contado que tenía que revisar la proclama que el califa pronunciaría ante el pueblo y que, además, el príncipe Hakam

le ha ordenado que colabore con el chambelán en la organización de una feria para celebrar la partida de los marinos hacia Almería.

—Esto sí que resulta extraño —comentó Yanus—. Crear tanto alborozo por la partida de los marinos constituye una ostentosa declaración de intenciones frente a nuestros enemigos. En estos momentos, los espías de Bagdad en Córdoba deben de estar muy pendientes de todo lo que ocurre aquí. Aunque supongo que el califa sabe lo que hace. Al fin y al cabo, lleva en el poder treinta y ocho años, y nunca nos ha fallado. Y si Hakam quiere una feria, la tendrá. Me pregunto si se celebrará una corrida de toros.

—Seguro que sí —afirmó Miriam mientras volvía a envolver el colgante con el papel y lo guardaba en su cartera.

Sus dedos se desplazaron automáticamente a su garganta y rozaron la estrella de David que colgaba de su cuello. Se trataba de un regalo que le hizo Hasdai cuando fue nombrado visir.

—Será mejor que le contéis vos a Hasdai que los estudiantes me han regalado el colgante —propuso Miriam.

—¡Vamos, Miriam, no te preocupes por Hasdai! —exclamó su padre riéndose—. No le importará en absoluto que un grupo de marinos te hayan hecho un regalo. Vayamos a casa. ¿Qué cenaremos hoy?

—No tengo ni idea —contestó Miriam—. No he tenido tiempo de preparar nada. Podemos comprar pan en la tahona que hay al lado de la casa de baños de Al Mursi y un pollo asado en el zoco.

—No sé por qué no tienes sirvientes —preguntó Yanus—. Trabajas demasiado.

—Sabéis que no es una buena idea tener a gente extraña en casa teniendo en cuenta que Hasdai suele visitarnos. En cualquier caso, me gustan las cosas tal como están, viviendo los dos solos. Me complace disfrutar de paz y tranquilidad cuando regreso a casa. Además, no quiero estar comprobando constantemente que los sirvientes hayan realizado bien sus tareas y preocupándome sobre lo que van a cotillear sobre nosotros en el zoco.

—Sí, entiendo lo que dices —admitió su padre—. A veces, aportan más problemas que soluciones. Vámonos ya. ¡Y no te olvides del manto! Yo llevaré la cartera.

Yanus y su hija pasaron junto al gremio de los especieros en dirección a la tahona y disfrutaron del bullicio de las calles, que estaban iluminadas con lámparas de aceite. La mayoría de los transeúntes se afanaban en comprar provisiones para la cena o se dirigían a los baños, pero otros cotilleaban envueltos en sus mantos de lana a la luz de las lámparas.

Los ciudadanos de Córdoba tenían mucho de lo que hablar, como el trajín que

tenía lugar en el campamento Ma'aqul y demás preparativos para la guerra, la prohibición de la venta y transporte de gran diversidad de artículos y, desde luego, los asesinatos. Algunos decían que habían asesinado a un almirante, y otros, que a un espía. Fuera quien fuera, era lo bastante importante para que el general que estaba al mando de la guardia del Alcázar y el visir en persona dirigieran la investigación. Resultaba imposible mantener estas cuestiones en secreto en una ciudad en la que prácticamente todas las familias conocían a alguien que formaba parte de la guardia de palacio, trabajaba en la administración del califato o había oído los últimos rumores que circulaban en los baños.

—¿En qué estáis pensando? —preguntó Miriam a su padre, quien hacía rato que no decía nada—. Parecéis preocupado. ¿Estáis pensando en los asesinatos?

Yanus se detuvo de una forma tan repentina que algunas personas tropezaron con él.

—Disculpadme —se excusó Yanus, y se apartó a un lado para dejarlas pasar. Entonces miró a su hija y sonrió—. En realidad, no, no estaba pensando en los asesinatos, sino en que después del pollo podríamos tomar dátiles con miel y pasta de almendras, y en que el pollo asado y el pan fresco pasan mejor con un vino de Sherish. Mientras tú compras el pan, yo me acercaré a la tienda cristiana que está al final del gremio de los especieros y compraré una garrafa.

—¡Vaya, me alegra saber que las tribulaciones del califato pesan hasta ese punto sobre vuestro ánimo! —exclamó Miriam con una sonrisa—. ¡Entonces nos vemos en la tahona!

*Después de la oración del crepúsculo*

Hasdai ben Shaprut se cubrió la boca y la nariz con una tela aromatizada con lavanda y con la otra mano intentó tranquilizarse tocando la suave superficie de las cuentas y deslizándolas por la cadena de plata. Realizó una seña al coronel Zaffar.

Zaffar bajó la tela de algodón dejando al descubierto la cabeza y el torso de Shahid Jalal. El visir contuvo las arcadas que sintió al percibir el olor que despedía el cadáver.

—¿Dónde decís que lo habéis encontrado? —preguntó el general Ghalib mientras examinaba el cuerpo que estaba sobre una mesa larga en uno de los almacenes de la alhóndiga.

Habían colocado varias antorchas de pino brea alrededor de la mesa y su oscilante luz iluminó los morados del cuello de la víctima.

—En una zona de espesa maleza situada detrás del edificio —explicó Zaffar—. No lejos del camino que va paralelo a la muralla de la ciudad y que conduce a la puerta de Al Jadid. Uno de los soldados lo encontró entre los arbustos. Un perro lo puso sobre aviso. El animal se estaba comiendo el cadáver. Las..., las partes bajas, señor. ¿Queréis verlo? —preguntó, y se dispuso a bajar más la tela.

—¡No será necesario, gracias! —exclamó Hasdai con rapidez.

—Si fuera verano, lo habríamos encontrado mucho antes por el olor —explicó Zaffar—. Pero gracias al frío que hace, el cuerpo no está muy descompuesto.

—Creo que el olor es ya lo bastante pestilente —comentó Hasdai a través de la tela.

—¿Cuánto tiempo creéis que llevaba en la maleza, señor? —preguntó Ghalib.

—Resulta difícil saberlo, general —contestó el visir—, pero por el color de los labios yo diría que lleva tanto tiempo muerto como el almirante.

—¿Creéis que ha permanecido entre los arbustos todo este tiempo? —preguntó el general.

—Posiblemente —aventuró el visir—. ¿Estaba tumbado boca arriba, coronel?

—Sí, señor.

—Tenéis razón en cuanto al frío, coronel, pero resulta decepcionante que no lo encontráramos antes.

Zaffar bajó la mirada al suelo.

—No os preocupéis, coronel —lo tranquilizó Hasdai—. No os culpo a vos. Vuestros hombres y vos habéis realizado un buen trabajo. De hecho, si habéis

descubierto el cadáver es porque habéis hecho más de lo que os habíamos pedido. ¿Estáis seguro de que allí no había nada más?

—Sí, señor —repuso Zaffar—. Hemos inspeccionado todo el camino a lo largo de la muralla de la ciudad y no hemos encontrado nada.

Hasdai observó el cadáver. El olor le provocaba náuseas, pero su curiosidad fue mayor que el deseo de introducir aire fresco en sus pulmones.

—Resulta interesante que no tenga ninguna herida de arma —comentó.

—¿Creéis que los asesinó la misma persona? —preguntó Ghalib.

—No lo sé —repuso Hasdai—. De ser así, resulta extraño que el asesino no utilizara la falcata del mulazim para matar a los dos hombres. Pero si nos enfrentamos a dos asesinos, esto reforzaría vuestra teoría, general.

—¿Os referís al hecho de que sea Jalal quién asesinó al almirante?

Hasdai asintió con la cabeza.

—En efecto —contestó Hasdai—, aunque no estoy seguro del todo. Si el almirante planeaba comprar el ámbar gris a Jalal, ¿por qué habría de matarlo Jalal? Su teoría me convencería más si Jalal hubiera desaparecido con el ámbar gris y con el supuesto dinero del almirante, pero encontrarlo muerto a poca distancia de donde fue asesinado el almirante no tiene mucho sentido. ¡Acercad la luz, coronel! —ordenó—. Quiero examinar de cerca las marcas de su cuello.

El general Ghalib y el visir examinaron el cadáver mientras el coronel Zaffar sostenía una de las antorchas por encima de la cara de Shahid Jalal.

—Según decís, en vuestra opinión murió estrangulado —comentó el visir.

—Así es, señor —contestó Zaffar—. Observad las marcas que tiene debajo de la barbilla. Pero también lo golpearon en la cabeza por detrás. Mirad.

Zaffar levantó la cabeza del muerto y mostró una depresión sanguinolenta en la parte trasera del cráneo que, evidentemente, había sido objeto de la atención de insectos y gusanos mientras el cuerpo estuvo entre los arbustos.

—Volved a bajarle la cabeza —pidió Hasdai mientras se preparaba para la siguiente parte del examen—. Os diré con certeza si ha sido estrangulado o no.

—¿Cómo, señor? —preguntó Zaffar.

Hasdai introdujo el *tasbih* y la tela aromatizada en su bolsillo y tomó la antorcha que sostenía Zaffar. Se inclinó sobre el cadáver y señaló la parte superior del cuello de Jalal.

—Aquí, justo debajo de la barbilla, todos tenemos un hueso que tiene la forma de una herradura de caballo. Cuando se estrangula a alguien con las manos, ese hueso se rompe inevitablemente. Pero antes de que lo examine, quiero que os fijéis en esas marcas que tiene en el cuello. Obviamente, se trata de morados. ¿Os resultan extrañas?

El coronel Zaffar y el general Ghalib se inclinaron para examinar el cuello del

cadáver. El coronel se frotó suavemente el antebrazo.

—¿A qué os referís con «extrañas», señor? —preguntó Ghalib.

Hasdai siguió contemplando fijamente las marcas.

—No lo sé, general, no estoy seguro —contestó—, pero hay algo extraño en estas marcas. Aunque no sé de qué se trata —añadió sacudiendo la cabeza—. En cualquier caso, comprobemos si ha sido o no estrangulado.

Devolvió la antorcha a Zaffar y colocó los dedos debajo de la barbilla del muerto. Mientras buscaba el hueso de herradura, levantó la vista hacia el techo.

—En efecto —confirmó finalmente—. Como sospechaba, el hueso está roto. Este hombre ha sido estrangulado.

En aquel momento, un soldado entró en el almacén y se acercó a la mesa.

—¿Qué ocurre? —preguntó el general Ghalib.

El soldado realizó una breve reverencia al visir y, luego, se dirigió al general.

—Señor, como ordenasteis, las tres muchachas esperan en la sala de trabajo de Abbas al Jaziri. Tan pronto hayáis terminado de interrogarlas, llevaremos a Antonio, el mercader de telas, a vuestra presencia.

—Bien —contestó Ghalib—. ¿Hemos terminado aquí, señor? ¿Nos vamos?

Hasdai asintió lentamente y, luego, se volvió hacia Zaffar.

—Coronel, con la primera luz del alba cabalgad a Medina Azahara y preparad la escolta que acompañará al califa a Córdoba. Como sabéis, esto significa que pasaréis la mayor parte del día a caballo.

Zaffar asintió.

—Sí, señor.

—¿Vuestro brazo está curado para el viaje? —preguntó Hasdai.

El coronel enseguida dejó caer el brazo al costado y se enderezó.

—Estoy bien, excelencia. Me honra que os intereséis por mí, pero estaré en forma para el viaje.

Hasdai sonrió.

—Bien. —Se volvió hacia el general y añadió—: Vayamos a hablar con las muchachas. Pero primero debo lavarme las manos.

—Entonces, ¿qué os ocurrió en los brazos? —preguntó el visir con amabilidad.

La muchacha se sonrojó e intentó ocultar los morados y los arañazos de sus antebrazos.

—Os prometo que no os haré daño —la tranquilizó Hasdai—. Imitadme. —Extendió el brazo y volvió la palma de la mano hacia el suelo—. Solo quiero comprobar que estáis bien. Quizá pueda limpiar un poco vuestras heridas para que no os duelan más.

La muchacha extendió lentamente los brazos y permitió que el visir examinara

sus heridas.

—¿Cómo os las hicisteis? —preguntó Hasdai.

—Fue él —respondió la muchacha en voz baja.

—¿Quién, el almirante? —preguntó Hasdai.

La muchacha negó con la cabeza.

—Al principio, no —contestó.

—¿Qué queréis decir?

La muchacha intentó retirar los brazos y Hasdai la soltó.

—Os prometo que solo quiero dar un vistazo a las heridas —insistió Hasdai.

—Los morados me los hizo el otro hombre, el mercader de telas. Se puso muy violento y me agarró de los brazos con mucha fuerza. Y no me soltaba. El almirante le gritaba que me dejara, pero como se negó, el almirante lo apartó de mí. Fue entonces cuando recibí los arañazos. El almirante fue muy amable y no paró de decirme que sentía mucho haberme hecho daño.

La muchacha extendió uno de los brazos.

—¿Por qué se disculpaba el almirante? —preguntó Hasdai poniendo especial cuidado en no tocar las rojas heridas.

—Fue él quien me causó los arañazos, señor. No quería hacerlo, pero tenía las uñas de una de sus manos muy largas. Veréis, tocaba el laúd y necesitaba llevar las uñas de la mano derecha largas.

—Comprendo —respondió Hasdai—. El general aquí presente ya me comentó que le habíais explicado que el almirante tocó el laúd para vos y vuestras compañeras. —Hasdai miró a las otras dos muchachas y ellas asintieron con la cabeza—. ¿El almirante os dijo algo?

—No mucho, señor —contestó una de las muchachas.

—Pero debisteis hablar de algo —insistió Hasdai—. Según creo, eso es todo lo que hicisteis, hablar.

Las tres muchachas asintieron.

—Así es, señor —contestó la muchacha de los arañazos.

—¿Y de qué hablasteis? —preguntó Hasdai.

Las muchachas se miraron y bajaron la cabeza.

Hasdai lanzó una mirada a Ghalib, quien asintió y se dirigió a la puerta. Habló brevemente con uno de los soldados que esperaba fuera y después cerró la puerta dejando a Hasdai y las muchachas a solas.

—Supongo que sabéis que el almirante ha sido asesinado.

Las muchachas asintieron.

—Y también sabréis que, posiblemente, fuisteis las últimas personas en verlo con vida. Bueno, aparte del asesino.

Las muchachas se miraron.

—Está bien —repuso finalmente Hasdai—. Ya podéis volver a vuestras habitaciones.

Mientras las muchachas se dirigían a la puerta, el visir alargó el brazo hacia una de ellas, le tocó suavemente el codo y dijo:

—Aseguraos de mantener las heridas limpias y secas.

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

El general Ghalib mantuvo la puerta abierta para que salieran las muchachas y, después, entró y la cerró.

—Algo salió mal —comentó Hasdai.

—¿Señor?

—Me refiero al trato —aclaró Hasdai—. Algo salió mal y eso les costó la vida al almirante y a Shahid Jalal. Según Nasim, el almirante habló con Antonio en la casa de baños del yemení durante la partida de la taba. Si Nasim nos ha dicho la verdad, Antonio debió de dar al almirante las últimas instrucciones acerca del ámbar gris y Shahid Jalal. El almirante vino aquí, a la alhóndiga, la noche de la Ascensión de Mahoma para encontrarse con Jalal y comprar el ámbar gris. —Deslizó las cuentas por la cadena—. Su plan consistía en sacar el ámbar gris de la alhóndiga y transportarlo al campamento Ma'aqul. Una vez allí, dividirían el cargamento en pequeñas cantidades, las enviarían a Almería y las cargarían en la flota. Pero, en lugar de todo esto, el almirante y Shahid Jalal fueron asesinados y el ámbar gris sigue aquí, en la alhóndiga.

Ghalib suspiró.

—¿Qué queréis hacer ahora, señor?

El visir deslizó las cuentas por la cadena durante unos instantes y luego guardó el *tasbih* en su bolsillo.

—Quiero hablar con el mercader de telas. Le daré la misma alternativa que a Nasim.



### ***Después de la oración del crepúsculo***

Después de la puesta del sol y de la oración *Magrib*, la clientela de la tetería Al Bisharah cambiaba. Los porteadores y comerciantes del zoco que bebían té y comían sustanciosos bocados para soportar el trabajo diario eran reemplazados por clientes que estaban interesados en otro tipo de bebida, la que se tomaba para divertirse, inspirarse u olvidar.

Como cristiano, Simón, el propietario de la tetería, pagaba las tasas que le permitían servir vino y *arak*, y él y muchos ciudadanos de Córdoba hacían buen uso de su concesión.

Cualquier persona que pasara por el gremio de los especieros en la oscuridad, enseguida localizaría la tetería Al Bisharah por el torrente de luz, música y risas que llegaba a la calle a través de su puerta de doble batiente. La mayor parte de las noches, un grupo de músicos de zéjel se instalaban con sus instrumentos en una plataforma situada al fondo de la tetería. El *rabab*, el violín de dos cuerdas que se tocaba en posición vertical, entonaba una melodía mientras la pandereta y la *tabla* marcaban el ritmo, y el laúd, el rey de los instrumentos, que era tocado por un músico ciego, aportaba las florituras que hacían que la audiencia acompañara los versos cómicos de los cantantes con los pies y dando palmadas.

Por las noches, Simón no tenía tiempo de servir té y charlar con los clientes porque estaba demasiado ocupado en su papel de *jmmar*, sirviendo los exquisitos vinos de Sherish y Málaga y vasos de *arak*, el licor que se elaboraba destilando uva o caña de azúcar. Con las bebidas, Simón suministraba frutos secos tostados, vegetales encurtidos, aceitunas o dátiles servidos en platillos.

Aquella noche, la tetería estaba muy concurrida. En una de las mesas del centro de la abarrotada sala, un grupo de comerciantes del zoco hablaba de los asesinatos, que, recientemente, habían pasado a ser del dominio público.

Una mesa cercana estaba ocupada por cinco de los llamados poetas *mujun* de Córdoba. Se reunían en la tetería casi todas las noches para leer sus obras, que consistían en versos de amor subidos de tono y alabanzas del alcohol y la diversión. A veces, los poetas alborotaban demasiado y Simón tenía que utilizar su imponente figura para restablecer el orden.

Cerca de la puerta había una mesa pequeña con un taburete. Un hombre que vestía un albornoz negro con capucha estaba allí sentado y sostenía un vaso de jerez en la mano. Movía la cabeza como una corneja y observaba, una a una, las otras

mesas. Parecía estar atento a todas las conversaciones.

A ambos lados de la plataforma de los músicos había mesas. A una de ellas estaban sentados los marinos, que, habiendo terminado la formación, habían decidido que aquella era la noche adecuada para celebrar una zambra. Se emborracharían, brindarían por el recientemente desaparecido almirante y cantarían unas cuantas canciones de los viejos tiempos. Por uno o dos dirhams, los músicos los acompañarían. La otra mesa situada al otro lado de la plataforma estaba ocupada por Alí, quien había decidido tomar un vaso de vino para relajarse después de la jornada en el campamento Ma'aqul. El hombre del albornoz negro de la entrada lo intrigaba. ¿Era una coincidencia que también estuviera en la tetería en aquel momento?

Alí no llevaba mucho tiempo allí cuando se le unió un herrero que, según le dijo, se llamaba Yazid. El herrero entró en la tetería dando traspiés, recuperó momentáneamente el equilibrio apoyándose en la barra y avanzó dando empujones a los clientes hasta que se dejó caer con pesadez en uno de los taburetes de la mesa de Alí. Había bebido *arak* de sobra para varios días.

—¿Queréis un *arak*? —le preguntó a Alí arrastrando las palabras y levantando un vaso de la mesa.

—No, gracias —contestó Alí—. Tengo bastante con este vino de Málaga.

—El vino de Málaga tampoco está mal —admitió el herrero mientras se tambaleaba en el taburete—, pero no ayuda a olvidar.

—A mí no me gusta olvidar —replicó Alí preguntándose cuánto tiempo permanecería aquel idiota en su mesa.

—¿Veis esto? —preguntó el herrero levantando la mano derecha—. ¿Veis el dedo pulgar?

—No —repuso Alí—, no lo veo porque no está. ¿Qué ocurrió? ¿Os olvidasteis?

—¿Olvidarme de qué? —preguntó Yazid.

—De retirar la mano a tiempo —contestó Alí mientras bebía un sorbo de vino.

Yazid sacudió la cabeza con ímpetu y lanzó a Alí una mirada confusa y con los ojos muy abiertos.

—¡No sé de qué me estáis hablando! —gritó Yazid—. Beberé otro vaso. —Se volvió y gritó—: ¡Simón! ¡Simón, venid! ¡Traedme más *arak*!

Mientras Simón se acercaba a la mesa con el *arak*, un par de mercaderes se volvieron y lanzaron una mirada airada a Yazid.

—¿Vosotros dos qué miráis? —gritó Yazid—. ¿Acaso estáis hablando de mí?

—¡Vamos, vamos! —lo tranquilizó Simón—. Calmaos, nadie está hablando de vos, pero con el alboroto que estáis armando no me extraña que os miren.

Simón hizo una señal a los músicos y ellos tocaron una pieza de baile en la que el instrumentista ciego interpretó la melodía principal con su laúd.

Los marinos enseguida empezaron a dar palmadas y patadas en el suelo al compás

de la música.

—Sí que están hablando de mí, ¿no? —insistió Yazid en voz alta.

Simón miró a Alí, quien se encogió de hombros y enarcó las cejas.

—En realidad, están hablando de un asesinato —explicó Simón.

Yazid pareció despejarse un poco.

—¿Un asesinato? ¿Qué asesinato?

—Han encontrado un cadáver cerca de la alhóndiga —explicó Simón—. Dicen que se trata de uno de los huéspedes. Alguien llamado Shahid Jalal.

—¿Qué habéis dicho? No he podido oírlos a causa de la música —vociferó Yazid.

—¡Shahid Jalal! —exclamó Simón lo bastante alto para que lo oyeran todos los presentes—. Lo han asesinado.

Los mercaderes asintieron en señal de confirmación y el hombre del albornoz negro levantó un poco la cabeza para mirar a Simón.

—¡Bueno, eso no tiene nada que ver conmigo! —exclamó Yazid. Se bebió de un trago el *arak* y sacó unas monedas del bolsillo de su chilaba con la mano izquierda—. ¡Tomad! Esto será suficiente para lo que he bebido —declaró mientras lanzaba las monedas sobre la mesa—. Ahora me voy.

Alí miró a Simón y volvió a encogerse de hombros mientras Yazid se ponía de pie y se dirigía a la puerta a trompicones. Se quedó unos instantes en la entrada tambaleándose, cuando un niño mendigo pasó junto a él y se dirigió directamente al hombre vestido de negro. Mientras el resto de la clientela observaba cómo el herrero desaparecía en la noche, Alí se dio cuenta de que la moneda que el hombre le daba al niño estaba envuelta en un pedazo de papel.

*Después de la oración de la noche*

Los soldados condujeron a Antonio, el mercader de telas de Sevilla, al interior de la habitación, y Hasdai lo observó con atención. El general Ghalib señaló un taburete que había en el centro de la habitación. Antonio tragó saliva con dificultad, lanzó una mirada rápida al visir y se sentó.

Cuando, dos días antes, lo había interrogado por primera vez, Ghalib pensó que parecía un hombre tímido y asustado que había tenido la desgracia de verse atrapado en una situación terrible, pero el hombre que estaba sentado frente a él en aquel momento era diferente. Parecía más duro y totalmente consciente de lo que ocurría.

El chasquido de las cuentas de Hasdai apenas podía oírse debido a la lluvia, que azotaba las ventanas de la sala de trabajo de Al Jaziri. Hasdai arrastró un taburete por el suelo y se sentó delante de Antonio. El mercader de telas lo miró a los ojos unos segundos y luego bajó la mirada al suelo.

—Seré breve —anunció el visir con voz pausada.

Antonio inhaló hondo y sus rollizas mejillas temblaron.

—Sé lo de Shahid Jalal, sé lo del ámbar gris y sé que estáis implicado en la trama que pretendía sacarlo de contrabando de Córdoba.

Antonio se mordió el labio inferior y agarró con fuerza los lados del taburete.

—Lo que no sé —continuó Hasdai— es qué salió mal. Sé que el almirante vino a la alhóndiga para encontrarse con vos y completar el acuerdo. Entonces, por alguna razón fue brutalmente asesinado en el patio. También sé que el hombre que teníais que presentarle fue, asimismo, asesinado, y su cuerpo, abandonado entre los arbustos que flanquean el camino que conduce a la muralla de la ciudad.

Antonio no dijo nada.

Hasdai se interrumpió brevemente y luego continuó.

—Vuestra implicación en la trama os costará la vida —dijo—. Si me contáis lo que sucedió, os doy mi palabra de que no sufriréis ningún dolor, pero si rehusáis contármelo, no podré ayudaros.

Antonio se secó la boca con el dorso de la mano y miró primero al general, y luego al visir.

Después de una larga pausa, declaró:

—No tengo ni idea de lo que estáis hablando.

El general Ghalib se dispuso a intervenir, pero una mirada del visir lo obligó a guardar silencio.

Hasdai se volvió de nuevo hacia Antonio y deslizó las cuentas por la cadena durante varios minutos.

Antonio sostuvo su mirada mientras Hasdai esperaba descubrir en sus ojos alguna señal de que cambiaría de actitud. Pero no percibió nada.

—Muy bien, mañana veréis vuestro último amanecer —anunció Hasdai.

—Puedo intentar hacerlo hablar, señor —propuso Ghalib cuando se quedó a solas con el visir.

Hasdai suspiró y sacudió la cabeza.

—Él ha hecho su elección. Ahora le corresponde a su dios juzgarlo —declaró Hasdai, y dejó el *tasbih* sobre el escritorio de Al Jaziri—. Aseguraos de que los hombres de Zaffar sigan manteniendo vigilada la alhóndiga. Las restricciones a los huéspedes deben continuar hasta que Bandar y sus hombres partan hacia Almería.

—Sí, señor —contestó Ghalib.

—Y aseguraos de que nadie entre en el almacén de Jalal sin vuestro permiso. No quiero que le ocurra nada al ámbar gris.

El general asintió.

—¿Qué le diréis al príncipe?

Hasdai suspiró y se frotó la nuca.

—Todavía no estoy seguro. Primero quiero hablar con Bandar y los marinos. Convocadlos a acudir a mi sala de trabajo mañana por la mañana. Después de hablar con ellos, Bandar y yo informaremos al príncipe de lo ocurrido.

—¿Qué creéis que sucedió, señor? —preguntó Ghalib.

Mientras alisaba su ralo cabello castaño y se ponía su kipá, Hasdai dijo:

—Sinceramente, general, no tengo ni idea.

*Día cuatro, después de la oración del alba*

Hasdai, el general Ghalib y los cuatro marinos estaban en la sala de trabajo del visir, en su ala privada del Alcázar.

—Siento que os hayáis enterado de este modo —declaró Hasdai ben Shaprut después de la pausa que realizó para dar a los marinos la oportunidad de asimilar lo que acababa de contarles.

No se oyó ningún ruido salvo el chasquido de las cuentas.

—Disculpadme, excelencia, pero ¿estáis absolutamente seguro? —preguntó Bandar al cabo de un rato.

El general Ghalib percibió la mirada que Siraj, el vicealmirante, lanzaba a los otros dos oficiales.

—Tan seguro como puedo estarlo —contestó el visir—. Sabemos que Shahid Jalal logró reunir una gran cantidad de ámbar gris gracias a su red de agentes, quienes actuaban por la costa de Al Ándalus. Y su nombre figura en una hoja de papel que encontramos en los aposentos del almirante.

Hasdai le tendió la hoja a Bandar.

—Además, encontramos estos dos frascos de ámbar gris en su habitación. Sabemos que se los entregó uno de los agentes de Jalal, que trabaja como proveedor del gremio de los perfumistas aquí, en Córdoba. Hemos interrogado a ese hombre y nos ha contado que el almirante tenía que ir a la alhóndiga la noche de la Ascensión de Mahoma a recoger el ámbar gris. Después, lo trasladaría al campamento Ma'aqul utilizando como distracción las festividades de aquella noche. En el campamento, el ámbar gris se dividiría en cantidades más pequeñas y se enviaría por medio de las caravanas a Almería. Allí se cargaría en una de las naves de la flota. Durante la travesía a Latakia, la nave se separaría de la flota y atracaría al sur de Saida, en la costa siria. Allí el ámbar gris andalusí es sumamente apreciado.

—¿Y qué es lo que salió mal? —preguntó Siraj.

Hasdai sacudió la cabeza.

—No lo sé con exactitud, pero sé lo suficiente para informar al príncipe heredero de lo ocurrido.

—Ese agente —intervino Bandar—, el que trabaja en el zoco, ¿ha confesado?

Hasdai asintió.

—Nos ha contado cómo reunieron el ámbar gris y la forma de operar de Shahid Jalal.

—¿Y cómo operaba? —preguntó Bandar.

—Utilizaba a una serie de agentes e intentaba, dentro de lo posible, que esos hombres no se conocieran, o al menos que, cuando se conocieran, solo estuvieran al corriente de una parte del plan; de la parte relacionada con el papel que desempeñaban y nada más.

—¿Y decís que ese hombre, Shahid Jalal, ha sido encontrado muerto cerca de la alhóndiga? —preguntó Siraj.

Hasdai volvió a asentir con la cabeza.

—Así es. Fuera lo que fuera lo que ocurrió en la alhóndiga acabó con los asesinatos del almirante y Shahid Jalal. Debo deducir que Antonio, el mercader de telas, tuvo algo que ver en ello. Esto es lo que le explicaré al príncipe heredero mañana por la mañana.

Siraj se acarició la barba.

—Visir —dijo.

Hasdai sacudió la mano indicándole que continuara.

—¿Por qué nos contáis todo esto?

Hasdai frunció los labios.

—Creo que comprendo vuestra pregunta —declaró—. Sé que os resulta difícil oír lo que os acabo de contar. Lo último que desearía es empañar la reputación del almirante. El impacto de esta noticia en la moral de la flota podría ser enorme. Como diplomático, comprendo totalmente lo importante que es proteger a los hombres y la reputación de sus oficiales, pero la razón de que os lo haya contado es porque hay algo más que deberíais saber.

—¿De qué se trata, excelencia? —preguntó Bandar.

Hasdai se volvió hacia el general, quien asintió y tomó la palabra.

—Hace unos días —explicó Ghalib—, uno de nuestros hombres regresó de Bagdad, donde había estado trabajando para nosotros en secreto.

Los cuatro marinos miraron fijamente a Ghalib.

—Nos contó que había estado vigilando una alquería que se encuentra a un día y medio de Bagdad. Se fijó en que conducían a animales y prisioneros hasta allí, pero que ninguno volvía a salir. La alquería estaba infectada. Nuestro hombre se acercó lo bastante para ver que los prisioneros trasquilaban a los animales muertos e introducían la lana en vasijas que luego sellaban.

Siraj abrió mucho los ojos.

—Pero eso podría...

—En efecto, vicealmirante —lo interrumpió Ghalib—. Eso podría causar muerte y devastación si se utilizara deliberadamente en contra de los hombres.

—¿Insinuáis que los bagdadís planean utilizar esas vasijas como arma? —preguntó Bandar.

—En cierto sentido, sí —intervino Hasdai—. Y no le había dado más vueltas a esta cuestión hasta que ayer hablé con el chambelán.

—¿Qué os dijo el chambelán? —preguntó Siraj.

—Me informó de que había recibido noticias de la flotilla de avanzada, la cual había llegado a Malta.

—¡Pero eso son buenas noticias! —exclamó Bandar—. Significa que ya podemos partir hacia Almería y poner en marcha la flota.

—No exactamente —repuso Hasdai—. El chambelán me contó que los hombres y los animales de una de las naves habían sido aniquilados a bordo por un brote de ántrax. Todos los animales y los hombres murieron.

Siraj se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué creéis que significa esto? —preguntó Bandar sin llegar a comprender la razón de que el visir les contara todo aquello.

—Esto quizás os resulte difícil de aceptar —contestó Hasdai—, pero creo que el almirante planeaba que una de las naves de la flota principal se apartara del resto y descargara el ámbar gris cerca de Saida. —Hasdai tragó saliva lentamente—. Y también creo que planeaba utilizar el ántrax para asegurarse de que no quedaría ningún testigo con vida que pudiera informar de lo ocurrido.

Los marinos se quedaron boquiabiertos.

Hasdai dejó el *tasbih* sobre la mesa.

—Os cuento esto porque, si estoy en lo cierto, a bordo de una de las naves de la flota principal hay un cargamento de vasijas que contienen ántrax. El ámbar gris que el almirante planeaba sacar de la alhóndiga debía cargarse en esa nave.

—Debemos enviar un mensaje a Almería y ordenar un registro total de las naves de la flota para encontrar ese cargamento —intervino el general Ghalib.

—Y precisáis de mis servicios para hacerlo —terminó el almirante Bandar.

Hasdai ben Shaprut asintió.

—Esa es la razón de que haya compartido con vos esta información.



### ***La noche de la Ascensión de Mahoma***

El almirante Suhail se abrigó con la capa del mulazim y avanzó entre la multitud que llenaba las calles de Córdoba. Mientras caminaba, oyó los gritos de los vendedores ambulantes, que estaban haciendo un buen negocio vendiendo juguetes y pájaros de papel sujetos a palos. Las parrillas de *kebabs* que salpicaban los alrededores del zoco llenaba el aire de humo y, frente a cada puesto, se extendía una hilera de clientes que ansiaba comprar algo caliente para comer. A pesar del intenso frío, toda la ciudad estaba en las calles en busca de diversión. Los padres llevaban a sus hijos dormidos en brazos y los hermanos mayores corrían de un lado a otro asomándose a los portales y chillando con regocijo cuando los dueños de las casas los perseguían.

El almirante ajustó el paso a un grupo que avanzaba con calma por una calle que pasaba cerca de la alhóndiga y conducía a la puerta de Al Jadid. Hizo caso omiso del ambiente festivo y, en dos ocasiones, rechazó el ofrecimiento de carne asada de los afanosos vendedores que se mezclaban con la multitud para pregonar su mercancía.

Cuando se aproximaban a la puerta de la ciudad, el almirante se separó del grupo y se dirigió hacia la alhóndiga de Al Jaziri. Entonces un hombre vestido con un albornoz de gruesa lana negra y con capucha se escondió en las sombras de un portal y lo observó. Cuando Suhail llegó a la puerta de la alhóndiga y entró en el patio, el hombre se cubrió la cabeza con la capucha y volvió a unirse a la muchedumbre que se dirigía a la puerta de la ciudad. Entonces deslizó una moneda envuelta en un papel en la mano de un niño mendigo.

—*Shalam alaikum* —saludó Antonio, el mercader de telas de Sevilla, cuando el almirante cruzó el patio hacia él.

—*Alaikum shalam* —contestó el general al Bahir—. ¿Está todo preparado?

Antonio asintió con la cabeza.

—Shahid Jalal os hará una señal cuando no haya peligro.

—¿Peligro? —repitió Suhail señalando hacia la puerta.

Antonio no respondió y entró en el edificio principal de la alhóndiga. Los dos hombres subieron a la primera planta y avanzaron por el corredor.

—Lo he arreglado todo para que esperemos aquí —explicó Antonio, y se detuvo frente a una puerta.

—¿No esperaremos en vuestra habitación? —preguntó el almirante.

Antonio no le hizo caso, abrió la puerta y se apartó a un lado para permitir que el almirante entrara en la habitación, que estaba iluminada con lámparas. En la chimenea ardía un débil fuego de carbón que no despedía mucho calor.

Antonio cerró la puerta tras ellos y entonces el almirante vio a las tres muchachas que estaban sentadas en taburetes junto a la pared. Se volvió hacia el mercader de telas.

—No os preocupéis. Nadie preguntará qué estamos haciendo aquí —lo tranquilizó Antonio.

El almirante señaló a las muchachas.

—Si las ven sabrán, exactamente, lo que estamos haciendo.

—Si las ven, no formularán más preguntas —repuso Antonio—. Tomad, sentaos —dijo mientras acercaba un taburete al almirante.

El almirante se sentó y Antonio entregó unas monedas a las muchachas.

—Cantad para nosotros —ordenó.

Se acercó a la ventana y oteó el patio.

El almirante observó a las muchachas. Eran muy jóvenes, estaban muy delgadas y vestían ropas vistosas pero ligeras. Y temblaban de frío.

—Tomad —ofreció el almirante, y les tendió la capa del mulazim Haitham.

Las muchachas inclinaron la cabeza y aceptaron agradecidas la capa, que era lo bastante amplia para cubrirlas a las tres.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el almirante.

Antonio apartó los ojos de la ventana y le lanzó una mirada airada.

—Esperar, como os expliqué anoche —contestó—. Bebed algo de vino. De hecho, bebamos todos un poco de vino.

Se dirigió al anaquel que había en una esquina de la habitación y sirvió varios vasos del odre que colgaba de un gancho debajo de la balda.

El almirante tendió los vasos a las muchachas y ellas cantaron entre sorbo y sorbo de vino. Suhail señaló un laúd que había encima de una mesita, cerca de la puerta, y, al ver que una de las muchachas sonreía, lo cogió y empezó a puntear las cuerdas con las largas uñas de su mano derecha.

—Nuestro propio grupo zéjel —comentó Antonio frunciendo el ceño.

Escuchó durante unos segundos y después regresó a su puesto junto a la ventana. Se sentó en un taburete y escudriñó la oscuridad del patio a la espera de una señal de Shahid Jalal mientras intentaba ignorar a las muchachas y sus canciones. Observó a un mulero, quien abrió una de las puertas de los establos y sacó una pala con la que recogió un montón de estiércol del suelo empedrado del patio.

—¿Qué estáis mirando? —preguntó una de las muchachas, que se inclinó por encima de Antonio y escrutó la oscuridad.

—¡A ti qué te importa! —gritó Antonio agarrando a la muchacha por las muñecas y apartándola de la ventana.

—¡Soltadla! —exclamó el almirante dejando a un lado el laúd y acercándose a ayudar a la muchacha.

Agarró a la joven por el brazo y obligó al mercader a soltarla. La muchacha gritó de dolor al notar que las uñas del almirante se clavaban en su piel.

—Lo siento —se disculpó el almirante, y se volvió hacia Antonio—. ¿Qué creéis que estáis haciendo? —le preguntó.

Antonio lo ignoró y levantó el taburete, que se había volcado. Se alisó la ropa y señaló a la muchacha.

—¡Tú, no te acerques a la ventana! ¿Comprendido?

La muchacha se encogió de miedo y sus dos compañeras se acercaron a ella y le examinaron el brazo.

—¿Qué hacéis? —repitió el almirante—. ¿Podrías haber...?

—No me digáis lo que tengo que hacer —masculló Antonio. Estaba furioso—. Yo no soy uno de vuestros necios marineros, a los que podéis mangonear.

Suhail había visto a suficientes hombres furiosos para saber que no era el momento adecuado para discutir, así que se quedó mirando al mercader de telas hasta que este recuperó la compostura.

—¡Mirad! ¿Qué es eso? —preguntó el almirante cuando una luz en el patio llamó su atención—. Mirad allí.

Antonio pegó su cara a la ventana.

—Ha llegado la hora —declaró—. Shahid Jalal os recibirá ahora.

Antonio se levantó y se dirigió a la puerta. Sin volver la vista atrás, la abrió de par en par y salió al corredor dando zancadas.

El almirante volvió a mirar por la ventana y vio que la luz se movía hacia unas escaleras que se encontraban en la esquina más alejada del patio. La observó durante unos instantes y después se volvió hacia las muchachas y esbozó una triste sonrisa.

—Lo siento mucho —le dijo a la muchacha, que se secaba la sangre del antebrazo con el borde de su falda—. No pretendía haceros daño.

El almirante Suhail se volvió hacia la puerta y, cuando se disponía a cruzar el umbral, una de las muchachas se acercó a él.

—Tomad —le dijo, y le devolvió la capa del mulazim Haitham.

El almirante sonrió de nuevo y le apretó suavemente la mano.

***Después de la oración del alba***

—¡**S**entaos, almirante! Vuestras idas y venidas no conseguirán que nos hagan entrar antes.

El comportamiento de Bandar bin Sadiq sacaba de sus casillas a Hasdai ben Shaprut, quien se tranquilizó deslizando lentamente las cuentas del *tasbih*.

—Si estáis en este estado, ¿cómo podréis hablar coherentemente al príncipe heredero cuando nos haga entrar? Sentaos y calmaos.

El guardia que vigilaba la puerta de la sala de audiencias privada del príncipe esbozó una sonrisita de suficiencia. Había visto muchas cosas a lo largo de su vida, pero aquella era la primera vez que veía que regañaban a un almirante como si se tratara de un niño travieso.

La imponente puerta de caoba tachonada de bronce se abrió y Bandar se levantó de golpe como si esperara que el príncipe Hakam en persona la hubiera abierto.

—Su alteza os recibirá ahora, vuestra excelencia —anunció la hermosísima joven que apareció en el umbral.

Realizó una profunda reverencia al visir y otra al almirante. Al inclinarse, los hilos de plata de su túnica azul oscura brillaron a la límpida luz matutina que entraba por la ventana del corredor y un largo mechón de su brillante cabello negro escapó del pañuelo rosa que cubría su cabeza y desaparecía en el interior del cuello de su túnica.

Hasdai hizo acopio de su experiencia como diplomático para ocultar su admiración, pero Bandar estaba atónito.

El visir asintió y la saludó.

—*Shalam aleikum*, Lubna bint Marwan.

—*Aleikum shalam*, excelencia..., almirante. Por favor, seguidme.

Después de cruzar la antesala detrás de Lubna, Bandar se apartó a un lado para permitir que Hasdai entrara primero en la sala de audiencias del príncipe. Sus ojos se encontraron con los de Hasdai y el ceño fruncido del visir hizo que Bandar recobrarla la compostura.

El príncipe Hakam, vestido con ropa de montar, estaba sentado en un diván cubierto de almohadones situado cerca de un ardiente fuego. Sus medias de color pardo desaparecían en el interior de unas botas de piel marrón claro, y una daga persa colgaba del cinturón de su camisa, que le llegaba a la altura de los muslos. Su pequeño turbante rojo y dorado brillaba a la luz de las llamas.

Un tapiz ricamente bordado que representaba escenas de la caza del venado en las Alpujarras cubría, en aquellos momentos, las puertas del balcón lo que provocaba que la habitación pareciera pequeña e íntima a pesar de la luz que entraba por las altas y amplias ventanas. Un segundo diván y una mesa baja y redonda de madera de alcanfor estaban situados delante del tapiz, y en la sala también había un escritorio y un taburete.

El visir y el almirante realizaron una reverencia con la mano derecha sobre el corazón y el príncipe se levantó.

—*Shalam aleikum*, visir Hasdai..., almirante Bandar.

—*Aleikum shalam*, alteza —respondió Hasdai satisfecho de que Bandar fuera lo bastante prudente para no decir nada.

—Por favor, sentaos —indicó el príncipe Hakam señalando el segundo diván—. Creo que ya conocéis a Lubna bint Marwan, visir. Se ha incorporado al personal a mi servicio y levantará acta de la reunión. Según tengo entendido, habéis venido a tratar asuntos de importancia.

—Así es, alteza —respondió Hasdai—. Asuntos que pueden afectar la integridad del califato.

—Entonces obviemos las formalidades. Contadme.

—Alteza, hemos descubierto un complot contra la flota. Nuestros enemigos han atacado y destruido una de las naves de la flotilla de avanzada y han matado a la tripulación, los soldados y los animales.

—¿Cómo han hecho algo así?

—Introduciendo una peste en la nave, alteza —explicó Hasdai, y pasó a contarle lo de las vasijas de ántrax—. Tenemos razones para creer que hay vasijas con ántrax en algunas, si no en todas, las naves de la flota, alteza.

El príncipe se volvió hacia Bandar.

—¿Cuál es vuestra valoración de la situación, almirante?

—Creo, alteza, que deberíamos aplazar la partida de la flota hasta que hayamos registrado a fondo todas las naves. Estoy convencido de que encontraremos esas vasijas. Cuando lo hagamos, deberemos manejarlas con extremo cuidado y destruirlas con fuego por completo a riesgo de iniciar una plaga que podría aniquilar la totalidad de la población de la base naval en Almería.

Se produjo un profundo silencio salpicado, únicamente, por el chirrido del cálamo de Lubna al deslizarse sobre el papel. Entonces el príncipe habló:

—Tenéis razón, almirante. La totalidad de la flota debe ser registrada. Debemos aplazar su partida hasta que tengamos la certeza de que nuestros hombres están a salvo de esa peste. Visir, una vez finalizada la reunión, enviad inmediatamente un mensaje en mi nombre al mando naval en Almería. Almirante, os hago responsable de que la búsqueda se organice de forma efectiva y de que las vasijas sean destruidas

en su totalidad. ¿Disponéis de algún hombre en Almería a quien podáis confiar este cometido?

—Sí, alteza, conozco a un viejo y sabio comandante que estoy seguro de que realizará con acierto el cometido. El general Ghalib lo conoce porque estaba encargado de los suministros del ejército durante las campañas en la frontera norte.

—Bien. El califa no recibirá con agrado este giro en los acontecimientos. Evidentemente, esto constituye una victoria de Bagdad incluso antes de que hayamos reunido a nuestras tropas. Yo mismo informaré al califa de la situación y le explicaré las acciones que se están llevando a cabo. Almirante Bandar, en cuanto vuestro comandante haya evaluado la situación, estableceremos una nueva fecha de partida para la flota. Os corresponderá a vos tomar esa decisión. ¿Está claro?

—Perfectamente claro, alteza.

—Visir Hasdai, tengo entendido que queréis hablar conmigo de otra cuestión.

—Así es, alteza. Está relacionada con Suhail bin Ahmad, el anterior almirante de la flota.

—Sí, el que fue asesinado. ¿Qué ocurre con él?

—Alteza, sospechamos que el almirante estaba involucrado en una importante red de contrabando que contravenía, directamente, un decreto de su majestad el califa y que esta actividad condujo a su asesinato.

—¿Cuál era el objeto del contrabando?

—El ámbar gris, alteza. Pretendían utilizar las caravanas del campamento Ma'aqul para transportar el ámbar gris a Almería, donde sería embarcado en una de las naves de la flota y exportado a Oriente.

De nuevo se produjo un silencio en la habitación salpicado por los chirridos del cálamo de Lubna y luego incluso ese ruido cesó.

Después de largos instantes, durante los que el príncipe contempló el tapiz que colgaba detrás de Hasdai y Bandar, Hakam exhaló un hondo suspiro y habló con una voz que dejaba traslucir su evidente furia.

—El *Surak an Nisa* del venerado Corán nos dice que Alá no ama a los traidores. Nosotros confiamos en Suhail bin Ahmad. Fue nombrado almirante de la flota por su majestad el califa. Mi padre confiaba en él. Sin duda hay verdad en el proverbio que dice que la confianza abre las puertas a la traición. Pero ¿qué podemos hacer? El hombre ya está muerto. ¿Hay más personas implicadas en esta traición..., en esta desobediencia absoluta a los mandados del califa?

Se produjo otro silencio durante el que Hasdai fue dolorosamente consciente de que estaba a punto de condenar a un hombre a una de las muertes más terribles. El cálamo de Lubna siguió deslizándose sobre el papel.

—Sí, alteza —contestó Hasdai.

—Explicaos —lo acució el príncipe heredero.

—Tenemos, o más bien teníamos, dos hombres en custodia que estaban asociados con Suhail bin Ahmad, alteza.

—¿Qué queréis decir con que «teníamos en custodia»? ¿Quiénes son y dónde están ahora?

—Uno es o, mejor dicho, era un perfumista del zoco. Se llamaba Nasim. Intentó escapar y los guardias que lo custodiaban lo mataron.

Mientras hablaba, Hasdai procuró no mirar a Bandar, porque este sabía que lo que decía no era verdad. De nuevo Hasdai se sintió satisfecho al comprobar que Bandar tenía el sentido común de no intervenir. El joven almirante aprendía diplomacia deprisa.

—¡Lástima! —exclamó el príncipe—. Dos ejecuciones suelen concentrar más la atención del pueblo que una sola. ¿Y el segundo traidor o, mejor dicho, el tercero?

—Se trata de un mercader de telas cristiano de Sevilla, alteza.

—¿Todavía lo tenéis bajo custodia?

—Sí, alteza.

—¡Entonces ejecutadlo enseguida! ¡Ahora! Entre perros y a las puertas del campamento Ma'aqul. Ese tal Antonio ansiaba utilizar la carretera a Almería. Pues bien, ¡le concederemos su deseo! ¡Que así sea! Esto es todo. Ya podéis marcharos.

*La noche de la Ascensión de Mahoma*

Cuando el almirante Suhail salió de la habitación y entró en el patio de la alhóndiga, su aliento flotó unos instantes en el frío aire y fue brevemente iluminado por la luna, que asomó entre las nubes. Antes de dirigirse a la zona de los almacenes de seguridad, el almirante se detuvo un momento, introdujo la mano en sus ropas y sus dedos rozaron la empuñadura de la falcata del mulazim. Todavía se oía la algarabía de los ciudadanos que recorrían las calles disfrutando de los festejos de la Ascensión de Mahoma. Cuando llegó a la zona de los almacenes, la puerta se abrió un poco. El almirante vislumbró el parpadeo de la llama de una antorcha al otro lado de la puerta y un hombre le hizo señas para que entrara.

—Supongo que querréis examinar los tarros —sugirió el hombre después de cerrar la puerta.

—¿Vos sois Shahid Jalal? —preguntó el almirante.

—Así es.

—Bien, entonces sí, quiero ver los tarros.

El hombre señaló con la cabeza uno de los almacenes.

—Están en ese almacén —indicó.

Le entregó la antorcha al almirante y se inclinó para abrir la puerta. Esta crujió al abrirse y el hombre señaló el interior del almacén con un gesto.

—Está todo ahí dentro —declaró—. Vedlo vos mismo.

El almirante intentó abrir uno de los cajones de embalaje, pero la tapa no cedía, de modo que cogió la falcata y la utilizó como palanca para desclavarla. Sacó uno de los tarros de barro y, utilizando las largas uñas de su mano derecha, rasgó el sello de cera de abeja. Después introdujo un dedo en el tarro, lo mojó en la mermelada de naranjas amargas y se lo llevó a la boca. Satisfecho con la comprobación, volcó el tarro, lo sacudió y el contenido cayó sobre la tapa del cajón produciendo un ruido de succión. Después acercó la antorcha a la tapa y contempló durante unos instantes el frasco de cristal que había entre la mermelada. Incluso a la tenue luz de la antorcha, se dio cuenta de que se trataba de uno de los frascos de ámbar gris. Limpió el frasco con la mano, lo abrió y olió el contenido.

—Está todo ahí —explicó el hombre—. Si lo deseáis, podéis contar los frascos.

—No será necesario —repuso Suhail mientras se limpiaba las manos con la paja del embalaje—. Si falta alguno, os encontraré.

El hombre asintió con la cabeza.



—Entonces finalicemos la operación. Tomad, será mejor que no os la olvidéis — le advirtió mientras le tendía la falcata.

El almirante introdujo la pesada arma en su cinturón y, después de cerrar el almacén, los dos hombres volvieron al patio.

—¿Lo trasladaréis esta noche? —preguntó el hombre camino de las escaleras que había en la esquina opuesta del patio.

—Así es —contestó el almirante—. Los festejos de esta noche constituyen la única oportunidad que tengo de trasladar los cajones de embalaje sin levantar sospechas.

—Entonces será mejor que vayamos deprisa, la multitud pronto empezará a dispersarse. —Señaló la oscura entrada en arco que había al pie de las escaleras—. Mi habitación está por aquí.

Cuando el almirante atravesó el arco, una figura surgió de la oscuridad y, sin darle tiempo a reaccionar, le propinó un fuerte puñetazo en el estómago. El almirante cayó de rodillas a causa del dolor y notó que sacaban la falcata del cinturón. Lo último que vio fue el reflejo de la luna en la pesada hoja del arma antes de que le rompiera el cráneo.

*Después de la oración del alba*

—¡Ah, general Ghalib, almirante Bandar, entrad! No estaba durmiendo, solo estaba descansando los ojos.

Los dos hombres que estaban en la puerta de la sala de trabajo del visir se miraron y entraron.

El general Ghalib sonrió.

—No os preocupéis, señor, yo también necesito descansar los ojos más ahora que cuando era joven —declaró el general—. Últimamente hemos permanecido despiertos muchos días hasta altas horas de la noche y, además, aquí hace mucho calor debido al fuego. ¿Queréis que abra la ventana?

—Sí, dejemos que entre un poco de aire fresco. Después iremos juntos a las dependencias del chambelán. ¿Habéis recibido el informe de hoy, general?

—No, todavía no. Creo que están pasando muchas cosas en estos momentos y no me extraña que no pueda tener los informes a tiempo. ¿Esa es la causa de que queráis ir a verlo?

—Bueno, entre otras cosas sí, pero, ahora mismo, lo más importante es que envíe el mensaje del almirante Bandar a Almería para que registren las naves de la flota en busca del ántrax.

Hasdai sostuvo en alto una carpeta de piel roja del tipo que utilizaba el califa para comunicarse con él.

—También tengo que hablar con el chambelán respecto a esto.

—¿Se trata de la proclama del califa?

—No, se trata de un mensaje de su majestad en el que me comunica que desea reunirse conmigo nada más llegar de Medina Azahara. Supongo que desea ultimar los detalles de su proclama. En cuanto a los informes, comprendo la tardanza del chambelán, pero debo decirle que tiene que entregárnoslos a tiempo. Mirad hoy, por ejemplo. ¡No puedo reunirme con el califa sin haber leído primero el informe del chambelán!

El general y el almirante asintieron en señal de comprensión.

—Vayamos ya a sus dependencias. Y volved a cerrar la ventana, por favor.

Cuando los tres hombres entraron en las dependencias del chambelán, los secretarios se pusieron de pie, los saludaron y realizaron una reverencia. Hasdai correspondió a

su saludo con un gesto de la mano y ellos regresaron a sus tareas. El visir, el general y el almirante entraron en la sala de trabajo del chambelán.

—Buenos días, chambelán, ¿cómo estáis hoy?

Antes de contestar, el chambelán miró al almirante y se preguntó por qué estaba allí.

—Debo reconocer que en estos momentos estamos un poco desbordados. Hay muchas tareas pendientes y, como de costumbre, no dispongo del personal suficiente. Justo ahora acabo de terminar los informes para vos y el general. —Sostuvo en alto dos documentos—. Afortunadamente, no hay muchas novedades. Si hubiera ocurrido algo importante habría intentado terminarlos antes. Por favor, aceptad mis disculpas por el retraso.

—Será mejor que nos entreguéis los informes a tiempo y dejéis que seamos nosotros los que decidamos qué es y qué no es importante —dijo el general Ghalib mientras tomaba los documentos.

—Exacto —corroboró el visir, y, bajando la voz, añadió—: El almirante Bandar y yo tenemos instrucciones para vos que deben guardarse en el más absoluto de los secretos, chambelán. Vayamos a vuestro compartimento de seguridad.

Los tres hombres entraron en el compartimento y cerraron la puerta mientras Ghalib se sentaba cerca de una mesa en la que había un montón de ropa sucia y húmeda que apestaba a las aguas del río. El general se masajeó la rodilla y se preguntó qué hacía aquella ropa en las dependencias del chambelán.

Minutos después, la puerta del compartimento se abrió y los tres hombres salieron.

—En cuanto termine esta reunión, enviaré las aves mensajeras —anunció el chambelán evidentemente consternado.

—Bien —respondió el almirante Bandar, y se volvió hacia Hasdai—. Con vuestro permiso, excelencia, desearía reunirme con mis hombres para planificar la partida.

—Desde luego —contestó el visir—. Ya podéis iros.

El almirante se marchó y el chambelán dijo:

—General Ghalib, debo pedir os disculpas.

—¿Por qué? —preguntó el general.

—Tengo aquí una solicitud que ha llegado demasiado tarde para incluirla en el informe.

—¿De qué se trata?

—La madre del mulazim Haitham ha pedido veros.

El general exhaló un profundo suspiro.

—Sí, claro que la veré, de hecho, ya había pensado hacerlo. Le enviaré un mensaje para concertar una cita.

El visir se volvió hacia el chambelán.

—Bueno, creo que ya hemos terminado. A menos que se os ocurra algo más, general.

—Sí, tengo otra cuestión pendiente, señor.

El general señaló con la cabeza el montón de ropa de la mesa.

—¿Qué hace esta ropa en vuestras dependencias? —preguntó.

El chambelán miró a Hasdai, quien, simplemente, enarcó las cejas respaldando la pregunta de Ghalib.

—¡Ah, eso! —exclamó el chambelán—. No creo que sea importante.

—¡Otra vez volvéis a decidir lo que es importante y lo que no lo es! —exclamó el general—. Y, si no es importante, ¿por qué está aquí apestando vuestras dependencias?

Hasdai no pudo evitar sonreír al percibir el desasosiego del chambelán y declaró:

—Contadle al general por qué tenéis aquí esta ropa.

—Me la ha traído el cabo de la guardia de la puerta de Al Qantara. Pertenece a un hombre al que sacaron del río ayer.

—¿Se ahogó? —preguntó el general. Se puso en pie y levantó la ropa con la punta de su daga. Se apoyó en una pierna y soltó un gruñido—. La parte delantera está hecha jirones y esas son, obviamente, manchas de sangre.

—Así es —confirmó el chambelán—. Lo destriparon antes de echarlo al río.

—¿Dónde está ahora el cadáver? —preguntó Hasdai.

—Ya lo han enterrado. El guardia se ha encargado de ello.

—¿Había algo en los bolsillos?

—Solo unas tabas, unos cuantos dirhams y unas monedas de cobre.

—¿Tabas, decís?

—Exacto. Aquí están.

El chambelán cogió un cuenco de su escritorio y se lo entregó a Hasdai, quien examinó los huesos y las monedas.

—¿Se sabe quién era ese hombre? —preguntó Ghalib.

—Se trataba de un barbero llamado Bilal bin Safwan. Tenía una tienda junto al gremio de los tejedores, a la entrada del zoco de los perfumistas.

—¿El zoco de los perfumistas? —preguntó Hasdai.

—Exacto. ¿Puedo preguntar si eso es relevante?

El general miró al visir.

—Podéis preguntarlo —replicó—, pero no os lo diremos. Al menos, de momento. ¿El cabo que os trajo la ropa está hoy de guardia?

—Debería estarlo, sí —contestó el chambelán.

Ghalib y el visir volvieron a mirarse a los ojos, y Hasdai asintió con la cabeza.

—Creo que hablaré con él —comentó el general.

—Desde luego —confirmó Hasdai—, pero antes enviad un mensaje a Alí

ordenándole que se reúna con nosotros aquí más tarde. Quiero saber qué ha descubierto en el campamento, si es que ha descubierto algo.

Ghalib asintió con la cabeza.

Hasdai levantó en alto el cuenco que contenía las tabas y el dinero.

—Esto me lo llevo —le indicó al chambelán.

*La noche de la Ascensión de Mahoma*

—Tomad —le ordenó el herrero Yazid al Haddad mientras le tendía la capa del mulazim y la falcata manchada de sangre.

—¿Y qué debo hacer con esto? —preguntó el otro hombre.

Miró el cadáver y las manos le temblaron.

—No me importa lo que hagáis, simplemente, escondedlo en algún lugar —declaró Yazid.

—¿Está muerto?

—¡Claro que está muerto! —exclamó Yazid—. Ahora, moveos. ¡Deprisa!

El hombre miró alrededor con desespero. El bullicio de las abarrotadas calles crecía y oyó voces procedentes del otro extremo del patio. Envolvió la pesada arma en la capa, colocó el fardo debajo de su brazo, se dirigió a toda prisa a los establos y lo sumergió hasta el fondo de uno de los bebederos. Esperó a que la capa se empapara y quedara hundida en el fondo gracias al peso de la falcata, esparció unas cuantas hebras de paja por la superficie del agua y regresó a las escaleras.

—¿Lo habéis escondido? —preguntó Yazid.

—Mirad, no sé qué pasa aquí y...

—Bien —lo interrumpió Yazid—, porque se supone que no debéis saberlo. De eso se trata. ¿Habéis escondido la capa y el arma?

—Sí, pero si buscan en los establos las encontrarán. El único escondite que se me ha ocurrido es un bebedero.

—No os preocupéis por eso —repuso Yazid—. De hecho, espero que las encuentren.

—¿Por qué? —preguntó el hombre con los ojos desorbitados de miedo.

—Porque cuanto más tiempo dediquen a intentar averiguar cómo han llegado hasta el bebedero la capa del cadáver y la falcata que lo ha matado, más tardarán en empezar a buscarnos. —Yazid miró alrededor—. Seguidme, deprisa.

Los dos hombres corrieron hasta la entrada principal, salieron a la calle y avanzaron en sentido contrario al de la muchedumbre, que se dirigía a la puerta de la ciudad.

—¿Por qué vamos por aquí? —preguntó el otro hombre—. La puerta está en la otra dirección.

—Lo mismo que el cabo de la guardia —contestó Yazid con los dientes apretados—. Y si ve la sangre de vuestra cara, empezará a formular preguntas. ¡Esperad! —

espetó mientras sacaba una tela de su bolsillo—. Yo os la limpiaré. Tenéis varias salpicaduras de sangre.

El hombre retrocedió horrorizado al ver la sangre que Yazid le limpiaba de la cara y el cuello.

—Muy bien, ya está. Ahora, sigamos —dijo Yazid.

Los dos hombres se abrieron camino entre la multitud hasta que llegaron a un callejón que conducía a la muralla de la ciudad.

—Esperad aquí conmigo y guardad silencio.

Permanecieron en la entrada del callejón mientras un grupo de hombres que, sin lugar a dudas, habían estado bebiendo pasaron por delante de ellos tambaleándose y se alejaron lo suficiente para no oírlos.

—Ahora contadme lo que sabéis sobre lo que ha ocurrido esta noche. ¿Qué os dijeron que sucedería?

—Me ordenaron que me reuniera con un hombre en la alhóndiga. Me indicaron que querría examinar el contenido de los cajones de embalaje de uno de los almacenes y que aparecería por la puerta más lejana de la izquierda mirando hacia la entrada principal.

—¿Y después, qué?

—También me dijeron que, cuando acabara, lo llevara a mi habitación, pero vos estabais esperando a los pies de la escalera.

—¿Habéis dejado algo en vuestra habitación? —preguntó Yazid.

El hombre sacudió la cabeza.

—No. No he vuelto allí desde que me he ido para ir a jugar al ajedrez a la casa de baños.

—¿Y en la casa de baños habéis hablado con alguien?

—Sí, claro. Resulta difícil no hablar con nadie si pretendes realizar una apuesta.

—Está bien, tranquilizaos —lo calmó Yazid—. Me refiero a si os habéis presentado a alguien.

—Sí, he hecho todo lo que se me ordenó. He dicho que me llamaba Shahid Jalal y que era un mercader que estaba en la ciudad por razones de trabajo.

—Bien —declaró Yazid—. Ahora id en esa dirección. —Señaló el otro extremo del callejón, donde un camino corría paralelo a la muralla de la ciudad—. Ese camino conduce directamente a la puerta de la ciudad. Es más seguro ir por allí.

El hombre asintió y se dirigió al final del callejón.

Yazid al Haddad dio una ojeada rápida alrededor y luego lo siguió por el camino que conducía a la puerta de Al Qantara.

*Después de la oración del alba*

—¿**R**ealmente visteis lo que le pasó?

—No, señor, no lo vi —contestó el joven soldado al general Ghalib—. Estábamos a punto de intervenir para impedir que lucharan entre ellos cuando aquel marinero enorme agarró a Bilal y al otro hombre y los zarandeó hasta hacerlos entrar en razón. La verdad es que resultó bastante divertido.

—¿Quiénes ibais a intervenir? —preguntó Ghalib.

—Yo estaba de servicio en el reñidero con otro miembro de la guardia, señor. Nuestro mulazim, aquí presente, nos envió allí para evitar problemas entre la multitud.

—¿Suelen producirse problemas?

—En realidad, no. De vez en cuando, surgen disputas como consecuencia de las apuestas, pero, normalmente, se trata de riñas sin importancia. Desde que presto servicio aquí, esta es la primera vez que se ha producido una muerte relacionada con las peleas de gallos.

El mulazim se inclinó por encima de la mesa y añadió:

—General, llevo casi veinte años organizando las guardias en la puerta de Al Qantara y, cada vez que tiene lugar una pelea de gallos, lo único que hacemos es enviar a un par de hombres para que, en caso necesario, mantengan el orden. Nunca había ocurrido nada parecido en todos estos años.

—¿Qué habéis hecho respecto al asesinato? —preguntó Ghalib.

—Cuando se descubrió el cadáver, organicé la búsqueda del comerciante con el que Bilal había discutido.

—¿Lo encontrasteis?

—Desde luego —contestó el mulazim—. En realidad fue muy fácil. Nos dirigimos al zoco y el guardia aquí presente lo identificó.

—¿Cómo sabíais dónde buscarlo?

—Empezamos en la barbería de Bilal y nos encaminamos al gremio de los tejedores. El comerciante tiene una tienda de ropa a unos cuatro puestos del de Bilal.

—¿Entonces, no intentó huir de la ciudad?

—Por lo visto, no.

—¿Ha confesado el asesinato?

El mulazim soltó una risotada.

—No, pero nunca lo hacen, ¿no? Él jura que no lo hizo y que nunca lleva un



cuchillo encima.

—¿Qué opináis vos, soldado?

—Bueno, él parece el asesino obvio —repuso el joven soldado—. Por lo que yo sé, nadie más quería matar a Bilal, y el comerciante parecía estar muy enfadado con él.

—¿Sabéis por qué estaba enfadado?

—No. Cuando el marinero los soltó, se escabulleron entre la multitud y no volví a ver a Bilal hasta que sacamos su cuerpo del río.

—¿Preguntasteis al comerciante por qué estaba enfadado?

El soldado negó con la cabeza.

—No, señor, no se lo preguntamos.

—¿Dónde está ahora? —preguntó el general Ghalib.

—Está en las celdas de los barracones —contestó el mulazim—. ¿Puedo preguntaros por qué estáis interesados en él, señor? ¿Creéis que esto tiene algo que ver con los otros asesinatos que estáis investigando?

—Aparentemente, no —respondió Ghalib—. Esto solo parece una discusión entre dos comerciantes que se les ha escapado de las manos, pero no hagáis nada con ese hombre hasta recibir órdenes mías. Es posible que quiera interrogarlo más tarde. ¿Está claro?

El general se dispuso a irse del cuartel.

—Sí, señor —contestó el mulazim—. Os acompañaré a la salida.

*Antes de la oración de mediodía*

Hasdai ben Shaprut miró fijamente el libro de registro encuadernado en piel de color pardo de Al Mursi. Dejó el *tasbih* sobre su escritorio y colocó los dedos sobre las marcas de tinta que había dejado el general Ghalib. Después, volteó el libro y deslizó las yemas de los dedos por la huella del pulgar del general. Se frotó los ojos con los nudillos, se levantó y se dirigió a la ventana.

Una vez allí, se arremangó la manga izquierda y colocó el antebrazo a contraluz. Deslizó lentamente las uñas de su mano derecha por el interior de su antebrazo y examinó las marcas blancas que habían dejado sobre su piel. A continuación, rodeó su antebrazo con la mano derecha y apretó con fuerza. Una vez más, examinó las marcas que habían dejado sus dedos. Cerró los ojos y se frotó la nuca mientras regresaba junto a su escritorio.

—¡Entrad! —exclamó cuando el guardia del corredor llamó a la puerta.

—Excelencia, sé que estáis esperando al general Ghalib, pero uno de los marinos del almirante ha pedido veros. Lleva esperando un buen rato.

—Hacedlo entrar —indicó el visir.

El guardia realizó una reverencia y se apartó a un lado para dejar paso al marino.

—Sentaos, por favor —pidió Hasdai señalando el taburete que había frente a su escritorio.

El joven marino asintió y se sentó delante del visir.

—¿Sobre qué queréis hablar conmigo? —preguntó Hasdai mientras agarraba el *tasbih*.

El marino miró alrededor antes de responder.

—Quería hablar con vos acerca del almirante —contestó finalmente.

—Comprendo —declaró Hasdai—. ¿Os referís al almirante Suhail?

El joven marino asintió.

—Sí, excelencia. —Retorció el turbante entre sus dedos y bajó la mirada hacia el suelo antes de continuar—. He estado pensando en lo que nos habéis dicho antes.

Hasdai deslizó las cuentas por la cadena de plata.

—Siento que tuvierais que oírlo. ¿Hay algo concreto de lo que queráis hablar?

El marino respiró hondo.

—Habría seguido a aquel hombre hasta la muerte —declaró—. No puedo creer que estuviera implicado en un complot para liberar ántrax en las naves de la flota.

—Como os he explicado durante la reunión, soy consciente de que no debe de

resultaros fácil oír algo así de vuestro almirante —lo consoló Hasdai.

—Disculpadme, excelencia, pero no creo que seáis consciente de ello —replicó el marino con los ojos llenos de lágrimas. Bajó la cabeza hacia el suelo unos segundos y continuó—: El almirante al que yo conocía no era un traidor ni un ladrón. Todo este asunto del ámbar gris no tiene sentido. No encaja en absoluto con su carácter.

Hasdai dejó el *tasbih* sobre el escritorio, abrió un cajón y sacó una botella de cerámica. Sirvió un vaso de *arak* y se lo tendió al marino.

—Gracias, señor —contestó el joven antes de beber un sorbo de *arak*—. El día antes del asesinato lo oí discutir.

—¿Con quién? —preguntó Hasdai.

El marino sacudió la cabeza.

—Ese es el problema. No estoy seguro.

—¿Sabéis con seguridad que se trataba del almirante?

El marino bebió otro sorbo de *arak* y asintió.

—Habíamos acabado las clases y yo regresaba a mi habitación en el Alcázar cuando me di cuenta de que me había olvidado uno de los libros. Estábamos llegando al final de la formación y quería estudiar más a fondo las cartas náuticas que habíamos visto aquel día.

—De modo que regresasteis a la madraza.

—Sí, señor. Cuando llegué a la clase, oí la voz del almirante. Estaba muy enfadado.

—¿Qué decía?

—Gritaba. Yo nunca lo había oído gritar con tanta rabia antes.

—¿A quién le gritaba? ¿A uno de los marinos?

El joven se encogió de hombros.

—Sinceramente, no lo sé. La verdad es que solo oí con claridad la voz del almirante.

—¿Y qué oísteis?

El marino terminó el resto de *arak*.

—El almirante hablaba del ámbar gris. Decía que llevaba mucho tiempo encajando las piezas y que ya estaba preparado.

—¿Preparado para qué?

—No lo sé, señor.

El visir miró fijamente al marino durante unos segundos.

—¿Qué ocurrió después?

—Oí unos pasos en el interior del aula que se dirigían a la puerta. Yo no quería que el almirante supiera que los estaba escuchando, así que di media vuelta y me marché. Entonces regresé al Alcázar.

—¿Más tarde volvisteis a la madraza? —preguntó Hasdai.

El marino sacudió la cabeza.

—No, señor, poco después, un oficial de la guardia me indicó que debía permanecer en mi habitación hasta el amanecer. Me explicó que solo podíamos abandonar nuestras dependencias para asistir a las clases y que la orden procedía del almirante.

Hasdai lanzó una ojeada al libro de registro manchado de tinta y luego miró al joven a los ojos.

—¿Por qué me contáis esto? —preguntó finalmente Hasdai.

El marino se secó la boca.

—Les conté lo que oí al almirante Bandar y a su lugarteniente Siraj.

—¿Cuándo? —preguntó Hasdai.

—Ayer, en la tetería.

—¿Y cómo reaccionaron?

—Me ordenaron que no dijera nada. Querían proteger la reputación del almirante y no querían que el resto de los hombres supieran lo que yo había oído. Les preocupaba que afectara a la moral de la flota.

—¿Y por qué me lo contáis a mí ahora? —insistió Hasdai—. Si vuestro almirante os ha dado una orden, ¿por qué no la cumplís?

El marino se miró las manos durante unos segundos y luego levantó la cabeza.

—No estoy seguro, señor, pero creo que la discusión que oí era entre el almirante Suhail y Bandar. Si tengo razón y lo que nos habéis contado antes acerca del complot del ámbar gris es cierto, me preocupa que Bandar también esté implicado.

Hasdai ben Shaprut miró fijamente al marino, agarró el *tasbih* y deslizó las cuentas por la cadena. Mientras los dos hombres permanecían en silencio, alguien llamó a la puerta.

—¿Sí? —gritó Hasdai.

La puerta se abrió.

—Excelencia, el general Ghalib y Alí están aquí y solicitan veros —anunció el guardia.

—Ordenadles que esperen —declaró Hasdai. Y se volvió al marino—. Gracias por vuestra información. Os estoy muy agradecido. Lo que me habéis contado puede ser muy importante. Ahora lo mejor que podéis hacer es regresar a vuestros aposentos y descansar. Tenéis una gran tarea por delante.

El marino se puso de pie.

—Gracias, excelencia.

Mientras miraba cómo el marino salía de la habitación, Hasdai apretó con fuerza el *tasbih* en la mano. Resistió el impulso de servirse un vaso de *arak*, llamó al guardia para que hiciera entrar al general Ghalib y a Alí, y se acercó a la ventana.

*Después de la oración de mediodía*

El porteador avanzaba penosamente pero sin detenerse por el abarrotado zoco de la metalurgia.

—¡Abrid paso! ¡Cuidad vuestras espaldas! ¡Cuidad vuestras espaldas! ¡Abrid paso! —gritaba mientras caminaba.

De los extremos de la percha que llevaba sobre los hombros colgaban sendos cestos llenos de martillos, cadenas de hierro y hoces. Los trabajadores del zoco se hacían a un lado para esquivar los oscilantes cestos mientras el porteador se abría paso por las claustrofóbicas callejuelas cubiertas de carbonilla. Un olor a azufre flotaba en el aire y el siseo burbujeante que producía el metal incandescente al ser sumergido en las cubas de agua se mezclaba con el incesante y estridente golpeteo de los martillos contra los yunques.

—¡Silencio! —exclamó el hombre del albornoz de lana negra cuando el porteador pasaba por delante de la cortina de tela de arpillera de la entrada. Agarró a Yazid al Haddad por el hombro y lo empujó hacia el fondo de la tienda—. ¡Callaos y entrad en el patio! Allí nadie nos oirá.

Los dos hombres entraron en el recinto al aire libre que se encontraba al fondo de la tienda y donde estaba la forja. Allí seguro que ningún viandante podría oírlos.

—¿Tenéis idea del tiempo que llevamos planeando esto? —preguntó el hombre del albornoz mientras se quitaba la capucha.

El aprendiz de Yazid, que estaba detrás de la cuba, se apretujó contra el suelo. Cuando su patrón y el hombre del albornoz entraron en el patio no lo vieron, y ahora no iba a dejarse ver. Se quedó tan quieto como pudo, esforzándose en dominar su respiración mientras el corazón le martilleaba las costillas. Oyó que Yazid contestaba despacio y deliberadamente.

—Sí, creo que tengo una ligera idea. Y he hecho todo lo que me habéis pedido. ¡Todo! ¿Me oís? He cumplido todos los encargos que me habéis enviado a través del muchacho mendigo. El almirante..., el hombre de la alhóndiga que fingía ser vos..., Bilal el barbero, quien me ayudó a trasladar los cajones a la alhóndiga... ¡Me he encargado de todos ellos!

—¿Y ahora, después de todo esto, cuando estamos tan cerca del final queréis retiraros?

Yazid asintió y cogió un martillo que estaba encima del yunque.

—Ya no podemos hacer nada más. Nasim y Antonio están muertos, o como si lo

estuvieran. Todas las pruebas indican que el trato salió mal y, cuando el califa se dirija al pueblo mañana, vos estaréis a salvo lejos de Córdoba. Todos creerán que el culpable es el almirante. —Se secó la boca con el dorso de la mano—. Así que, efectivamente, quiero retirarme. Quiero mi dinero y no volver a formar parte de esta trama. No quiero acabar como Antonio, clavado a un madero en la carretera que conduce a Almería.

El hombre del albornoz lanzó una mirada airada a Yazid que duró lo bastante para que el herrero apartara la suya. Yazid volvió a dejar el martillo en el yunque.

—Me prometisteis que cuidaríais de mí —declaró volviendo a mirar al hombre del albornoz negro.

—Y lo dije de verdad —replicó este—. Al fin y al cabo, somos familia.

Yazid se frotó la nuca con la mano derecha, la que carecía de pulgar.

—Sí, supongo que lo somos.

—¿Os acordáis de dos años atrás, cuando aquel grupo de bagdadís se escapó de la prisión del Alcázar? Había soldados por toda la campiña buscándolos, pero fuisteis vos, Yazid, quien encontrasteis una ruta segura para que yo pudiera venir a Córdoba.

Yazid asintió y levantó la mirada.

—Sí, me acuerdo de eso.

—Y cuando el califa impuso restricciones para el traslado de ciertas mercancías, fuisteis vos quien me consiguió un puesto en el campamento Ma'aql. Y yo no he olvidado nada de eso. Sois mi primo e hicimos un trato.

Yazid esbozó una débil sonrisa.

—¿Quiere eso decir que os ocuparéis de mí?

—¡Oh, sí, Yazid, me ocuparé muy bien de vos!

Desde su escondite, detrás de la cuba de agua, el aprendiz de Yazid oyó el tintineo que produjo el martillo al rozar el yunque cuando el hombre del albornoz de lana lo agarró. Después oyó que su patrón gritaba, «¡No!» y, a continuación, conforme el hombre golpeaba una y otra vez la cabeza de Yazid con el martillo, oyó tres crujidos espeluznantes, como los que produce un melón al ser partido con un hacha.

El aprendiz contuvo el aliento durante lo que le pareció una eternidad. Oyó el soplido que soltó Shahid Jalal al levantar el martillo por encima de su hombro y un último crujido cuando lo hundió con fuerza en el cráneo del herrero.

El muchacho se quedó paralizado y aterrorizado mientras Shahid Jalal jadeaba y se enderezaba.

—Te dije que me ocuparía de ti —masculló Shahid.

Se cubrió la cabeza con la capucha hasta los ojos, atravesó el patio y la tienda, y salió a la callejuela.

### *Después de la oración de mediodía*

Hasdai ben Shaprut contemplaba el patio desde la ventana.

Alí y el general Ghalib, que estaban sentados frente a su escritorio, sabían que no debían interrumpirlo cuando estaba de aquel talante. Al final, Hasdai introdujo el *tasbih* en uno de los bolsillos de su túnica y se volvió hacia los dos hombres.

—¿Entonces, general, habéis encontrado a quien mató a ese tal Bilal? Se trataba de un barbero, ¿no es así?

—Exacto, señor. La barbería está junto al gremio de los vendedores de ropa, a la entrada del zoco de los perfumistas.

Mientras hablaba, el general volvió la rodilla hacia el calor del fuego y se la frotó para aliviar el dolor. Normalmente, le encantaba sentarse junto a la chimenea de la sala de trabajo del visir. La forma cóncava del fondo de la chimenea reflejaba el calor hacia la habitación y despedía un olor a resina de pino que, aquel día, se mezclaba con el de cardamomo y té de menta que habían estado bebiendo, aunque, en general, el visir y él solían hablar de cosas más placenteras que de asesinatos.

—Los guardias están convencidos de que el hombre al que han detenido es el asesino. Por lo visto, se pelearon cerca del reñidero y ese hombre, un comerciante, mató al barbero.

—¿El comerciante ha confesado el crimen?

—No, lo niega por completo, pero los guardias están seguros de que fue él.

—¿Disponen de algún testigo?

—No, señor, pero uno de los guardias lo vio discutiendo acaloradamente con Bilal antes de la pelea de gallos.

—Algo no encaja —declaró Hasdai—. ¿Habéis interrogado al comerciante?

—No he tenido tiempo, señor, porque me habéis mandado llamar. ¿Queréis que vaya ahora a interrogarlo? He ordenado a los guardias que no hagan nada con él hasta que yo les diga lo que deben hacer.

—Sí, creo que es necesario que lo interroguéis. Hay algo en todo este asunto que no acabo de entender.

—¿Qué os hace dudar?

—¿Os acordáis de cuando estábamos en las dependencias del chambelán y tomé el contenido de los bolsillos de Bilal?

—Sí, señor. Me pregunté para qué queríais aquellos objetos.

Hasdai se sentó a su escritorio y cogió dos tabas. Eran suaves al tacto y tenían una

tonalidad marrón oscura que les había conferido el paso del tiempo.

Le tendió una a Ghalib.

—Examinadla con atención.

—¿Qué debo buscar exactamente? —preguntó el general—. Solo se trata de una taba vieja.

—Exacto —contestó Hasdai—, pero si observáis este borde —sostuvo en alto la otra taba y señaló un punto—, veréis una muesca que fue realizada, probablemente, con una lima.

—¡Ah, sí! —exclamó Ghalib—. Ya la veo. ¿Pero qué relevancia tiene?

—La relevancia consiste en que todas las tabas de Yusuf, el dueño de la casa de baños, están marcadas con la misma muesca. —Hasdai abrió un cajón—. Mirad —indicó tendiendo al general dos tabas más—. Estas las cogí ayer por la mañana de su casa de baños. Son idénticas y tienen la misma hendidura que esta otra. Yusuf solo permite que se juegue con sus tabas en su casa de baños. De este modo se asegura de que nadie haya añadido peso alguno a uno de sus lados o hayan sido manipuladas de ninguna otra forma. Por consiguiente, Bilal ha estado jugando en la casa de baños de Yusuf, lo que significa que puede haber una conexión entre su asesinato y el del almirante.

—¿Pero esto adónde nos conduce? —preguntó Ghalib—. Además, ya habéis dado al príncipe vuestra versión de lo que ocurrió.

—Lo sé, general, pero todavía hay algo en todo esto que no me gusta. No sé si nos conducirá a alguna parte..., pero si el comerciante que está detenido, efectivamente, asesinó a Bilal, es posible que también tuviera algo que ver con los otros asesinatos.

—Pero, señor... —empezó Ghalib.

Hasdai levantó una mano para interrumpirlo.

—Ya sé lo que vais a decir, pero antes quiero enseñaros algo.

Cogió el libro de registro de Al Mursi, que estaba encima de su escritorio, lo sostuvo en alto y señaló con él las manos de Ghalib.

—Vuestros dedos todavía están manchados de tinta. —Sonrió al general—. Parecéis un niño que acaba de llegar a su casa después de clase. ¿Qué ocurrió? Porque las huellas de los dedos son vuestras, ¿no?

Ghalib dejó la taza de té, se frotó la rodilla y le devolvió la sonrisa al visir.

—Sí que lo son. Volqué el tintero sobre el escritorio del secretario de Al Mursi. ¡La verdad es que causé un auténtico desbarajuste! Aunque no puedo decir que lo lamente. Limpiar todo aquel desaguisado le dará a aquella rata algo útil que hacer.

Hasdai volvió a dejar el libro en el escritorio, sacó el *tasbih* de su bolsillo y miró fijamente y durante largo rato las huellas de los pulgares del general en la cubierta de la clara piel del libro.



Los leños cedieron, se asentaron en el suelo de la chimenea y el fuego chisporroteó con fuerza.

—¿Echo más leña al fuego? —preguntó Ghalib.

Hasdai estaba absorto en sus pensamientos.

—¿Disculpad? —preguntó finalmente—. ¿Qué habéis dicho?

—Que si pongo más leña... al fuego —repitió Ghalib.

—Lo siento. Sí, hacedlo. Veréis, antes, cuando estaba aquí solo, me he dado cuenta de algo relacionado con las marcas de este libro.

—Como os he explicado, se trata solo de tinta —contestó Ghalib mientras cogía unos leños de un cesto y los incorporaba al fuego de la chimenea.

Alí observó atentamente al visir.

—Estas son las huellas de vuestros pulgares —explicó Hasdai.

—Exacto y, si volvéis el libro, veréis una imagen exacta de mis otros dedos —comentó el general, quien no tenía ni idea de por qué estaban manteniendo aquella conversación ni adonde conducía. Soltó una carcajada—. ¡Menudo estropicio causé!

—¿Os acordáis de las muchachas con las que hablamos en la alhóndiga? Una de ellas tenía marcas en los brazos.

—¿A la que el almirante había arañado con las uñas?

—Sí, la misma. Ella también tenía la señal exacta de unos dedos en las muñecas. Iguales que las vuestras en el libro: un pulgar en uno de los lados y los otros cuatro dedos en el otro lado.

—Sí que recuerdo haber visto esas marcas. Claro que no resulta extraño si el hombre que la agarró por los brazos tenía cierta fuerza.

—Exacto —corroboró Hasdai mirando a Ghalib a los ojos—. Esto es lo que me preocupaba, y esta mañana creo que lo he resuelto.

—¿El qué? —preguntó el general.

—¡Lo del cadáver de Shahid Jalal!

—¿Qué pasa con su cadáver?

—A Jalal lo estrangularon.

—Así es —contestó Ghalib.

—Pensad en ello —indicó Hasdai—. Si quisierais estrangularme con las manos, ¿cómo lo haríais? Levantaos y acercaos a mí.

Alí miró al general, quien gruñó al poner el peso en su pierna herida y se acercó al visir con las manos abiertas, como si quisiera estrangularlo.

—¡Exacto! —exclamó Hasdai—. ¡Mirad! Utilizaríais ambas manos y vuestros pulgares dejarían su huella en mi cuello, uno a cada lado. En el cuello de Shahid Jalal solo había una huella de pulgar en el lado izquierdo, de modo que el asesino solo utilizó una mano, la izquierda, para estrangularlo. Creo que estamos buscando a un asesino sin pulgar en la mano derecha. Y tiene que tratarse de alguien realmente

fuerte para que pueda sujetar a su víctima con una sola mano y apretar hasta matarla.

—Bien —comentó Ghalib—, lo que decís tiene sentido.

—Y hay algo más —continuó el visir—. Quizás haya otra conexión con las apuestas que se realizan en la casa de baños de Yusuf. —Hasdai volvió a coger las tabas del escritorio—. Cuando estuve allí, Yusuf me contó que, antes de comprar los baños, los jugadores solían apostar uno de sus pulgares contra la paga de todo un año y también me contó que, actualmente, esas personas apuestan grandes sumas de dinero en las peleas de gallos. Así que podría ser que el asesinato del barbero y el del almirante estén relacionados.

—Señor, ¿estáis sugiriendo que deberíamos buscar a un hombre con un solo pulgar? —preguntó el general.

—Eso no es tan extraño como parece —intervino Alí—. Ayer mismo por la noche, en la tetería Al Bisharah, vi a un herrero que tenía un solo pulgar. Y, ciertamente, parecía lo bastante fuerte para realizar lo que el visir acaba de describir.

El general Ghalib suspiró y se atusó el bigote.

—¿Queréis que busque a ese herrero, señor? —preguntó.

—Todavía no —repuso Hasdai—. Primero quiero oír vuestro informe acerca del campamento Ma'aqul, Alí.

Mientras el espía hablaba, el visir hizo correr las cuentas por la cadena.

—Estoy convencido de que la suposición del general es acertada, excelencia. Si el almirante planeaba transportar ámbar gris de Córdoba a Almería, podría haberlo hecho a través del campamento. Allí disponen de camellos para transportar los pesados equipos militares y de mulas para la comida y otras provisiones. El ámbar gris podría haberse enviado en una caravana de mulas haciendo constar en el manifiesto que se trataba de tarros de mermelada.

Hasdai y el general Ghalib lo escuchaban atentamente.

—Las caravanas de mulas están formadas por ochenta animales y solo los dos de delante y los dos del final están marcados. Los otros van, simplemente, atados unos a otros. Se forman las caravanas y se conducen a las plataformas de carga situadas junto a la entrada norte, la cual comunica directamente con la carretera de Almería. Una vez en las plataformas, se anotan las letras y números de las marcas y las mercancías que les son asignadas, y luego se cargan los animales. Ayer me enseñaron cómo funcionaba todo el proceso, pero también descubrí algo interesante.

—¿De qué se trata? —preguntó el general.

—Las caravanas de mulas están formadas por ochenta animales, pero una tenía cuatro mulas más.

—Quizá las querían para transportar un excedente o por si alguna mula había llegado cojeando y no podía continuar el viaje. No me parece tan extraño que el comisario de guerra quisiera contar con animales de más.

—Sí, señor, lo comprendo —repuso Alí—, pero hay algo muy extraño en este asunto.

—¿De qué se trata? —preguntó Hasdai.

—Bueno, en primer lugar, si los animales eran para reemplazar a los que llegaran enfermos o heridos, los habrían devuelto, porque todos estaban sanos. Además, hay escasez de alimento para las bestias de carga y cualquier animal adicional implica más gastos para el comisario de guerra.

—¿Y qué más? —preguntó Ghalib.

Alí se volvió hacia el general.

—En segundo lugar, las cuatro mulas sobrantes no figuran en el manifiesto de mañana ni en el apéndice de animales de reserva. Entonces cotejé los almacenes con el manifiesto y encontré algo que debéis saber.

Ghalib miró al visir y este le indicó a Alí que continuara con un gesto de la mano mientras deslizaba las cuentas por la cadena con la otra.

Alí se secó la boca con el dorso de la mano.

—En los almacenes encontré un envío de mermelada de naranjas amargas que no estaba asignado a ninguna de las caravanas.

Ghalib miró de nuevo al visir, quien volvió a dejar el *tasbih* en el escritorio.

—Continuad —lo acució Hasdai.

—Señor, el asesinato del almirante no es ningún secreto y, debido a las teterías, tampoco lo es el descubrimiento del cadáver de Jalal. Por otro lado, ahora sabemos que el almirante y Jalal, los dos muertos, eran, probablemente, los dos agentes principales de la banda de contrabandistas. Por otra parte, antes he visto que han ajusticiado a Antonio entre dos perros a la entrada del campamento Ma'aqul, de modo que es probable que en estos momentos él también esté muerto...

—Eso espero por su bien —murmuró Ghalib.

—Dejad que Alí termine, general —lo amonestó Hasdai.

—Estamos suponiendo que, al menos aquí en Córdoba, el almirante, Shahid Jalal y los dos agentes son los únicos implicados en la trama de contrabando. Parecemos dar por supuesto que no hay nadie más involucrado, pero ¿y si no fuera ese el caso? ¿Y si hubiera más gente implicada? Sé que el ámbar gris que planeaban sacar de contrabando utilizando las mulas adicionales está en vuestras manos. Sin embargo, lo que resulta extraño es que, a pesar de que todos esos hombres están muertos...

—¡Alguien sigue coordinando la operación! —exclamó Hasdai.

Alí asintió.

—Exacto, señor. Y, puesto que vos tenéis el ámbar gris, ¿qué esperan transportar en esas mulas adicionales?

—¿Recordáis lo que Nasim nos contó acerca del ámbar gris, excelencia? —preguntó el general.

Hasdai asintió con la cabeza.

—Sí, lo recuerdo. Nos contó que el ámbar gris del almacén solo constituía una parte del envío. Yo había deducido que el resto ya se encontraba en la flota y que esta era la última entrega.

El visir volvió a coger el *tasbih* y se sentó unos instantes mientras intentaba extraer una conclusión del razonamiento de Alí.

—General —dijo finalmente.

—¿Sí, señor?

—Me pregunto si no habremos analizado lo ocurrido desde una perspectiva equivocada.

—¿A qué os referís, señor?

—Todavía no estoy completamente seguro —respondió el visir—. Tengo que estudiarlo a fondo. Me alegro de que todavía dispongamos de algo de tiempo antes de la celebración del califa de esta noche. Alí, ¿sabéis quién es ese herrero?

—No, señor, pero puedo averiguarlo fácilmente. Ayer por la noche organizó tal barullo en la tetería que más de uno se acordará de él, y Simón, el propietario, probablemente sabrá dónde puedo encontrarlo.

—Bien —contestó Hasdai—. Ahora, general Ghalib, id a interrogar al comerciante que está en la prisión. Sonsacadle toda la información que podáis acerca de Bilal y reuníos aquí conmigo y con Alí después de la oración. Pero antes enviad a otro de vuestros hombres a la alhóndiga, alguien en quien confiéis absolutamente y que no haya estado allí antes para que no lo reconozcan en caso de que alguien esté vigilando el lugar. Ordenadle que se vista como uno de los trabajadores de la alhóndiga y que registre los almacenes meticulosamente.

El visir cerró los ojos y, mientras deslizaba las cuentas por la cadena, recordó lo que el joven marino le había contado anteriormente.

—Si Alí tiene razón y todavía hay más personas involucradas en la trama, estas saben más de lo que nosotros sabemos. Quiero averiguar qué hay exactamente en los almacenes.

Hasdai contempló el fuego unos instantes y continuó:

—Regresad los dos aquí en cuanto hayáis realizado las tareas que os he encomendado. Tengo la impresión de que esta noche todavía tenemos mucho que hacer, pero quiero estar absolutamente seguro antes de decir nada más.

***Después de la oración de mediodía***

— **V**aya, ¿así que, después de todo, habéis conseguido venir a casa a cenar?

—Sí —contestó Yanus.

Colgó su manto en un perchero y se sentó en un taburete bajo junto a la chimenea de ladrillo, en la que había dos ollas de arcilla. El contenido burbujeaba y el vapor levantaba la tapa de una de ellas produciendo un golpeteo rítmico.

—Tengo hambre. ¿Qué tenemos hoy para cenar?

Yanus se frotó las manos al calor del fuego, cogió un trapo, se inclinó hacia delante y levantó la tapa de una de las ollas. Echó el vapor hacia su cara sacudiendo la otra mano e inhaló el olor del jugo de la carne aromatizado con pimienta, lavanda y canela que escapaba de la olla.

—¡Humm, *jimliyya*! ¡Me encanta este estofado!

—Bueno, solo tenéis que esperar hasta que esté listo. Pasadme la jarra de *murri*.

Yanus sonrió a su hija y le tendió la acida salsa. Recordaba la receta de su esposa paso a paso y le enseñó a Miriam a mazar las migas de pan tostadas, mezclarlas con la miel y el membrillo e incorporar las nueces saladas, el hinojo secado al calor del fuego, el apio y las cebollas germinadas. Ella la preparaba exactamente igual que su madre.

—No voy a poner huevos en el estofado —comentó Miriam mientras vertía la aromática salsa en la olla a cucharadas.

—¿Por qué no? —preguntó su padre.

Ella interrumpió lo que estaba haciendo y señaló a su padre con la cuchara de madera.

—¡Porque vos os habéis olvidado de comprarlos! —exclamó.

—¡Vaya, lo siento! —se disculpó Yanus—. Pero no puedes culparme. Están pasando muchas cosas en este momento.

—¿Habéis hablado con Hasdai recientemente?

—No, no he tenido la oportunidad de hacerlo. Está muy ocupado preparándolo todo antes de la llegada del califa.

—¿Y qué hace el general Ghalib?

—Pasa la mayor parte del tiempo con Hasdai. Con todos los asesinatos que se han producido últimamente, tienen mucho en lo que pensar. La cojera de Ghalib parece estar empeorando. No me extrañaría que sintiera dolor constantemente.

—Por la forma en que el príncipe los hace ir de un lado a otro y a toda prisa, no

me sorprendería que esté empeorando. Creo que el general es demasiado mayor para hacer lo que hace.

—No me gustaría ser la persona encargada de decírselo —comentó Yanus—. El príncipe Hakam es el único que puede decirle cuándo es el momento de que se retire.

—No demuestra tener mucha compasión, ¿no creéis?

—¿Quién, el príncipe? No, la verdad es que no. Supongo que ya sabes que la ejecución se ha llevado a cabo.

Miriam se estremeció.

—Horrible... Horrible —murmuró—. Sí, ya lo he oído. Esto lo único que hace es reforzar la reputación de Hakam.

—Bueno, aquel hombre quebrantó la ley y supongo que, como príncipe heredero, Hakam tiene que mantener el orden de alguna manera.

—Lo que en realidad me preocupa es la reputación que ya se ha labrado.

—¿El príncipe Hakam?

—Sí.

—¿A qué te refieres?

—Ha ordenado que mi alumna, Lubna, empiece a trabajar en su secretaría.

—Pero eso es bueno para ti, ¿no? —preguntó Yanus.

—No estoy preocupada por mí —contestó Miriam—, sino por ella.

—Lubna está muy capacitada para realizar esa función.

—Lo sé, pero espero que él la deje tranquila.

Yanus sonrió de medio lado.

—Yo no me preocuparía por eso, aunque si ella fuera un atractivo joven de dieciocho años, sí que estaría en peligro.

—Supongo que sí —corroboró Miriam—. Es solo que me cuesta aceptar la propensión a la crueldad del príncipe.

—Será mejor que nadie te oiga hablar así de él —advirtió Yanus—. Puede que tengas razón, pero ni siquiera Hasdai podría ayudarte si alguien se enterara de lo que piensas. Por cierto, ¿cuándo volverás a ver a Hasdai?

—La última vez que hablé con él me dijo que seguramente podrá visitarnos en cuanto los marinos hayan partido hacia Almería.

—Espero que así sea. Me encanta veros a los dos juntos.

—Humm... —murmuró Miriam—. Me pregunto cómo acabará todo esto.

***Después de la oración de mediodía***

—¡Que Dios destruya vuestra casa! ¡Escoria! —gritaba Ghalib una y otra vez a pleno pulmón.

El joven soldado, que estaba claramente aterrado, contempló cómo el general de la guardia del califa se retorcía de dolor en el suelo embaldosado del cuarto de guardia. La espada y la daga del general chocaban contra las baldosas del suelo acrecentando el estruendo. El general sacudió la pierna, y su pie golpeó la pata de una mesa lanzando tazas y jarras de agua contra el suelo.

La puerta se abrió de golpe y el arráez de la guardia entró a toda prisa con la mano apoyada en la empuñadura de su espada.

—¿Qué demonios ocurre aquí? —gritó antes de reconocer a su superior.

Ghalib estaba ahora hecho un ovillo entre el montón de pedazos de loza y se abrazaba la rodilla derecha gimoteando como un perro al que estuvieran azotando.

—¡Señor...! ¡Señor...! ¡Se trata del general, señor!

—*I Alá!* —exclamó el arráez—. Eso ya lo veo, pero en el nombre de Dios, ¿qué le has hecho?

—Nada, señor. Él estaba detrás de la puerta cuando he entrado. La he abierto deprisa y creo que le he golpeado la pierna.

—¡Ve enseguida a las dependencias médicas! y pide que te den un frasco de corteza de sauce y tintura de jugo de amapola. Y trae también una botella de *arak*, agua muy fría y unos trapos limpios.

El arráez se arrodilló junto a Ghalib y lo agarró suavemente de los hombros.

—General Ghalib, señor, soy yo, el arráez Hussein —declaró con calma—. Sé lo que os ocurre y he ordenado que os traigan algo para el dolor. No tardarán en traerlo.

—Ya podéis dejar de disculparos, joven —declaró Ghalib ojeroso y con la mirada turbia debido a la combinación de los medicamentos y el *arak*—. Si, durante un solo segundo, creyera que lo habíais hecho deliberadamente, ya estaríais muerto. Acercaos y tomad un trago conmigo.

El general consiguió esbozar una media sonrisa que no ayudó a levantar el ánimo del desdichado soldado que estaba sentado frente a él. El joven tomó el vaso de *arak* con mano temblorosa y lo vació de un solo trago.

—El arráez Hussein estaba conmigo en la frontera norte cuando la punta de la

lanza se hizo añicos en mi rodilla. Aunque entonces todavía no habíais sido ascendido a arráez, ¿no, Hussein?

Ghalib quitó los trapos húmedos de su rodilla y los dejó en un banco que tenía al lado.

—No, señor, entonces no era mucho mayor que el soldado Suleiman, aquí presente. Aquella fue una campaña realmente dura.

Los tres hombres permanecieron en silencio unos instantes y Hussein añadió:

—Señor, ¿puedo preguntaros por qué habéis venido? No visitáis las celdas con frecuencia.

—Gracias a Dios, no. He venido para interrogar al hombre que está detenido por el asesinato de la pelea de gallos.

—¿El comerciante?

—Exacto.

El arráez se volvió hacia Suleiman.

—Sabes de quién se trata, ¿no?

—Sí, señor.

—Ve a buscarlo y después déjanos a solas con él —ordenó Ghalib.

Cuando volvieron a llevarse al comerciante a su celda, Ghalib se dirigió al arráez Hussein.

—¿Qué opináis? —le preguntó.

—No creo que lo hiciera él, señor. Uno solo tiene que mirarlo para darse cuenta de que no tiene el coraje que se necesita para hacer lo que le hicieron a Bilal.

—Creo que tenéis razón —corroboró el general—. La discusión que mantuvo con Bilal no fue realmente importante. Fue lo bastante seria para pegarse con él, pero no tanto como para matarlo. Creo que se enojó al ver a Bilal divirtiéndose con lo que él consideraba su dinero. Si el marino no los hubiera separado, podrían haber intercambiado unos cuantos tortazos, pero eso habría sido todo.

—¿Creéis lo que ha dicho respecto a que había visto a alguien meterse entre los arbustos con Bilal?

—Sí, sí que lo creo. Y también creo lo que ha dicho acerca de que estaba demasiado asustado cuando los guardias lo arrestaron para mencionar ese hecho. Evidentemente, se trata de un hombre tímido que se vio empujado a una confrontación cuando vio a Bilal en el reñidero. Estoy casi seguro de que no mató a Bilal. Además, nunca se había metido en problemas hasta ahora.

—En ese caso, señor, ¿qué queréis que hagamos con él? —preguntó Hussein.

—De momento será mejor mantenerlo aquí. Al menos así sabremos dónde está. Ahora debo regresar al Alcázar para hablar con el visir.

—¿Cómo está vuestra rodilla, señor? ¿Podréis ir caminando hasta allí? Si os sirve



de ayuda, podría conseguir el palo de una lanza para que lo utilizarais como bastón.

Por la mirada que le lanzó el general, Hussein supo inmediatamente que había dicho lo que no debía.

—¡Vaya! —exclamó el general—. ¡No es suficiente con que el visir quiera abrirme la rodilla y hurgar en ella para sacar los pedazos de metal! ¡Ahora vos queréis que vaya por las calles con un bastón, como si fuera un lisiado!

—Lo sient...

—¡No os disculpéis! Ya he recibido bastantes disculpas hoy del joven Suleiman. Solo dadme ese jugo de amapola. Me tomaré otra taza y podré regresar al Alcázar..., ¡sin un bastón!

*Antes de la oración de la tarde*

**S**imón, el propietario de la tetería Al Bisharah, conocía a la gente. Había visto y oído a todo tipo de personas en su tetería: cristianos como él, judíos y musulmanes; soldados y comerciantes; lugareños y viajeros procedentes de lugares remotos.

En las teterías, la gente hablaba; sobre todo de noche, cuando el *arak* corría como el agua. Entonces la gente comentaba cosas que habría sido mejor mantener en secreto: qué matrimonio estaba fracasando; quién estaba sufriendo enormes pérdidas en el negocio; la caída de las defensas en la frontera norte; qué hacía el príncipe en su harem masculino..., y en el femenino; que el visir pasaba cada día más tiempo con la hija del astrónomo de la corte...

Simón era lo bastante listo para no opinar sobre estas cuestiones y, simplemente, escuchaba, asentía con la cabeza y servía más *beraid*, té o *arak*. En aquel momento, sin embargo, estaba siendo interrogado por un tal Alí. No conseguía descifrar qué tipo de persona era. Se trataba de un hombre de constitución menuda y compacta que sabía escuchar y, al mismo tiempo, estaba muy pendiente de lo que ocurría a su alrededor. Le explicó a Simón que lo enviaba el visir. Pero Simón sí que sabía algo de Alí a ciencia cierta; sabía que no era alguien que uno deseara tener como enemigo.

—Por aquí viene un hombre que no tiene pulgar en la mano derecha —dijo Alí—. ¿Sabéis quién es y dónde puedo encontrarlo?

—Creo que sé a quién os referís —contestó Simón—. Se llama Yazid y es herrero.

—¿Cómo puede ser herrero si no tiene pulgar en la mano derecha? —preguntó Alí.

—Dicen que tiene un aprendiz que realiza el trabajo pesado. Además, solo hace artículos pequeños y delicados, como navajas de afeitar y lancetas.

—¿Sabéis dónde está su tienda?

—Sí, está en el zoco de la metalurgia, justo enfrente de la calle que comunica la puerta de Al Amir con la de Al Jabar.

Alí se levantó, sacó unas monedas de su bolsillo, las dejó encima de la mesa y se terminó el té de menta.

—*Shukran*. Gracias. *Ma as salaam* —declaró.

Y salió de la tetería.

Simón sacudió levemente la cabeza mientras recogía las monedas, el vaso y el plato que había en la mesa.

Alí no tardó mucho en localizar la herrería de Yazid. Supo que la había encontrado cuando vio una navaja de afeitar gigante colgando encima de la cortina de tela de arpillera que servía de puerta a la tienda.

Se detuvo frente a la cortina e introdujo la mano en el bolsillo de su chilaba. En el interior había un corte a través del cual pudo tocar la bolsa que colgaba de su cinturón y que contenía una barra de hierro corta y pesada con cuatro agujeros. Alí metió los dedos en los agujeros y cerró el puño. Aquella arma de lucha cuerpo a cuerpo confería un poder enorme a los puñetazos y había salvado la vida de Alí en más de una ocasión.

Apartó la cortina y asomó con cuidado la cabeza permitiendo que sus ojos se acostumbraran a la penumbra del interior de la tienda antes de atravesar el umbral. Miró alrededor y percibió la habitual acumulación de cosas de las tiendas que vendían artículos de metal y el olor acre del hierro forjado.

Fue entonces cuando oyó los sollozos, que procedían del patio posterior de la tienda. Alí apretó con fuerza el puño y se acercó sigilosamente a la entrada del patio. Allí, junto al yunque, estaba el aprendiz de Yazid, sentado en el suelo, al lado del cuerpo de su patrón. El muchacho se rodeaba las rodillas con los brazos y se balanceaba adelante y atrás mientras sollozaba desconsoladamente.

Yazid tenía los ojos abiertos y la cabeza partida como una calabaza. El martillo todavía estaba hundido en su cráneo y el mango señalaba hacia el lloroso aprendiz, quien tenía los pies hundidos en el charco de sangre oscura que brotaba de las espantosas heridas de Yazid.

Alí se acercó al muchacho y le tocó el hombro. El aprendiz apoyó las manos en el suelo, se levantó con dificultad y se quedó de pie, delante de Alí, con los dedos chorreando sangre del cadáver. Parecía que los ojos fueran a salirse de las órbitas.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó Alí soltando el arma de su bolsillo y señalando el cadáver.

El muchacho cayó de rodillas.

—No, supongo que no —murmuró Alí.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Está muerto! —exclamó el aprendiz y a continuación inhaló una larga y temblorosa bocanada de aire.

—No creo que haya ninguna duda al respecto —comentó Alí.

—¡Oí cómo sucedía, señor! —exclamó el muchacho, y volvió a levantarse—. ¡Fue con el martillo, señor!

—Creo que en eso, probablemente, también tengas razón —comentó Alí, y tuvo que esforzarse para no echarse a reír—. Entonces, ¿si no fuiste tú, quién lo hizo?

—Fue un bereber, señor; un hombre vestido como un bereber.

—¿Vestía un albornoz negro?

—Sí, señor.

—Será mejor que vengas conmigo.

El muchacho miró a Alí y retrocedió atemorizado.

—¿Quién sois vos? ¿Por qué queréis que os acompañe?

—Trabajo para el visir. El querrá hablar contigo.

—¿Cómo sé que lo que decís es verdad?

Alí introdujo una mano en el bolsillo y, cuando la sacó, blandió el arma de los nudillos frente a la cara del aprendiz.

—Confía en mí —declaró con voz clara y grave—. Tú eliges: puedes venir conmigo al Alcázar como un buen chico o puedo llevarte a rastras tirándote del cabello después de haberte golpeado con esto. ¿Qué prefieres?

El aprendiz volvió a caer de rodillas gimoteando y asintiendo con la cabeza.

—Buena elección —declaró Alí—. Ahora cálmate, lávate con el agua de la cuba y, cuando hayas terminado, iremos al Alcázar. No creo que al visir le gustara verte cubierto de sangre.

—Ahora ya no tiene sentido enviar a un guardia para que vigile los movimientos de Yazid al Haddad, excelencia —declaró Alí mientras se sentaba en un taburete en la sala de trabajo del visir.

—¿Por qué no? —preguntó Hasdai.

—Porque no se va a mover. Yace junto al yunque de su tienda con el cráneo destrozado.

—¡Ah! ¿Y sabemos quién es el responsable? —preguntó Hasdai.

—Creo que sí, excelencia. He dejado al aprendiz de Yazid en la sala de guardia. El vio al asesino brevemente y oyó cómo le aplastaba la cabeza a su patrón.

*Antes de la oración de la tarde*

—¡**N**o veo la hora de irme de aquí! Ya estoy harto de este lugar. Me sentiré dichoso cuando mañana emprendamos el camino de vuelta a Almería.

Mientras hablaba, el joven marino de Qadis metía con ímpetu su ropa en una bolsa de lona. Su colega de Adra, que estaba sentado en la cama, asintió en señal de conformidad.

—Sí —afirmó—, a mí me ocurre lo mismo. Yo ya he empacado mis cosas. También ansío regresar a Almería. Desde que perdimos al almirante Suhail, se respira una atmósfera extraña en este lugar. Me alegraré de estar de vuelta en una ciudad marinera. Para mi gusto, aquí hay demasiadas pruebas de la presencia del ejército.

—¿Qué opinas del general Ghalib?

—Es un auténtico malnacido, de esto no cabe duda —contestó el marino de Qadis—. De todos modos, yo nunca me fiaría de nadie que estuviera tan cerca del visir.

—El visir también es un individuo extraño, ¿no crees? ¿Cómo puede un doctor judío haber alcanzado esa posición? Sin duda debe de contar con el favor del califa.

—Lo que me resulta más extraño en él es la relación que mantiene con la hija del astrónomo de la corte. Todo el mundo habla de ello.

—¡Ah, ella, la ilustre y omnipotente doña Miriam! De todos modos, tiene encanto, ¿no crees?

El hombre de Adra soltó una carcajada.

—Bueno, debo decir a favor del doctor judío que tiene buen gusto. ¡Ella tiene un culo estupendo!

Su colega ríe en señal de conformidad y declaró:

—De cualquier manera, tienes que admitir que ella es toda una experta en astronomía y matemáticas. Y nos ha enseñado muy bien.

—Esa es otra de las diferencias entre Córdoba y Almería. Aquí las mujeres hacen un montón de cosas que no hacen en las provincias. Por ejemplo, en un lugar como Qadis nunca verías a una mujer enseñando a hombres. No estoy seguro de que eso sea bueno. Me alegraré cuando estemos en alta mar, de vuelta en un mundo de hombres.

—Me pregunto si ella estará.

—¿En la recepción? Supongo que sí. La verdad es que no me apetece nada ir.

—A mí tampoco. Podría irme de Córdoba tan tranquilo sin conocer al califa o al príncipe heredero.

—De todos modos, será un verdadero acontecimiento. ¡Para que nos hayan dado a todos ropa nueva! Estas túnicas y las capas deben de haber costado una fortuna. ¡Y las sandalias son magníficas! Nunca había visto una piel como esta —exclamó el hombre de Adra.

—Algunos hombres de aquí, de la capital, visten ropas como estas todos los días. Debe de ser fantástico ser rico. En fin, cambiémonos ya de ropa. Bandar quiere que nos reunamos en su habitación antes de la recepción. Creo que tiene una botella de *arak* y ha dicho que quería que bebiéramos juntos antes de ir a las dependencias del califa.

—Espero que no me dirija la palabra —comentó el hombre de Adra.

—¿Quién? ¿El califa? ¿Por qué? Solo es un hombre como nosotros —repuso el hombre de Qadis—. Además, nos necesita. Sin nosotros, la campaña de oriente fracasaría. Necesita marinos que tripulen las naves de la flota y la lleven hasta allí, si no nunca podría ganarle la batalla a Bagdad.

—Supongo que tienes razón. ¡Vamos, lavémonos y pongámonos esas elegantes vestiduras! —exclamó el hombre de Adra soltando una carcajada—. Nos vemos en la habitación de Bandar.

El hombre de Qadis también soltó una carcajada.

—¡Almirante Bandar, por favor! Ahora es el almirante Bandar. ¡No lo olvides!

Bandar sirvió vasos de *arak* para él mismo y sus tres colegas.

—Quería dirigirme a todos vosotros antes de la recepción. El visir me ha comunicado un par de cosas que debéis saber. La primera es que nos presentarán personalmente al califa. El visir Hasdai me ha advertido de que no debemos iniciar ninguna clase de conversación con él. Si el califa quiere hablar con nosotros, nos formulará directamente las preguntas que desee. De todos modos, quien hablará más será el príncipe heredero. Debéis tener presente que él está al corriente de todos los preparativos navales y militares. No le habléis de tácticas ni comentéis nada acerca de los nuevos astrolabios o las cartas náuticas. Y, en ningún caso, le habléis de Miriam, la hija del astrónomo de la corte.

Bandar se volvió hacia el marino de Adra, quien había soltado una risotada.

—¿Qué os ocurre a vos? ¿Acaso he dicho algo divertido? ¿No, verdad? Será mejor que en la recepción os comportéis debidamente. Recordad que el príncipe Hakam ha hecho ejecutar a un hombre esta misma mañana y puede hacer lo mismo con vos si no actuáis como es debido.

—Lo siento, señor —contestó el marino—, es solo que...

—¡Es solo que... nada! —soltó el vicealmirante Siraj bin Bahram—. ¡Así que callaos y dejad que el almirante Bandar hable!

—Sí, señor. Lo siento, señor —se disculpó el aleccionado joven mientras bajaba

la vista hacia su vaso de *arak*.

—A la ceremonia asistirá, al menos, una mujer —continuó Bandar—. Se llama Lubna y trabaja como escribiente en la secretaría del príncipe. Levantará un acta de la recepción y no debéis relacionaros con ella de ningún modo. ¿Está claro?

Los tres hombres murmuraron su comprensión de la situación.

—Bien —prosiguió Bandar—, ahora, antes de irnos, quiero daros las gracias a todos. Estos últimos días, con la pérdida del almirante Suhail y las clases sobre los nuevos instrumentos y las cartas náuticas, hemos pasado por muchas vicisitudes, pero todos habéis respondido muy bien a las circunstancias. —Miró fijamente al joven de Adra—. El asunto que nos ocupa es realmente serio. —Se detuvo, tomó su almanaque astronómico y lo blandió por encima del hombro—. Con la información que contienen los almanaques, podemos convertirnos en los mejores navegantes del *Dar al Islam* y cumplir con nuestro deber hacia el califa.

Bandar dejó el almanaque sobre la mesa de golpe y un pedazo de papel salió revoloteando de él y aterrizó a los pies de su lugarteniente, quien lo cogió.

Bandar se lo arrebató a la velocidad del rayo, pero justo antes de que se lo quitara, Siraj consiguió ver que la diminuta letra del texto estaba encabezada por un curioso símbolo. Un símbolo que había visto antes, cuando viajó a territorio bereber, en Ifriqiya.



*Antes de la oración de la tarde*

—¿Todos? —preguntó el general Ghalib.

—Sí, señor —contestó el oficial—. Todos los tarros salvo los de la capa superior. Solo estos tienen en su interior frascos con ámbar gris; los otros solo contienen mermelada de naranjas amargas.

El general asintió.

—Gracias —declaró, y cerró la puerta.

—Permitidme formularos una pregunta, general —dijo Hasdai mientras miraba por la ventana—. ¿Antes de que muriera habíais visto alguna vez a Shahid Jalal?

El general negó con la cabeza.

—Nunca, señor.

Hasdai se volvió hacia Ghalib y Alí.

—Entonces, cuando visteis el cadáver, ¿cómo supisteis que se trataba de él? De hecho, ¿cómo supieron Zaffar y sus hombres que se trataba de Jalal?

—Contábamos con la descripción que nos había proporcionado Al Jaziri y, ahora que lo pienso, también con la que nos dio Hamid al Mursi, el almotacén.

—Bien, ¿y cómo sabían ellos quién era Jalal? —preguntó Hasdai.

—Porque se alojaba en la alhóndiga y porque visitó la casa de baños de Al Mursi, donde realizó varias apuestas que constan en el libro de registro —explicó Ghalib señalando el libro manchado de tinta que había encima del escritorio del visir. Hasdai asintió.

—Exacto, general —confirmó, y se volvió hacia Alí—. ¿No lo encontráis extraño?

—Sí, señor —corroboró Alí asintiendo con la cabeza.

—¿En qué sentido os resulta extraño? —preguntó Ghalib.

—Por lo que sabemos, han tardado casi dos años en organizar la operación de contrabando —comentó Alí—, la cual precisaba de una red de agentes, una intrincada forma de ocultar el ámbar gris y un método complejo de transportarlo hasta la flota.

Ghalib asintió con la cabeza.

—Sin embargo, justo la noche que iban a trasladar el ámbar gris —continuó Hasdai—, Shahid Jalal, el cabecilla de la operación, apuesta al ajedrez y a la taba en una casa de baños. Y no solo eso, sino que se presenta a desconocidos y permite que su nombre figure en los libros de registro.

—Pero, señor, Nasim nos contó que eso formaba parte del plan. Él tenía que



confirmarle que el pacto seguía adelante, por eso estaba Jalal en la casa de baños.

Hasdai sacudió la cabeza.

—Sospecho, general, que eso es lo que se supone que debemos creer.

—No lo comprendo, señor —contestó Ghalib.

—¿Qué tienen en común Al Jaziri y Al Mursi en relación con Shahid Jalal? —preguntó Hasdai.

Ghalib clavó la vista en el suelo, reflexionó unos instantes y, finalmente, sacudió la cabeza.

—Bueno, para empezar, general, ninguno de ellos conocía a Jalal con anterioridad —explicó Hasdai mientras cogía el *tasbih* de su escritorio.

Ghalib asintió y el visir volvió a mirar a Alí.

—Lo que significa, general, que ninguno de ellos tenía razones para sospechar que no se tratara de Shahid Jalal —concluyó Alí.

Ghalib abrió mucho los ojos.

—Exacto —confirmó Hasdai—. Empiezo a creer que el objetivo último consistía en que creyéramos que el cadáver que los hombres de Zaffar encontraron entre la maleza era el de Shahid Jalal, y que asesinaron al almirante porque el acuerdo salió mal. Y, quizá, que también creyéramos que él y Jalal lucharon. En cualquier caso, lo que pretendían era que llegáramos a la conclusión de que Shahid Jalal está muerto.

—¿Y vos creéis que el verdadero Shahid Jalal sigue con vida?

—Bueno, llama la atención que las únicas personas que pueden proporcionarnos una descripción de Jalal no lo conocieran hasta hace unos días.

Los tres hombres permanecieron en silencio durante unos instantes.

—También dimos por sentado que todos los tarros del almacén de la alhóndiga contenían ámbar gris —continuó Hasdai—. Pero ahora sabemos que esto solo es así en los de la capa superior. El resto contiene mermelada de naranjas amargas. Nasim nos contó que, cuando trasladaban el ámbar gris, la capa superior contenía mermelada y el resto de los tarros tenían en el interior un frasco pequeño con ámbar gris. De esta forma, si el envío llamaba la atención de algún guardia, una inspección rápida por parte de este no revelaría nada sospechoso. No estoy seguro de lo que sucedió, pero creo que el almirante Suhail cayó en una trampa.

Ghalib frunció el ceño y se inclinó para frotarse la rodilla.

—Hace un rato, uno de los marinos ha venido a verme y me ha contado algo que me hace sospechar que hemos estado siguiendo una línea deductiva equivocada —prosiguió Hasdai.

Ghalib y Alí se miraron.

—Soy consciente de que el califa está de camino a la capital y de que esta noche se celebrará una recepción aquí, en el Alcázar, pero creo que antes tenemos mucho trabajo que realizar.

Hasdai tomó el borrador de la proclama del califa y se lo tendió a Alí.

—Leed el apartado que trata sobre los marinos —pidió.

Alí tomó el documento y leyó la hoja con rapidez. Sus ojos se abrieron como platos y luego miró al visir, quien asintió lentamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ghalib.

—Aquí dice que la primera misión que realizó el almirante Bandar fue a Saida y que, a lo largo de su carrera, ha estado allí muchas veces —explicó Alí.

—Hace unos días —intervino Hasdai—, Bandar me dijo que su primer destino fue Malta y que sentía envidia de la flotilla de avanzada porque pronto atracarían allí.

—¿Por qué es relevante el hecho de que su primer destino fuera Saida? —preguntó Ghalib.

Hasdai miró a Alí.

—Saida es el lugar perfecto para desembarcar mercancías con destino a Damasco —explicó Alí—. Suponiendo que esas mercancías provengan de Al Ándalus.

El general miró al visir.

—Aparte de Al Ándalus, Damasco es el mercado más importante de ámbar gris —terminó Hasdai mientras levantaba la mano—. Gracias, Alí. Este documento lleva más de dos días en mi escritorio. Debería haberlo leído antes.

—Habéis estado muy ocupado, señor —lo tranquilizó Ghalib—. No creo que...

—Y tampoco se me ocurrió examinar el resto de los tarros de la alhóndiga —continuó Hasdai—. La verdad es que no he dispuesto de tiempo para pensar con claridad.

Ghalib lanzó una mirada a Alí.

—Señor, ¿estáis convencido de que tanto el almirante Suhail como Bandar estaban implicados en la trama? —preguntó el general.

Hasdai exhaló un profundo suspiro.

—Implicados sí, pero de forma distinta. ¿Os acordáis de los arañazos que tenía la muchacha de la alhóndiga?

—Sí, señor, nos contó que el almirante se los había realizado al intentar liberarla.

—Exacto. Hasta hace un rato no he caído en la cuenta de que había visto ese tipo de arañazos antes, pero en otra persona.

—¿En quién? —preguntó Ghalib.

—En Bandar —contestó Hasdai—. La mañana siguiente a la celebración de la Ascensión de Mahoma, él y el vicealmirante Siraj vinieron aquí y fuimos juntos a informar al príncipe, pero antes le di a Bandar un remedio para que se curara unos arañazos que tenía en el brazo. Me contó que se los había hecho un gato. Al principio, no le di importancia, pero ahora estoy convencido de que se los causó el almirante Suhail. Las señales eran del mismo tamaño que las que presentaba la muchacha. No fue un gato quien se las produjo.

—¿Creéis que Bandar asesinó a Suhail? —preguntó Ghalib.

Hasdai sacudió la cabeza.

—No. En cualquier caso, no directamente. Cuando el almirante y el mulazim fueron asesinados, los marinos estaban confinados en sus aposentos y la orden procedía del almirante Suhail en persona. Uno de los marinos ha venido a verme antes y me ha contado que había oído a Suhail discutir con alguien en la madraza. El cree que la otra persona era Bandar. También me ha contado que, al poco rato de llegar a su habitación, aquí, en el Alcázar, un guardia le advirtió de que no podía salir hasta el alba. Esto ocurrió el día del asesinato y creo que Bandar recibió los arañazos durante aquella discusión.

—¿Sobre qué discutían? —preguntó Alí.

—Sobre el ámbar gris —contestó Hasdai—. El joven marino me ha contado que oyó a Suhail decir que le había dedicado mucho tiempo.

—¿Os referís a la trama del contrabando de ámbar gris? —preguntó Ghalib.

Hasdai asintió con la cabeza.

—Con la diferencia de que ahora creo que el almirante Suhail intentaba poner fin al contrabando. Creo que descubrió la trama y dedicó largo tiempo a reunir las pruebas necesarias para encararse a Bandar. Y también creo que lo que descubrió fue la causa de que él y el mulazim Haitham fueran asesinados.

Ghalib frunció el ceño.

—No lo comprendo —declaró finalmente.

Hasdai le tendió una hoja de papel.

—Este es el informe que nos han enviado los hombres que Zaffar tiene en la alhóndiga. ¿Os acordáis de que les ordenamos que comprobaran si algún otro nombre de la lista del almirante figuraba en los libros de registro antiguos de la alhóndiga? Sabemos que en el libro actual de huéspedes solo figura Jalal o quienquiera que fuera ese hombre.

Ghalib leyó los nombres de la página.

—Los nombres que he marcado aparecen en ambos lugares. Puede que sean la misma persona o personas, pero, en cualquier caso, se han alojado en la alhóndiga varias veces durante los últimos años.

Ghalib miró al visir y este le tendió otra hoja de papel.

—Esto estaba entre las notas que se utilizaron para preparar el borrador de la proclama del califa —continuó Hasdai—. Si os fijáis en las fechas en las que los nombres marcados figuran como huéspedes de la alhóndiga y las fechas en las que Bandar estuvo aquí, en Córdoba, para atender cuestiones navales, veréis que se solapan.

—¿Entonces, cuando el marino oyó discutir a Suhail, vos creéis que estaba advirtiendo a Bandar de que conocía sus planes de contrabando? —preguntó Alí.

Hasdai asintió.

—Sí. —Luego suspiró y añadió—: Debería haber leído el borrador antes.

—¿Y qué me decís del complot del ántrax, señor? —preguntó Ghalib—. A la larga, Suhail lo habría descubierto.

—Sí, a la larga sí, general —contestó Hasdai—. Si hubiera seguido con vida, habría oído la información que Alí nos reveló hace unos días, cuando llegó a Córdoba, y, más tarde, cuando recibimos el mensaje procedente de Malta, Suhail también se habría enterado de lo que le ocurrió a la flotilla de avanzada. Puede que incluso decidiera ordenar el registro de la flota principal en Almería.

—Entonces habría encontrado el ántrax —concluyó Ghalib.

—Exacto, general —corroboró Hasdai—, pero Bandar no sabría que Alí había regresado a Córdoba y que nos había informado de que Bagdad había descubierto cómo convertir el ántrax en un arma letal y, por lo tanto, Bandar creería que Suhail pensaba que se trataba de un brote trágico aunque ordinario de ántrax y que no haría nada al respecto. Si tenemos razón acerca del complot para destruir una de las naves de la flota, entonces, en algún lugar de una de esas naves hay ántrax suficiente para acabar con todos los seres vivos de a bordo.

Hasdai tomó el *tasbih* y deslizó las cuentas por la cadena durante unos instantes.

—Sin embargo, supongamos, por un momento, que Bandar contaba con que el almirante Suhail y el príncipe heredero ordenarían el registro de la flota principal. ¿Qué haría entonces para ocultar el ántrax?

—¿Y si el ántrax todavía no ha sido embarcado en la flota? —sugirió Alí—. ¿Y si está camino de Almería en una de las caravanas que parten del campamento Ma'aqul? Podría estar oculto en el cargamento de mermelada de naranja que descubrí y que saldrá mañana por la mañana.

Hasdai asintió con la cabeza.

—Eso encajaría. Por otro lado, si Suhail no se hubiera enterado del complot del ántrax y la flota principal hubiera zarpado sin incidentes, la nave que comandaría Bandar podría fondear en Saida y, una vez allí, él podría, simplemente, desaparecer.

—Pero el almirante. Suhail y los demás se habrían enterado, ¿no? —preguntó Ghalib—. Y habrían encontrado los cadáveres en la nave.

Hasdai sacudió la cabeza.

—Cuando descubrieron que se había producido un brote de ántrax en la nave de la flotilla, quemaron la nave y la hundieron. Lo mismo ocurriría con la nave de la flota principal. Eso suponiendo que la encontrarán. Bandar podría fácilmente atracar en Saida, desembarcar el ámbar gris y no volver a subir a bordo. El ántrax se encargaría de acabar con el resto de los navegantes y todos supondrían que su cadáver estaba entre las cenizas de la nave incendiada. En ese caso, a Bandar se lo consideraría un héroe.

Ghalib se atusó el bigote y guardó silencio mientras intentaba asimilar la nueva información.

—¿Podría Bandar hacer lo mismo siendo el almirante de la flota? —preguntó finalmente.

—Como almirante, podría hacer lo que quisiera —contestó Alí—. De hecho, ser almirante le facilitaría mucho las cosas. Podría dar órdenes sin que nadie se las cuestionara. Por lo que dijisteis hace uno o dos días, visir, Bandar es el marino más hábil con el astrolabio, así que, de todos modos, nadie habría cuestionado sus decisiones. Si fuera el único marino de su nave que supiera manejar el astrolabio, cuando estuvieran en alta mar y no avistaran tierra, nadie sabría dónde estaban salvo él. En ese caso, podría desembarcar en Saida y ser el único que lo supiera.

Ghalib frunció el ceño.

—Pero, si el ántrax no está todavía a bordo de la nave, el ámbar gris sí que debe de estarlo, ¿no?

—Sí, general —contestó Hasdai—, pero la cuestión es que Bandar contaba con que Suhail se enteraría de la existencia del ántrax o del ámbar gris, pero no de la de ambos. En cuyo caso, debería asesinarlo.

El general lo miró sin comprender.

—A mí también me ha tomado un poco de tiempo comprender algunas cosas —comentó Hasdai—. Para empezar, el hecho de que el almirante confinara a los marinos a sus aposentos no tenía sentido para mí.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Alí.

—Bueno, yo he deducido que el almirante lo había hecho para poder investigar la trama del ámbar gris sin que Bandar lo importunara. Además, así Bandar no podía advertir a Shahid Jalal de que el almirante había descubierto su plan.

—Quizá no necesitaba advertirlo —intervino Alí—. Quizá Jalal había organizado la compra del ámbar gris de la alhóndiga para mantener al almirante alejado de lo que en realidad estaba ocurriendo.

Hasdai asintió con la cabeza.

—Exacto. Según nos ha contado Nasim, le avisaron de que un hombre visitaría su tienda varias veces antes de comprar un perfume para su mujer. Luego, él debía invitarlo a jugar a la taba en la casa de baños del yemení. Yo creo que el barbero al que asesinaron en los alrededores del reñidero también estaba en la casa de baños, y supongo que ese tal Yazid también, y que él era el encargado de eliminar a todos los que habían participado en la trama. Yazid no tuvo que matar a Antonio ni a Nasim porque el general los arrestó enseguida.

»Cuando Suhail llegó a la casa de baños del yemení, sabía que le presentarían a Antonio y que este lo llevaría a conocer a Shahid Jalal... o al hombre que fingía serlo. Pero Nasim nunca nos dijo quién esperaba que apareciera en su tienda. Nos

dijo que no sabía quién era. Por otro lado, ahora sabemos que el almirante dio la orden de confinar a los marinos a sus aposentos cuando acabaran las lecciones sobre el astrolabio el día anterior a su muerte. Esto significa que, hasta entonces, Bandar podía moverse por la ciudad y pudo averiguar o le advirtieron de que quien acudía a la tienda de Nasim era el almirante. Al principio, me preguntaba por qué Bandar no intentó detenerlo, pero entonces se me ha ocurrido que no tenía por qué hacerlo. El almirante confinó a los marinos en sus aposentos para poder encontrarse con Jalal en la alhóndiga sin que Bandar lo siguiera, pero ahora creo que Bandar nunca tuvo la intención de seguirlo porque sabía que se trataba de una trampa, sin duda muy ingeniosa, y que el almirante sería asesinado.

—Y, en consecuencia, sabía que nadie registraría la flota en busca del ámbar gris —concluyó Ghalib asintiendo con la cabeza.

—Exacto, general —corroboró Hasdai.

—Eso significa que hemos estado buscando en el lugar equivocado —declaró Alí. Hasdai asintió lentamente.

—De algún modo, Bandar se enteró de que el almirante sospechaba de él y no le resultó difícil conducirlo hasta la tienda de Nasim y, de allí, a la alhóndiga para que se encontrara con Shahid Jalal. Debía de tenerlo planeado desde hacía tiempo y, cuando se enteró de que el almirante había, efectivamente, acudido a la tienda de Nasim, lo único que tuvo que hacer fue esperar a que lo asesinaran. Incluso el mismo almirante le proporcionó la coartada perfecta porque había un guardia vigilando la puerta de su habitación.

Hasdai se detuvo unos instantes.

—Quiero volver a interrogar a Nasim —declaró por fin.

Alí lanzó una mirada a Ghalib.

—Creí que estaba muerto, señor. He oído decir que intentó escapar y que los guardias lo mataron.

—No deberíais creer todo lo que oís en el zoco —le advirtió Hasdai.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Alí con expresión de perplejidad.

—Le he contado esa historia al príncipe esta mañana y me he asegurado de que llegara a oídos de unos cuantos comerciantes del zoco, pero, en realidad, Nasim sigue vivo. Está abajo, encerrado en una celda.

Ghalib miró a Hasdai y sonrió con lentitud.

—¿Queréis que vaya a buscarlo, señor?

—Traedlo de inmediato —contestó Hasdai—. Necesito asegurarme de que Nasim no conocía la identidad del hombre que acudiría a su tienda. Y luego quiero que vayáis a visitar a la madre del mulazim Haitham. Si Suhail no estaba involucrado en la trama y lo único que pretendía era descubrir a Bandar, debía de saber que su vida corría peligro y, aparte de su sobrino Haitham, la única persona a la que habría

confiado lo que estaba haciendo es la madre de Haitham. Id a verla y averiguad si le contó algo. Nos veremos más tarde en la recepción.

Ghalib se levantó, inclinó la cabeza y se dirigió a la puerta.

Cuando salió de la habitación, Hasdai deslizó las cuentas por la cadena a gran velocidad.

—No nos perjudicaría que se contaran historias en el zoco sobre cómo murió Nasim. De hecho, nos ayudaría mucho. Ahora contadme más cosas sobre el aprendiz del herrero —le ordenó a Alí.

—No hay mucho que contar —repuso Alí—. Todavía está histérico y lo que dice no tiene mucho sentido.

—¿Qué has visto exactamente? —preguntó Hasdai.

—Me ha contado que ha entrevistado a un hombre vestido con un albornoz negro de lana. Ha oído que él y Yazid hablaban de algo que llevaban años planeando y decían que todo el mundo culparía al almirante. Yazid ha dicho que quería parar, que quería retirarse y cobrar el dinero que le correspondía. Después ha oído cómo aquel hombre mataba a Yazid con un martillo. Por lo visto, el hombre del albornoz y Yazid eran primos.

—¿Sabemos algo de ese hombre?

—Creo que lo vi ayer en el campamento. O, al menos, vi a un hombre que vestía un albornoz negro. Y también lo he visto alguna vez en la tetería Al Bisharah. Estaba allí anoche cuando Yazid bebió realmente en exceso.

—¿Con quién estaba? —preguntó Hasdai.

—Con nadie —respondió Alí—. Estaba solo, pero vi que entregaba un mensaje con el que había envuelto una moneda a un niño mendigo.

—¿Para quién era el mensaje? —preguntó Hasdai.

—No lo sé. Podría haber sido para Yazid. Su aprendiz me ha contado que, ocasionalmente, un niño llevaba un mensaje a Yazid a la fragua. El herrero leía el mensaje y entregaba la moneda al niño.

—Si ayer por la noche estaba en la misma tetería que Yazid, ¿por qué no le entregó el mensaje personalmente?

—No lo sé, señor —contestó Alí—. Quizás el destinatario era otra persona.

Hasdai asintió con la cabeza.

—¿Sabéis qué decían los mensajes?

—No con certeza, señor —contestó Alí—. El aprendiz me ha dicho que se trataba de dibujos. Al menos los que él vio. A su parecer, se trata de símbolos bereberes o algo similar.

—¿Quién creéis que es el hombre del albornoz? —preguntó Hasdai.

Alí tragó saliva con dificultad.

—Si tenéis razón en lo de la trama, bien podría tratarse del verdadero Shahid Jalal

—contestó Alí.

—Quiero que encontréis a ese hombre —ordenó Hasdai haciendo entrecocar las cuentas—. No abandonaré Córdoba sin tener la certeza de que el trato con Bandar no corre peligro. Si vuestra presunción es correcta, los tarros de mermelada del campamento podrían contener el ántrax. Averiguad todo lo que podáis sobre ese hombre, pero no habléis con él personalmente.

Alí asintió.

—¿Qué haréis con Bandar? —preguntó.

Hasdai reflexionó durante unos segundos.

—De momento, no haré nada. No quiero que sospeche que lo hemos descubierto. Si el hombre del albornoz es realmente el jefe de la banda, utilizaba a su primo Yazid para silenciar a todos los que se interponían en su camino.

—¿Queréis decir que Yazid pudo ser el asesino del almirante? —preguntó Alí.

Hasdai asintió con la cabeza.

—El problema es que no puedo demostrar nada de esto; no sin antes averiguar quién es el hombre del albornoz. Ya le he contado al príncipe mi anterior teoría y a raíz de ello ordenó la ejecución de Antonio.

Hasdai deslizó las cuentas por la cadena y contempló las sombras que se iban alargando cada vez más al otro lado de la ventana. El muecín llamó a los creyentes a la oración.



*Después de la oración de la tarde*

**G**halib odiaba hacer aquello, pero sabía que tenía que hacerlo y, cuanto antes acabara, mejor.

A pesar de que la soleada tarde contenía ya la promesa de la primavera, Ghalib subió alicaído por la calle que conducía a la puerta de Al Yahud y pasó por delante de las modestas viviendas que se apiñaban en aquella parte de la ciudad. Aquellas eran las casas de las personas corrientes de Córdoba; casas pequeñas y bien cuidadas, con patios ocultos a la vista de los transeúntes por muros altos y pesadas puertas tachonadas con hierro. Mientras caminaba, oyó los sonidos cotidianos de la vida familiar, los cuales procedían del otro lado de los muros: los mazazos de alguien moliendo el grano por aquí, los chirridos del torno de un pozo por allá, el trino de un pájaro enjaulado, la regañina de una madre a su hijo...

Siguiendo las indicaciones de uno de los hombres del chambelán, tomó la calle que conducía al acueducto y, finalmente, llegó a la puerta de la casa del mulazim Haitham. Llamó a la puerta y, mientras tiraba hacia abajo de su almilla de piel, esta se abrió.

Ghalib inclinó levemente la cabeza y dijo con amabilidad:

—*Shalam alaikum*. ¿Sois vos la madre del mulazim Haitham de la guardia califal?

—*Alaikum shalam* —saludó la mujer con voz baja y tensa—. Sí, señor... Soy Hadija bint Qays, la madre de Haitham. Vos debéis de ser el general Ghalib.

La mujer levantó su afligida cara y el general vio que tenía los mismos ojos verdes y penetrantes que su hijo.

—Vuestro mensajero me ha avisado de que veníais. *Marhaba!* ¡Bienvenido a mi hogar! Entrad, por favor.

El general se quitó el gorro de piel y lo sostuvo debajo del brazo mientras pasaba por delante de la menuda figura de la mujer, que iba vestida totalmente de negro y se cubría la cabeza con un pañuelo del mismo color.

—Entrad, señor. Entrad en el salón y os serviré una taza de té —invitó la mujer mirando hacia el suelo.

—Por favor, buena mujer, no os toméis ninguna molestia por mí —repuso el general.

Ella lo miró a la cara.

—Sois mi invitado. Traeré té —declaró.

—Gracias —contestó Ghalib.

Entró en el pequeño y acogedor salón y se sentó al lado de una mesita de madera negra.

Mientras bebían té de menta, el general preguntó:

—¿Estáis sola, Hadija?

—No —contestó ella—. *Alhamdulillah*, alabado sea Dios, tengo una hija que, a su vez, tiene dos hijos.

—¡Ah, sin duda las hijas constituyen una gran bendición! —exclamó Ghalib—. *Insha'Allah*, los nietos os servirán de mucho consuelo.

Se produjo una pausa y, finalmente, Hadija levantó la mirada y dijo:

—General Ghalib, no creo que hayáis venido para hablar de mi hija o de mis nietos. He perdido a mi único hijo y a mi hermanastro. Deberíamos hablar de ellos, ¿no creéis?

El general estiró lentamente la pierna derecha y exhaló un profundo suspiro.

—Sí —contestó—, debemos hablar de ellos. Haitham era un soldado leal y valiente. Tanto él como el almirante Suhail constituyen una gran pérdida para el califato. El visir en persona me ha pedido que os transmita sus condolencias.

—Por favor, dadle las gracias al visir en mi nombre. ¿Sabéis por qué los asesinaron, general?

—De momento solo tenemos sospechas, Hadija. Mentiría si os dijera que sabemos con exactitud por qué los mataron y quién está detrás de sus muertes.

—He oído decir que han ejecutado a un hombre en la carretera de Almería —comentó Hadija—. ¿La ejecución tiene algo que ver con los asesinatos?

—No —contestó Ghalib quizá demasiado deprisa.

—Comprendo. Os preguntaréis si sé algo acerca del posible autor.

Ghalib se frotó la dolorida rodilla y asintió.

—No tengo ni idea de quién puede ser. Todos los hombres de mi familia han servido al califa, pero hasta ahora ninguno había sido asesinado por su propia gente. Mi marido cayó en la batalla de Simancas, pero al menos estaba luchando por su majestad y por defender el califato.

Al oír mencionar la batalla de Simancas, el general se sobresaltó y abrió mucho los ojos. Fue en aquella batalla, con la que se pretendía establecer la frontera septentrional del califato y que tuvo lugar once años atrás, en 939, donde lo hirieron. La batalla constituyó una catástrofe espantosa y empezó con un eclipse total de sol que infundió terror en los corazones de ambos ejércitos.

—Yo también luché en Simancas —anunció Ghalib—. Fue horrible; una batalla muy dura. Si en ella perdisteis a vuestro esposo debéis sentir os orgullosa de él. Y también debéis sentir os orgullosa de Haitham y del almirante Suhail. Ellos también han prestado un gran servicio a su majestad. Pero debo insistir, ¿sabéis algo que

pueda arrojar alguna luz sobre quién realizó esos horribles actos?

—Como os he dicho, no sé nada sobre su muerte o sobre quién puede ser el asesino. Lo que sí sé es que Suhail debía de sospechar que corría peligro.

—¿A qué os referís? —preguntó Ghalib.

—Cuando estuvo aquí, poco antes de que lo mataran, me dio una cosa y me advirtió de que, si le ocurría algo, debía asegurarme de que vos la recibíais y que debía entregároslo personalmente. El almirante me dijo que podía confiar en vos. Por eso fui a las dependencias del chambelán y pedí veros.

—¿De qué se trata? ¿Es una carta, un mensaje...?

—No —replicó Hadija—. Iré a buscarlo.

Se levantó y se dirigió a un arcón de madera cubierto con una tela que había en una esquina de la pequeña habitación. Dobló con esmero la tela y sacó del arcón un tarro de barro cocido sellado con cera de abeja.

—Tomad —declaró tendiéndoselo a Ghalib—. Desconozco su significado. Por su peso y su aspecto, parece un tarro corriente de mermelada, pero el almirante insistió en que, si le ocurría algo, yo debía asegurarme de que lo recibíais.

El general consiguió no dar muestras de la sorpresa que le había causado aquel supuesto mensaje. Tomó el tarro con ambas manos y le dio las gracias a Hadija.

—No puedo contaros de qué se trata —apuntó—, pero os aseguro que es de gran importancia y que puede ayudarnos a encontrar al asesino de vuestro hijo y del almirante. Ahora, buena mujer, debo regresar al Alcázar. Pero, antes de irme, ¿hay algo que pueda hacer por vos?

Hadija bajó la vista, suspiró y sacudió la cabeza suavemente mientras arrancaba un hilo imaginario de su falda.

—No, general, gracias. No podéis hacer nada por mí. Mi hija vendrá a buscarme antes de la oración del crepúsculo. Me quedaré con ella y su familia, y lloraremos la pérdida de su hermano y su tío.

*Antes de la oración del crepúsculo*

—Según me explicasteis, os advirtieron de que alguien visitaría vuestra tienda — declaró Hasdai ben Shaprut—, y que esa persona establecería contacto con vos de una forma específica; que os hablaría de la taba y que compraría un perfume manifestando que era para su esposa. Pero también me dijisteis que no os comunicaron su nombre. ¿Es eso correcto?

Nasim bin Faraj, el comerciante de perfumes, bajó la mirada hacia el suelo.

—Sí, es correcto —afirmó.

—¿No sospechasteis de quién podía tratarse? —preguntó Hasdai.

—¿Os referís a su nombre?

—O a su aspecto —añadió Hasdai.

Nasim sacudió la cabeza.

—No —contestó—. ¿Cómo podía suponer de quién se trataba? Solo me informaron de que alguien acudiría a mi tienda y de que me demostraría que se trataba de la persona indicada.

Hasdai deslizó las cuentas por la cadena y luego las dejó sobre el escritorio.

—El hombre que os advirtió de ello —continuó Hasdai—; el hombre del que me hablasteis y que responde al nombre de Shahid Jalal, ¿cuándo os lo comunicó?

—Hace aproximadamente un mes —contestó Nasim.

—¿Y os lo comunicó en persona?

—No, me envió un mensaje.

—¿Todavía lo tenéis? —preguntó Hasdai.

—No —contestó Nasim. Levantó la vista y miró al visir—. ¿Por qué me formuláis estas preguntas?

Hasdai miró fijamente a Nasim hasta que este bajó los ojos.

—La última vez que hablamos, me contasteis que no habíais visto nunca a Shahid Jalal hasta hace unos días.

—Es cierto —confirmó Nasim—. Lo conocí en la casa de baños que está en las proximidades de la puerta de Al Jadid la noche de la celebración de la Ascensión de Mahoma.

Hasdai se frotó la nuca y se alisó el cabello.

—Puede que esto os sorprenda, pero el hombre al que conocisteis en la casa de baños del almotacén está muerto.

Nasim miró al visir.

—Además, no creo que se llamara Shahid Jalal ni que fuera él quien organizó la trama de contrabando del ámbar gris. Creo que le pagaron, en nombre de quien realmente está al mando de la operación de contrabando, para que se hiciera pasar por Jalal. Una vez cumplida su misión, lo mataron, y sospecho que lo hizo la misma persona que asesinó al almirante y a su escolta.

Nasim sacudió la cabeza y ríe con tristeza.

—Hace uno o dos días me acusasteis de matar al almirante y...

La mirada de Hasdai hizo que se interrumpiera.

—Si sabéis todo esto, ¿qué queréis de mí? —preguntó Nasim en voz baja.

—Creo que todavía podéis ayudarme —repuso Hasdai.

Nasim le lanzó una mirada furiosa.

—Me prometisteis que tendría una muerte rápida e indolora, pero esto es todo menos eso.

Hasdai volvió a tomar el *tasbih*.

—Os aseguré que evitaría que tuvierais una muerte dolorosa y mantendré mi promesa, pero primero deberéis responder a mis preguntas.

Nasim se encogió de hombros.

—Los tarros de la alhóndiga contenían mermelada de naranjas amargas —anunció Hasdai.

—Lo sé, señor. Yo mismo os lo dije —respondió Nasim.

—Exacto, pero también me dijisteis que en el interior de los tarros había unos frascos pequeños que contenían ámbar gris, como los que entregasteis al almirante, como los dos que encontré en sus aposentos.

Nasim asintió con la cabeza.

—También me contasteis que, cuando el ámbar gris se trasladaba de un lugar a otro, los tarros de la capa superior contenían, únicamente, mermelada de naranjas amargas.

—Así es —confirmó Nasim.

—Sin embargo, en el cargamento de la alhóndiga ocurre justo lo contrario. La capa superior contiene frascos con ámbar gris, pero el resto de los tarros solo contienen mermelada de naranjas amargas.

Nasim levantó la cabeza sorprendido.

—¿De verdad?

Hasdai ben Shaprut asintió con la cabeza.

—Creo que el almirante cayó en una trampa. Creo que el auténtico Shahid Jalal, si ese es su verdadero nombre, preparó un señuelo. De algún modo, Jalal averiguó que el almirante había descubierto la trama del ámbar gris e ideó una artimaña para distraerlo de lo que realmente estaba sucediendo. Una artimaña que, sin duda, es muy ingeniosa y de la que vos formabais parte.

—¿Estáis seguro? —preguntó Nasim.

—Tanto como puedo estarlo —replicó Hasdai.

—Pero, entonces, si el almirante no era el comprador de Jalal, ¿quién lo era? —preguntó Nasim.

—Eso no os importa —contestó Hasdai, y reflexionó durante unos instantes—. ¿Qué podéis contarme de Shahid Jalal? No del hombre al que conocisteis, sino del auténtico Jalal, del jefe de la operación.

Nasim apoyó la cabeza entre las manos y gimió.

—Por favor —declaró—, no sé qué más contaros. Yo, sinceramente, creía que el hombre al que conocí en la casa de baños era Shahid Jalal. No tenía ninguna razón para sospechar que no lo fuera.

Hasdai se levantó, salió de detrás del escritorio y apoyó una mano en el brazo de Nasim.

—Sé que estáis asustado —lo consoló—. Solo necesito conocer todos los detalles, por muy dolorosa que os resulte esta situación. ¿Alguna vez oísteis algo acerca de Jalal? ¿Hablasteis de él con alguno de los otros agentes?

Nasim se enjugó los ojos.

—Realmente no —contestó—. En cierta ocasión, alguien me comentó que era originario de Trípoli, pero no recuerdo quién me lo dijo.

Hasdai regresó a su asiento.

—¿No os resulta extraño? —preguntó.

—¿El qué? —replicó Nasim.

—Si era originario de Trípoli, significa que era bereber, y debo confesaros que creo que en esto tenéis razón.

—¿Y por qué os parece extraño?

—El hombre al que conocisteis en los baños y a quien encontramos muerto entre la maleza cercana a la muralla de la ciudad no era bereber. Al menos no por el color de su piel ni por su forma de vestir.

Nasim levantó la cabeza y reflexionó durante unos segundos.

—Nunca se me había ocurrido pensarlo —reconoció.

Hasdai lo contempló un rato y luego sonrió.

—Creo que esa es la cuestión. Sea quien sea el verdadero Shahid Jalal sin duda es muy inteligente.

*Antes de la oración del crepúsculo*

—Deberéis ir con cuidado cuando os sentéis llevando esto —río Miriam.

Hasdai ben Shaprut no pudo evitar reírse él también.

—Lo sé —asintió. Levantó la daga con empuñadura de jade y exquisitamente adornada con joyas que le había regalado el califa y que se le había resbalado por el cinturón hasta la entrepierna—. Por mucho que la lleve, no consigo acostumbrarme a su peso. ¿Podéis apretar el cinturón, por favor?

Se volvió de espaldas a Miriam y, cuando ella se inclinó para apretar la hebilla del cinturón de piel escarlata, percibió su aliento y el aroma a almizcle de su perfume, y el vello de su nuca se erizó.

Se hallaban en los aposentos privados del visir en el Alcázar, esperando a que los llamaran para acudir al banquete que se celebraría en la sala de audiencias. Deberían entrar por separado, claro, pero Miriam había enviado un mensaje a Hasdai pidiéndole que la recibiera antes del banquete.

Había dejado a su padre, Yanus ibn Firmas, en una de las antesalas y, mientras avanzaba por los corredores del Alcázar, los guardias no pudieron evitar maravillarse ante su belleza y el esplendor de sus ropas. Miriam vestía una *salwar jameez* de seda salvaje de colores naranja oscuro y dorado sobre pantalones ajustados carmesí oscuro con vueltas decoradas con bordados dorados. Cubría su brillante cabello cobrizo con una estola de seda también de color carmesí y ricamente bordada con hilo de oro, y la mantenía en su lugar con las manos, que había adornado con un intrincado diseño de estrellas y la luna creciente realizado con hena. Quizá lo que más admiraba Hasdai en ella, aparte de su vivo intelecto, era el hecho de que parecía indiferente al efecto que su belleza causaba en los hombres que la rodeaban.

Hasdai introdujo los pulgares en el cinturón para realizar un último ajuste y lo apoyó en sus caderas de modo que la daga colgara de su cintura.

—Gracias —declaró mientras se arreglaba el turbante de seda—. ¿De qué queríais hablarme? ¿Queréis beber algo? Creo que tenemos tiempo para tomar un vaso de vino de Sherish. Por aquí tengo una jarra.

—No quiero beber vino, gracias. Probablemente beberemos bastante después. Quería hablaros sobre un par de cosas. La primera es Lubna, mi pupila.

—¿Lubna? ¿Qué ocurre con ella?

—Sé que el príncipe Hakam le ha ordenado que asista al banquete de esta noche.

—Sí, ya lo sabía, pero ¿por qué lo consideráis importante?

—Me preocupa que el príncipe tenga otros planes para ella aparte de incluirla entre los miembros de su secretaría.

—Para ser sincero —contestó Hasdai—, no tengo forma de saber con exactitud qué planes tiene el príncipe para ella, pero, por lo que sé, su único propósito es que actúe como escribiente y mantenga un registro de los eventos de la corte. Lubna es muy inteligente y vos la habéis enseñado muy bien. Se trata de una mujer competente, trabajadora y, por encima de todo, muy discreta, y el príncipe Hakam valora mucho estos atributos. No tengo razones para creer que el príncipe haya planeado encargarle otras tareas. Lubna no participará en el banquete de esta noche, solo estará trabajando.

—Me siento aliviada —comentó Miriam.

—¿De qué más queríais hablar?

—En realidad, de dos cosas más.

—¡Ahora será mejor que vayáis deprisa!

—¡Sí! La primera es que quería preguntaros cómo va la investigación sobre la muerte del almirante Suhail. Ayer por la noche pensaba en ello y debo contaros algo. En su momento, no me pareció relevante, pero lo cierto es que, la última vez que el almirante estuvo en la madraza, lo oí discutir con alguien. Creo que podría tratarse de Bandar, aunque no estoy segura.

—Eso es interesante —murmuró Hasdai—. Sois la segunda persona que me cuenta que..., al menos que Suhail discutía. Hablaremos de ello cuando dispongamos de más tiempo. ¿Cuál era la otra cuestión?

—Bueno, aunque la muerte del almirante Suhail es importante, esto todavía puede serlo más. Incluso podría afectar a toda la flota.

—¡Vaya! —exclamó Hasdai—. Entonces será mejor que me lo contéis ahora mismo.

—¿Os acordáis del almanaque que utilizamos con el nuevo astrolabio?

—Sí, lo he visto, pero no lo entiendo.

Miriam sonrió.

—Quizá no, pero Bandar sí. De hecho, identificó un error en las tablas.

—¿Cómo lo hizo?

—Por alguna razón, estaba particularmente interesado en conocer las coordenadas de varios lugares de la costa de Siria aparte de Latakia, que es el destino planeado para la flota. Para que dejara de interrumpir las clases, le di unos ejercicios extras y él descubrió que las tablas de aquella región no eran tan precisas como las demás.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó Hasdai.

—Significa que la información del astrolabio no puede transferirse con exactitud a las cartas náuticas del sur de Latakia. Esto sería, evidentemente, importante si alguna nave tuviera que atracar en esa zona por una emergencia. En tal caso, su



posición sería incorrecta por bastante distancia.

—¿Tenéis una solución para este problema?

—Sí, mi padre y yo identificamos las tablas que no eran exactas y hemos elaborado un algoritmo que puede utilizarse para ajustar el desvío.

—Bueno, eso parece bastante simple. ¿Podéis anotar el algoritmo para que, en caso necesario, puedan utilizarlo los marinos?

—Podríamos, pero resultaría más sencillo que Yanus y yo pudiéramos tener otra sesión con ellos antes de que partieran hacia Almería. De esta forma, nos aseguraríamos de que entienden bien los ajustes.

Hasdai la contempló largamente.

—¿Otra sesión, decís?

—Sí.

—Eso puede arreglarse fácilmente y puede que resulte mucho más útil de lo que imagináis.

—¿A qué os referís?

—Ahora no puedo explicároslo —contestó Hasdai—. Debemos acudir al banquete. Por cierto, ¿os he comentado que hoy estáis extremada y asombrosamente bella?

—No, no me lo habíais comentado —respondió Miriam en voz baja.

Se sonrojó, sonrió y su mano adornada con hena agarró la estrella de David de oro que colgaba de su cuello. Se trataba de un regalo del visir.

—Gracias —dijo apretando la estrella en su puño.

*Después de la oración del crepúsculo*

—¿Lo creéis? —preguntó el general Ghalib al visir.

Hasdai asintió con la cabeza.

—Sí, lo creo. Cuando le he contado que el resto de los tarros solo contenían mermelada de naranja se ha mostrado genuinamente sorprendido.

Ghalib resopló.

—Si tiene razón y Jalal efectivamente es oriundo de Trípoli, eso ayudaría a explicar que se enterara de la existencia del ántrax —comentó Alí—. Debieron de transportarlo en la flota del emisario bagdadí que atracó allí hace dos años camino de Al Ándalus. Dicen que la enfermedad se mantiene viva durante años.

—Así es —confirmó Hasdai.

Toqueteó su cinturón y volvió a ajustar la daga.

—¿Habéis hablado con la madre del mulazim?

—Sí, señor —contestó Ghalib—. Le he transmitido vuestras condolencias y me ha pedido que os diera las gracias. También me ha dado esto.

Ghalib sacó un frasco del interior de su capa y lo dejó encima de la mesa.

—Creo que se trata del frasco que faltaba de los tres que Nasim le dio al almirante. Por lo visto, Suhail se lo entregó a ella y le pidió que, si le ocurría algo, me lo entregara a mí personalmente. Por eso acudió al Alcázar y pidió verme. ¡Ojalá el almirante nos hubiera contado lo que estaba haciendo! Seguramente, todo habría acabado de forma distinta.

—No piense en eso, general —repuso Hasdai—, ahora ya no podemos cambiar lo que fue. —Se volvió hacia Alí—. ¿Habéis averiguado algo acerca de Jalal?

—No estoy seguro, señor —contestó Alí—. No lo he visto, pero he ido al campamento y he comprobado las caravanas de mulas que deben partir mañana.

—¿Y bien? —lo acució Hasdai.

—Veréis, señor, se me ha ocurrido que, si Jalal quería salir de Córdoba, no lo haría solo. Todo el mundo lo está buscando y, en estas circunstancias, sería una locura que intentara abandonar la ciudad.

—Lo que significa que, probablemente, sigue aquí —intervino Ghalib.

—Exacto —confirmó Alí—. También se me ha ocurrido que la caravana de mulas constituiría una forma de encubierta de escapar perfecta para él. Todas las caravanas disponen de una cuadrilla de arrieros que las conducen. Jalal lo sabe y me pregunto si no tratará de utilizar la cadena de suministros para marcharse. Las caravanas pueden

cruzar sin problemas las puertas de la ciudad y cualquier punto de vigilancia porque forman parte de los preparativos de la guerra. Una vez fuera del campamento, no vuelven a ser inspeccionadas hasta que llegan a Almería. Jalal podría ir en una de ellas hasta donde quisiera y nadie se enteraría.

—Pero no podemos registrar todas las caravanas —argumentó Ghalib.

—No sé por qué no, general, aunque de todos modos no sería necesario —replicó Hasdai—. Solo tendríamos que vigilar la que transporta el cargamento de mermelada de naranja del que Alí nos ha hablado antes.

Los tres hombres se miraron. Hasdai se acercó a su escritorio y tomó un cálamo y papel.

—Muy bien —dijo—. Alí, mientras el general y yo estamos en el banquete, quiero que registréis los aposentos de los marinos. Empezad con los de Bandar. Si descubris algo, cualquier cosa, enviadme un mensaje por medio de los mensajeros de la corte.

—Sí, señor —contestó Alí.

—Y entregad esta nota al coronel Zaffar —declaró mientras escribía—. Lo encontraréis abajo, en la sala de los oficiales. Tomad.

Hasdai le tendió la hoja de papel y Alí la tomó y leyó el mensaje.

—¿Estáis seguro de que esto funcionará, señor? —preguntó.

—Si no funciona, Alí, en menos de veinticuatro horas el almirante Bandar saldrá de Córdoba con las alabanzas del califa y los vítores del pueblo resonando en sus oídos. Bien, general, ¿estáis listo para acudir al banquete?

### *Después de la oración del crepúsculo*

El joven marino de Qadis apenas podía creer que lo que veían sus ojos era real.

Sin duda, aquella era una sala única en todo el *Dar al Islam*, pensó el marino, una estancia llena de riquezas incalculables que iban más allá del lujo o de cualquier posición social. Debía de tratarse de la estancia más opulenta del mundo. Los pilares que sostenían el techo eran de mármol rosa de la mejor calidad y estaban rematados en arcos de herradura ribeteados con jaspe carmesí. El techo abovedado poligonal estaba revestido con pan de oro rojizo que brillaba como el fuego a la luz de las lámparas de aceite que colgaban de las paredes. Entre los pilares había paneles de mármol blanco con intrincados mosaicos de flores y follaje realizados con jade, ágata y turquesa. En el centro de la habitación, sobre la larga y baja mesa del banquete, había una fuente de oro que contenía un brillante líquido plateado que se agitaba y centelleaba despidiendo rayos de luz que danzaban por la habitación cada vez que un sirviente tocaba la mesa. Al otro extremo de esta estaba la *sitr*, la ondulante cortina de gruesa seda *tiraz* suntuosamente bordada con el nombre y los títulos del califa caligrafiados y enmarcados en magníficas representaciones de todos los tipos de flores de Al Ándalus. Detrás de esta cortina se sentaría el califa, y el *sahib al sitr*, el maestro de la cortina, la descorrería cuando su majestad deseara hablar a los presentes.

Entonces, como el golpe de una botavara oscilante en alta mar, una idea acudió a la mente del joven marino. Aquella habitación era pequeña e íntima y tenía el tamaño justo para acoger a los asistentes a aquel banquete, a los que el *mutawali al majlis*, el maestro de la sala de audiencias, había adjudicado su lugar, pero en el Alcázar debía de haber más salas tan lujosas como aquella y mucho más grandes. ¡Salas de audiencia para decenas o incluso cientos de personas! Y, desde luego, también estaba Medina Azahara. Él nunca había estado allí, pero si la mitad de los rumores eran ciertos, la magnificencia de la nueva ciudad era mayor que la del Alcázar. La mera idea de tales riquezas resultaba difícil de concebir.

Los invitados al banquete, aleccionados por el *mutawali al majlis*, permanecieron frente a su sitio a ambos lados de la mesa y en orden descendente de importancia desde la *sitr*. Hakam, el príncipe heredero, estaba al lado derecho de la mesa, en el extremo más cercano a la cortina. Frente a él se sentarían el visir Hasdai ben Shaprut y, a continuación, el chambelán, el general Ghalib, Yanus ibn Firmas, el astrónomo de la corte, el almirante Bandar, el primer vicealmirante Siraj, Miriam bint Yanus y,

después, los dos jóvenes lugartenientes.

El marino de Qadis se fijó en que, aparte de los soldados, quienes montaban guardia discretamente en unos nichos de las paredes, las únicas personas que llevaban armas eran el príncipe heredero, de cuyo cinturón colgaba una daga *janjar* que tenía la empuñadura de oro y la vaina encastada con rubíes, y el visir, que llevaba una magnífica daga con empuñadura de jade. Aunque el *mutawali al majlis* les había indicado que no debían hacerlo, el marino dio una rápida ojeada alrededor. A ambos lados de la puerta había dos tarimas pequeñas. En una de ellas, la que estaba iluminada por una lámpara de bronce de intrincado diseño que colgaba del techo, había un pequeño escritorio al que se sentaba una atractiva joven ataviada como un escribano y, en la otra, un músico tocaba suavemente música clásica andalusí con un laúd.

Al oír el tintineo de una campanilla de plata, el joven marino y el resto de los invitados se pusieron firmes y el músico dejó de tocar. El maestro de la cortina la recorrió lentamente mientras todos se llevaban la mano derecha al corazón y, salvo el príncipe heredero, realizaban una profunda reverencia.

Abderramán III estaba sentado en un diván elevado cubierto con una alfombra andalusí de seda dorada y azul. Vestía una simple túnica blanca y un pequeño y ajustado turbante blanco y, por detrás de este, caía en cascada su largo cabello negro. Su barba, perfectamente recortada a lo largo de su marcada mandíbula, sobresalía en la zona de la barbilla. Aparte de su porte, el único signo de su poder era un cinto de piel bordado en oro del que colgaba una daga con empuñadura de marfil y vaina de oro. A su derecha, sobre un almohadón, había una larga espada damascena a juego.

El protocolo establecía que le correspondía al visir dar la bienvenida al califa, de modo que Hasdai proclamó:

—*Shalam alaikum al Nasir lidin Alá, Amir al Muminin Wa Rahmatullahi Wa Barakatuh!* ¡Saludos, oh defensor de la fe de Dios, príncipe de los creyentes! ¡Que la paz sea con vos, así como también la misericordia de Alá y sus bendiciones!

El califa devolvió el formal saludo con voz grave y clara y luego nombró a todos los presentes. Los jóvenes lugartenientes sintieron pánico al oír sus nombres en boca de aquel poderoso soberano, pero se tranquilizaron cuando el califa mencionó de dónde procedían y cuánto tiempo llevaban en sus puestos. Evidentemente, había sido bien informado por el chambelán.

El califa se mostró especialmente caluroso en su saludo al general Ghalib e incluso se dirigió directamente a él manifestando su esperanza de que pronto encontrara alivio al dolor constante que le producía su rodilla herida.

Con Yanus ibn Firnas se mostró sumamente cordial y comentó que había mantenido tratos recientes con él y su hija Miriam en relación con la construcción del nuevo observatorio de Medina Azahara. El califa era, obviamente, un gran admirador

de todas las cuestiones relacionadas con la ciencia, y era un gran entendido y muy exigente en su deseo de contar con los instrumentos científicos más modernos tanto en Córdoba como en Medina Azahara.

Después de dar la bienvenida a sus invitados, el califa habló a Bandar y a los marinos de su inminente misión.

—Almirante Bandar, nos sentimos afortunados de contar con oficiales de vuestra experiencia para comandar nuestra flota naval. El príncipe Hakam actuó sabiamente al nombraros almirante de la flota tras el desafortunado fallecimiento del almirante Suhail y estamos convencidos de que responderéis dignamente a los retos que se presentan ante vos, que comandaréis sabiamente nuestra flota hasta Oriente y que cumpliréis con honor vuestro cometido en la inminente campaña.

»En cuanto a vos, el resto de los marinos, el califato de Córdoba se encuentra en un momento en su historia en el que depende de vos en cuanto a su futuro. El éxito de la alianza que hemos establecido en Oriente depende del resultado de vuestra misión. Con vuestras habilidades, vuestra dedicación al deber y los conocimientos que habéis adquirido gracias a las enseñanzas del astrónomo de la corte y su ayudante, conseguiréis conducir sanos y salvos, *insha'Allah*, a nuestros ejércitos al campo de batalla. Os encontráis frente a un cometido vital y os estamos agradecidos por la parte que vais a representar en él.

»Ahora nos complace invitaros a comer y beber con nos para celebrar vuestra partida.

Cuando el califa terminó de hablar, levantó la mano derecha como señal de inicio del banquete y el músico volvió a tocar el laúd.

En los años venideros, el marino de Qadis contaría la historia del banquete a sus hijos y, posteriormente, a sus nietos. Les hablaría de los quemadores de incienso de bronce con piedras preciosas incrustadas que tenían forma de halcón y que se pasaban de invitado a invitado para que perfumaran sus ropas antes de empezar a comer; les explicaría que al califa le servían la comida en una fuente de plata en su diván. ¡Y qué comida! El *tabahajah* de cordero condimentado con la oscura salsa *murri* y servido con mostaza verde, ruda y cilantro; el delicado pollo aderezado con azafrán y cilantro y relleno con una mezcla de huevos de codorniz y migas de pan tostadas y condimentadas con pimienta; el *badinjan muhassa* de berenjena, nueces y cebolletas; el *al mudawar* preparado con lentejas escaldadas y verduras frescas estofadas con vinagre de vino sazonado con canela, y todo servido en platos de cerámica vistosamente decorados en tonos azules y blancos.

Para beber había vinos fuertes, *arak* de caña de azúcar de Sherish, vinos dulces de Málaga y exquisitos vinos de melaza negra del valle del Wadi Shawsh, el río salado que los cristianos llamaban Guadajoz. Pero lo más destacado del banquete llegó con los postres. Les sirvieron *sukkariyya*, un delicioso dulce elaborado con azúcar y agua

de rosas y salpicado de almendras tostadas y troceadas; *hulwas* de todas las variedades y sabores y, para terminar, lo mejor de todo, unos deliciosos *sharbas* de granada, limón y naranjas amargas enfriados con nieve traída de las elevadas sierras por grupos de corredores. ¡Sin duda se trató de un banquete magnífico!

Durante la comida, el califa solo conversó con el visir Hasdai ben Shaprut y el príncipe Hakam. No comió mucho y a menudo se reclinó en los almohadones de su diván, simplemente, observando a sus invitados mientras estos expresaban su asombro por los excelentes manjares y bebidas que les servían. Evidentemente, ninguno de ellos osó mirar directamente a los ojos al califa o entablar con él una conversación, y Abderramán pareció sentirse satisfecho de ser el espléndido proveedor de aquel generoso banquete.

Mientras los invitados tomaban los *sharbas*, el califa levantó la mano derecha hasta la altura de su hombro y, una vez más, la campanilla de plata silenció al músico. Los invitados se levantaron sin hacer ruido y, salvo el príncipe Hakam, se volvieron, como antes, hacia el califa y, con la mano en el corazón, realizaron una profunda reverencia en honor del califa, quien se marchó tras pronunciar una simple despedida.

—*Allah maakum. Fee aman illah.* Adiós y que Dios esté con vosotros.

Cuando el califa finalizó el saludo, el *sahib al sitr* corrió la tupida cortina y entonces el príncipe Hakam se dirigió a los invitados:

—*Bismillah ir Raham ir Rahim.* Almirante, marinos, su majestad el califa me ha pedido que os reitere sus mejores deseos para vuestra misión. También me ha pedido que agradezca al astrónomo de la corte y a su ayudante la gran labor que han realizado con el nuevo instrumento de navegación que os ayudará a llevar a buen término vuestro viaje. Ahora, continuad, por favor.

Cuando el príncipe se sentó, los criados sirvieron más *sharbas* y vino dulce. Entonces el marino de Qadis vio que un mensajero de la corte entraba en la habitación y entregaba a Hasdai ben Shaprut un pedazo de papel doblado. El visir lo leyó inmediatamente y sacó el *tasbih* de su bolsillo. Luego se reclinó en el asiento y manipuló las cuentas durante un rato hasta que, finalmente, se inclinó hacia delante y le dijo algo al príncipe heredero, quien enseguida se puso de pie, saludó de una forma maquinal a los invitados y salió de la habitación.

Entonces el chambelán habló en voz baja con el visir y el maestro de la sala de audiencias y, a continuación, se volvió hacia los comensales y dijo:

—Honorable..., Miriam bint Yanus, ahora debemos pedirnos que abandonéis la sala de audiencias.

*Después de la oración del crepúsculo*

El príncipe Hakam permaneció totalmente inmóvil en su asiento y con las puntas de los dedos unidas en el regazo mientras Hasdai hablaba. El general Ghalib estaba de pie cerca del visir y lo escuchaba atentamente.

Cuando Hasdai terminó, se produjo un silencio absoluto en la antesala, donde los tres hombres se habían reunido tras abandonar el banquete. Al final, el príncipe Hakam habló:

—Hace dos días, me despertasteis para informarme de que Suhail, el almirante de la flota califal, había sido asesinado. Esta mañana, me habéis explicado que estaba involucrado en una trama para sacar de contrabando ámbar gris de Al Ándalus aun sabiendo que el traslado y la venta de este artículo habían sido prohibidos expresamente. ¿Recordáis que hemos ejecutado a un hombre al que también acusabais de estar implicado en la trama? Y ahora, visir Hasdai, me comunicáis que, en realidad, el almirante Suhail intentaba poner fin a la trama que, según aducís ahora, es obra de Bandar, el hombre que me recomendasteis que nombrara almirante como su sucesor; el hombre que, en presencia de nosotros, sus oficiales y nuestros invitados ha sido alabado por mi padre, el califa. —Se levantó lentamente—. ¿Y ahora me aconsejáis que arreste a Bandar simplemente porque vuestro espía ha encontrado un garabato bereber en su habitación?

Hasdai ben Shaprut inclinó la cabeza.

—Disculpadme, alteza. Sé que os he inducido a error respecto a lo que sucedió, pero estoy convencido de que Bandar es quien está detrás de todo esto. Solo necesitaba algo más de tiempo para evaluar las pruebas. El plan para asesinar e inculpar al almirante después de que descubriera lo del contrabando del ámbar gris era muy inteligente y me convenció. Alteza, estoy seguro de que Bandar tiene planeado utilizar ántrax para eliminar a la tripulación y los soldados de una de las naves de la flota después de descargar el ámbar gris en Saida. El ántrax ha sido preparado como arma en Bagdad, y si los bagdadís se han tomado la molestia de aprovechar las propiedades destructivas del ántrax, también debemos tener en consideración lo que pueden haber preparado para recibir a nuestros soldados cuando lleguen a Latakia.

—Sin embargo, no estáis seguro de si el ántrax se encuentra en la flota o en la caravana de suministros que está camino de Almería —repuso el príncipe.

—No, alteza —contestó Hasdai—, ahora mismo no.



El príncipe heredero inhaló hondo varias veces.

—El califa acaba de darles las gracias a Bandar y a sus hombres en nombre de todo el califato. Mañana, después de la oración, se dirigirá a los habitantes de Córdoba y les transmitirá el mismo mensaje. Lo que proponéis haría que el califa pareciera un necio y, por esta sola razón, no puedo acceder a vuestra petición.

El príncipe Hakam se dirigió a la puerta, se detuvo y se volvió de nuevo hacia Hasdai.

—Esperamos mucho más de vos, visir.

*Día cinco, antes de la oración del alba*

La mortecina luz roja de las antorchas de pino resinoso iluminaba la horripilante y fantasmagórica visión.

En el margen de la carretera que conducía a Almería, justo enfrente de la entrada del campamento Ma'aqul, estaba el madero al que habían clavado el cuerpo del mercader de telas para que todos lo vieran. A ambos lados de los restos de Antonio, que colgaban como si se tratara de un obscuro despliegue en una carnicería del zoco, había dos maderos más pequeños con los ensangrentados cadáveres de sendos perros. A la grisácea luz anterior al amanecer, una escandalosa bandada de cornejas había superado su miedo a las antorchas y ahora picoteaba los ojos y desgarraba la carne de las heridas del hombre y los dos perros.

Shahid Jalal apartó la mirada de la espantosa visión, pero no pudo evitar pensar en los últimos momentos de la vida del mercader. Antonio, probablemente rezando con los ojos cerrados, debió de oír los aullidos de los perros mientras los clavos rasgaban sus carnes y astillaban sus huesos. Debió de oír la risa de los verdugos por encima de los gritos de la multitud y el sordo golpeteo del martillo en los clavos sabiendo que pronto le llegaría el turno a él y sufriría el dolor inimaginable de ser clavado al madero. Shahid se estremeció y se arropó con el albornoz. Luego apoyó suavemente la mano en el costado de la mula que avanzaba con pesadez a su lado y se alegró de sentir la calidez de la vida a través de la tensa piel del animal.

Si todo iba bien, la caravana pronto habría recorrido un buen trecho de la ruta a Almería. Se dirigían a Al Kulaia, al este de Córdoba y, una vez allí, girarían al sur, hacia la costa.

Shahid Jalal había elaborado bien sus planes. Había incorporado su carga y las mulas adicionales a aquella caravana mientras la organizaban en el campamento Ma'aqul. Por lo que sabía, nadie se había fijado en él. Para los demás no era más que otro arriero que realizaba su trabajo. En determinado momento, el arriero jefe le había preguntado su nombre y había examinado los animales que Shahid estaba atando a la caravana, pero pareció convencido de que formaban parte de esta y que, como el resto, transportaban mermelada de naranjas amargas.

—¡Solo Dios sabe por qué necesitan tanta cantidad de mermelada! —exclamó el hombre.

—Bueno, supongo que no es solo para el viaje —contestó Shahid—. También la necesitarán para el ejército cuando lleguen a Oriente. ¡Quién sabe cuánto durará esta

guerra!

—Sí, pero ¿por qué mermelada de naranja?

—Dicen que ayuda a combatir ciertas enfermedades en las campañas largas y, especialmente, en alta mar, donde no se dispone de vegetales frescos.

—Está buena mezclada con avena para desayunar —replicó el arriero jefe—, pero no soportaría tomarla todos los días. ¡En fin, sigamos! Debemos ponernos en marcha antes del alba o tendremos que esperar a después de la oración y eso nos retrasará mucho.

Mientras la caravana avanzaba con pesadez por la carretera que conducía a Al Kulaia, Shahid Jalal se sintió aliviado de dejar atrás Córdoba por fin. ¡Habían sucedido tantas cosas durante la última semana! Pensó que aquella no era forma de vivir. Todo lo que tocaba estaba relacionado con la muerte y la destrucción. ¿Cómo se había metido en aquel asunto? A menudo había maldecido el día, tantos años atrás, en que el agente de Bagdad lo abordó en la casa de baños de Trípoli, su ciudad natal. ¡Qué estúpido había sido hablando mal del califato de Al Ándalus! En realidad solo se trató de una simple bravuconería de juventud, pero lo condujo a años de crímenes y terror. El bagdadí fue realmente persuasivo y, en cuestión de unos meses, radicalizó la postura de Shahid. Tomó a un joven sencillo del zoco de Trípoli y lo convirtió en un asesino. ¿Y para qué?, se preguntó ahora Shahid. ¿Para qué? Por un puñado de dinares y la promesa de una vida fácil y cómoda cuando el califato de Abderramán III hubiera sido derrocado. ¡Pero bueno!, pensó Shahid, ¿qué posibilidades había de que los bereberes acabaran con el califato de Al Ándalus? Ahora lo había visto de cerca. Su ejército no conocía parangón en el *Dar al Islam* y sus fuerzas navales eran colosales. Podrían vencer a los bereberes en el mar antes incluso de que pudieran poner pie en tierra andalusí. Además, ahora se habían aliado con los jázaros y, si sus planes navales tenían éxito, podían arrasarse el califato de Bagdad y aplastar sus tropas contra la frontera persa. En las teterías de Córdoba era común contar la ocurrencia de que las fuerzas de Al Ándalus estrujarían a las de Bagdad como si se tratara de una naranja amarga. Al recordarlo, Shahid soltó una risotada. Él se arriesgaba a ser ejecutado por introducir el mortal ántrax en la flota andalusí exactamente en aquello..., en frascos de mermelada de naranjas amargas. ¡Si tan siquiera lo sospecharan!

Ya era de día y, desde su posición cerca de la retaguardia de la caravana, Shahid Jalal avistó la larga hilera de mulas que serpenteaba en la distancia con el arriero jefe a la cabeza, sosteniendo el roncal del primer animal. También vio a los otros tres arrieros, que caminaban con sus bastones junto a sus mulas. Fue entonces cuando oyó el golpeteo de los cascos de unos caballos procedentes de Córdoba.

Los cuatro jinetes pasaron al galope por su lado haciendo que las mulas retrocedieran y cocean. Se detuvieron a la cabecera de la caravana. Shahid Jalal vio

que uno de ellos se inclinaba para hablar con el arriero jefe y la sangre se le heló en las venas al ver que el hombre se volvía y señalaba el final de la hilera. Los jinetes obligaron a sus monturas a dar media vuelta y uno de ellos aupó al arriero jefe ayudándolo a montar en la parte posterior de su silla. Segundos más tarde, Shahid Jalal estaba acorralado por cuatro caballos contra una de las mulas.

—¡Ese es, coronel Zaffar! —exclamó el arriero mientras descendía del caballo—. Y esas cuatro mulas son las que ha incorporado a la caravana.

—Cortad las cuerdas y apartadlas de la caravana —ordenó Zaffar mientras desmontaba de su caballo. Agarró a Shahid por el brazo y se volvió hacia uno de los soldados—. Ata a este hombre de pies y manos. Regresa a Córdoba con nosotros. Veamos —continuó—, ¿qué lleváis aquí?

Zaffar desenvainó su daga y rasgó la tela arpillera que protegía la carga en la albarda de una de las mulas. Introdujo la mano y sacó un tarro de cerámica sellado con cera de abeja. Sostuvo el tarro debajo de la nariz de Shahid y se dispuso a rasgar la cera con la hoja de la daga.

—Veamos lo que contiene este tarro. Lo abriremos.

A Shahid se le desorbitaron los ojos mientras levantaba las muñecas atadas para protegerse la cara. Dio un traspié y chocó con la mula, que se estremeció y coceó mientras Shahid resbalaba hasta el suelo.

—¡No! —gritó—. ¡No la abráis! ¡No la abráis! Se trata de...

Zaffar mantuvo la daga pegada a la acera.

—¿De qué se trata? —preguntó.

Se arrodilló y acercó el tarro a la cara de Shahid mientras empezaba a rasgar la cera.

—¡No! ¡No lo hagáis! ¡Está lleno de peste! Es... ¡Es ántrax! ¡Está lleno de ántrax!

—¿De verdad? —preguntó Zaffar mientras seguía rasgando la cera.

Shahid se hizo un ovillo y, cuando la cera se desprendió del tarro, el distintivo olor a naranja amarga flotó en el aire.

—Descubriréis que —declaró Zaffar mientras volcaba el pegajoso contenido del tarro en el suelo frente a la cara de Shahid—, gracias al arriero, que lleva ayudándonos desde ayer, lo que tenéis aquí son cuatro cajones de mermelada de naranjas amargas que el visir en persona nos ordenó cambiar por vuestro cargamento de ántrax. Aunque debo decir que, teniendo en cuenta lo que os espera en Córdoba, quizás hubiera sido mejor para vos que los tarros contuvieran ántrax.

Shahid Jalal gimoteó como un perro mientras Zaffar se ponía en pie y ordenaba a sus hombres:

—¡Llevémoslo de vuelta a Córdoba!

*Antes de la oración de mediodía*

—**h**a sido relativamente fácil, ¿no creéis? —preguntó Miriam mientras cerraba el almanaque y se lo tendía al almirante Bandar junto con dos hojas de papel que contenían columnas de datos escritos con tintas roja y negra—. Tenéis talento para las matemáticas.

—Gracias —contestó Bandar—, pero de no ser por el algoritmo que permite ajustar las tablas y que habéis descubierto vos y el *sheik* Yanus, aquí presente, podríamos habernos desviado mucho de nuestro destino en la costa de Siria.

—Bueno —intervino Yanus—, una vez nos informasteis de ese error, rectificarlo resultó relativamente fácil, pero no disponemos del tiempo necesario para actualizar los otros almanaques. ¿Estáis absolutamente seguro de que encontraréis a un copista de confianza en Almería que pueda hacerlo?

—Sí, ahora mismo se me ocurren un par de personas del cuartel general en Almería que podrían realizar las copias. De hecho, los dos trabajan ya con comunicaciones secretas, de modo que podría confiarles esta tarea con tranquilidad.

—Bien —comentó Yanus—. Ahora debo dejaros. He quedado en encontrarme con el fabricante de instrumentos de precisión en el zoco de la metalurgia. Tenemos que realizar unos ajustes para uno de los relojes de sol del observatorio de Medina Azahara. ¿Podréis acompañar a Miriam de vuelta al Alcázar, almirante?

Bandar sonrió al astrónomo de la corte y se volvió hacia su hija.

—Estaré encantado de acompañarla, desde luego. De hecho, tengo algo para vos en mi habitación —le dijo a Miriam.

—Pero vos y vuestros colegas ya me habéis hecho un regalo —repuso ella.

—¡Ah, sí, pero este es personal, solo mío!

—¡Qué intrigante! ¡Una sorpresa! —exclamó Miriam.

Miró a su padre, pero él, simplemente, se encogió de hombros y salió de la habitación de la madraza en la que habían estado trabajando.

A Miriam no le resultaba fácil conversar con Bandar, pero cuando pasaban por delante de la Gran Mezquita en dirección al Alcázar, él empezó a formularle muchas preguntas. Quería saber cuánto tiempo llevaba trabajando como astrónoma; qué relación tenía con Lubna, la escribiente; si había hablado alguna vez personalmente con el califa... Sin embargo, tuvo buen cuidado de no nombrar a Hasdai ben Shaprut.

Debido a su relación con el visir, Miriam sabía cómo responder a preguntas como aquellas y sus respuestas fueron extremadamente tangenciales. En realidad, las preguntas de Bandar le divirtieron más que incomodarla.

—¿No queréis saber qué tengo para vos? —preguntó Bandar mientras caminaban entre la Gran Mezquita y el Alcázar.

Miriam se arrebujó en su manto y esbozó una sonrisa encantadora.

—No —contestó en voz baja—. Las sorpresas es mejor no desvelarlas. Estoy segura de que se trata de algo muy especial.

—Espero que así os lo parezca —contestó Bandar, quien se sentía más y más seguro de sí mismo conforme se acercaban a sus aposentos en el Alcázar.

A Bandar le gustaba la compañía femenina, y que lo vieran con aquella hermosa mujer hacía mucho bien a su autoestima. Pensó que le estaba yendo muy bien con Miriam. ¡Quién sabía lo que podía ocurrir cuando estuvieran en sus aposentos! Bandar se estremeció ante la expectativa.

—Mirad —indicó señalando el muro de la mezquita.

Entre las proclamas califales y las exhortaciones que cubrían el muro, había un recuadro recién encalado en el que se anunciaba, con llamativas letras azules y rojas, que aquella tarde se celebraría una corrida de toros en el *maidan al ziryab*, al norte de la ciudad.

—¿Os gustan las corridas? —preguntó Bandar a Miriam.

—Ni me gustan ni me disgustan —respondió ella—, pero a mi padre sí que le gustan mucho.

—Entonces quizá podríamos asistir los tres juntos —sugirió Bandar.

Aunque a Miriam le costaba creer lo osado que estaba siendo aquel hombre, asintió levemente con la cabeza y dijo:

—Sí, quizá.

Al oír su respuesta, justo cuando cruzaban la puerta principal del Alcázar, Bandar hinchó el pecho como un palomo que estuviera pavoneándose.

La mayoría de los guardias, tanto los de la puerta como los que montaban guardia en los corredores, conocían a Miriam de vista. Se la veía a menudo en palacio, ya fuera con su padre o con el visir. Conforme avanzaban por el corredor del ala de los invitados en la que Bandar se alojaba, los guardias con los que se cruzaron saludaron a Miriam con una inclinación de cabeza. Aunque no era inusual que prestaran servicio en aquella zona, durante unos instantes a Bandar le pareció extraño que hubiera dos justo frente a la puerta de sus aposentos; sin embargo, se tranquilizó cuando, al verlo llegar con Miriam, se alejaron con aire despreocupado.

Bandar apoyó la mano en el tirador de la puerta, se volvió y obsequió a Miriam con una sonrisa que la hizo estremecerse interiormente. Luego, abrió la puerta y entró en sus aposentos.

Al ver a Shahid Jalal sentado en un taburete bajo, en el centro de la habitación, e inclinado hacia delante, su reacción primera fue la de cerrar la puerta de un portazo en la cara de Miriam.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —bramó—. Te dije que nunca vinieras a buscarme aquí. Deberías estar camino de Almería con el ántrax. ¡Necesitamos llevar el ántrax a Almería! ¿Cómo has entrado aquí?

Como respuesta, Shahid Jalal dejó caer el albornoz de sus hombros, levantó los brazos y sostuvo las muñecas atadas frente a la cara de Bandar.

—*I Alá!* ¡Te han descubierto con el ántrax! —gritó Bandar con desesperación.

Entonces la puerta que comunicaba con su dormitorio se abrió y el general Ghalib y el coronel Zaffar entraron.

—*Shalam alaikum*, almirante Bandar —saludó Ghalib con voz fría como el hielo—. Será mejor que nos acompañéis, el visir desea hablar con vos.

Bandar solo tuvo tiempo de caer de rodillas con la cara entre las manos antes de que los dos guardias que había visto en la puerta entraran, lo levantaran del suelo y se lo llevaran mientras el general Ghalib y el coronel Zaffar lo observaban.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó Zaffar.

El general sacudió la cabeza.

—No estoy seguro. El visir ha estado hablando con el príncipe heredero durante todo el día intentando convencerlo para que cambie de idea. Debe de haber una forma de resolver esto sin que el califa quede en evidencia. Espero que el visir la encuentre antes de que sea demasiado tarde. Si no, Bandar deberá partir hacia Almería.

—¿Y en cuanto a él? —preguntó Zaffar señalando a Shahid Jalal.

—¡Oh, él! —respondió Ghalib—. No irá muy lejos. Encerradlo en una celda hasta que nos digan lo que debemos hacer con él.

### *Después de la oración de la tarde*

**D**urante más de un siglo y medio, la Gran Mezquita de Córdoba había sido el centro de la vida religiosa, académica y social de la capital andalusí. Fue fundada por Abderramán I, el antepasado del califa omeya del momento, quien huyó de Siria y se estableció en Al Ándalus después de que los abasíes, cuyo soberano era ahora el califa de Bagdad, masacraran a toda su familia.

Después de la oración *Asr*, Abderramán III, califa de Córdoba, *Amir al Muminin*, príncipe de los creyentes, se dirigiría a su pueblo en la Gran Mezquita.

El califa habló desde un diván que habían colocado junto a la *qibla*. En una tarima más baja y situada a su derecha, estaba Hakam, el príncipe heredero, y, a su izquierda, el visir Hasdai ben Shaprut. Bandar bin Sadiq, el almirante de la flota; Siraj bin Bahram, y los otros dos lugartenientes estaban sentados entre el príncipe y el visir, extraordinariamente protegidos por miembros de la guardia califal que eran comandados por el general Ghalib y el coronel Zaffar. La vasta sala de oración de la mezquita, con su bosque de columnas y sus elevados arcos rojos y blancos, se hallaba atestada de gente y el aire estaba impregnado del humo del incienso.

—*Bismillah al Raham* —empezó el califa—. Gentes de Al Ándalus, hoy emprendemos un nuevo camino. Nuestra flota está a punto de partir hacia Siria para establecer, de una vez por todas, que constituimos el auténtico califato y vengar la matanza de los omeyas del año 750.

»Nuestro enemigo, el que se denomina a sí mismo califa de Bagdad, pronto entrará en combate contra las fuerzas de nuestros aliados los jázaros. Hemos jurado apoyar a los jázaros en esta importante batalla y ya conocéis las restricciones que nos hemos visto obligados a imponeros para preparar esta trascendental campaña. Hemos considerado oportuno presentaros a los oficiales que comandarán nuestra flota y asegurarán su llegada a la costa de Siria.

Cuando el califa interrumpió su proclama, se produjo un murmullo de voces que clamaron: «*Allahu Akbar!* ¡Dios es grande!», el cual fue creciendo en intensidad a medida que el califa nombraba a los comandantes y oficiales, y los exhortaba a cumplir con su deber sabiendo que las gentes de Córdoba apoyaban totalmente su labor.

Cuando Abderramán terminó su proclama y salió de la mezquita rodeado de su escolta, hasta los mismos pilares de la sala parecieron temblar por la acometida de las voces unidas de diez mil personas que gritaban, una y otra vez: «*Labbaik!* ¡Estamos



preparados!». «*Allahu Akbar! Allahu Akbar!* ¡Dios es grande!».

Los presentes recordarían aquella proclama durante el resto de sus vidas. Especialmente, los que estaban más cerca de los oficiales y pudieron ver al almirante de la flota, el cual estaba tan emocionado por la ocasión que lo único que pudo hacer fue contemplar, desconcertado, el suelo que tenía frente a los pies.

Después de la proclama del califa, los ánimos del pueblo se mantendrían elevados con la corrida de toros que se celebraría como tributo a los marinos. El espectáculo tendría lugar en el *maidan al ziryab*, donde se había construido un ruedo provisional.

Las gradas de bastos tablones de madera se estaban llenando con las familias que se saludaban a voces, bebían vino de los odres y comían frutos secos mientras vigilaban que los niños no cayeran por los huecos que separaban las hileras de asientos. Los mozos de la plaza alisaban la arena arrastrando pesados rastrillos de madera por la superficie.

Un hombre con un martillo recorría el contorno comprobando que la barrera fuera sólida y las puertas estuvieran bien cerradas. De vez en cuando, remachaba algún clavo o prestaba especial atención al resistente listón de madera que rodeaba la plaza por debajo de la altura de la cintura y que, en caso necesario, permitiría salir del ruedo con precipitación. Gracias al listón, los toreros podrían saltar la barrera y escapar del peligro.

Debajo de las gradas del extremo norte, justo enfrente de la tribuna cubierta con dosel de seda donde se sentaría el califa, estaban los compartimentos de los que procedían los bramidos de las cuatro bestias astadas que golpeaban las paredes de madera haciendo temblar toda la estructura. El olor de la resina mezclado con el acre de los animales aumentaba la excitación de la multitud, que chillaba a cada trompazo de los animales en los toriles.

Yanus y Miriam tomaron asiento en la grada sur, justo a la derecha de la tribuna califal, y hasta ellos llegaron, también, los bramidos de los toros. Miriam quería estar lo bastante cerca de Hasdai, quien se sentaría en la tribuna, para poder verlo. Después de saludar a sus vecinos y sentarse, Miriam se volvió para hablar con su padre.

—Ahora no —le advirtió Yanus levantando la mano—. Mira, los músicos ya han llegado. El espectáculo va a empezar.

Tres trompetistas se situaron delante de la tribuna y la vigorosa música de una fanfarria rasgó el aire. Las agudas notas fueron acallando los gritos de la multitud hasta convertirlos en un murmullo, pero los toros siguieron bramando y produciendo ruido con sus empellones. El califa, el príncipe heredero y el visir tomaron asiento en la tribuna mientras el almirante, el vicealmirante primero, los vicealmirantes y su escolta militar, incluidos el general Ghalib y el coronel Zaffar, se sentaron en la grada inferior.

Yanus se inclinó hacia Miriam.

—El almirante Bandar parece estar divirtiéndose —comentó.

—Sí, parece...

El clamor de la multitud la interrumpió mientras la puerta del extremo opuesto de la plaza se abría y el alguacil, el subordinado del chambelán encargado de los eventos de la plaza, entraba a lomos de su montura. Condujo al galope su enorme caballo negro hasta el centro del ruedo, se detuvo de golpe y, rodeado de una nube de arena, levantó la mano derecha para saludar al califa. A continuación, dio la bienvenida a la multitud en nombre de Abderramán III y, en medio de las ovaciones de los espectadores, recorrió la plaza haciendo avanzar al caballo con paso de costado y tirando de las riendas con la mano izquierda. Después, espoleó al animal y abandonó de nuevo la plaza al galope.

Un llameante cohete chino se elevó en el cielo con un estruendo dejando tras de sí una estela de denso humo blanco. Muy por encima de la clamorosa multitud, el cohete estalló en medio de una gran llamarada y regó la plaza con una lluvia de chispas doradas. Esta fue la señal para que entrara Elías ibn Mardanis, el primer rejoneador, el criador de caballos mozárabes que proveía a la guardia del califa de los mejores sementales andalusís. Montaba un magnífico caballo rucio con arreos de piel rojiza. Detrás de él caminaban los capeadores, que iban vestidos con túnicas cortas acolchadas de seda roja, calzas atadas con tiras de piel y zapatillas blandas. Llevaban, sobre los hombros, sendos capotes de algodón tupido de color magenta que utilizarían para posicionar al toro a conveniencia del rejoneador. Elías sostenía en la mano derecha una lanza de madera de roble con hoja de acero larga y plana que, al final, utilizaría para matar al toro.

Sonó una trompeta y un toro de lidia andalusí cruzó el portón como una exhalación mientras la multitud profería exclamaciones ahogadas. El animal debía de pesar unos veinte *aqfizah*, que era más de lo que pesaban Elías y su caballo juntos. Sus afilados y curvados pitones resplandecieron a la luz del sol.

El toro galopó hasta el centro de la plaza, se detuvo, pateó el suelo, sacudió sus magníficos pitones y soltó un poderoso bramido de desafío mientras los músculos de su morrillo se ondulaban como seda negra al sol de la tarde.

Elías tendió la lanza al mozo de espadas que esperaba detrás de la barrera e hizo avanzar lentamente a su caballo encarando su costado izquierdo hacia el toro mientras los capeadores lo seguían en formación de arco. Mantuvo las riendas cortas con la mano izquierda mientras, con la derecha, sostenía una escarapela de papel rojo sujeta a una puya en forma de anzuelo. Los hombres de su cuadrilla mantenían los capotes extendidos delante de ellos mientras percibían la textura de la arena a través de la piel blanda de sus zapatillas.

Elías se acercó al piafante toro mientras agitaba el brazo derecho de arriba abajo

tentando al animal con el movimiento de la escarapela. Entonces el toro embistió, con la cabeza baja y apuntando los pitones directamente el vientre del caballo. Elías hizo retroceder dos pasos a su montura, la obligó a empinarse y, cuando el toro pasó por debajo del caballo, se inclinó a la derecha y clavó con firmeza la escarapela en su cerviz. Los espectadores se levantaron todos a una y gritaron: «*I Alá! ¡Ole!*», mientras el toro clavaba los cuernos en el vacío que antes ocupaban el caballo y su jinete. Los capeadores se colocaron delante del rejoneador y agitaron los capotes para llamar la atención del toro, quien sacudía la cabeza de lado a lado intentando liberarse de la escarapela.

A los gritos de «¡Hey, toro... toro!», el animal se volvió hacia los capeadores. Escarbó el suelo con las pezuñas y acometió contra uno de los capotes, pero, el capeador lo retiró hábilmente a tiempo dejando al animal cabeceando en el aire con sus terroríficos cuernos. Una vez más, lo hicieron volverse bruscamente, pero en esta ocasión el toro se encaró a Elías, quien se acercaba con una vara corta rematada con una bandera. El toro arremetió contra la bandera, pero el caballo se apartó y el toro se encontró de nuevo corneando el aire. La lidia estaba en pleno apogeo y la multitud se había puesto en pie. Elías sostuvo la bandera delante del hocico del animal y espoleó a su caballo dando una vuelta al ruedo mientras el toro cabeceaba sin cesar intentando empitonar la bandera que Elías mantenía, tentadoramente, fuera de su alcance. Entonces el jinete arqueó la espalda hacia atrás acercando la bandera lo más posible a su montura y, cuando llegó al extremo sur del ruedo, dio media vuelta. El toro se detuvo indeciso. La lengua le colgaba fuera de la boca y jadeaba con pesadez, pero seguía levantando la cabeza y bufando en señal de desafío. Aprendía deprisa, demasiado deprisa, y no estaba dispuesto a seguir embistiendo los capotes o la bandera. Ahora embestiría a los hombres. Había llegado la hora de matar.

Mientras Elías tomaba la lanza con punta de acero, los capeadores hostigaron al toro una y otra vez haciendo que bajara la cabeza más y más hasta que, en uno de los pases, el astado animal hundió los cuernos en la arena y cayó sobre su lomo, aunque enseguida volvió a incorporarse, con la agilidad de un luchador profesional, e intentó dar una cornada al capeador que había realizado el pase. Esta maniobra no fue del agrado de los espectadores, quienes silbaron y abuchearon al capeador que había hecho caer al animal. Sin embargo, aquel había realizado una buena faena, porque ahora el toro mantenía la cabeza baja y Elías podría matarlo con la lanza.

Mientras la multitud seguía gritando «¡Toro! ¡Toro!», los capeadores condujeron al animal al extremo norte del ruedo, donde dos de ellos siguieron llamando su atención con los capotes y manteniendo su cabeza baja. Elías se acercó haciendo avanzar a su caballo rucio al paso mientras el tercer capeador caminaba detrás de él preparado para atraer al toro en caso de que el caballo resultara herido. Cuando se encontraba a dos cuerpos equinos de distancia del toro, Elías ordenó a su cuadrilla

que se retirara. El toro concentró la mirada en el caballo, bajó la cabeza, escarbó el suelo, embistió y, cuando la lanza de hoja larga se hundió entre sus omoplatos y le seccionó la aorta, cayó muerto.

Los espectadores estaban eufóricos: vitoreaban y agitaban sus turbantes en el aire pidiendo al califa que concediera los trofeos al rejoneador. Después de deliberar, el califa enseñó un pañuelo blanco e hizo una señal al alguacil. Este galopó hasta el abatido toro, desenvainó su daga, cortó las dos orejas del animal y se las entregó a Elías ibn Mardanis, quien las ofreció al clamoroso público mientras su caballo rucio daba vueltas en el centro del ruedo. Los mulilleros retiraron al toro de la plaza y el criador cristiano de caballos recorrió el ruedo con paso tranquilo aceptando los vítores de la multitud hasta que, finalmente, lanzó las orejas a las gradas del lado sur.

Mientras tenía lugar toda esta excitación, Miriam, que había presenciado muchos espectáculos como aquel en su vida, no pudo apartar los ojos del almirante de la flota. Finalmente, agarró el brazo de su padre y se inclinó hacia él.

—Mirad a Bandar —indicó—. Está a punto de ir a la guerra, pero parece que no tenga la menor preocupación. Sin embargo, el general Ghalib y el coronel...

—¿Te refieres a Zaffar? —preguntó Yanus.

—Sí, exacto, Zaffar —contestó Miriam—. Parecen dos perros apaleados. ¿Sabéis qué ocurre?

—La verdad es que no tengo la menor idea —repuso Yanus—. Hasdai también ha estado actuando de forma extraña últimamente. Su actitud debe de estar relacionada con los asesinatos que han tenido lugar recientemente. —Entonces se acercó mucho a su hija y añadió, susurrándole al oído—: Siempre ocurre lo mismo cuando el califa se encuentra con Hakam en el Alcázar. La tensión que hay entre ellos se palpa en el aire.

—En fin, pronto todo habrá terminado —repuso Miriam—. Bandar y los marinos abandonarán la ciudad justo después de la corrida.

—Así es —contestó Yanus—. Mientras tanto, disfrutemos de los tres toros siguientes. El otro rejoneador de hoy es un arráez de la caballería califal. Debe de ser bueno. ¡Y probablemente montará uno de los caballos de Elías ibn Mardanis!

El general Ghalib se inclinó hacia el coronel Zaffar para evitar que alguien más lo oyera.

—¿Qué opináis de todo esto?

—¿De qué, de la corrida de toros?

—*I Alá!* —murmuró Ghalib—. ¡No, idiota! Me refiero a lo que ocurre con Bandar.

—Claro, lo siento, señor —contestó Zaffar—. La verdad es que no tengo ni idea. Se diría que planean dejarlo salirse con la suya. ¿Por qué si no estaría aquí? Deben de necesitarlo para acaudillar la flota hasta Latakia.

*Justo antes de la oración del crepúsculo*

Cuando la corrida de toros terminó, Miriam y Yanus se dirigieron, en la creciente oscuridad, hacia su casa, que estaba cerca de la Bab al Amir, la puerta nordoccidental de la ciudad. Por el camino, Yanus señaló el cielo.

—Mira —declaró—, la luna está en el primer cuarto creciente. Ya sabes lo que los antiguos decían sobre esta fase, ¿no?

—Sí —contestó Miriam—. Decían que es un período de confrontación; un período en el que los problemas deben encararse y deben establecerse cimientos firmes para los planes. ¿Pero vos creéis en esas cosas?

—Bueno —respondió Yanus—, la verdad es que, últimamente, hemos tenido bastantes confrontaciones.

—Es verdad —corroboró Miriam—, pero si tenemos en cuenta todo a lo que ha tenido que enfrentarse Hasdai recientemente, nosotros estamos viviendo momentos muy tranquilos.

—Así es, ¡quién sabe a qué debe de estar enfrentándose ahora!

Justo cuando llegaron a la puerta de su casa, el muecín llamó a la oración *Magrib*.

—*Insha'Allah* lo veremos más tarde esta misma noche —comentó Miriam mientras sus dedos se dirigían a la estrella de David que colgaba de su cuello.

—*Insha'Allah!* —exclamó Yanus esbozando una amable sonrisa y apoyando la mano en el hombro de su hija.

Hasdai estaba en una habitación de seguridad del Alcázar con el príncipe Hakam, el general Ghalib, el coronel Zaffar y Bandar bin Sadiq.

El califa Abderramán III ya se había despedido y estaba de regreso a Medina Azahara con su escolta. Siraj y los vicealmirantes segundos estaban en el campamento Ma'aqul preparando la partida hacia Almería.

El príncipe Hakam ordenó a los guardias que se retiraran y, cuando cerraron la puerta, el coronel Zaffar miró a Ghalib a los ojos. El general sacudió la cabeza casi imperceptiblemente mientras Hasdai, incapaz de encontrar consuelo en el *tasbih*, permanecía de espaldas a la ventana y con los puños firmemente apretados a los lados.

Una de las lámparas empezó a chisporrotear y despedir humo llenando la habitación de un hedor acre.

El príncipe se volvió hacia Bandar bin Sadiq, que estaba en medio de la habitación, se inclinó doblando la cintura y puso su cara a escasos centímetros de la de Bandar.

—Escuchadme atentamente, inmundo traidor. Lo que voy a hacer no me produce ningún placer —declaró con voz calmada pero sumamente amenazadora.

Bandar lo miró con desconcierto.

—Seréis escoltado a través de la Bab al Jadid hasta las puertas del campamento Ma'aqul, donde veréis lo que queda de vuestro cómplice, quien ha sido ejecutado entre perros. En el campamento, os reuniréis con los oficiales navales y viajaréis con escolta hasta Al Kulaia, en la carretera que conduce a Almería. Allí, ellos pasarán la noche.

El general Ghalib se mordió el labio y, después de mirar al visir, bajó la vista hacia el suelo.

El coronel Zaffar miró fijamente a Bandar y respiró hondo para tranquilizarse.

El príncipe Hakam se volvió, entonces, hacia Hasdai ben Shaprut.

—¿Está todo preparado? —preguntó. Hasdai asintió.

—Sí, alteza. —Lanzó una mirada al general y, después de asentir levemente con la cabeza, se dirigió a Bandar—: Cuando los habitantes de Córdoba ya no puedan veros, seréis encadenado y el coronel Zaffar os traerá de vuelta al Alcázar. El vicealmirante Siraj y los demás seguirán hasta Almería, donde esperarán instrucciones.

El general Ghalib miró sorprendido al coronel Zaffar, quien, al oír la declaración de Hasdai ben Shaprut adoptó la posición de firmes.

El príncipe Hakam volvió a encararse a Bandar.

—Al pueblo se le comunicará que tuvisteis una muerte honorable en el campo de batalla; un lujo al que vuestro predecesor no ha tenido acceso. Solo los presentes en esta habitación conocerán la verdad.

Bandar empezó a temblar y contempló con mirada vacía al príncipe heredero, quien le susurró al oído:

—Suplicaréis que os maten.

Entonces el príncipe se volvió hacia el general y el coronel.

—¡Lleváoslo!

—Es una lástima que no descubrierais la verdad antes —aseveró Hakam cuando se quedó a solas con el visir.

Hasdai ben Shaprut bajó la cabeza.

—Disculpadme, alteza.

El príncipe sacudió la mano.

—No importa —declaró—. Al menos así el califa no quedará en evidencia.

Decidme, ¿cuál es vuestro juicio de la situación con los bereberes?

—A mi juicio, debemos investigar el alcance de la amenaza que suponen para Al Ándalus, alteza. Si Shahid Jalal actuaba solo, podemos proceder con el plan consistente en que la flota principal tome tierra en Latakia. Si recibía ayuda o sus contactos en Trípoli están bien organizados, entonces la amenaza al califato puede ser mayor.

—¿Creéis que se trata de algo más que una simple operación de contrabando? —preguntó el príncipe.

—Bien podría serlo, alteza —contestó Hasdai—. Sospecho que Bagdad cuenta, desde hace años, con un puesto de avanzada en la costa de Berbería. Hasta la invención del astrolabio, nuestra flota siempre ha tenido que seguir la costa de Ifriqiya en sus viajes a Oriente. Una flota tan grande como la nuestra es fácilmente avistada desde tierra, lo que significa que los bereberes habrían tenido conocimiento de nuestros movimientos, pero el astrolabio constituye un avance tan importante que la capacidad de los bereberes, y en consecuencia de Bagdad, de conocer nuestros pasos queda eliminada. Creo que Bagdad sabe que estamos a punto de zarpar de Almería, porque los preparativos para la guerra han sido enormes y porque se ha visto involucrada demasiada gente para mantenerlo en secreto, pero lo que no pueden saber es qué ruta seguiremos para llegar ni dónde pretendemos tomar tierra.

El príncipe Hakam asintió con la cabeza.

—¿Creéis que Bandar trabajaba para ellos?

Hasdai sacudió la cabeza.

—Sinceramente, no lo sé, alteza. Si Shahid Jalal fue persuadido a abrazar la causa de Bagdad por agentes abasíes en Trípoli, podría llevar años trabajando para ellos aquí en Al Ándalus. Lo que todavía no sabemos es si Bandar solo pretendía hacerse rico vendiendo ámbar gris a los mercaderes de Damasco o si trabajaba con Shahid Jalal a las órdenes de Bagdad.

—¿Se habría hecho muy rico? —preguntó el príncipe.

—Lo bastante para desaparecer para siempre y que nunca nadie volviera a saber de él —contestó Hasdai.

El príncipe reflexionó durante unos instantes.

—¿Qué sugerís que hagamos?

Hasdai recapacitó unos segundos.

—Creo, alteza, que deberíamos dejar que los hombres de Ghalib averiguaran todo lo que pudieran tanto de Bandar como de Shahid Jalal. Si existe una red bereber aquí, en Al Ándalus, supone una gran amenaza para el califato y debemos averiguar tanto como podamos.

—Muy bien —contestó el príncipe. Se alisó las vestiduras de brocado de seda, se dirigió a la puerta, se detuvo y se volvió de nuevo hacia Hasdai—. Cuando los

hombres de Ghalib hayan terminado con Bandar, quiero que concedáis, a lo que quede de él, todo lo que pida. Luego, haced que desaparezca para siempre y que nunca nadie vuelva a saber de él.